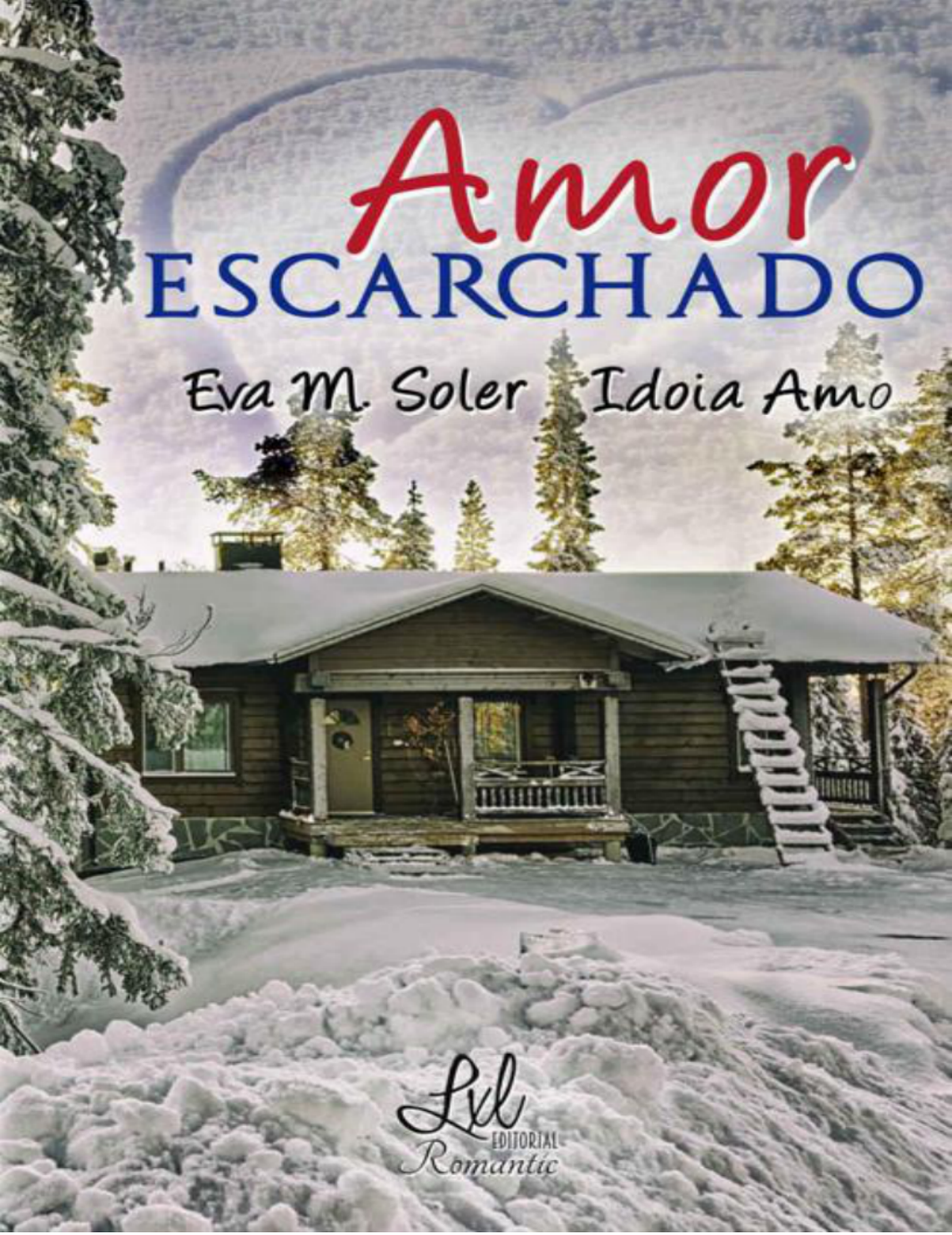
Amor ESCARCHADO

Eva M. Soler Idoia Amo



LxL EDITORIAL Romantic

AMOR ESCARCHADO

Idoia Amo Eva M. Soler

Primera edición: Abril 2015

© Eva M. Soler 2015

© Idoia Amo 2015

©Editorial LxL, 2015

www.locasporlalectura.com

www.lxleditorial.es

ISBN: 978-84-943832-8-1

Depósito Legal: **AL 356-2015**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447 . Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidases pura coincidencia.

Capítulo 1

Los Ángeles, California. 20 ºC, sol.

«*Sutton. Alaska. ¿Alaska*?»

Alexander Green parpadeó varias veces, esperando que aquellas palabras que estaba leyendo no fueran ciertas. Levantó la vista incrédulo hacia las dos personas que estaban sentadas frente a él, pero los dos agentes del FBI permanecieron imperturbables tras sus oscuras gafas de sol.

Siguió leyendo, cada vez más angustiado.

A 120 kilómetros al noroeste de *Anchorage*, lo único que podía parecerse a una ciudad, en su opinión, medianamente civilizada. ¿Mil habitantes? ¿Seguro que no faltaba ningún cero? Solo en su edificio de apartamentos debía haber esa misma cantidad de gente. Él nunca había tenido problemas de corazón, pero creyó tener una taquicardia cuando vio las temperaturas medias: Entre siete y quince grados bajo cero en invierno, y entre trece y veintiuno en verano. Por supuesto, estaban a finales de noviembre. Su racha de mala suerte no podía cambiar ni siquiera para eso. De pronto, en comparación, quedarse en *Los Ángeles* con una amenaza de muerte sobre él, no le pareció tan malo. Todo había empezado unas semanas atrás. Trabajaba en la clínica de su padre desde que había terminado la universidad, pero por fin parecía que empezaba a salir de debajo de su sombra. Su fama como cirujano estético crecía por momentos, y una famosa actriz le había invitado al estreno de su nueva película. En la fiesta posterior, Álex se había convertido en el centro de atención de casi todas las mujeres allí presentes, y no sólo por su atractivo. La actriz estaba tan contenta con su operación que todas querían imitarla, y Álex se quedó sin tarjetas de visita en menos de una hora.

Antes de darse cuenta, estaba rodeado de mujeres que intentaban despertar su interés. Y él, que se dejaba querer sin problemas, había

acabado en el callejón de detrás del edificio con una rubia recauchutada a la que ni siquiera había preguntado el nombre. Ni le importaba, con aquel cuerpo cincelado a base de bisturí, lo que menos le interesaba a Álex era tener una conversación. Pero cuando la cosa comenzaba a ponerse interesante, de pronto oyeron varios disparos.

La chica, que se había arrodillado para quitarle los pantalones, se incorporó asustada y antes de que Álex pudiera decir nada, había echado a correr a una velocidad inimaginable, dado el tamaño de sus tacones. Él, sin embargo, no pudo seguirla. Con los pantalones por las rodillas se hubiera caído de morros contra el suelo, así que en el tiempo que tardó en colocárselos, una figura entró tambaleándose en el callejón.

Su primer instinto fue regresar a la fiesta, pero su conciencia le hizo dudar… y ese fue su primer error. La figura llegó a su altura, desplomándose a sus pies. Tenía varias heridas en el pecho por las que sangraba abundantemente. Levantó una mano hacia él intentando hablar, y ahí Álex cometió su segundo error: se agachó acercando su cara. De forma entrecortada, el hombre moribundo dijo dos palabras: Arthur Payne. Y murió.

Álex no tenía ni idea de a quién se refería. Sacó su móvil para llamar a la policía, pero se había manchado de sangre y se le resbaló. Cuando consiguió recuperarlo, se encontró con que otro hombre estaba en la entrada del callejón, apuntándolo con una pistola. Levantó las manos por instinto, asustado al oír cómo amartillaba el arma.

Por suerte, se abrió la puerta que daba a la fiesta y una pareja salió riéndose. Al ver el cuerpo y a Álex con sangre en las manos, la chica se puso a gritar como una histérica, y su pareja no tardó ni dos segundos en avisar a seguridad.

Así que, media hora después, Álex estaba en una comisaría prestando declaración. Y para su desgracia, cuando le enseñaron varias fotos, había reconocido en una de ellas al hombre del arma. Entonces fue cuando se enteró de que era un jefe de la mafia. Por lo que, sin comerlo ni beberlo, se encontró con que era la única persona que le había visto cometiendo un asesinato, y por lo tanto, testigo clave en un juicio que se estaba preparando contra él.

Le habían puesto un par de policías que lo seguían a todas partes por si acaso, pero esa mañana habían aparecido aquellos dos hombres y se lo habían llevado en un coche hasta las oficinas del FBI. Le habían dicho que Arthur Payne sabía quién era y dónde vivía, y que lo iban a enviar lejos para que no lo encontrara.

Ahora entendía que su concepto de lejos y el de ellos no era el mismo. Para él, *Las Vegas* estaba lejos, o *San Francisco*… no *Alaska*. Aquello ya eran palabras mayores.

Apartó los papeles que le habían entregado, negando con la cabeza.

—No, esto debe ser un error —dijo—. ¿Qué tal *Hawaii*? ¿No puedo ir ahí? Seguro que el programa de protección de testigos funciona en un sitio con sol ¿no?

—No —fue la tajante respuesta de uno de ellos—. Ahí tienes toda tu documentación nueva, ¿alguna pregunta?

—¿Pero qué voy a hacer yo en *Alaska*? ¡No podré hacer surf!

—Ahí lo pone: médico de familia.

—¡Pero yo soy cirujano plástico!

—Eso implica haber estudiado medicina, ¿no?

—Sí, pero…

—Pues ya está. Tenemos que irnos, o perderás tu avión.

Los dos agentes se levantaron. Álex pensó en formas de perder el tiempo para no llegar al aeropuerto a tiempo, pero ellos lo cogieron de los brazos y no hubo opciones: prácticamente lo arrastraron hasta un coche negro con cristales tintados. Y para su desgracia, subieron con él al avión.

Para cuando consiguió librarse de ellos, ya estaba en el aeropuerto de *Anchorage* y le habían subido sin ningún miramiento en una avioneta que parecía que iba a romperse en cualquier momento.

Estaba nevando, y el viento la sacudía como si fuera de papel. Así que diez minutos después, Álex estaba blanco y mareado como si se hubiera tomado cinco tequilas.

Sutton, Alaska. —3 ºC, aguanieve.

Rylee Scott, sheriff de *Sutton*, y su ayudante, Simon Everett, esperaban a un lado de la pista de tierra a que aterrizara la avioneta. Caía una ligera aguanieve, pero estaban bien cubiertos con gruesos anoraks y las capuchas de piel cubriendo sus cabezas.

La avioneta aterrizó a trompicones, como siempre hacía. Su piloto, Yaneli, era un nativo de la zona que debería haberse jubilado al menos veinte años atrás, y no era conocido precisamente por su elegancia y suavidad en los vuelos. Pero era puntual, eso había que concedérselo.

Lo vieron bajar de un salto, con su habitual puro en la boca, y abrir la puerta de la cabina. Una bocanada de humo de tabaco salió, seguido por una figura que cayó al suelo.

—¡Ahí os lo dejo! —gritó, tirando a su lado una mochila.

Rylee le hizo un gesto de despedida con la mano. La figura se puso de rodillas, y empezó a vomitar. Rylee y Simon se miraron, asqueados, pero ninguno hizo ademán de acercarse. El piloto se estaba alejando por la pista, y no era cuestión de meterse en su camino. Simon entrecerró los ojos.

—¿Está en pantalones cortos?

La figura se había puesto de pie, tosiendo. Era un chico, y, efectivamente, llevaba pantalones cortos y camiseta. Rylee movió la cabeza, sin poder creerlo.

—¿Vamos a ayudarlo? —preguntó Simon.

—Coge una manta del jeep, habrá que intentar que no se congele.

El chico corrió al coche, buscó una y regresó junto a su jefa.

Mientras tanto, Álex había echado hasta su primera papilla. Rebuscó en la mochila hasta encontrar un pañuelo de papel medio mojado para poder limpiarse la boca, y miró a su alrededor. Localizó dos figuras acercándose hacia él.

«Genial», pensó. «Entrada triunfal, y rescatado por dos esquimales».

Se frotó los brazos, empezando temblar de frío, y esperó a que llegaran a su altura, preguntándose si hablarían su idioma.

Uno de ellos le echó una manta sobre los hombros y la cabeza.

—Vamos a llevarle a la cabaña directo.

Álex se giró hacia la voz, que para su sorpresa había sido femenina. Pero entre el anorak, la piel del gorro y el aguanieve, apenas si pudo distinguir unos ojos de un azul eléctrico.

Se dejó llevar hasta el coche, donde se sentó en el asiento trasero, temblando de manera incontrolable. Simon se puso al volante, arrancando con la calefacción a tope. Álex se inclinó entre los dos asientos, pero la chica se dio la vuelta con el ceño fruncido.

—¿Qué haces?

—¿Calentarme las manos?

—Ponte el cinturón, entrarás en calor enseguida. —Metió la mano en un bolsillo, y le pasó un paquete—. Y tómate uno de estos.

Álex obedeció, aquel tono no daba lugar a réplica. Se abrochó mirando lo que le había dado, y comprobó que eran chicles. Pensó en protestar, pero se echó el aliento en la mano e hizo un gesto de asco. Se metió casi todo el paquete en la boca, satisfecho al notar el sabor a menta.

—¿Dónde me lleváis? —preguntó.

—A un alojamiento designado —contestó ella.

—Se supone que tengo que hablar con el sheriff. Rylee Scott, ponía en los papeles.

—Soy yo.

—¿Eh? —Parpadeó sorprendido—. Pero eres una mujer, ¿no?

El chico reprimió una carcajada. Ella se giró, aún con el rostro medio oculto, pero estaba claro que su expresión no era nada amistosa. Álex se tapó todo lo que pudo con la manta, dándose cuenta de lo que acababa de decir.

—¿Es que en *Los Ángeles* no hay mujeres? ¿Y cómo hacéis para reproduciros, por esporas?

Álex se hundió en el asiento, decidiendo callarse. Las horas de avión, el frío, el mareo… Estaba todo en su contra, si abría la boca seguro que diría alguna otra estupidez, así que optó por el silencio. Apoyó la cabeza en el cristal, cerrando los ojos, y se quedó medio dormido.

Un portazo lo sacó de su modorra. Se incorporó asustado, pensando que era un tiro, hasta que se dio cuenta de donde estaba. Le abrieron la puerta, y una ráfaga de aire frío lo espabiló.

«Casi hubiera preferido el tiro», pensó.

Suspiró y bajó del jeep, pero se quedó parado al ver lo que había frente a él: una cabaña de troncos. Miró a su alrededor, pero no había ningún edificio más cerca.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¿Es una pregunta en serio? —dijo Rylee.

—Sé qué es una cabaña. Lo que quiero saber es qué hacemos aquí.

—Vas a vivir aquí —Ese fue el chico, que le palmeó el hombro alegremente—. Ya verás, por dentro está muy bien. Por cierto, soy Simon.

—Alexander Green —contestó él, por inercia.

—Aquí no —replicó Rylee, rápidamente—. ¿No te has mirado los papeles? Doctor Álex Madison, ¿recuerdas?

Él afirmó con la cabeza, fastidiado. Por supuesto que lo recordaba, tendría que tener más cuidado.

Los siguió al interior sin muchos ánimos, pero al traspasar la puerta se sorprendió de forma grata. Parecía un refugio de montaña de esos que estaban de moda últimamente. Muebles antiguos, pero en buen estado. Toda la planta baja era abierta, con una isla separando la cocina del salón, donde una chimenea encendida había caldeado el ambiente. Se acercó veloz a ella, extendiendo las manos.

—Mañana te pondremos al día —dijo Rylee—. Creo que por hoy ya has tenido suficiente.

Álex se giró, arrimándose más a la chimenea y mirándolos. Los dos se habían quitado las capuchas. Simon parecía más joven que él, era de pelo castaño claro y ojos verdes. Si hubiera estado un poco más moreno, podría haber pasado por uno de sus amigos surfistas.

Rylee estaba de espaldas, mirando el contenido de la nevera, así que solo pudo ver una trenza pelirroja.

—Bueno, para la cena y el desayuno tienes bastante —dijo ella.

Se dio la vuelta. Álex se sorprendió. Había esperado que fuera mayor, pero no parecía tener muchos más años que él. Tenía la piel muy blanca, con pecas por las mejillas… y probablemente, si no tuviera esa expresión tan seria, sería hasta atractiva. Las mujeres eran su punto fuerte, pero con esa no tenía muy claro cómo actuar.

Frunció el ceño, notando un olor extraño. Miró a su alrededor, y de pronto se encontró tumbado en el suelo, con ella encima golpeándolo con un cojín.

—¡Pero qué haces, loca!

—¡Estate quieto, hombre! —Ella volvió a sacudirlo—. ¿No has

notado que se te estaba quemando la manta?

Se levantó, tirándole el cojín a la cara. Él se quedó tumbado abrazándolo, intentando recuperar la respiración. Tantas emociones iban a acabar con su corazón, que latía a toda velocidad.

—Te dejo ahí un móvil —informó ella—. Está bloqueado, solo puedes llamarme a mí, por si necesitas algo. Tienes el número grabado. Vendré a buscarte a las siete, ¿de acuerdo?

—¿A las siete? ¿De la mañana? ¿A qué viene tanta prisa?

Para él, la mayoría de los días aquella era su hora de acostarse, no de levantarse.

Simon se acercó a ella, para hablar en voz baja.

—Déjale dormir un poco, parece agotado.

Rylee suspiró fastidiada, pero afirmó con la cabeza.

—Está bien —dijo—. Las ocho, ¿le parece bien a su majestad?

Álex ya estaba medio dormido, tapado con la manta hasta las cejas y abrazado al cojín, y solo hizo un gesto vago con la mano.

Simon dejó las llaves de la cabaña junto al móvil, y se marcharon al jeep. Ya no caía aguanieve, pero estaba oscureciendo y la temperatura había bajado varios grados más.

—¿Quieres pasar a tomar algo por el bar de tu hermano? —preguntó él, arrancando el motor.

—No, prefiero ir directa a casa. Ya he tenido suficientes emociones por un día con el elemento este, gracias.

—¿Tú crees que se adaptará? ¿Cuánto tiempo se supone que va a estar?

—No lo saben fijo. Tienen que detener al tal Payne, está desaparecido… Así que pueden ser semanas o meses. Hablaré con él

para que tenga bien claro lo que tiene que hacer, no me fío de que no se haga un *selfie* y lo publique en alguna web social, tiene toda la pinta de ser un despreocupado.

—Bueno, tampoco es que le hayamos podido ver muy bien. ¡Ahí va!

—¿Qué?

—Estoy pensando… no sé si había ropa en la cabaña.

—Algo hay en los armarios de arriba, que se apañe con eso. Tampoco es que le haga falta mucho, jerseys, pantalones y ya está, como todo el mundo.

Simon no replicó a eso, aunque no estuviera del todo de acuerdo. Conocía a su jefa, y sabía de sobra que no le interesaba la moda en absoluto. De hecho, si hacía memoria, nunca la había visto con otra cosa que no fueran pantalones, en su mayoría vaqueros, y jerseys de cuello vuelto. En verano, si hacía buena temperatura, jersey fino. Botas de monte o de nieve, y eso era todo.

Rylee sacó el expediente que le habían enviado, releyéndolo de nuevo. No había foto, pero con la descripción y su historial le valía para haberse hecho una idea. Ella era una persona práctica, que iba directa al grano. Eso implicaba que la gente que no la conocía solía pensar que era un poco borde, pero a ella le daba igual: no le gustaba perder el tiempo con tonterías. Su intuición tampoco solía fallarle, y ya preveía que aquel chico no iba a ser el modelo de testigo protegido. Hablaría con él por la mañana para dejar las cosas bien claras desde el principio, aquello no era una guardería para niñatos de veintiséis años que no habían dado un palo al agua en su vida.

Simon detuvo el coche frente a la casa de Rylee.

—Mañana vete directamente a comisaría —dijo ella—. Yo me encargaré del doctorcito, iré en mi coche.

—De acuerdo, hablamos si ocurre algo.

—Sí, bueno, eso lo dudo bastante. Hasta mañana.

Era extremadamente inusual que ocurriera algo en *Sutton*. Alguna disputa vecinal, quizá un alce en un jardín… pero poco más. Ni siquiera los turistas que de vez en cuando se pasaban por allí para hacer *treeking* por el glaciar o pescar solían dar problemas. El frío era un buen revulsivo contra el crimen, parecía.

Bajó del jeep y Simon se marchó. Rylee sacó las llaves, pero antes de que abriera la puerta, llegó un coche y se paró junto a la acera. Lo miró extrañada, era un taxi de *Anchorage*, según ponía en la matrícula.

El conductor se bajó para sacar una maleta de la parte de atrás. Una chica bajó también, cogió la maleta y le pagó. Cuando el taxi se hubo marchado, Rylee pudo ver quién era a la luz de una farola y se sorprendió.

—¿Lena?

—Hola, cuñada.

Se quedó pasmada y sin poder creer lo que veían sus ojos. Hacía más de seis meses que no veía a Lena, que antaño había sido su mejor amiga desde la infancia, y que de paso era la mujer, o ex mujer, o lo que fuera en aquel momento de su hermano… porque no tenía claro en qué punto se encontraban.

—Lena —repitió, con un tono más próximo al horror que a la alegría.

—Menudo recibimiento —replicó ella, acercándose.

No era que no se alegrara de su presencia, pero el hecho de que estuviera en su piso con una maleta le producía una inquietud tremenda. A pesar de su primer comentario, Lena le dio un abrazo con una sonrisa; finalmente, Rylee respondió a su gesto y esbozó otra, alejándose un poco para echarle un vistazo. Tenía buena pinta, pero eso no era nada nuevo. Lena era lo opuesto a ella. También a su hermano Brian… en realidad, era lo opuesto a casi todo el mundo.

—¿Vienes de visita? —preguntó esperanzada.

—Podríamos llamarlo así. Tienes que echarme una mano, Rylee, estoy metida en un lío de pelotas.

Rylee asintió, tratando de transmitirse calma a sí misma. No se imaginaba qué problemas podía tener su amiga, quien había pasado toda su vida bien protegida bajo el ala de su millonario padre. Abrió la puerta de su casa y le cedió el paso, mientras observaba su ropa meneando la cabeza; otra igual que el atontado que estaba en protección de testigos. Por lo que sabía, su amiga vivía en *Anchorage*, pero eso no limitaba su forma de vestir en absoluto, siempre conseguía ponerse ropa que evidenciara su…

—Un momento. —La detuvo—. ¿Y este tipazo, maldita? —La miró.

—*Cardiofunk* —replicó ella.

—¿Cardio qué?

—*Cardiofunk*. Ya sabes, mover el culo arriba y abajo. Y yoga, y pilates, mucho pilates. Si quieres ya te enseñaré cómo, es muy relajante. Y ganas en elasticidad.

—Elasticidad, entiendo. —Entró en su casa y cerró la puerta, encendiendo las luces. Claro, qué iba a saber ella de elasticidad, si era tan práctica que jamás había pisado un gimnasio en su vida. No tenía tiempo.

Lena echó un vistazo a su alrededor y después a ella.

—Bueno, ¿y a ti qué diantres te ha pasado? —su tono era de reproche ligero mientras la recorría con la mirada—. ¿No tenías nada más anti lujuria en el armario que ponerte?

—Pero si voy al trabajo, no tendría sentido.

—Tienes pinta de haberte abandonado por completo. Solo te faltan los gatos para ser la solterona típica. —No había acabado de decirlo cuando apareció un gato de color grisáceo—. No me jodas que tienes gato.

—Ohhhhhhh. —Rylee se agachó para recoger al susodicho mientras lo estrechaba entre los brazos—. Hola, señor Levandowsky, ¿cómo estás?

—¿Cómo te dio por tener un…? —Lena pegó un salto al ver otro, este de color caramelo, salir de la cocina y se aproximó a por su ración de mimos—. Uh, dos. Hola, gatito… —Él bufó y trató de arañarle el brazo, así que ella se alejó a toda velocidad—. Madre, pues sí que son simpáticos. Deben haber salido a su mamá. —Y le sacó la lengua.

—Ni caso, señor Russel Crowe. —Cogió al anaranjado.

Rylee puso los ojos en blanco y entró en la cocina para sacar una botellita de leche especial para ellos. Llenó un cuenco y acarició las dos cabecitas mientras ellos sorbían entusiasmados. Lena se apoyó en el marco de la puerta y la miró con una sonrisa burlona que Rylee prefirió ignorar.

—¿Quieres algo? —preguntó, abriendo la nevera.

—Sí. Necesito un sitio donde quedarme una temporada —Lena soltó la bomba sin demoras.

—¿Qué?

—No hace falta que parezcas tan horrorizada, sabes que no te lo pediría si no fuera por un motivo importante.

—Que supongo me contarás ahora. —Lena afirmó—. Vale. Toma. —Sacó dos coca-colas del refrigerador y le pasó una a su amiga—. Vamos al salón, estoy ansiosa.

Lena la siguió hasta que se acomodaron en el sofá. No fue hasta que estuvieron sentadas que Rylee se dio cuenta de que Lena parecía preocupada de verdad. Era una chica guapa que sabía aprovechar bien sus puntos fuertes, y no solo en el aspecto físico, a pesar de que su pelo rubio y sus ojos claros solían ser garantía de triunfo. Su simpatía y buen humor ayudaban mucho, pero Rylee fue consciente en ese momento de que no apreciaba en Lena ninguna de esas dos cosas.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

—Mi padre ha desaparecido —informó ella.

Rylee abrió los ojos de par en par, estupefacta.

—¿Cómo?

—Sí. Estoy en apuros, Rylee… al parecer estaban investigando sus cuentas y los números no cuadraban. Es decir, que cabe la posibilidad de que haya defraudado al fisco.

—Cabe la posibilidad… —repitió Rylee, pensando que su amiga en el fondo era muy ingenua si no lo tenía claro.

Lena afirmó, meneando su rubia melena.

—Y se ha largado —añadió Rylee.

—Ha desaparecido —al ver la cara de su amiga, insistió—: Mira, ya sé cómo suena, pero hasta que se demuestre lo contrario, yo creo en la inocencia de mi padre.

Rylee no estaba extrañada. Lena siempre había sido siempre la niña de sus ojos, su padre la adoraba hasta tal punto que le pagaba absolutamente cualquier cosa que ella quisiera: su piso de *Anchorage*, ropa de diseñadores, viajes, joyas. Lo que su niña quería lo tenía, y una buena prueba de eso era cómo su hermano se desesperaba apilando cajas llenas de bolsos de *Vuitton* en el garaje, y eso por no tirarlas a la basura. Y ahora que pensaba en su hermano…

—¡Oye! —Le pegó una palmada en el muslo—. ¿Sabe Brian que estás aquí?

—No, qué va, si acabo de llegar. No le he dicho a nadie dónde iba. —La miró suplicante—. Rylee, han embargado todas nuestras propiedades, los coches, las cuentas, todo. No puedo entrar en mi piso y no sé qué hacer ni a quién recurrir.

—Joder… —Se frotó la frente y después alzó la mirada—. ¿Y por qué no vuelves a casa? —Vio que ella no pillaba su sugerencia—. Me refiero, ya sabes, a vuestro piso… la mitad es tuya, ¿no?

—No, ni de coña, no puedo.

—¿Por qué no?

—Porque en la última bronca que tuve con Brian le dije que no volvería a esa casa nunca, nunca, nunca, nunca.

—¿Cuatro nuncas? —Lena asintió—. ¿Seguro que no fueron uno o dos?

—No —dijo ella—, fueron cuatro, no hay vuelta atrás.

—¿Esa teoría viene en algún sitio oficial?

—Rylee, por favor. —La cogió de las muñecas—. No tengo a nadie más.

Ella miró sus ojos azules suplicantes y supo que sería incapaz de negarse. Lena era su mejor amiga desde que tenía uso de razón: habían nacido en el mismo hospital, ido juntas a la misma guardería, colegio de primaria, instituto… dejando aparte el hecho de que también era su cuñada, aunque en ese papel era un desastre.

—Vale, vale. Puedes quedarte —concedió, y vio su sonrisa aliviada —. Un tiempo.

—Prometido. —Lena la abrazó—. Ni te enterarás de que estoy aquí.

—Eso lo dudo, que ya nos conocemos. —Rylee bebió un sorbo de su lata.

—¿Qué tal está Brian?

—Bueno, espera que recapitule... te largas sin avisar, no le llamas, envías los papeles del divorcio sin consultarlo con él… no, creo que no está muy contento. ¿Me ayudas a hacer la cena?

Se incorporó para ir a la cocina, esquivando a sus gatos por el camino, y su amiga la siguió cabizbaja.

—Yo no mandé los papeles del divorcio —explicó.

—¿Entonces qué pasó, que vinieron solos? Toma. —Le tendió una bandeja de pollo para que comenzara a limpiarlo, pero Lena se echó hacia atrás negando.

Rylee la observó sin entender.

—No, no, yo no sé hacer eso. Te miraré y así aprendo —ignoró su mueca.

La pelirroja empezó a preparar la comida, pensando que Lena no estaba tan cambiada después de todo.

—Bueno, pues cuéntame —pidió sin dejar lo que estaba haciendo.

—Pues nada, quedamos en tomarnos un tiempo, me fui a pasar unos días con mi padre y claro, se lo comenté. La cosa es que no sé cómo, nuestro abogado se enteró y le mandó los papeles sin que yo supiera nada… ¡pero si me enteré hace dos meses de que estaba en pleno divorcio!

—Eres increíble.

—Ya. Y de todos modos, ¿qué pasa? No me los ha devuelto firmados aún.

—Creo que tiene algún problema con nuestro abogado, ya te lo explicará.

—Está bien. —Lena hizo una mueca, dejando claro que retrasaría esa charla el mayor tiempo posible—. ¿Y qué me cuentas de ti, todo sigue igual? ¿Algo nuevo en tu vida?

Rylee apartó la sartén y echó un par de filetes de pollo en cada plato. Se los tendió a la rubia y le indicó con un gesto de cabeza el comedor mientras ella cogía bandejas, vasos y cubiertos. Luego regresaron al sofá, con la estimable compañía de los gatos, que prácticamente se metieron dentro de los platos para olisquear la comida.

—No —se limitó a decir.

—¿Qué te ha pasado?

—¿A qué te refieres?

—¡Te has vuelto muy gruñona!

Rylee abrió la boca, dispuesta a replicar, pero no supo cómo. Lena tenía razón, y si bien era cierto que nunca había sido el colmo de la simpatía, los últimos meses cada vez se notaba menos comunicativa y más antipática.

—¿Y las chicas? —Lena la sacó de sus pensamientos de golpe—. ¿Cómo están? —Notó al momento la expresión avergonzada de Rylee—. ¿Es que no las llamas ni quedas nunca con ellas?

—Novalee trabaja todo el tiempo. Creo que hasta por las noches lo hace. Cada vez que la llamo me dice que está con un cliente nuevo —refunfuño Rylee, aunque aquello no era del todo verdad, ya que solo había llamado a Novalee dos veces, en cinco meses.

—¿Y Kamala? Seguro que sigue a la caza de su futuro marido. —Rylee soltó una risita—. Como si tener marido fuera la mayor suerte del mundo… ¿ni siquiera las ves los sábados por la noche?

—Bueno, alguno que otro…

—En fin, ¿quieres que las llame y organizo una cena o algo? Así nos ponemos al día.

—Claro. Estaría bien verlas —aceptó la pelirroja.

Después de la cena y de hablar durante mucho rato, Rylee le preparó a su amiga el cuarto de invitados que nunca utilizaba. Por suerte tenía mantas y sábanas de sobra, y la verdad era que estar acompañada no estaba tan mal, sobre todo si era Lena. Le deseó buenas noches, pensando que tendría que sugerirle que empezara a buscar un trabajo, aunque no tenía la menor idea de para qué podía servir su amiga. Luego se metió en su cuarto, sintiéndose de pronto agotada. Entre el californiano atolondrado que tenía que vigilar y la presencia de Lena, lo único que le apetecía de pronto era dormir. Su primer impulso fue telefonear a Brian para avisarlo, pero no se sintió con fuerzas y desistió. Segundos después, sus dos adorables gatitos que

bufaban y arañaban a cualquiera que no fuera ella aterrizaron a su lado, ronroneando.

«La loca de los gatos», pensó resignada antes de quedarse dormida.

Capítulo 2

Rylee apagó el despertador de un manotazo, apartó los dos gatos con cuidado y salió de la habitación sin hacer ruido. Se asomó por si acaso a la de invitados, pero Lena estaba profundamente dormida, así que no la despertó.

Se metió en la ducha y en menos de diez minutos, ya salía por la puerta, colocándose un gorro de lana calado hasta las cejas sobre su pelo recogido en una trenza. El quitanieves acababa de pasar por su calle, así que cogió su todoterreno y condujo hasta el bar de su hermano, en el centro del pueblo.

La persiana ya estaba levantada, Brian era tan madrugador como ella, y a la gente le gustaba desayunar allí. Entró pensando cómo darle la noticia… porque tenía claro que Lena no pensaba llamarlo.

Brian estaba colocando los taburetes junto al mostrador, y al verla llegar la saludó con la cabeza.

—¿Qué tal, pelirroja? —preguntó.

Ella hizo un gesto que podía significar cualquier cosa. Brian frunció el ceño, acercándose para darle un beso en la mejilla antes de meterse detrás de la barra. Eran mellizos, con apenas unos minutos de diferencia entre los dos. Compartían el color de ojos, y aunque el pelo de Brian no tenía un color fuego tan intenso como el de ella ni tenía tantas pecas, se parecían bastante.

Brian se fue a la máquina de café, manipulando el filtro.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Es por el californiano?

Aparte de Simon, solo Brian sabía de quién se trataba en realidad. Rylee y él lo compartían todo, y ella sabía que no lo contaría a nadie.

—No, bueno, eso también, pero ya lo espabilaré. Luego lo traeré por aquí para que le veas.

—Ni que fuera un mono de feria…

—Ya me entiendes. Es otra cosa.

—Pues suéltalo.

—Lena está aquí.

Brian se quedó unos segundos parado. Puso en marcha la cafetera, y cogió un par de tazas, llevándolas a la barra. Las dejó entre los dos, con el ceño fruncido en un gesto idéntico al de su hermana.

—¿A dónde te refieres exactamente con «aquí»? Porque a no ser que la lleves escondida en ese anorak tuyo, yo no la veo.

—Me refiero a mi casa. Apareció anoche, parece que su padre tiene algún problema con hacienda o algo así, y se ha largado dejándola tirada.

—Bueno, no es que me extrañe. Ese tío nunca fue santo de mi devoción.

—Tampoco tú eres su persona favorita.

—Ya. —La cafetera terminó de burbujear, así que Brian la cogió y sirvió el café para los dos, bien cargado—. ¿Y qué piensa de la vida?

—No hemos llegado a tanto.

—¿No pensaba llamarme o qué?

—Supongo que lo hará tarde o temprano, y… me dijo que ella no te envió los papeles de divorcio, por si te sirve para rebajar tu nivel de cabreo.

—No estoy cabreado. —Se encogió de hombros—. Lo estuve, y

mucho, pero… ya da igual, estaba claro que no estábamos hechos el uno para el otro. Nunca habría funcionado.

Y realmente creía lo que decía. Se habían casado enamorados, o eso habían pensado los dos, pero pronto la convivencia demostró que querían cosas diferentes, vidas diferentes. Él era feliz con su bar, le gustaba su trabajo, pero Lena quería seguir teniendo el nivel de vida al que estaba acostumbrada, por supuesto con el dinero de su padre… algo que a él nunca le había gustado. Empezaron a discutir a menudo, y aunque las reconciliaciones eran muy apasionadas, no era suficiente. Así que decidieron tomarse un tiempo, y Lena se fue de *Sutton*; a *Anchorage*, según ella para aclarar sus ideas. Cuando le llegaron los papeles del divorcio, Brian estuvo varios días muy enfadado con ella, hasta que se dio cuenta de que realmente solo había materializado lo que los dos pensaban: que estaban mejor separados. Así que se los llevó a su abogado para que los revisara, de quien aún esperaba noticias.

Rylee sopló el café, sin decir nada. Había vivido la historia desde todas las perspectivas: la de él, la de ella, y desde fuera… y aunque en teoría lo que decía Brian era cierto, no estaba del todo convencida. Juntos habían sido felices, de eso estaba segura. Pero bueno, ella tampoco es que fuera la experta en relaciones.

—Cuando la veas, puedes decirle que no muerdo, puede pasarse a saludar —siguió él.

—Se lo diré. En fin, iré a despertar al señorito, le espera un día entretenido.

Se bebió el café de un trago, se recolocó el gorro y se marchó del bar.

Álex se despertó con dolor de espalda, lo cual no era de extrañar ya que se había quedado dormido en la alfombra y no se había movido de allí en toda la noche. Se sentó cubriéndose con la manta, mirando a su alrededor. Para su desgracia, no había sido ninguna pesadilla: la cabaña era real.

Se fue hasta una ventana para mirar al exterior: nieve y más nieve,

y en la parte de atrás… un lago, que debía estar helado. Suspiró fastidiado, mirando el reloj. Eran las siete y media, así que tenía media hora antes de que llegara la loca esa de sheriff que le había tocado en suerte. Decidió subir a la planta superior, a ver qué encontraba.

La primera puerta era una habitación con una cama pequeña, así que pasó a la siguiente: un cuarto de baño con ducha y bañera. Abrió el grifo de agua caliente, satisfecho cuando comenzó a salir ardiendo al cabo de unos segundos. Al menos, podría darse una ducha.

Se dirigió a la última puerta, encontrándose con un dormitorio enorme. Cama grande, armarios grandes… Ahí sí que dormiría mucho mejor. Registró los cajones y armarios en busca de ropa, sacando lo que encontró y poniéndolo sobre la cama.

Repasó la ropa, crítico: Jersey de cuello vuelto, verde. Jersey de lana gorda, azul. Y, oh, sorpresa, otro jersey de lana aún más gorda, negro. Todos ellos, por supuesto, tamaño XXL.

Y pantalones, dos: uno de pana marrón, y uno de, aún más sorprendente, pana negra. Faltaría más, dos tallas más grande que la suya… Vació la mochila sobre la cama, pero solo tenía una camiseta de manga corta y ropa interior. Así que tendría que conformarse con lo que allí había.

Se metió en la ducha, dejando correr el agua caliente… hasta que de pronto empezó a salir congelada y tuvo que salir rápidamente. Lo intentó varias veces, pero solo salía fría. Se enjuagó como pudo, y agradeció el tamaño del jersey azul que se puso, ya que le hizo entrar en calor. Se puso los pantalones negros, y se miró en un espejo. Parecía el increíble hombre menguante, o un leñador venido a menos. No estaba seguro de cuál de las dos opciones era peor. Por no hablar de su cara… Apenas se reconocía, con aquellas ojeras y el pelo revuelto... Se pasó la mano por las mejillas, donde tenía ya barba de varios días. Pero no encontró nada con qué afeitarse, así que bajó de nuevo al salón. En otro armario encontró unos calcetines gruesos y unas botas, que le estaban grandes. Así que se colocó dos pares de calcetines y se ató los cordones con fuerza.

«Perfecto», pensó. «Una cuerda como cinturón, y ya tengo el modelito completo».

Se fue a la cocina para desayunar, pero al ver la cafetera se quedó contemplándola sin saber qué hacer. ¿Es que a ese pueblo no habían llegado las cápsulas? Cogías una, la ponías y pulsabas un botón: sencillo. Aquella cafetera... no sabía ni por dónde cogerla.

Miró la encimera, pero no había instrucciones por ningún lado. Entonces vio el móvil. Recordó vagamente lo que la sheriff le había dicho… pero quizá no era cierto. Lo cogió, pulsando el botón de encendido y efectivamente, solo tenía un número grabado. Intentó llamar a su padre, pero le salió un mensaje de error, así que lo volvió a dejar sobre la encimera.

Oyó un par de golpes, y la puerta se abrió dando paso a Rylee.

—¡Por fin! —exclamó él—. ¿Cómo se hace el café? ¡Necesito cafeína!

Rylee lo miró de arriba abajo. Vale, la ropa le estaba enorme, de eso no cabía duda. Simon tenía razón, le haría falta nueva. Él se tocó la cara.

—Y cuchillas, tengo que afeitarme, pero no pueden ser de cualquier marca. Tengo la piel muy sensible, ¿de acuerdo?

—Sí, tranquilo, no hace falta que te afeites con un cuchillo de cazador. Ponte un abrigo, anda. Te voy a llevar al pueblo.

Él pareció aliviado. Cogió un anorak que había tras la puerta, que le sobraba por todas partes, y la siguió entusiasmado al todoterreno.

Rylee le observó mientras se ataba el cinturón. Bueno, tenía unos ojos gris pizarra muy bonitos, eso tenía que admitirlo. Pero el color tostado de su piel, y aquel corte en su pelo rubio, le daban un aspecto demasiado juvenil. Nadie se lo tomaría en serio en el pueblo como médico con esas pintas, parecía que iba a subirse a una tabla de surf en cualquier momento en lugar de hacer una receta. Se preguntó qué aspecto tendría bajo toda aquella ropa… para desechar el pensamiento al momento. Arrancó y se metió en la carretera, concentrándose en esquivar baches.

—Por cierto, hay un problema con el agua caliente —dijo él.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, que de pronto ha dejado de salir.

—¿Has dejado el grifo abierto mucho rato?

—No sé, pero, ¿qué más da eso?

—El agua caliente de la cabaña sale de un calentador, si lo gastas tienes que esperar a que vuelva a llenarse.

—¿En serio? ¡Pero eso es tercermundista!

—Pues es lo que hay.

Álex movió la cabeza, incrédulo, pero ella estaba muy seria, así que tendría que buscar la manera de no quedarse sin agua la próxima vez.

Rylee detuvo el todoterreno, y él miró por la ventanilla.

—¿Esto es el pueblo?

—Sí, el centro.

Él no dijo nada, pensando que si aquello era el centro, no quería ni imaginarse las afueras… aunque probablemente todo eran cabañas como la suya.

Se bajó de un salto, y cayó cuan largo era en la carretera. No había contado con que el suelo estuviera lleno de hielo.

Rylee dio la vuelta al vehículo, armándose de paciencia y alargó una mano para ayudarlo a levantarse.

—¡Esto es un peligro! —exclamó él—. ¿Es que no hay nadie que se ocupe de las carreteras?

—Sí, tenemos duendes que van por las noches quitando la nieve, pero por el día se esconden y no les da tiempo.

—Muy graciosa.

—Hay quitanieves, por supuesto, pero es imposible que las carreteras y las aceras estén totalmente libres de hielo. Esto es *Alaska*, no sé si te has dado cuenta.

—Sí, gracias. Tanto sarcasmo me va a matar, no sé si lo sabes.

Ella lo ignoró, señalando edificios.

—Eso es el ayuntamiento, aquello el supermercado, por allí la farmacia. Y en aquel otro está la consulta, ahora iremos. Primero vamos al bar, te presentaré a mi hermano.

—¿Tienes un hermano?

—Mellizo, ¿por qué?

—No, no, por nada.

La siguió al interior del bar, esperando que no fuera como ella, porque estaba claro que la amabilidad no era su fuerte.

La primera diferencia la vio nada más entrar, ya que le chico que había tras la barra los saludó con una sonrisa y extendió la mano hacia él amablemente.

—Hola —dijo—. Soy Brian. Tú debes ser Álex, ¿verdad?

—Sí. —Se la estrechó—. Encantado.

—No ha sido capaz de poner en marcha su cafetera —informó Rylee, ocupando un taburete—.

Álex la miró como si fuera a matarla, sentándose a su lado. No le hacía falta que nadie fuera pregonando su inutilidad.

Brian reprimió una sonrisa.

—¿Un café, entonces? —preguntó.

—Sí, por favor. Capuchino doble con leche de soja y mucha espuma, gracias.

—Ajá. —Le puso una taza delante—. ¿Algún aroma de vainilla o chocolate?

—¡Menos mal que hay alguien normal aquí! Sí, chocolate por favor. Y espolvoreado sobre la espuma, muchas gracias.

Brian le echó café negro en la taza, y después un poco de leche caliente. Álex miró a la taza, y luego a él, que a duras penas aguantaba la risa.

—Aquí solo tenemos el especial de *Alaska*: café solo o con leche.

Le dejó un par de sobres de azúcar, y Álex los mezcló rápidamente, haciendo una mueca al beberlo. Cargado estaba, eso sí, así que se iba a despertar seguro. Miró con disimulo a ver si había algo para comer, si pedía su *cronut* favorito probablemente lo mirarían como si estuviera loco, así que no quería arriesgarse.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Brian.

Álex le miró agradecido, por lo menos era más amable que su hermana. Afirmó con la cabeza, sin especificar, y Brian le puso un par de tostadas con mantequilla y mermelada. Se las comió, hambriento. Cuando terminó se llevó la mano al bolsillo, pero se dio cuenta de que no tenía cartera. Ni dinero, ni tarjetas… Carraspeó, incómodo.

—Yo… —empezó—, acabo de darme cuenta que… no tengo cómo pagarte.

—Tranquilo. —Le guiñó un ojo, señalando con la cabeza a su hermana—. El departamento de la sheriff se encarga.

—Iremos al banco luego —informó ella—. Te abriremos una cuenta con tu nombre nuevo, y pasarán allí tu sueldo de médico. Mientras tanto, yo cubro tus gastos.

—Qué bien, como si fuera tu *toy boy*. —Los dos lo miraron sin entender—. ¿No sabéis lo que es un *toy boy*? ¿Cuando una mujer mantiene a un tío? Bueno, generalmente ella tiene que ser mayor que él, pero…

—¿Me estás llamando vieja?

—No, no, era una forma de hablar… Ya me callo, ya.

Se llevó la taza a la boca, ocultándose tras ella. Rylee parecía que fuera a matarlo, y Brian pensaba que no se había divertido tanto, desde hacía mucho tiempo.

Su hermana esperó a que el chico terminara de desayunar, y se despidió de él llevándoselo de allí. Álex la siguió hasta el banco, donde abrió una cuenta, y después a lo que había sido la consulta.

Cuando entraron, él se quedó mirando a su alrededor. Aquello era más pequeño que la sala de espera de su consulta en *Los Ángeles*.

—¿Esto es todo? —preguntó.

—¿Qué más quieres? Sala de espera, consulta y sala de curas.

—Ya. —Pasó un dedo por un mueble, dejando un surco en el polvo—. ¿Y cuánto lleva sin usarse?

—El anterior doctor se jubiló hará tres o cuatro meses. Es difícil conseguir que alguien venga aquí.

—Me pregunto por qué. —Abrió un par de armarios, encontrándose carpetas y expedientes desordenados—. Esto es un desastre.

—Pues tendrás que apañarte.

—Necesitaré cosas para limpiarlo, imagino que no tengo nadie que me ayude, ¿no?

—Imaginas bien. Ahí hay un cuarto de limpieza.

Abrió la puerta, y sacó un cubo con su fregona. Álex se asomó, haciendo un gesto de asco.

—Necesito desinfectante.

—Hazme una lista y te lo traigo todo.

Le extrañaba que él fuera a limpiar aquello solo, pero decidió concederle el beneficio de la duda. Álex cogió un papel y un bolígrafo, que por suerte pintaba, y empezó a recorrer las estancias apuntando cosas.

Al final le entregó una lista, y Rylee se marchó a hacer las compras mientras él comenzaba a vaciar armarios.

Rylee tardó un par de horas en conseguirlo todo, ya que tuvo que ir a buscar algunas cosas al pueblo de al lado. Entró en la consulta cargada con bolsas, y las dejó sobre las sillas de la sala de espera.

—¿Álex?

—¡Estoy aquí!

Rylee siguió el sonido de su voz, que le había sonado extrañamente amortiguada. Entró en la sala de curas, y al principio no le vio. Tuvo que oírle de nuevo para localizarle en el suelo, bajo un armario.

Corrió hacia él, ayudándole a quitárselo de encima.

—¿Estás bien? ¿Pero qué ha pasado?

—Que no estaba clavado a la pared, eso ha pasado. —Se levantó, sacudiéndose la ropa—. He abierto los cajones de abajo, y se ha volcado por el peso. Necesitaré tornillos y un taladro, esto no es seguro.

Rylee pensaba que el que no era seguro era él, pero no lo dijo.

—Hablaré con Simon para que te ayude —contestó.

Su móvil comenzó a sonar, así que lo sacó y miró la pantalla. Era

Lena.

Lena colgó su móvil tras hablar con Rylee. Ya se había puesto en contacto con las demás después de levantarse, y no entendía cómo su amiga veía tan complicado quedar; pues a ella no le había costado nada, Kamala había respondido entusiasmada y Novalee también había dicho que sin problema, siempre que estuviera de regreso en el despacho antes de las cuatro. Se miró en el reflejo del cristal para ver qué aspecto tenía, y después pensó que daba igual, total, solo era Brian… entró empujando la puerta y echó un vistazo al local. Era grande y espacioso, y estaba bien llevado. *Sutton* no tenía apenas lugares de ocio, era demasiado pequeño, así que ese lugar asumía un gran porcentaje de la diversión del pueblo. La gente desayunaba, comía y cenaba allí, se tomaban las copas, y los sábados, si Brian estaba de humor, a veces dejaba a algún amigo suyo pinchar música. No lo hacía siempre, pero eso porque era «demasiado adulto».

Al menos le había dado una vuelta al bar y tenía buen aspecto: había pintado y cambiado un poco la decoración. Se acercó hasta la barra, donde se encontraba una mujer de unos sesenta años a la que Lena conocía bien: le sobraban unos veinte kilos, no se molestaba en teñirse el pelo canoso y tenía un mal humor permanente. Siempre se había preguntado por qué Brian se empeñaba en tener una camarera así, aunque claro, una normal no hubiera soportado más de un par de meses a un jefe tan gruñón.

—Vaya, vaya —Sophie alzó una ceja irónica al verla y dejó de limpiar la máquina de café—. ¡Pero mira quién ha decidido traer su culo de regreso!

—Hola, Sophie. —La saludó con una sonrisa y la mujer salió de la barra para abrazarla, a pesar de su gesto burlón—. Oye, estás genial.

—Estoy exactamente igual que cuando te fuiste.

—Por eso lo digo, qué te crees, la gente puede degenerar mucho en unos meses.

Sophie regresó al interior de la barra y puso en marcha la máquina.

—Te hago un café —dijo—. Pero uno simple, no me pidas cosas raras como moccachinos espolvoreados con canela y leche light.

—De acuerdo. Tengo que hablar con Brian, ¿está dentro? —Señaló con la cabeza hacia una puerta que había en un lateral del bar.

—Sí, está con la contabilidad.

—Tan excitante como siempre. —Lena hizo una mueca—. Oye, hazme un favor… si ves que tardo mucho entra a buscarme, ¿vale? Porque eso significará que Brian me está echando la bronca o algo así… «Lena, a ver si maduras…» —dijo, imitando su voz.

—Lleva razón —dictaminó Sophie sin dejar de sonreír—. Te pondré el café ardiendo. Para cuando se quede tibio te doy un grito.

Lena afirmó y se fue hasta la puerta, donde pegó un par de golpes; no esperó a recibir respuesta y se metió en el despacho de Brian. Él solo tenía la ayuda de Sophie, que hacía un poco lo que le daba la gana, y cuando ella estaba en la barra generalmente se metía allí para hacer papeles.

Brian alzó la mirada al verla; después de hablar con Rylee ya la esperaba, así que no se sorprendió demasiado. Y de cualquier manera, ella era la única que entraba sin que le dijeran adelante. Estaba guapa, algo que por descontado no pensaba decirle, y como siempre, vestida de una forma tan sofisticada que quedaba claro que aquel no era su lugar.

Decidió que todo iría mucho mejor si controlaba su cabreo y tomaba una actitud más despreocupada.

—Hombre, Lena —comentó—. No tienes pinta de arruinada. —Sonrió.

Ella fue a darle un abrazo, que resultó un poco incómodo; hacía mucho que no se veían y la última vez se habían gritado bastante, pero eso no evitaba que siguiera pareciéndole atractivo. Y además, se habían acostado muchas veces en aquella mesa, recuerdos que no ayudaban en exceso a normalizar la situación. Sacudió la cabeza, y pensó: «Demasiados meses de abstinencia».

—¿Te salen las cuentas? —preguntó, señalando los papeles con la cabeza.

—Ajá. Pero creo que tú no puedes decir lo mismo, ¿no? —Y le hizo un gesto para que se sentara—. ¿Te ha ofrecido Sophie un café?

—Sí, está en ello. —Se dejó caer en la silla—. Perdona que no te avisara anoche, es que era tarde y sé que no te gusta que te llamen a partir de las nueve.

—Muy considerada. —La miró—. Cuéntame lo de tu padre, Rylee solo me lo ha explicado un poco por encima, ¿es muy grave?

Lena le contó lo mismo que había relatado la noche anterior a su amiga sin omitir ninguna información. Brian la escuchó pacientemente sin interrumpir, aunque solo prestando una atención moderada a su problema. Su aparente tranquilidad tenía mucho de fingida, ya que cuando la miraba solo recordaba que lo había abandonado sin siquiera dignarse a llamarlo.

—¿Necesitas dinero? —preguntó cuando acabó, mientras pensaba que lo que le había sucedido era una faena y que aunque su padre no le gustaba, aquello jamás lo hubiera sospechado.

—No, por ahora sobreviviré. Mis cuentas no las han tocado, aunque claro… no puedo entrar en mi piso y es un desastre —suspiró ella—. Casi no tengo ropa, solo tuve tiempo de meter cuatro cosas y poco más.

Brian se frotó la frente, pensativo.

—Bueno, en casa tienes todo lo que dejaste… tu ropa, zapatos. Puedes venir a buscarlo —sugirió.

—Sí, le diré a Rylee que me deje su todoterreno infernal —Lena apoyó los codos encima de la mesa—. Ya miramos un día que te vaya bien, si te parece.

Él afirmó y después la miró unos segundos, buscando la mejor forma de decir lo que tenía en mente sin molestar.

—¿Has pensado… ya sabes, en buscar trabajo? —Ella afirmó—. ¿En serio? No me lo puedo creer, puede que hasta hayas madurado.

—Sabía que me dirías algo así —Lena sonrió sin parecer molesta.

—Por cierto, Lena… un día que tengas un rato me avisas y nos sentamos. Tenemos que hablar de… ya sabes, el tema de la casa. Qué vamos a hacer, cómo repartimos las cosas y todos esos temas tan aburridos.

Ella se dio cuenta de que Brian temía que aquello le diera problemas.

—Pero, ¿quieres vender? —Qué tontería, a Brian le encantaba la casa y se había molestado bastante en ponerla a su gusto.

—No, pero si nos divorciamos digo yo que habrá que hacerlo, ¿no? La mitad es tuya —observó él.

Lena se encogió de hombros.

—Ya encontraremos otra solución que no implique venderla. Total, ahora mismo tampoco me iba a solucionar el problema —contestó.

Brian alzó una ceja. Estaba arruinada, sin trabajo y sin padre que la mantuviera, y le parecía que la mitad de una casa no le iba a solucionar el problema… porque ni se le pasaba por la cabeza utilizarlo como entrada de un apartamento y pedir una hipoteca para el resto. Claro, si no le daban el piso ya pagado en bandeja no tenía gracia… En fin, si se lo sugería seguro que terminaba quedando como el malo, así que se calló.

—Y sobre el divorcio… —empezó ella y el chico aguardó—, ¿tú crees que podríamos ir a hablar con Harry para que nos ponga al corriente de cómo va?

—Sí, claro. Lo llamo hoy mismo, no te preocupes.

—Genial —Lena le dedicó una sonrisa radiante y se recostó en la silla— Bueno, ¿y qué tal todo lo demás? ¿Tu hermana está bien?

—Sí, ¿por qué?

—Por dios, Brian, tiene un gato llamado Señor Lewandovsky…

—Ya, bueno. Los encontró dentro de su motor hace unos meses, y le dio pena llevarlos a un veterinario.

—Está muy seria, más de lo normal.

Brian se encogió de hombros, sin saber qué decirle. Su hermana siempre había sido un poco arisca, y sí que se había dado cuenta de que últimamente no hacía otra cosa que trabajar. Pero cuando sacaba el tema, ella decía que estaba bien y que no se preocupara.

—Bueno, da igual —siguió Lena—. He vuelto, así que intentaré espabilarla.

—Tú misma.

Si alguien podía hacer reaccionar a su hermana, era Lena, así que, no dijo nada más. Con que consiguiera sacar a Rylee de casa para algo más que trabajar, se daba por satisfecho.

Capítulo 3

Rylee había perdido mucho tiempo con Álex y casi era la una y media, la hora a la que Lena le había dicho que estuviera en la puerta del restaurante, así que aceleró para no llegar muy tarde. Cada vez la desesperaba más aquel joven, era tan torpe que comenzaba a preocuparle seriamente su seguridad… a ese paso no haría falta que viniera nadie de la mafia a matarlo, lo haría él solito en alguna de sus torpezas.

Llegó a la puerta del restaurante a tanta velocidad que le faltó poco para llevarse a su amiga por delante. Lena pegó un salto de forma ágil para esquivarla y se aproximó a la puerta.

—Vaya maneras de conducir, sheriff —criticó.

—Perdona, es que me he entretenido. —Saltó del coche y cerró con llave—. ¿Todavía no han llegado las chicas? —Ella negó—. Bueno, mejor, así me da tiempo a que se me pase el acelerón. ¿Ya has estado con Brian?

—Sí, todo muy civilizado y correcto. ¿Ves? Puedo comportarme como una adulta cuando quiero. —Lena le guiñó un ojo.

Rylee iba a preguntar si no consideraba siquiera la idea de no divorciarse cuando vio a dos chicas a lo lejos; Lena empezó a saludarlas pegando saltitos y ellas respondieron de la misma forma, acercándose a toda prisa. Rylee sonrió mientras las veía llegar… aunque a veces pasara tiempo sin verlas le sucedía como con Lena: nada cambiaba. Se conocían todas hacía tanto tiempo que no importaba, una vez se juntaban parecía que jamás se hubieran separado. Novalee iba con un traje que la hacía parecer aún más flaca

de lo que era; tenía treinta años, como todas, una melena lisa oscura a juego con sus ojos y un rostro agradable. Kamala apareció vestida de colores chillones, algo habitual en ella, y que hacía que no pasara desapercibida: bajita, de figura redonda y con rasgos indios, no necesitaba esos tonos para llamar la atención. Aunque le daba lo mismo, tenía una personalidad fuerte.

—¡Lena! —gritaron las dos a la vez acercándose a abrazarla.

La rubia aceptó las muestras de cariño sonriendo.

—¡Pero bueno! —Kamala la hizo girar con una mueca—. ¿Por qué estás tan delgada, zorra? No puede ser, estoy harta de ser la más gorda de las cuatro. Voy a tener que ponerme a dieta pero ya.

—Pues mira, puedes empezar comiendo ensalada —sugirió Novalee, que estaba estrechando a Rylee cariñosamente.

—No, hoy ya no cuenta. Mañana empiezo —Kamala negó y luego miró otra vez a Lena—. Chica, te has tirado seis meses sin dar señales de vida, estoy muy contenta de que hayas vuelto. Cuando no estás, la sheriff apenas asoma la nariz fuera de su comisaría.

—¿Vamos a comer? —preguntó Rylee, dándole un golpecito afectuoso a la morena—. Me muero de hambre.

Todas asintieron, así que entraron al restaurante. Lo cierto era que les pillaba un poco a desmano, pero no había mucho donde escoger en *Sutton* y Rylee no quería que Lena tuviera que ver a su hermano más de lo necesario, por eso estaban allí. Conocían a quiénes llevaban el lugar, por supuesto, así que se entretuvieron un rato saludándolos y la dueña, una mujer de unos cincuenta años, se aproximó con las cartas una vez estuvieron sentadas.

—Chicas, no sabéis cómo me gusta ver que seguís siendo tan amigas aunque pasen los años —dijo con expresión nostálgica—. Y eso a pesar de todos vuestros problemas —siguió, mientras ellas intercambiaban una mirada—. Por cierto, Kamala, ¿ya has encontrado trabajo para todo el invierno?

—No, señora Roark —dijo ella, escondiendo la cabeza en la carta mientras estudiaba el menú.

—Bueno, si me entero de algo te lo digo. —la mujer sonrió comprensiva—. Es que turismo no era la mejor carrera para estudiar, pero todos cometemos errores…

—Sí, claro —masculló Kamala.

—No te preocupes. —Le apretó el hombro con cariño—. Hay cosas peores para estudiar. Mira Lena, por ejemplo, ¿quién estudia diseño hoy en día? Todos sabemos que es una carrera que no sirve para nada… — Lena alzó la ceja y Rylee y las demás trataron de controlar las carcajadas—. Aunque claro, con ese padre que tienes tampoco importaba demasiado. Es una pena que ahora estés arruinada y a punto de divorciarte, ¿ha sido infidelidad?

Lena cerró la carta de golpe.

—Oiga…

—¿Cuál es el menú de hoy, señora Roark? —se apresuró a preguntar Novalee, que conocía de sobra a su amiga.

—Ah, sí. —Ella sonrió ampliamente—. Tenemos pasta con una salsa estupenda. Y no te preocupes, querida, apenas tiene grasa. Para que veas que nos preocupamos mucho por la gente que ha tenido desórdenes alimenticios como tú…

Novalee la miró sintiendo ganas de pegarle un puñetazo, y Rylee carraspeó para llamar la atención de la mujer, porque si continuaba hablando corría el riesgo de que alguna le soltara cuatro palabras fuera de tono.

—¿Pasta? —Y miró a sus amigas, aunque no esperó confirmación —. Pasta entonces, y muchas gracias por atendernos. Siempre es un placer verla.

—De nada, querida, también es un placer para mí. Siempre se lo digo a mi marido, que sois unas chicas encantadoras… ni él ni yo nos explicamos cómo puedes seguir soltera todavía. —Le dio unas palmaditas en el hombro que pretendían ser de compasión—. Aunque si te espabilas aún estarás a tiempo de tener niños, ¿sabes? Treinta años no son tantos, y por cierto, ¿quién es ese joven con el que

andabas por el pueblo esta mañana?

Rylee se calló de golpe, sintiendo las miradas de sus tres amigas sobre ella. Joder, si es que *Sutton* era un maldito agujero, no podías ni rascarte la cabeza sin que todo el mundo se enterara.

—Para mí una ensalada, gracias —dijo Lena, estampándole la carta en los brazos y haciendo algo de fuerza para que retrocediera—. Que si no luego el *cardiofunk* es una tortura.

La mujer captó la indirecta y se marchó tras recoger el resto de los menús. Todas suspiraron cuando al fin desapareció de su vista.

—Qué mujer —refunfuñó Kamala—. Es como un patio de porteras, no entiendo cómo se enteran de todo tan pronto. —Miró a Rylee—. Ya nos estás poniendo al día, ¿hay un chico en tu vida? Porque si lo hay y no nos has dicho nada…

—¡Que no! —exclamó ella—. O sea, es solo…bueno, es un chico que se ha trasladado desde California.

—¿Qué dices? —preguntó Novalee, dando un sorbo a su copa de agua—. ¿De California, nada menos? Pues menudo cambio tan radical, tiene que estar muy desubicado.

—¿Y está bueno? —preguntó Kamala rápida como el rayo y ellas sonrieron—. Ya sabéis que yo no pierdo oportunidad alguna. Encima en este lugar no es que haya mucho donde elegir.

—No empieces con tus quejas de siempre —la cortó Lena y se volvió hacia la pelirroja—. ¿Cómo es? Queremos una descripción detallada, ya sabes, de las nuestras.

Rylee hizo una mueca, tratando de recordar al chico que había visto esa mañana y no al que había bajado del avión vomitando.

—Pues… —empezó—. Es alto y…

—¡Una descripción de las nuestras! —exclamó Kamala—. Como las que hacíamos cuando íbamos a secundaria y nos gustaban todos los tíos.

—Vale, vale. —Rylee se sentía absurda, pero aquello era una especie de tradición entre ellas, así que hizo el esfuerzo—. Intentaré novelarlo como antes… tiene aspecto de surfista, o sea, pelo rubio oscuro y con un corte desigual, ensortijado, un poco largo por aquí y un poco corto por allá. También parece carne de gimnasio, pero no lo sé fijo porque vestido con jersey no he podido apreciarlo bien… ah, y tiene los ojos de color gris.

—¿Qué tono de gris? —quiso saber Novalee.

—Y eso qué importa, gris.

—No, pueden ser gris claro, gris marengo…

—¡Son grises y punto!

Rylee tuvo que callarse porque apareció de nuevo la señora Roark con una fuente que depositó en medio de la mesa. Permaneció allí, esperando que le hicieran cumplidos por el aspecto de su pasta, así que a ellas no les quedó más remedio que decir que tenía una pinta buenísima.

—Oh, gracias —ella fingió modestia y se agachó hacia Lena—. Querida, espero que no te importe pero no te he hecho la ensalada… sinceramente, he notado que has perdido peso y ahora lo que necesitas es comida casera. —Se levantó—. Llamadme si necesitáis algo.

Y se fue sin esperar respuesta.

—Odio a esta mujer —refunfuñó Lena—. ¿Por qué hemos venido aquí?

—Por ti —le recordó Rylee.

—Pues casi que prefiero aguantar a tu hermano, no creas.

—Hablando de eso —dijo Kamala mirándola—, ¿podemos preguntar sobre eso?

—Diez minutos —respondió ella.

Rylee empezó a servir pasta en los platos, alegrándose de que hubieran cambiado de tema. Uno, porque no se le había ocurrido otra excusa buena de por qué andaba con Álex y no sabía si ellas se tragarían lo de que fuera sustituto del doctor jubilado, aunque esperaba que sí… y dos, porque una descripción tan detallada podía evidenciar que lo había estado mirando más de lo estrictamente necesario. Que era cierto, y no hubiera pasado nada porque ellas lo supieran, pero tampoco había nada especial que contar. Prefería no crear falsas expectativas románticas, conocía a sus amigas y eran de las que después le tirarían indirectas al chico, o se pondrían a parpadear imitándola, o…

—¿En serio te divorcias? —escuchó decir a Kamala y se reenganchó a la conversación, ya que el tema le interesaba.

—Lo intento —respondió Lena con una mueca y miró a Novalee—, aunque tu jefe no parece que esté poniendo mucho empeño en acelerar el proceso.

—A mí no me metas en tus líos. —Novalee alzó las manos, negando con la cabeza—. Sí, soy abogada y sí, trabajo con Harry, pero nada más. Yo no llevo tu caso.

—Pero oye. —Kamala le dio en el brazo a la morena para que se callara—. ¿Entonces lo dejas libre?

—Sí, totalmente. —Lena le dedicó un gesto burlón—. Mira, ya que estás tan obsesionada por buscar marido, ¿por qué no pruebas con él? Tiene madera de eso.

—Ya, claro, como fuera a fijarse en mí —refunfuñó Kamala.

Lo dijo sin malicia, Lena y Rylee siempre habían sido las llamativas del grupo y ella y Novalee casi siempre se quedaban con todos esos que se acercaban y no conseguían lo que buscaban. Rylee seguía soltera porque pasaba de novios, y Novalee ya estaba casada; pero ella no, y eso la hacía sentir frustrada.

—Oye, nunca se sabe. Hay tíos que cuando se separan buscan justo lo contrario. —Lena la estrujó cariñosamente—. Y tú eres justo lo

contrario, ¡india gordita!

—Déjame, bruja.

—Rylee —intervino Novalee, haciendo que la pelirroja la mirara—, entonces, ¿quién es ese chico?

—Ah. —Ella se llevó el tenedor a la boca y lo soltó maldiciendo de lo que quemaba—. Pues será el nuevo médico del pueblo.

Todas dejaron de comer para mirarla.

—¿En serio? —preguntaron Kamala y Lena a la vez.

—En serio.

—¿Vamos a tener un médico joven y guapo? No, esto no puede estar pasando, eso solo ocurre en las novelas románticas. —Kamala meneaba la cabeza sin creérselo.

—¿Y viene desde California? —preguntó Lena con curiosidad—. ¿Qué pasa, no había otro doctor más cerca o qué?

—Chicas. —Kamala dio un par de palmadas—. Ahora que estamos otra vez las cuatro juntas, y que Lena va a quedarse una temporada, ¿qué os parece si salimos el sábado? Por favor, hace mucho que no me tomo unas copas y tengo ganas de bailar. —Las miró interrogante.

A Rylee aquello le apetecía tanto como hacer el *cardiofunk* de su amiga, pero cuando Kamala ponía aquella carita era como decir no a un enorme oso de peluche, así que asintió resignada.

—Vale, este fin de semana no tengo guardia.

Los fines de semana ella y Simon hacían turnos con los sheriff de pueblos cercanos, y generalmente les tocaba trabajar uno al mes.

—Hecho —dijo Lena—. Una buena borrachera, eso es lo que necesito. Y bailar mucho.

—Yo creo que no tenía ningún plan especial con Alan —comentó

Novalee—, así que en principio me apunto. Pero nos veremos antes durante la semana, ¿no?

Kamala miró su plato de pasta, relamiéndose.

—La señora Roark será una harpía, pero qué bien cocina —murmuró y después carraspeó—. Por cierto, si sabéis de algún trabajo me avisáis. Porque ahora en otoño ya no hay nada y tengo que mantener este cuerpo.

Todas sonrieron al escucharla. Terminaron de comer charlando amigablemente, y después cada una se marchó por su lado.

Rylee regresó a la consulta, donde Simon se encontraba ayudando a Álex a taladrar los armarios a la pared. No parecían necesitar su ayuda, así que los dejó solos y se fue a hacer una ronda por el pueblo.

Cuando volvió a buscarlo ya eran casi las ocho, y se sorprendió al ver el cambio en la consulta. Había movido todos los muebles para poder limpiar, y los había recolocado para tenerlo más a su gusto. Tenía todos los expedientes amontonados encima de la mesa del despacho, y estaba ordenándolos con ayuda de Simon.

—Veo que habéis estado muy entretenidos —dijo.

—Sí —contestó su ayudante—. Aún nos queda un rato, pero vete a casa si quieres, ya lo llevo yo.

—De acuerdo. ¿Mañana a las ocho te parece bien?

—Sí —dijo Álex, colocando unos folios—. Cuando empiece con la consulta vendremos antes, ¿vale?

—Sin problema. —Estaba sorprendida, pero no lo dijo—. ¿Qué día crees que podrás empezar?

—El lunes, prefiero terminar aquí antes y mirar los historiales de la gente, para hacerme una idea.

Aquello la sorprendió aún más. Afirmó con la cabeza y se despidió, dejándoles continuar con lo que estaban. Solo esperaba que realmente

supiera lo que hacía, y no acabara enviando a alguien al hospital.

Se marchó a su piso y abrió la puerta, pensando en prepararse la cena y tumbarse un rato en el sofá; pero entonces recordó que tenía a Lena en casa, así que olvidó al momento esa idea. No la veía cocinando nada, y seguro que ni de broma la dejaba vegetar viendo la tele, y no andaba desencaminada. Del salón salía música, así que cerró y se asomó; su amiga estaba allí con el pelo recogido, y un top y un pantalón diminutos. Al verla se detuvo.

—¡Hola! —saludó, sin que al parecer el ejercicio le hubiera restado energía—. ¿Qué tal te ha ido la tarde?

—¿Sabes la hora que es? —Rylee alzó el reloj—. No puede ser bueno hacer deporte tan tarde.

—¿Sabes lo que oigo? Bla bla bla —e imitó una serie de gruñidos —. Te pasas tanto tiempo sola que te estás convirtiendo en *el Grinch*. Y eso no puede ser, eres muy joven para que tu vida se resuma en trabajar y llegar a casa para ver la tele con tus gatos.

—¿Y tu propuesta es que me mate a hacer ejercicio?

—Esto no es ejercicio, ¡es *cardiofunk*! Es divertido. Bailas, liberas endorfinas y mejoras el tono muscular y el ritmo, las piernas y el culo se te ponen duros… ¿quieres intentarlo?

—¿Hablas en serio?

—Pues claro que hablo en serio. Mira que si al final ligas con ese médico nuevo te viene bien saber moverte. —Le dedicó una de sus mejores sonrisas, que le iluminaba la expresión.

—No me pongas esa sonrisa, conmigo no funciona… —Paseó la vista por su salón y descubrió un montón de bandas de tela en el suelo apiladas, así que puso cara interrogante—. ¿Y eso?

—Oh. Eso es para el *aeroyoga* —informó Lena, deteniendo la música—. Espero que no te importe, es sencillo de montar y no estropea el techo ni nada por el estilo. Te enseñaré como se hace, en mi opinión no te vendría mal relajarte un poco.

Rylee suspiró. Estaba claro que Lena no pensaba dejarla en paz, y puestos a elegir, el yoga le sonaba mucho más tranquilo que el *cardiofunk*, de manera que afirmó con cansancio.

—Estupendo —sonrió su amiga—. Pues rebusca en tu armario hasta encontrar una ropa con la que puedas moverte y no ese saco que llevas. ¿Tienes hambre? He preparado la cena.

—¿Qué? —La siguió hasta la cocina sin salir de su asombro—. Esto sí que no me lo esperaba, Lena, ¿en serio has cocinado?

—Sí. Pero todo es comida sana.

—Vaya, qué bien —masculló Rylee.

—Eh, no pongas mala cara antes de ver qué tal.

Rylee la observó moverse por la cocina, aliñando una ensalada y poniendo en los platos cosas que jamás hubiera comido a menos que se encontrara en mitad de un bosque muriéndose de hambre, pero no protestó. Al fin y al cabo, lo que contaba era la intención, aunque ya veía que su nevera iba a languidecer sin nada apetecible… Carraspeó para llamar su atención.

—Oye, ¿y lo del trabajo?

—Sí, sí, estoy en ello. Pero es que no hay muchas cosas que pueda hacer aquí, casi todo lo que he visto es en otras ciudades y ya sabes que me quitaron el coche —se excusó la rubia, sin dejar de trastear por la cocina.

La pelirroja se aproximó para echar una mano, cogiendo platos y servilletas.

—¿Has pensado en retomar el diseño? —preguntó.

En realidad, Lena nunca se había dedicado a ello a pesar de haberlo estudiado. Simplemente, le gustaba dibujar y hacía unos bocetos con diseños de ropa geniales, pero era más por gusto que como trabajo. O sea, lo hacía cuando le apetecía, sin más, y aunque hacía tiempo Brian le había hecho un estudio pequeño en su casa, ella

nunca había sido constante en ese tema. Rylee había pensado que quizás fuera un buen momento para que se lo tomara en serio, era buena en ello y con los contactos de su padre seguro que entraba rápido en algún sitio.

—No —estaba diciendo Lena—, ya sabes que eso funciona por inspiración. Además, no tengo material aquí.

—Llévate el tuyo de casa, ¿no? ¿Lo dejaste? —Ella afirmó—. Pues vas un día y lo coges.

—Por cierto. —Lena se dio la vuelta tendiéndole la ensalada—. Tu hermano está ansioso porque me lleve mis cosas, ¿te importa acercarme algún día de la semana que viene? Le diré a nuestro querido panadero que me guarde unas cuantas cajas.

—Claro. Tendrá que ser a la hora de la comida, tengo libres un par de horas… vamos, recogemos unas cuantas y te traigo de vuelta —sugirió Rylee—. Si a Brian le parece bien.

—Ha sido idea suya. Eh, hola, gatitos. —Lena se agachó para tratar de acariciar a uno de ellos, pero este escapó para ocultarse tras las piernas de su dueña—. Llevo todo el día tratando de hacer amistad con ellos, pero son un poco ariscos, ¿no?

Rylee detectó aquel intento de escaqueo y eso la hizo alzar una ceja.

—¿Qué tal vuestra charla? No quise preguntarte en la comida delante de todas. —La pelirroja llevó los platos al salón y se sentó en el sofá, estudiándola.

—Rylee… si no te importa, prefiero no hablar del tema. —Y le lanzó una mirada que reconoció al momento, donde le dejaba claro que no comentaría nada al respecto—. ¿Qué tal la ensalada?

Ella aceptó su negativa y pinchó el tenedor; después de un par de bocados, afirmó, un poco sorprendida de que fuera comestible. Lena se recostó en el sofá con una sonrisa de orgullo, y el resto de la noche la pasaron charlando de temas sin importancia.

Capítulo 4

Rylee llegó a la cabaña de Álex a la ocho en punto. Pitó y esperó a que él saliera, vestido con otro de aquellos enormes jerseys. Se puso el anorak al entrar en el coche.

—Estoy helado —dijo él—. Pasamos por donde tu hermano, ¿no?

—Sí, yo tampoco he desayunado.

Emprendió el camino hacia el pueblo. Él se frotó las manos para entrar en calor.

—Necesito ropa —dijo—. ¿Dónde puedo comprar? O que alguien me preste, me da igual.

—Yo compro por catálogo, puedes pedir ahí.

Él la miró como si estuviera loca, pensando que le estaba tomando el pelo, pero Rylee estaba muy seria.

—¿Es que no hay tiendas en este pueblo?

—Sí, una. Pero es más cómodo así. —Señaló el asiento trasero—. Ahí tienes uno, me dices lo que quieres y te lo pido.

Álex lo cogió, hojeándolo desesperado. Ahí no había nada remotamente normal, todo era de tonos neutros y de aspecto rústico.

Rylee aparcó junto al bar, y esa vez él bajó con extremo cuidado para no resbalarse. La miró triunfante, pero ella ya estaba entrando sin hacerle caso, así que la siguió.

Se sentaron en la barra. Brian preparó la cafetera, poniendo tazas para los tres, y cuando lo sirvió, Álex se quedó mirándolos. Los dos se

echaron la misma cantidad de café, cogieron la taza igual y bebieron a la vez, con el mismo gesto de satisfacción al tragarlo.

—¡Sois igualitos! —exclamó, sin poder evitarlo.

Los mellizos lo miraron, con el mismo ceño fruncido.

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—No, a nada, sin más.

Brian preparó las tostadas, y cuando hubieron desayunado los tres, Rylee lo acompañó hasta la consulta.

—Sé llegar solo —dijo él.

—Ya, pero sabes que tengo que controlar lo que haces, así que… Enviaré a Simon para que coma contigo, ¿de acuerdo?

—Como quieras. Por cierto, he estado pensando una cosa. —Ella le miró, expectante—. ¿Sería posible contratar una recepcionista? Ya sabes, para encargarse de las citas y atender a la gente cuando llega.

El primer impulso de Rylee fue decir que no, pero luego se dio cuenta de varias cosas. Para empezar, la gente siempre se había quejado del desastre que era el anterior médico… Que sabías cuándo ibas a la consulta, pero nunca cuándo ibas a salir. Y por otro lado, no parecía algo muy complicado de hacer, a Lena podría interesarle.

—Lo consultaré, tengo que ver si hay presupuesto —contestó.

—Gracias.

Entró en la consulta, y Rylee se fue a su oficina. Simon estaba revisando las armas, así que ella se metió en su despacho e hizo unas cuantas llamadas. Resultó que siempre había habido presupuesto para un médico y una asistente, pero nunca lo habían utilizado. Así que pidió que le enviaran la documentación correspondiente, y llamó por teléfono a Lena.

—Hola —saludó—, ¿estás muy liada?

—No, ¡ay!

—¿Qué pasa?

—Nada, aquí Kurt Russel Crowe, que no quiere que me siente en el sofá.

—Solo Russel Crowe, gracias. Tranquila, ya se acostumbrarán a ti.

—No estoy yo tan segura de eso, pero bueno. Dime, ¿qué querías?

—Tengo un trabajo para ti, ¿te interesa? —Se hizo el silencio al otro lado de la línea—. ¿Lena? ¿Sigues ahí?

—Eh… Sí, sí, es que… pensaba que no habría nada, y menos tan rápido. ¿Qué es?

—Recepcionista, en la consulta del nuevo médico. No tiene ninguna complicación, ya lo verás.

—¿Y cuándo empezaría?

—El lunes, pero si quieres pásate por ahí en un rato y así lo conoces, y que te explique él.

—Vale, voy para allá.

Se moría de curiosidad por conocer al californiano, así que batiendo su propio récord, en media hora estaba vestida y en dirección a la consulta.

En la entrada se encontró con Rylee, que la estaba esperando en la puerta.

—Cuando quieres, bien que corres… —comentó.

—Sí, ya, venga. ¡Preséntamelo, no me tengas aquí fuera congelándome!

Rylee movió la cabeza, y abrió la puerta para que pasaran las dos. Álex se asomó desde el despacho al oírlas, y sonrió encantadoramente al ver a Lena.

—Hola —saludó, acercándose—. Creo que no nos han presentado.

—Soy Lena —dijo ella, estrechándole la mano—. Y tú…

—Álex Gr… Madison.

—¿Grmadison? ¿Es extranjero?

—Madison, perdona. —Carraspeó—. Gr, gr, es que estoy un poco ronco.

—Lena te va a ayudar con la recepción —informó Rylee.

—¡Qué bien! —Le guiñó un ojo—. Así no hace falta poner adornos, contigo aquí ya se ilumina la habitación.

Rylee miró al techo, alucinada, pero Lena se rió tontamente y le dio un golpe amistoso en un hombro al chico.

—Eso no te va a funcionar conmigo, pero a las señoras de por aquí seguro que te las llevas de calle —dijo—. Qué majo eres. Rylee, y tú sin decirme nada.

Ella movió la cabeza, retrocediendo.

—Mejor os dejo solos. Luego os veo.

Se marchó a toda prisa, y Lena movió la cabeza.

—No le hagas caso, es un poco seria —dijo.

—Sí, ya me he dado cuenta. Estoy archivando, ¿qué tal si me ayudas con eso?

—Claro.

Le siguió hasta el despacho, y Álex le explicó cómo las estaba ordenando. Lena cogió un par de expedientes, y entonces vio el catálogo de ropa. Lo cogió, mirándolo a él.

—¿Y esto? —preguntó.

—Ah, eso. Pues nada, que le he pedido a la sheriff ropa y me ha dicho que la compre ahí.

—¿Eh? —Lo hojeó—. Pero esto es absurdo, y… ¿Por qué llevas ropa cinco tallas más grande? ¿No has traído maletas?

Álex se quedó callado unos segundos. Claro, ella no podía saber que se lo habían llevado de su casa y arrastrado hasta allí sin darle tiempo a coger nada…

—No, es que… me las perdieron en el aeropuerto, y… bueno, esto es lo que he encontrado en la cabaña que me han… donde vivo.

—¡Pues eso no puede ser! —Álex se sobresaltó, ante el énfasis con que ella lo dijo—. Tú te vienes de compras conmigo, y arreglado.

—¿En serio me harías ese favor? Aunque no sé si a Rylee le parecerá bien.

—¿Y eso qué más te da? Es la sheriff, pero no tienes que hacer todo lo que te diga.

—Vale, pues si no te importa…

—¡Claro que no! Ya verás qué bien lo pasamos, ¿mañana por la mañana te viene bien?

—Sí, pero no tengo coche. Tendría que avisar a Rylee a ver si puede traerme al pueblo.

—Seguro que podrá, tú no te preocupes por eso. Ya hablaré yo con ella.

Parecía tan convencida, que Álex no discutió más. Siguieron archivando un rato más, hasta que llegó la hora de comer.

—¿Vamos a picar algo? —preguntó Lena.

Él dudó unos segundos, sin saber si debía esperar a Rylee o Simon. Pero en aquel momento entró el chico, así que no dijo nada.

—Hola —saludó Simon—. ¿Qué tal, Lena? Cuánto tiempo sin verte por aquí.

—Sí, ya sabes. Echaba de menos este lugar tan lleno de vida.

—Iba a comer al bar, ¿os venís?

Tampoco es que hubiera muchas más opciones, así que Lena afirmó con la cabeza y se fueron los tres al otro lado de la calle.

El bar estaba sorprendentemente lleno de gente comiendo, y encontraron una mesa en una esquina.

Sophie se acercó para tomarles nota, y frunció el ceño al ver a Álex.

—Así que eres tú el nuevo —dijo.

—Sí, yo…

—Ya te ha costado hacerte ver. Brian me ha dicho que has venido a desayunar un par de veces, pero hay más gente en este pueblo, ¿sabes? Y si vas a ser nuestro médico, qué menos que presentarte.

—Sí, pero…

—Nada, no tienes excusa. En fin, ¿qué vais a comer? Aquí que sepas que no hay cosas raras, ¿de acuerdo? El especial de hoy es filete con patatas, y eso es lo que os voy a poner.

—¿Qué ensaladas tenéis? —se atrevió a preguntar él.

—¿Ensalada? —Lo miró como si la estuviera insultando—. ¿Con este frío?

—Sophie, seguro que algo puedes hacer… —dijo Lena—. A mí me gustaría algo ligero también. ¿Unas verduras a la plancha?

Álex afirmó efusivo, totalmente a favor de la propuesta. Sophie les miró de forma alternativa, y acabó yendo a la cocina refunfuñando por lo bajo. Pero un rato después apareció con dos platos de verduras para ellos; y, para Simon, el susodicho filete con patatas, que se salía por los bordes del plato. Álex miró el plato del chico alucinando.

—¿Pero ese filete de qué es? —preguntó—. ¿De brontosaurio?

—El frío desgasta mucho. Ya me pedirás carne otro día, y veremos si te doy —replicó Sophie, alejándose muy digna.

—No le hagas caso —dijo Simon, metiéndose un trozo de carne en la boca—. Ladra mucho, pero no muerde.

Álex se preguntó si sería familia de Rylee, pero no lo dijo y se comió las verduras con cara de satisfacción. Después él y Lena regresaron a la consulta, y siguieron trabajando. Para cuando Rylee apareció, prácticamente habían terminado de ordenar todos los armarios.

—¿Estás listo? —preguntó ella.

—Sí, en un segundo. Quiero llevarme unos cuantos para leerlos tranquilo.

Se metió en el despacho, y Lena recogió sus cosas.

—Bueno, pues me voy a casa —dijo—. Ah, por cierto. Mañana vamos a llevarlo de compras, ¿vale?

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Pobre hombre, Rylee, no puede ir con esa ropa por ahí, parece cualquier cosa. Mira, aviso a las chicas y así vamos todas juntas, ¿vale? Les diré que a las once en la tienda de Ellen Sue.

—Pero…

—¡Te veo mañana, Álex! —gritó ella.

—¡Vale, Lena! —contestó él desde el interior.

Y Lena se escabulló con rapidez, antes de que Rylee buscara excusas para no aparecer al día siguiente.

Álex salió con unas cuantas carpetas bajo el brazo, y siguió a Rylee hasta el coche.

—Estamos avisando a todo el mundo de que el lunes empiezas —dijo ella.

—Perfecto, lo tengo casi todo listo ya.

No dijeron nada más en todo el viaje, Rylee concentrada en la carretera y él en los expedientes. Cuando paró frente a la cabaña, le miró con gesto fastidiado.

—Mañana te cojo a las diez y media, ¿vale? —dijo ella—. Ya me ha dicho Lena que ha quedado contigo.

—Sí, ha sido muy amable.

«No como otras», iba a añadir, pero se lo pensó mejor y solo se despidió antes de bajar del coche.

Capítulo 5

Rylee se encontraba en la calle, cruzada de brazos, mientras esperaban a que llegara Lena. No era que acompañar a Álex de compras le resultara muy apetecible, pero después de observar lo lamentable que le quedaba la ropa, y de que él protestara por lo fea que era la del catálogo, se había resignado. Menos mal que su amiga cargaría con casi todo el peso de aquel trabajito, ella se sentía incapaz.

—Ya empezamos con la falta de puntualidad… —refunfuñó y justo en aquel momento sonó su móvil, así que respondió—. Llegas tarde —dijo—. Vale. Sí, las esperamos aquí, sin problema. Date prisa. —Y colgó.

—¿Esperamos a quién? —quiso saber Álex rápido.

—A mis amigas —replicó Rylee.

—¿Más amigas, aparte de la rubita? Bien, bien —Él se frotó las manos, satisfecho, mientras la joven contenía las ganas de pegarle un bofetón—. A las chicas se les da bien lo de la ropa. Bueno, excepto… —La observó de arriba abajo, pero tuvo la buena intuición de no continuar, sobre todo al ver su ceño fruncido—. Cuéntame algo de ellas, ¿son amigas de las de siempre?

—Ajá.

—Cuidado, no te explayes tanto.

—¿Y qué quieres que te diga? Nos conocemos desde la guardería, sí. —Vio que el joven esperaba algo más de información—. ¡Vale! Está Lena, y Novalee, que es abogado y un encanto… y Kamala.

—¿Y ese nombre?

—Porque es india, inteligente.

—India —repitió él con interés—. ¿Y son solteras? ¿Marchosas? ¿Les gusta enrollarse con chicos? No te ofendas, pero pensaba que en este lugar no había más tías, aparte de la señora antipática que trabaja con tu hermano y tú.

Rylee le lanzó un golpe en pleno estómago que lo hizo encogerse.

—Sophie no es antipática —defendió—, solo trata a la gente como se merece, y con mis amigas, cuidado. Además, Novalee está casada —acabó.

Álex se quedó frotándose la zona mientras Rylee hacía lo mismo de manera disimulada con su mano. Joder, qué duro estaba ese estómago… Él pensó en sacar algún otro tema de conversación, desde pequeño los silencios le resultaban incómodos, pero a Rylee parecía que no le importaba lo más mínimo y continuaba manteniendo su gesto hosco, como si su sola presencia ya fuera una pesadilla. Soltó un suspiro de alivio cuando vio llegar a Lena a lo lejos.

—Al fin, alguien normal —suspiró.

Rylee ignoró su observación y le dio la espalda a propósito. Saludó a Lena cuando esta llegó a su altura con su característica sonrisa.

—¡Hola! Perdón por el retraso —se excusó—. ¿No han llegado las chicas? Hola, doctor surfista —saludó a Álex—. ¿Listo para librarte de ese *look* de leñador?

—Y tanto que sí. —Álex se miró—. No creo que ni en la América profunda puedas encontrar harapos como estos. —Miró a la pelirroja con gesto de disculpa—. Agradezco la intención, pero…

—¿Que agradeces qué? —intervino Lena—. ¡Rylee no tiene ni idea de ropa, solo tienes que mirarla!

Esta le dio un codazo a su amiga, acercándose para susurrar:

—¡No me desautorices delante de él!

—Vale, vale, entendido. —Lena carraspeó—. ¡Eh, por allí vienen! —Y empezó a hacer gestos para que los vieran.

Sus dos amigas se aproximaron y Álex les echó un vistazo de lejos con interés. Él estaba acostumbrado a las chicas de California, que solían ser bastante despampanantes, pero cierto era que el hecho de que hubiera pocas hacía que las presentes cobraran mayor valor. La morenita era algo flaca para su gusto, además Rylee ya le había dicho que estaba casada, y la india… se había hecho otra idea diametralmente opuesta. Ellas llegaron hasta él, con un par de sonrisas amplias, y Kamala tomó al momento el control de la charla.

—Ya estábamos deseando conocerte, Álex, hemos oído hablar de ti —dijo.

—Ah, ¿sí? —Y miró a Rylee pensando que seguro que no había dicho nada bueno—. Bueno, igualmente es un placer, ¿tú eres la amiga india? —Acababa de sufrir una decepción, pues había esperado una chica india del tipo de las que salían por la televisión.

Kamala puso una cara que venía a decir «¿acaso ves alguna otra india por aquí?» y acto seguido se giró hacia Lena.

—¿La ves? —preguntó y la rubia puso los ojos en blanco—. La tiene puesta, ¿a que sí? ¿Novalee?

Esta también empezó a sacudir la cabeza mientras Álex las observaba a todas sin entender nada y pensando que estaban un poco locas.

—Sí, es esa mirada —acusó Kamala, dirigiéndose a él.

—Perdona, ¿qué mirada?

—La mirada Freida Pinto. —Ella parecía malhumorada.

Álex se volvió hacia Rylee para averiguar si aquella chica tan bajita le estaba tomando el pelo y no pillaba la broma, pero esta se limitó a encogerse de hombros.

—¿La mirada qué? —repitió.

—La mirada Freida Pinto. ¡Sí! Ocurre siempre, siempre. Cuando una de mis amigas comenta a algún chico que tiene una amiga india, no sé por qué puñetas todos se imaginan que van a conocer a alguien parecido a Freida Pinto. Y claro, cuando me ven a mí… ponen esa cara, la que llevas tú ahora mismo. La cara de «oh, dios mío, también hay indias bajitas, gorditas y feas».

—¿Qué? Yo no he dicho nada semejante… —trató de excusarse él, sintiéndose ridículo pero en cierta forma culpable porque efectivamente, había pensado algo parecido.

—Y sin trabajo… —seguía protestando ella, mientras Lena la rodeaba con el brazo y la iba calmando con frases de ánimo que incluían sus «india gordita» en tono cariñoso.

Álex las siguió, anonadado.

—Oye, ¿tu amiga se medica? —preguntó en voz baja a Rylee.

Esta estuvo a punto de soltar una risita, pero no quiso ceder ni un milímetro, así que puso una mueca de desinterés.

—No le gusta que la llamen gordita.

—Pero Lena se lo está diciendo y no se cabrea… además, ¿quién la ha llamado así?

—Ninguna de mis amigas es normal, ya te acostumbrarás. La única, Novalee. —Lo empujó— .Date prisa, que no tengo toda la mañana para perderla aquí contigo mirando modelitos.

Lo siguió, rezagada y un pelín hastiada. Hacer aquello le parecía una total y absoluta pérdida de tiempo, ¿tan importante era ir vestido de forma moderna o llevar la ropa apretada? Si total, allí lo básico era evitar el frío, y mejor algo ancho, para estar cómodo. Sin embargo, era la única de sus amigas que parecía pensar de aquella manera, ya que todas tenían un estilo muy depurado. Mientras permanecía sentada en la tienda, echó la vista atrás y recordó que no siempre había sido así. Había tenido diecisiete, dieciocho, veinte, y, como a cualquier chica de su edad, le gustaban las minifaldas, los vaqueros ajustados, los escotes, el maquillaje… tantas veces Lena y ella experimentando, y

ahora, diez años después, se había transformado en una persona completamente distinta. Sabía el motivo, pero no tenía ganas de pensar en ello, así que devolvió su atención hacia el probador. A Kamala ya se le había pasado el disgusto y ahora esperaba con cara de felicidad a que Álex saliera; le faltó aplaudir cuando el chico lo hizo, vestido solo con unos vaqueros que le quedaban perfectos.

«¿Por qué demonios salía sin camiseta?», pensó Rylee, ¡qué manía tenían aquellos californianos de ir desnudos por la vida!

Le echó un vistazo y por poco se cayó de la silla al ver todos aquellos músculos apretados y lo bien que quedaban en esa piel morena por el sol. Kamala tenía la misma cara, pero ella supo reaccionar a tiempo y volver a su expresión normal de desinterés.

—¡Madre mía! —a Lena no le importaba en absoluto demostrar su admiración—. Ni te imaginas cómo te quedan, doctor surfista. Deberías ir así a todas partes.

—Ya lo hacía en donde vivía… —Él parecía encantado, Kamala continuaba sin habla y Novalee había enrojecido y evitaba mirarlo de forma descarada.

—Pruébate esto. Y esto. —Lena le tiró encima un montón de perchas y lo empujó al probador de nuevo, cerrando la cortina. Después se giró hacia las demás vocalizando «¡cómo está!» y fue a toda prisa a sentarse al lado de Rylee, que seguía intentando mantener su cara de póquer.

—¡No nos habías dicho lo que había bajo ese saco!

—Yo tampoco lo sabía —se disculpó ella.

—Rylee, esto es una señal. —La cogió de las muñecas para que la mirara—. Tú te has vuelto una soltera gruñona, pero de pronto te ha caído encima este dios californiano con esos abdominales donde se puede rallar queso. Dime, ¿cuántas probabilidades había de que ocurriera esto en *Sutton*?

Rylee se quedó mirando a Lena con cara de pasmo.

—¿Estás drogada?¿Qué… es exactamente lo que te hace pensar

que puedo pegar en algo con este tipo… presumido, superficial y…?

—¡Bah, eso son detalles sin importancia! Antes de decidir sobre las partes de su carácter que no te gustan deberías probarlo primero, ya sabes, en la cama.

—A ti los aires de *Anchorage* creo que te han afectado. —La apartó sin miramientos.

—Te lo digo en serio, Rylee, tengo una intuición. Este chico es para ti, ya verás.

Ella miró a su alrededor, nerviosa. Odiaba que Lena le dijera aquellas cosas como si estuvieran solas en su cuarto y no rodeadas de gente, y aunque Álex seguía en el probador y sus otras dos amigas no apartaban la vista de él esperando que saliera, volvió a fruncir el ceño a su amiga.

—No quiero oír más tonterías, ¿vale? Soy sheriff, le echo una mano porque es nuevo y quiero que se integre o nos quedaríamos sin doctor, y eso va a ser todo lo que va a ocurrir entre nosotros. Ah —la avisó cortándola—, y no se te ocurra ponerte en plan casamentera, que ya nos conocemos. Si tanto te gusta, ¿por qué no sales tú con él?

—¿Yo? —Lena se echó a reír—. Qué va, no es mi tipo.

—Perdona, pero creo que es el tipo de cualquiera —dijo sin pensar. Al darse cuenta de lo que acababa de admitir, añadió—: ¡Ni una palabra! Mira, ya sale, ve a aconsejarle sobre la ropa. —La empujó para que se marchara y la dejara tranquila.

Álex decidió que se quedaría con tres vaqueros, al fin y al cabo quién sabía cuándo la sheriff loca tendría humor para volver a comprarle ropa, pero cuando dio un paso para regresar al probador se tropezó y cayó al suelo de cabeza.

—Oh, ¡dios mío! —exclamó de golpe Novalee, acercándose a mirar si estaba bien mientras escuchaba las risitas de las demás—. ¿Te has hecho daño?

—No —murmuró él abochornado—. Es que… alguien ha liado los bajos de estos pantalones y yo…

—Llama a Ellen Sue —le dijo Lena a Kamala, aún tratando de controlar las carcajadas.

—¡Ellen Sue! —Kamala gritó a pleno pulmón—. ¡Patoso accidentado en los probadores!

Álex se tapó la cara con las manos, sintiendo aún más vergüenza. Bastante absurdo era ya haberse caído de morros delante de un grupo de chicas para que encima ahora toda la tienda se girara a ver el espectáculo. Cuando creyó que se le había pasado el rubor e hizo el intento de sentarse, miró a Rylee y vio que ella contenía las ganas de reírse, algo que las demás ya no se molestaban en evitar. Y estaba tan distinta cuando quitaba aquella expresión mohína… Salió de sus pensamientos cuando Kamala le dio un cachete en la cara.

—¿Qué pasa?

—Levanta ese culo del suelo. Ellen Sue va a cogerte los bajos. —Se quedó rumiando aquella frase y pensando en el otro significado que podía tener—. Vale, eso ha sonado mal, pero no te preocupes, que no implica dolor. Solo agujas.

—Genial —masculló Álex, levantándose al fin.

Apareció Ellen Sue, una señora que rondaría ya sus cincuenta años, vestida de forma muy pulcra y con unas gafas que colgaban de su blusa.

—Hola, chicas —saludó alegre y entonces vio a Álex— … y chico. Hola, soy Ellen Sue, es un placer tenerte en nuestra boutique. Bueno, veamos qué sucede, ¿demasiado largos esos vaqueros? —Él afirmó, fastidiado, al escuchar cómo se reanudaban las risitas de aquel coro femenino—. Vamos, chicas, no seáis malas. Me obligaréis a contarle anécdotas vuestras que quizá os hagan enrojecer…

La mujer se arrodilló y Lena le pegó a Rylee en el brazo; esta se dio cuenta de que la cabeza de la modista quedaba a una altura comprometida y otra vez tuvo unas ganas inmensas de empezar a reírse; logró controlarse, pero a esas alturas todas se estaban riendo por lo bajo de lo mismo. Ellen Sue alzó las gafas e hizo un intento de ponerse el metro en la cara.

—¡Huy! —murmuró ruborizada, cambiando cada cosa de lugar y haciendo aspavientos porque las risitas no cesaban—. ¡Ya basta! —gritó—. Venga, muchacho. No te muevas. —Empezó a cogerle los bajos con manos expertas—. Bueno, Lena… nos alegramos de verte por aquí.

—¿Quiénes? —preguntó ella.

—Ah, pues la asociación de «Amigas de la costura». Todas las semanas nos reunimos para jugar al bingo y desde que no estás los temas de conversación son un poco aburridos. —Y sonrió mientras lo decía—. Pero tranquila, ahora que has vuelto seguro que mejoran, ¿qué tal va tu divorcio?

—Muy bien —dijo ella sin inmutarse.

—¿Te estás divorciando? —preguntó Álex, viendo aquello como una oportunidad para distraerse del miedo que le estaba dando aquella mujer, que clavaba alfileres con fiereza—. Oh. Pues debe ser un imbécil para querer separarse de ti.

—El imbécil es mi hermano —carraspeó Rylee.

—Oh, joder… —Él miró hacia el suelo, con cara de culpabilidad—. Soy un…¡ay! —Pegó un bote haciendo una mueca.

—Lo siento, ¿te he pinchado? —dijo Ellen Sue—. Es por las gafas, no acaban de graduarlas del todo, pero eso es porque Charles el de la óptica es un cabezota que se empeña en que mi vista está bien.

—¿Y a usted le parece prudente, manejando esas armas…? —empezó Álex señalando las agujas con cara de temor.

—Bueno, por ahora sigo en pie y nunca has visto una pieza de ropa mía mal cosida…. ¿verdad, Novalee, corazón? Díselo tú, que te arreglo la ropa a menudo, con esas variaciones de peso que tienes —bajó la voz mirando a Álex—. Es una niña muy agradable, pero tiene problemas con… —Y abrió la boca haciendo gestos.

Álex estuvo a punto de terminar la frase con una observación

grosera, pero no quería escandalizar a la señora y además Novalee había puesto mala cara, así que se tragó su comentario y asintió como si entendiera a la señora.

—Ellen Sue —sonó la voz de Rylee, firme—. Tenemos que ir terminando, ya sabes.

—Jovencita, no uses ese tono conmigo —advirtió ella, ajustándose las gafas—. Recuerda que te he cambiado los pañales muchas veces cuando eras bebé.

Rylee enrojeció un poco pero no se amilanó.

—Su madre es una de mis mejores amigas —volvió a explicarle a Álex—. Ella y su padre eran una parte importantísima de *Sutton*. Fueron ellos quienes levantaron el bar… una pena que decidieran mudarse a Florida, aunque es normal, con ese calorcito que hace allí. —Sonrió—. Sé que se sienten orgullosos de ambos, pero lo serían más con unos cuantos nietos correteando por ahí.

Kamala se levantó de un salto.

—¡Tengo hambre! —exclamó, rezando para poder escabullirse porque estaba claro que ella era la siguiente de la lista—. ¿Nos vamos a tomar un café? Y un bollo.

Lena y Novalee prácticamente salieron disparadas, pero Álex continuaba preso de la mujer, así que Rylee las vio irse con resentimiento, mientras ella debía aguardar de brazos cruzados.

—Esto ya está. —Ellen Sue se levantó resoplando—. Los puedes recoger el lunes si quieres. Ah, y no te cobraré, como regalo de bienvenida.

—Genial, gracias —dijo Rylee.

Álex salió de la tienda con varias prendas nuevas que se ajustaban a sus gustos, aunque también tuvo que llevarse otras de abrigo, pero al menos de su talla. Novalee y Kamala alzaron el pulgar hacia Rylee antes de despedirse, aún con caras de atontadas por el efecto causado por Álex y esta se quedó irritada. ¿Por qué le dedicaban aquellos gestos, como si supieran algo que ella no sabía? O como si le dieran su

aprobación para… ¿qué? No quería entrar en esos juegos, además de inmaduros se veía que la iban a terminar poniendo en ridículo y no quería dar una imagen equivocada. Finalmente le hizo un gesto a Álex para que se subiera a su todoterreno y cuando se dio la vuelta, se encontró con la mirada burlona de Lena. No le dijo nada, pero pensó que ya le arreglaría las cuentas en casa; pensando en eso, saltó a su coche.

Vio que Lena le entregaba una bolsa a Álex, y este se subió al todoterreno con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué es eso? —preguntó, a su pesar.

—Para afeitarme —contestó él, pasándose la mano por una mejilla —. Qué simpática, va a ser muy agradable trabajar con ella.

Rylee frunció el ceño, pero no le dijo nada. Lo llevó al supermercado para que comprara comida, y después lo dejó en su cabaña, despidiéndose hasta el lunes.

Álex entró cargado con las bolsas, preguntándose qué iba a hacer allí encerrado el resto del fin de semana, porque sin coche no podía ir a ninguna parte sin arriesgarse a morir congelado.

Repartió la comida por los armarios y subió a su habitación, para ponerse unos vaqueros y una camiseta de su talla. Ya más cómodo, bajó al salón y se puso a mirar los expedientes.

Capítulo 6

Sábado por la tarde; Rylee estaba cómodamente instalada en el sofá, con su libro abierto, su gato, y su caja de chocolatinas a mano, oyendo a su amiga trastear en su habitación. Diez minutos después, la rubia entró en el salón y se cruzó de brazos.

—¿Qué haces aún así? Deja a Kurt Russel Crowe, espabila y vístete.

—Pero si aún falta media hora —se quejó ella perezosa—. ¿Qué crees que tardo en ponerme las deportivas y…?

—¿Es que piensas ir así vestida? No, no, de eso nada. —Lena fue a tirar de ella—. Hemos quedado con Kamala y Novalee, es sábado, no vas a ir con tu camisa de cuadros. Levanta que ya te he buscado algo que ponerte, aunque he tenido que buscar tan al fondo de tu armario que por poco aparezco en *Narnia*.

Rylee dudó entre enfadarse o reírse, pero discutir con Lena era inútil, así que se levantó sin ganas. La verdad era que estar con las chicas tomándose unas copas y riéndose le apetecía, pero no entendía por qué no podía ir cómoda.

Fue hasta su habitación siguiéndola y allí en su cuarto, su amiga le había dejado la ropa encima de la cama. La examinó, constatando el innegable hecho de que hacía mucho que no se ponía algo así, y cuando decía mucho, se refería a cuando aún llevaba libros y carpetas.

—Lena, esto tiene más de diez años —comentó acercándose.

—Pero está perfecto. Pruébatelo.

Se quedó esperando en silencio, solo interrumpido cuando Rylee se quitó la camiseta, quedándose con uno de sus confortables sujetadores de color visón.

—Qué horror, ¿dónde compras la ropa interior, por catálogo? ¿El mismo que le pasaste al doctor surfista?

—Mira, como empieces otra vez con ese tema, yo…

—De acuerdo. —Lena hizo un gesto de paz y fue hasta donde estaba para ajustarle la camiseta escotada que se había puesto—. Te queda exactamente igual que hace diez años. Sigues estando buena, pelirroja. —Y le dio una palmada en el culo.

—¡Déjame! ¡No quiero estar buena!

—Pero eso no se puede elegir, o estás buena, o no lo estás.

A regañadientes, Rylee acabó de vestirse para al momento empezar a pellizcarse la ropa, que para su gusto apretaba demasiado y la hacía sentir incómoda. ¿Cómo se las apañaban las demás para ir siempre encorsetadas y que eso no les molestara? No lo entendía; mucho mejor vaqueros anchos, camisas de cuadros, sofá, libro, chocolate… Lena dio un par de palmadas delante de su cara para espabilarla.

—¿Te maquillo?

—No.

—Pues suéltate el pelo al menos.

Media hora después, salían por la puerta. Cuando llegaron al bar, Kamala y Novalee estaban sentadas en la barra, charlando y coqueteando descaradamente con Brian, algo que habían hecho toda la vida y que él asumía como normal; las dos trotaron a su encuentro y ya en la distancia, los tres se quedaron pasmados mirando a Rylee.

—Ya estamos —siseó ella entre dientes, pegando un codazo a su amiga—. ¡Es culpa tuya que me miren raro!

—Te miran porque estás genial. —Lena sonrió de forma angelical, dejando claro que sus quejas poco le importaban—. ¡Hola, bombones! ¿Qué os parece? No he podido hacer todo lo que quería con ella, pero poco a poco.

—¡Vaya cambio! —chilló Kamala, rodeándola—. Fíjate, si tiene cintura y todo… —se burló—. Falta un poco de pintura de guerra en esa cara llena de pecas, pero…

—Oye, oye, ¿qué tienen de malo las pecas? —interrumpió Brian—. Dan personalidad.

—Nada, nada, si a mí me encantan —se apresuró a decir Kamala.

—Ni caso, Rylee, estás guapísima —indicó Novalee con una sonrisa —. Vamos a celebrarlo bebiendo, ¿qué nos recomiendas? —preguntó, dirigiéndose a Brian.

—¿Qué grado de borrachera queréis?

—Un cinco —replicó Kamala, bailoteando—. Lo suficiente para poder bailar sin que nos dé vergüenza, pero no tanto como para caernos en la pista y hacer el ridículo. ¿A favor? —Alzó la mano, esperando, pues siempre decidían las cosas mediante ese querido sistema de votación.

Lena y Novalee alzaron la mano al momento; Rylee hizo ademán de negarse, pero ellas se pusieron de acuerdo para abuchearla.

—Chicas, por favor, soy la sheriff, comprenderéis que no puedo volver a casa a cuatro patas… —se excusó, esperando que la entendieran.

—Vale —dijo Kamala—. Para ella un cuatro. Con eso no darás el espectáculo.

—Muy bien —dijo Brian, y se fue a buscar bebidas sin hacer ningún comentario al respecto, y esperando que no «animaran» demasiado el ambiente, pues las conocía de sobra y las palabras «baile» y «mesa» no eran disparatadas en absoluto.

Hacía mucho que no salían juntas. Con un par de copas, todas empezaron a recordar anécdotas de sus años adolescentes y Rylee se dio cuenta entonces de cuánto las extrañaba; era una sensación rara, pues mientras no había quedado con ellas no se había percatado, pero

ahora se daba cuenta de que actuaba como una ermitaña. Lena llevaba razón, no podía dejar que eso volviera a pasar, sus chicas valían millones.

A cierta hora dejó de beber, como había señalado no podía ser que la figura más representativa de la ley se tambaleara con una cogorza de campeonato, así que se pasó al agua. Kamala y Novalee ya estaban muy borrachas y se dedicaban a bailar en la pista, la primera lanzando lo que ella denominaba «miradas insinuantes» y que no eran nada más que las artimañas de una chica bebida suplicante. Lena regresó del lavabo y se deslizó en la mesa, dejando una botella entre ambas; Rylee estaba segura de que iba a tener que llamarle la atención, pero lo cierto era que su amiga se estaba comportando: nada de bailes insinuantes, ni ligoteo descarado con cualquier chico guapo que hubiera en el local.

Miró la botella y frunció el ceño.

—Venga, Rylee —dijo—. Tú y yo, como hacíamos antes, ¿jugamos?

—Ya he dicho antes que no…

—¿Tienes miedo de responder mis preguntas?— la provocó Lena.

Rylee le devolvió la mirada, desafiante, y terminó por asentir. Habían jugado a aquello muchas veces cuando eran más jóvenes, casi siempre acabando borrachas como cubas por no querer reconocer o responder ciertas preguntas. Pero era superior a ella: si la desafiaban tenía que aceptar, no podía evitarlo, y su amiga lo sabía, la muy maldita.

—¿Las mismas reglas de siempre? —preguntó, acercando los dos vasitos al centro de la mesa—. ¿Si no se responde la pregunta chupito?

—Sí, señora. Y es tequila, así que ya sabes lo que te espera. —Lena puso al lado el limón y la sal—. La resaca de tequila es horrenda. —Y le sacó la lengua.

—Lo recuerdo. —Rylee hizo una mueca—. Dale.

Lena se distrajo unos segundos mirando cómo Kamala intentaba

subirse a una silla y caía estrepitosamente al suelo, mientras Novalee trataba de ayudarla entre risas.

—Muy bien —Volvió a prestarle atención, llenando los vasitos—: Primera pregunta, ¿por qué te has empeñado en encerrarte en casa como si tuvieras noventa años en lugar de treinta?

Rylee podía haber respondido, pero hacerlo conllevaría un montón de explicaciones y era más sencillo beber, así que se tragó el tequila y notó como este le abrasaba la garganta. Tosió después, frotándose los ojos que lagrimeaban.

—¡Un comienzo espectacular! —exclamó Lena, divertida.

—Es mi turno —consiguió decir Rylee un minuto después—. ¿Por qué no pareces nada triste por la «desaparición» de tu padre?

—La procesión se lleva por dentro —contestó la rubia, y aunque no perdió la sonrisa, esta disminuyó un poco, seguramente pensando en por qué había sacado ese tema.

Las reglas estimaban que si se respondía la pregunta quedaban excusadas de beber, de forma que Lena apoyó los codos en la mesa mirándola.

—¿Por qué te niegas abiertamente a salir con chicos?

—Porque sí.

—No, recuerda, «porque sí» no vale. Igual que «porque no», «quizá» y «no lo sé»… deben ser respuestas razonables y creíbles. —Se echó hacia atrás en la silla.

—Muy bien —corrigió Rylee—. Pues entonces… porque en este momento de mi vida no me apetece tener pareja. —La miró para ver si tenía alguna pega, pero Lena pareció conforme—. Me toca, ¿en serio vas a seguir adelante con el divorcio?

—Ajá. Voy… ¿ni siquiera estás abierta al hecho de conocer a alguien?

—Hasta ahora no ha habido nadie interesante que conocer. —Rylee se encogió de hombros.

—Bah, tía, eso no me lo trago… seguro que un montón de chicos te han invitado a salir o al menos lo han insinuado. —Lena bajó el tono, aunque con la música seguro que no se la escuchaba, pero por si acaso—. Yo ahora mismo podría nombrarte tres.

—¿Tres? —exclamó Rylee, abriendo los ojos de par en par, pasmada—. ¿Quiénes?

—Simon, el primero. —Vio como la pelirroja hacía gestos negativos—. Sí, sí, no hagas tantos aspavientos… otra cosa es que no te enteres, porque estás tan ocupada poniendo cara de mala leche que se te pasan cosas. Simon seguro que piensa en ti cuando…

—¡Pero qué dices! —Rylee pareció horrorizada, lo que hizo reír a su amiga—. ¡No hagas esos comentarios o no podré mirar a ese chico de la misma forma nunca más!

—Yo solo te digo la verdad, te guste o no… y, por si quieres saber más, durante la noche hay dos tíos que no te han quitado ojo. Alan está en la esquina de la barra fingiendo mirar cómo juegan a los dardos aquellos palurdos, pero no hace otra cosa que mirarte, y el otro… el otro es Freddy «el raro». Que por cierto, sigue igual de extraño que siempre.

—¿Qué…? —Ella buscó con la mirada a uno y a otro, perpleja—. ¿Cómo te das cuenta de esas cosas?

—El de la barra está semi empalmado… y Freddy «el raro» siempre ha bebido los vientos por ti, todos lo sabíamos en el instituto. Menos tú, claro.

—Da igual. No me interesa gustar a los tíos. —La miró fijamente—. Mi turno. ¿No echas de menos a Brian, ni siquiera un poquito?

Lena hizo una mueca.

—Eso es un golpe bajo… —Y se bebió el chupito de golpe, sin sal ni limón, mientras Rylee la miraba con cara de satisfacción. Aunque le duró poco, en cuanto escuchó a Lena decir—. ¿No te parece que el

doctor surfista está buenísimo? Pero buenísimo de verdad, de esos que untarías de nata de arriba a abajo…

—No —mintió con calma, tratando de alejar la imagen de Álex cubierto de nata—. ¿Puedes decirme alguna cualidad buena de mi hermano?

—¿Qué pasa, que ahora solo me vas a preguntar por Brian o qué? —protestó Lena.

—Tú me las estás dando todas donde me duele, así que quid pro quo…

—… Clariceeeeee.

Las dos se echaron a reír a la vez, y les costó un rato calmarse.

—Si no fuera por estos momentos… —murmuró Rylee—. Pero mi pregunta sigue en pie, no te escaquees.

—Bueno, vale. Pues es bueno en la cama.

—Oh, no, no, ¡no quiero saber ese tipo de cosas, Lena! —protestó Rylee, tapándose la cara con las manos ante la expresión divertida de la chica—. ¡Que es mi hermano!

—Ya, pero eso no quita que sea bueno en la cama. De hecho era más que bueno y mira, ya que estoy, eso es algo que echo de menos… el sexo.

—¿Es que no te has liado con nadie durante estos meses?

—Eh, eh, eso es otra pregunta y te has saltado mi turno. —la detuvo Lena, rauda y veloz—. Te devuelvo la pregunta a mi manera, ¿tú no echas de menos el sexo?

Rylee se quedó rumiando cómo responder a aquello, pero ella no era tan abierta como Lena y esos temas la incomodaban un poco, de modo que se sirvió otro chupito y se lo bebió, mostrando otra vez un gran repertorio de muecas.

—Responde la de antes, ¿no te has liado con nadie estos meses?

—No.

—¿No? —repitió boquiabierta y sorprendida, pues por algún motivo siempre imaginaba a Lena acompañada de tíos a todas horas.

Lena negó con la cabeza y rellenó los vasos de nuevo.

—¿Cómo te las apañas sin sexo? O dicho de otro modo, ¿no te dan calentones?

—Es que… —Se lo pensó unos segundos, pero los chupitos que se había tomado ya empezaban a embotarle la cabeza un poco, así que siguió—. No creo que sea para tanto. Sí, no me mires con esa cara como si hubiera pegado a mi abuela… no sé por qué es tan especial el sexo.

—¡No puedo creer lo que oigo! Madre mía, tuviste dos novios entre los dieciocho y los veintitrés, ¿y ninguno te echó un polvo decente? —Lena empezó a mover la cabeza como si aquello fuera un drama.

—¿De verdad es tan importante?

—¿Es que nunca has sentido esa sensación de no poder quitarle las manos de encima a alguien? —Vio que Rylee negaba despacio—. ¿Con nadie?

Rylee se tragó dos chupitos seguidos sin que le tocara y se acercó a ella en la mesa, apoyando los codos igual que hacía su amiga, con gesto confidencial.

—Nunca —confesó—. No sé cómo es.

—Mira —Lena bajó el tono para evitar oídos indiscretos—. Ya sabes que Brian y yo discutimos mucho y que apenas tenemos cosas en común, somos opuestos. Pero no podemos… podíamos estar juntos a menos de un metro porque era como... ¡bum! Había tanta química sexual que al final siempre terminábamos acostándonos en cualquier sitio: en ese cuartucho que llama oficina, en el almacén, en casa de tus padres…

—Lo primero, estás poniendo en mi mente imágenes que no quiero tener, ¡es mi hermano! —repitió protestando Rylee—. Y lo segundo… yo no sé qué es esa sensación. De hecho, no pienso nunca en el sexo, pero vamos, que los novios que tuve ni de lejos se acercaban a lo que me acabas de describir. Quizá por eso no quiero más novios.

—El sexo es genial —dijo Lena con cara de pena—. Y lo echo de menos mucho. —Le frotó un hombro a su amiga con cariño—. No te preocupes, no es culpa tuya… bueno, un poco sí porque elegiste dos novios muy inútiles… ¿Mark Olsen? No tenía cara de follar bien.

—Perdona, pero a diferencia del putón de mi amiga Lena, yo no sé qué cara es esa… es broma, es broma, no me mires así —se excusó.

Rellenó los vasitos por quinta vez, y luego hizo un amago de echar sal en el dorso de la mano de Lena, derramando un montón sobre ella y la mesa, aunque no se fijó.

—Vamos a brindar —dijo, acercando los trocitos de limón.

—Sí. Vamos a brindar por ti y porque pronto conozcas esa parte tan buena de las relaciones que hasta ahora te has perdido. —La rubia lamió la sal de su mano y puso cara de asco—. Joder, te has pasado un poco con la sal, ¿no? Dios.

Acababan de beberse los chupitos cuando oyeron un estruendo, seguido de un golpe; se giraron en dirección a la pista, para ver a Kamala en el suelo agitando las piernas y sin conseguir ponerse en pie. Las dos se miraron, empezando a reírse al mismo tiempo.

—¡Estoy bien! —gritaba Kamala—. ¡Todos tranquilos, estoy bien!

Rylee contempló a su amiga despatarrada y los intentos de una Novalee bastante borracha de ayudarla a incorporarse, sin éxito; después, fijó su mirada errática en su amiga, observándola.

—Lena, esto que hemos hablado…

—… queda entre nosotras, prometido —sonrió ella.

Las dos se levantaron y Rylee atrapó a la rubia y la estrujó.

—Te quiero, morritos.

—Te quiero, panochilla.

—Vamos a llamar un taxi. Estoy borracha.

—La mejor idea que has tenido. Pero antes pongamos en posición vertical a ese escarabajo— dijo Lena señalando a Kamala, y las dos estallaron en carcajadas una vez más.

Tras una hora en la cama aprovechando el calor de las mantas, el hambre convenció a Álex de salir de la habitación. Se metió corriendo en la ducha, y salió a los pocos minutos, antes de quedarse sin agua caliente. Aprovechó el ambiente húmedo para afeitarse y cuando se vistió y se miró en el espejo, ya era casi el mismo que en California. Un par de días más durmiendo bien, y se le quitarían del todo las ojeras. Satisfecho, bajó a hacerse el desayuno.

Por desgracia, no se había atrevido a preguntarle a Rylee cómo funcionaba la cafetera, así que se tuvo que conformar con café instantáneo calentado en el microondas, y unas galletas.

La casa se había enfriado durante la noche, ya que el fuego estaba totalmente apagado. Abrió un armario buscando una manta, y encontró una de lana. Pero cuando la estiró, se dio cuenta de que no era una manta, sino otro jersey, este tamaño 5XL. Se preguntó si los inquilinos anteriores habían sido familiares del *yeti* o algo así. La dejó sobre el sofá, y contempló la chimenea. Tenía papel, ramitas, troncos… incluso unas pastillas que ponía que «ayudaban al encendido del fuego». Pero no tenía muy claro cómo usarlas. Estudió el tema unos minutos, y al final se decidió a intentarlo. Tampoco era cuestión de coger una pulmonía.

Puso papel y unas cuantas ramas pequeñas, por encima varias pastillas y sobre todo el montón, un tronco. Cogió una cerilla y la acercó.

Inmediatamente, las pastillas se encendieron lanzando una

llamarada que le hizo echarse hacia atrás. El olor a gasolina impregnó la habitación, y pronto empezó a salir humo. Corrió a abrir las ventanas, con lo que consiguió que el humo se repartiera por toda la habitación, y, al entrar más oxígeno, el fuego se avivara. Varias chispas saltaron a la alfombra, que empezó a quemarse.

Álex la apartó rápidamente, pisándola con fuerza, y después llenó una jarra de agua para tirarla al fuego. Consiguió apagarlo, pero aún salía algo de humo. Ya no sabía qué más hacer, así que a su pesar, cogió el móvil y marcó el número de Rylee.

Rylee oyó un sonido que le taladró los tímpanos. Se tapó la cabeza con la almohada, pero el sonido continuaba insistentemente. Alargó la mano para coger el móvil, suponiendo que se trataba de eso, con intención de apagarlo. Pero entre sus ojos semiabiertos distinguió el nombre de Álex en la pantalla, así que pulsó el botón de contestar.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Necesito ayuda. —Tosió—. La chimenea… Humo.

La llamada se cortó. Rylee intentó contactar de nuevo, pero le salía una voz diciendo que el móvil estaba apagado o fuera de cobertura, así que terminó de espabilarse. Saltó de la cama y se puso unos vaqueros y un jersey, se ató las botas como pudo y corrió a su coche, temiendo que Álex hubiera provocado un incendio.

Llegó a la cabaña en tiempo récord. Se bajó del coche algo más tranquila al ver que no había fuego, aunque sí salía humo por la chimenea y las ventanas…

Álex estaba en la puerta, abrigado con un anorak nuevo que se había comprado, y dando saltos para no enfriarse.

Rylee pasó a su lado velozmente, y entró directa en la cabaña. Con solo una mirada se dio cuenta de lo que había pasado. Se acercó a la chimenea y abrió el tiro. Recolocó papeles y ramas, y en un minuto tenía un fuego encendido. Junto a la pared había un panel de metal, que colocó delante para que las chispas no llegaran a la alfombra. Satisfecha, se sacudió las manos y se dio la vuelta, quedándose

momentáneamente paralizada al verle. Álex se había quitado el anorak, y debajo llevaba una de sus camisetas nuevas, bien ajustadas a todos sus músculos, y unos vaqueros que tampoco se quedaban atrás. Pero aquello no era lo peor… Ya despeinado y descuidado era atractivo, pero afeitado, y con el pelo arreglado… Sus ojos destacaban aún más, y era guapo… No podía negarlo, a ver con qué cara le decía a Lena que no le atraía nada la próxima vez que hablaran de él. Porque tenía claro que Lena seguiría insistiendo. Frunció el ceño, dándose cuenta de que él la estaba mirando como si no la hubiera visto nunca, y se cruzó de brazos.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó—. ¿Es que no has visto nunca a nadie encender un fuego o qué?

Él movió la cabeza, pensando que seguramente parecía aún más tonto de esa forma, pero por nada del mundo iba a decirle que se había quedado mirando lo bien que la quedaba el pelo suelto. Nunca hubiera imaginado que lo tuviera tan largo, y aquella melena ondulada le daba un aspecto mucho más juvenil. Y por una vez no iba tapada con cuatro jerseys ni abrigos, y desde luego no entendía por qué se tapaba tanto. El efecto lo fastidiaba su expresión de enfado, pero recordó su media sonrisa del día anterior… y tuvo que apartarla de su mente. Su imaginación amenazaba con desbocarse, y no era el momento. Carraspeó recuperando la compostura.

—Gracias por venir tan rápido —dijo.

—Sí, ya. ¿Y el móvil? Te he estado llamando, pensaba que habías incendiado esto.

—Ah, ya… Bueno, es que… Se me olvidó cargarlo.

Rylee sacudió la cabeza desesperada, sin darse cuenta de cómo seguía él sus gestos con la mirada.

—Tienes que tenerlo cargado siempre, Álex. ¿Y si te pasa algo grave de verdad?

—Lo sé, lo siento. No volverá a ocurrir.

Se sentía como un niño al que estuvieran regañando, y tenía claro que eso era exactamente lo que ella pensaba de él: que era un crío,

para más señas, inútil. Y lo que iba a preguntarle a continuación sabía que no ayudaría a mejorar esa imagen, pero tenía que hacerlo.

—Antes de que te vayas… —Ella ya se dirigía a la puerta, pero se detuvo mirándole ceñuda—. ¿Te importaría explicarme cómo funciona la cafetera?

Rylee suspiró, y fue a la cocina con él detrás. Sacó un filtro y café de un armario, y preparó una cafetera mientras se lo explicaba. Cuando terminó y comenzaba a salir el líquido, lo miró.

—¿No lo has apuntado?

—Creo que me acordaré, gracias.

Ella no estaba muy segura de aquello, pero se encogió de hombros. Allá él.

—Pon el móvil a cargar, ¿de acuerdo?

—No te preocupes. ¿Quieres quedarte a tomar un café?

Rylee se lo pensó un momento, en parte tentada por la oferta… Pero decidió marcharse por dos motivos: uno, seguía muerta de sueño y con resaca; y dos, si se quedaba, luego tendría que responder a un interrogatorio de Lena sobre qué había estado haciendo con él. Así que negó con la cabeza y se marchó.

Álex la despidió en la puerta, observándola hasta que se alejó con el coche. Más le valía espabilar, o jamás se quitaría la imagen que ella tenía de él… Cosa que no debería importarle, pensó, ya que estar allí era un tema temporal.

Se fue a enchufar el teléfono, preparó una taza de café con leche y se acomodó en el sofá con los expedientes. Se había llevado los más recientes, para tener una idea de quiénes iban a ser sus pacientes.

Rylee entró en silencio en su piso, respirando aliviada al comprobar que Lena seguía dormida como un tronco. Dejó comida y

agua para los gatos, y se metió en la cama a seguir pasando la resaca. A su pesar, lo último que vio en su mente antes de quedarse dormida de nuevo, fueron unos ojos grises.

Capítulo 7

Rylee estaba desayunando con Álex en el bar de Brian, como siempre, cuando llegó Lena. Al verlos se acercó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Madre mía, doctor surfista. —Se sentó a su lado, y le pellizcó una mejilla—. Pero qué guapo te has puesto para tu primer día de trabajo.

—Gracias, tú también.

Rylee miró al techo, mientras Brian plantaba una taza delante de Lena bruscamente.

—¿Quieres café o un babero?

—Chico, qué humor tienes hoy… —empezó ella.

—Por cierto, apunta en tu agenda que he quedado con Harry el miércoles, para mirar los papeles del divorcio.

—Ah. —Aunque lo esperaba, había supuesto que tardaría unos días más—. Vale, ¿a qué hora?

—A las nueve, Sophie entra a esa hora y puedo irme.

—Yo estaré en la consulta, no sé si…

—No pasa nada —dijo Álex, rápidamente—. No creo que todavía haya mucho trabajo.

No quería molestar más a Brian, que lo miraba como si estuviera enfadado con él por algo. Él se dio cuenta de que se estaba portando como un marido celoso, así que sirvió el café y se fue a buscar las

tostadas sin decir nada más que lo dejara en mal lugar. Lo suyo con Lena estaba terminado, ¿qué le importaba si hacía ojitos al doctor o a cualquier otro? Apretó los dientes, malhumorado. Porque a su pesar, sí que le importaba.

Le plantó las tostadas sin miramientos, y puso una excusa para meterse en el almacén. Simon llegó en aquel momento, y se sentó junto a Rylee.

—Hola, jefa —saludó—. ¿Qué tal el fin de semana? Ya me han contado que estuvisteis por aquí de juerga, qué pena habérmelo perdido.

—Uy, no te preocupes por eso —intervino Lena—. Ahora que estoy yo, eso va a pasar más veces, tranquilo. Ya te avisaré para que te unas a nosotras.

—Mejor nos vamos a trabajar —dijo Rylee, fulminándola con la mirada—. Vámonos, Simon.

Él le guiñó un ojo a Lena, y siguió a su jefa a la salida.

Lena y Álex terminaron de desayunar, y se fueron a la consulta. Faltaba una hora para que abrieran, pero el teléfono ya estaba sonando, así que Lena corrió a cogerlo y empezó a apuntar citas.

Álex archivó los expedientes que se había llevado, encendió la calefacción central (por suerte, eso no era una chimenea sino solamente un botón) y se puso una bata blanca, mirándose en un espejo. Seguía pareciendo joven, eso era algo que no podía evitar, pero al menos tenía un aspecto más profesional. Esperaba no tener muchos problemas, solo había hecho prácticas de medicina general un año, ya que enseguida se había ido al hospital de su padre y se había especializado en cirugía plástica. Mientras esperaba echó un vistazo al vademécum que tenían allí, comprobando que estaba al día.

A las nueve en punto, Lena se asomó.

—¡La sala de espera está llena! —informó con una sonrisa—. No creo que estén todos enfermos, prepárate para una buena sesión de cotilleo.

—Vale, pues que pase el primero, y me traes su expediente.

—¡Marchando un paciente!

Desapareció de la puerta, regresando poco después con una mujer mayor y un expediente, que Álex cogió con la mejor de sus sonrisas. Le estrechó la mano a la señora, que se sonrojó ligeramente.

—Encantado de conocerla, señora… —Miró el expediente—. ¿Adams?

—Lincoln —dijo ella—. Pero tú puedes llamarme como quieras.

Álex leyó los papeles, frunciendo el ceño. Se disculpó y salió a la mesa de Lena, que le miró interrogativamente.

Efectivamente, la sala estaba llena de gente, y al verle se hizo el silencio. Así que él saludó sin dejar de sonreír, y se inclinó para hablar en voz baja.

—Me has dado el expediente que no es —informó—. La de dentro es la señora Lincoln, no Adams, que además según esto, tiene treinta años y está embarazada.

—Uy, perdona. Habré liado nombres y apellidos.

—Ya lo cojo yo, tú guarda este y ten cuidado con el siguiente, ¿vale?

—Sin problema.

Álex buscó el correcto, y regresó al interior de la consulta.

Dos horas y seis pacientes después, Lena solo había acertado con uno de los expedientes. Álex empezaba a desesperarse, pero lo achacó a los nervios y no le dijo nada. Con unos días más, estaba seguro de que se adaptarían.

Estaba con un paciente que solo tenía un catarro, cuando de pronto oyó voces en el exterior y golpes en su puerta. Lena la abrió, agitada.

—¡Álex, tienes que salir! ¡Es una emergencia!

Álex salió rápidamente. Fuera había varios hombres, vestidos con ropa de monte. Uno de ellos se sujetaba una mano cubierta por un trapo manchado de sangre, y otro le tendió una bolsa de plástico a Lena.

—Son sus dedos —dijo.

Ella echó un vistazo, y se desmayó al momento. Álex cogió la bolsa, comprobando que efectivamente dentro había tres dedos con hielo. Se agachó junto a Lena y le tomó el pulso rápidamente.

—Que alguien se encargue de ella —pidió, acercándose al hombre herido—. Venga conmigo, señor…

—Me llamo Miles.

—De acuerdo, Miles —Le guió hasta la sala de curas, seguido por sus compañeros—. ¿Qué ha ocurrido?

—Ha sido con un hacha, me he tropezado al cortar un tronco, y… casi me llevo la mano entera.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —Dejó la bolsa, y comenzó a quitarle el trapo—. Uno de vosotros, que saque los dedos y los separe del hielo.

—Los hemos traído así para conservarlos —dijo uno.

—Sí, y habéis hecho bien, pero si el hielo se derrite el agua estropeará la integridad de los dedos. Tienen que estar en hielo, pero sin tocarse.

El mismo que había hablado lo obedeció, solícito.

—¿Se pondrá bien? —preguntó otro.

—Creo que sí.

Examinó los cortes, comprobando que eran limpios. El hombre

empezó a temblar, y Álex se dio cuenta de que iba a entrar en shock. La adrenalina lo había mantenido despierto hasta entonces, pero era cuestión de tiempo que su cuerpo reaccionara ante lo que le había ocurrido.

—Ayudadme —pidió.

Entre todos le tumbaron en una camilla. Álex le dio un tranquilizante, y le cortó la manga de la camisa.

En aquel momento, Rylee y Simon entraron en la sala.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

—Un accidente —contestó un hombre—. Miles se ha cortado los dedos con el hacha.

—Joder. —Sacó su móvil—. Voy a llamar para que lo evacúen.

—¿A dónde? —preguntó Álex.

—A *Anchorage*, al hospital.

—No es necesario, le operaré yo aquí.

—Pero… ¿Tú?

Por primera vez, él se puso serio y se acercó para enfrentarse a ella.

—Soy especialista en microcirugía, si digo que puedo hacerlo es que puedo.

—Pero no sabes si es alérgico a algo, o…

—Dime su apellido.

—Donovan.

—De acuerdo. —Cogió aire, cerrando los ojos un segundo para

concentrarse—. Miles Donovan. Cincuenta y cuatro años. Casado, dos hijos. Operado de apendicitis hace cinco años. Sin alergias, ni enfermedades graves aparte de un par de gripes. No fuma, y bebe de vez en cuando. No necesito saber más, ¿y tú?

Todos se habían callado, mirándole asombrados. Rylee carraspeó.

—¿Cómo…? —empezó.

—Tengo memoria fotográfica. Ahora, todos fuera. Solo necesito una persona para que me ayude. Debería ser Lena, pero está K.O., así que alguien que no se desmaye al ver sangre y pueda aguantar unas horas de pie. Y si tiene algún conocimiento médico, mejor.

Todos se miraron. Rylee tragó saliva, quitándose el anorak.

—Yo te ayudaré, no soy experta pero como sheriff he hecho unos cuantos cursos de primeros auxilios. Simon, llévate a los demás fuera y envía a la gente de la sala de espera a casa.

—De acuerdo.

Se marchó con los demás, y Rylee se puso una bata que había en una percha.

—¿Cómo vas a hacerlo? —preguntó—. No tenemos anestesia general.

—No hace falta, está medio grogui y le inyectaré anestesia en la mano, es suficiente. Ya sé qué imagen tienes, pero por favor, confía en mí. Esto es lo que hago, y soy bueno.

Ella afirmó con la cabeza, su tono y su forma de comportarse la habían convencido.

—¿Qué quieres que haga?

Él respiró aliviado, indicándole que se lavara las manos y se pusiera unos guantes como él. Colocó todo lo que necesitaba en unas bandejas, explicando qué era cada cosa y en qué orden lo iba a necesitar. Rylee escuchó concentrándose en lo que él hacía, y en unos

minutos se convenció de que el leñador estaba en buenas manos. Álex parecía seguro de sí mismo, no le temblaba el pulso en absoluto, y aunque ella no era una experta, todo indicaba que no había mentido.

Tres horas más tarde, Álex ya había conseguido coser uno de los dedos, y estaba abriendo la mano para poder llegar a los nervios.

—¿Quieres hacer una pausa? —preguntó Rylee, al verle mover el cuello para desentumecer los músculos.

—No, estoy bien. —Miró el reloj de la pared—. Solo tráeme alguna bebida isotónica, y tómate tú algo también. Podemos pasar otras tres horas aquí y no es cuestión de que nos dé un bajón.

—¿No quieres comer algo?

—Prefiero no parar, ya comeré después. Pero tú come algo, tranquila.

Rylee dejó el instrumental, y salió a la sala de espera. Todos los compañeros de Miles seguían allí, así como Simon.

—¿Y Lena? —preguntó.

—Se ha despertado y se ha mareado de nuevo, así que la he llevado a casa —contestó él—. ¿Cómo va?

—Lento, pero bien. Voy a coger unas bebidas, y vengo enseguida.

Le podía haber enviado a él, pero necesitaba aire fresco. Se puso su anorak y cruzó hasta el bar de su hermano, que al verla salió de la barra preocupado.

—Me han dicho lo que ha pasado, ¿qué tal está?

—Pues parece que Álex está haciendo un buen trabajo.

—Pareces sorprendida.

—Bueno, teniendo en cuenta los antecedentes… —Movió la cabeza —. Pero bueno, parece que solo es patoso fuera de un quirófano. Aún

nos quedan unas horas, dame unas cuantas bebidas de esas de deportistas, y te cojo un sándwich mientras tanto, ¿vale?

—Coge lo que quieras.

Se metió en el almacén, y ella se comió el sándwich. Pensó en llevarle uno a Álex, pero al final no lo hizo. Probablemente era complicado para él parar para comérselo, y era imposible que lo hiciera mientras operaba. Así que cogió las bebidas, unas pajitas y regresó con ellas a la consulta.

Se lavó de nuevo las manos, cogió guantes nuevos y ocupó su lugar junto a Álex. Abrió una botella y metió una pajita, acercándosela. Él sonrió por primera vez en varias horas, agradecido.

—Gracias, Rylee.

Se bebió casi toda la botella, y siguió con la operación. Las horas pasaron lentamente, tuvieron que darle otro tranquilizante y más anestesia a Miles, y ya era de noche cuando por fin Álex terminó de vendarle la mano y se apartó, estirándose.

—¿Vive muy lejos? —preguntó.

—Unos quince minutos en coche.

—Esta noche debería quedarse aquí, por si acaso. ¿Habéis avisado a su familia?

—Supongo que Brian se habrá encargado.

—Vale, pues llamadles y decidles que ha ido todo bien. Pueden venir a verle si quieren, y mañana lo enviaré a su casa. Yo me quedaré aquí con él.

—Iré a ver.

Mientras Rylee salía, Álex se tomó otra bebida y acomodó a Miles en la camilla, quien lo miró aún aturdido.

—No siento la mano… —consiguió decir.

—Es normal, te he puesto anestesia porque ahora mismo, te dolería bastante. Vas a dormir aquí, ¿de acuerdo? —El hombre afirmó—. Yo me quedaré contigo, y no te preocupes, ha salido todo muy bien.

Miles afirmó con la cabeza, tragando saliva. Álex le pasó una de las bebidas con una pajita, y Rylee regresó, sonriendo al encontrarlo más despierto. Se acercó y le cogió la otra mano.

—Tu mujer y tus hijos están fuera, voy a decirles que entren, ¿vale?

Él afirmó. Álex y Rylee salieron, dando paso a su familia. Los compañeros lo abrazaron, dándole las gracias con efusividad.

—Tranquilos, tranquilos —dijo él—. Aún es pronto, hay que esperar, ¿de acuerdo? Ahora podéis iros a casa, y mañana lo enviaré a la suya.

Todos se despidieron estrechándole la mano de nuevo. Simon se acercó a Rylee, mirándola con preocupación.

—Pareces cansada, ¿quieres que te lleve a casa? —preguntó.

Ella miró de reojo a Álex, que se había sentado en una de las incómodas sillas de la sala de espera, y negó con la cabeza.

—Me quedaré aquí esta noche, no te preocupes. Mañana encárgate tú de todo, si no te importa.

—Sin problema, jefa. —Miró al chico—. Buen trabajo, doctor.

—Gracias.

Simon se marchó, y Rylee miró la hora. Eran las diez de la noche, Brian estaría a punto de cerrar el bar.

—Voy a por algo para comer —informó—. Vuelvo enseguida.

Álex se frotó los ojos, afirmando con la cabeza. Estaba agotado, tras todas esas horas de pie y concentrado, al parar todo el cansancio

y el dolor muscular le habían caído de golpe. Pero no podía dormirse, que todo hubiera salido bien no significaba que no pudiera haber alguna complicación durante la noche. Las siguientes horas eran cruciales.

La familia se marchó unos minutos después, dándole unos cuantos abrazos de paso, y Álex entró a ver a Miles. El hombre estaba despierto del todo, mirándose el vendaje de la mano.

—¿Notas algo? —preguntó Álex.

—Un hormigueo.

—Eso es buena señal. —Sonrió—. Esta noche te lo mantendré anestesiado, para que puedas dormir, pero a partir de mañana te va a doler.

—Pues qué bien.

—Prefiero no empastillarte demasiado, sinceramente, así podremos ver antes cuánta sensibilidad has perdido.

—No te preocupes, doctor. Esto es *Alaska*, estamos acostumbrados a la vida dura.

—¿Quieres comer algo? ¿Necesitas una pastilla para dormir?

—No. —Se acomodó la almohada—. Estoy demasiado cansado, gracias.

—Estaré por aquí toda la noche, cualquier cosa llámame.

—Claro… Una cosa solo.

—¿Sí?

—¿Cómo te llamas?

—Álex. Doctor Álex Madison.

—Pues encantado de conocerle, doctor Madison.

Extendió la mano sana, y Álex se la estrechó con una sonrisa. Apagó las luces y regresó a la sala de espera. Rylee entraba en aquel momento con una bolsa de papel y dos vasos que emitían un agradable olor a café, y él casi la abrazó de la emoción: era justo lo que necesitaba, parecía que le había leído el pensamiento.

Rylee dejó todo sobre la mesa de Lena, y se sentaron para comer.

—Muchas gracias, sheriff —dijo él, tomando un sorbo de café.

—No hay de qué. ¿Se ha dormido?

—Sí. —Se comió un sándwich en dos bocados—. ¿Qué tal Lena?

—No he hablado con ella, pero supongo que estará en casa, recuperándose de la impresión.

—Ya. Tendré que hablar con ella, necesito a alguien… que pueda soportar la sangre, y que me ayude. ¿Crees que podría hacer un cursillo o algo?

—No sé yo.

Él siguió comiendo, meditando cómo decirle lo que realmente pensaba. No quería enemistarse con ella, ni con Lena, pero siendo objetivo, necesitaba a alguien con preparación.

—Rylee… Sé que es tu amiga, pero…

—Ya sé lo que me vas a decir. No te preocupes, hablaré con ella, y si no, te buscaré a otra persona. Está claro que si vas a hacer aquí más cosas que consulta general, necesitas alguien menos sensible.

Álex suspiró aliviado, y atacó su tercer sándwich. Cuando terminaron, se asomó para comprobar que Miles seguía bien. Comprobó sus constantes vitales, y regresó con Rylee.

—Está durmiendo relajado —explicó.

—¿Necesitas algo más?

—No, puedes irte, muchas gracias por todo.

—No, no, yo me quedo contigo. Por si acaso, para que no te duermas y eso…

El café de Brian estaba tan cargado que Álex dudaba poder dormir en una semana, pero sonrió agradecido.

—Rylee…

Ella se tapó aún más con la manta, cubriéndose la cara. Pero la voz volvió a llamarla, y abrió los ojos con esfuerzo. Distinguió unos iris gris azulado, una sonrisa pícara… Parpadeó despertando del todo, y se sentó, mirando a su alrededor. Pues vaya ayudante estaba hecha, se había quedado dormida en algún momento de la noche en el sofá del despacho de Álex. Se apartó el pelo de la cara, sorprendida al ver que lo tenía suelto.

—Buenos días, dormilona —dijo él, dándole un vaso de café con expresión divertida.

—Gracias. ¿Qué… qué hora es?

—Las diez de la mañana. Miles está bien, ya le han venido a buscar. He cancelado todas las citas de hoy, para poder irme a dormir un rato.

—¿Y por qué no me has despertado?

—Parecías muy cansada. Te quité las botas y las horquillas esas mortales del pelo, no quería que accidentalmente se te clavaran en la cabeza mientras dormías.

No añadió que había disfrutado haciéndolo, su pelo era muy suave y sedoso. Tenía una expresión relajada que nunca le había visto despierta, y se había sorprendido entrando varias veces a observarla dormir. Pero cualquiera le decía lo guapa que estaba con el pelo

suelto, vista la expresión que se le había puesto en aquel momento.

—Tenías que haberme despertado, se supone que me quedé para ayudarte.

—No pasa nada.

Ella se terminó el café, y se puso su anorak.

—Te llevaré a casa, estarás cansado.

Por el tono de su voz no le daba alternativa, así que Álex recogió sus cosas y la siguió al coche sin hacer ningún comentario. Había supuesto que con lo que había pasado le miraría de otra forma, pero parecía tan enfadada como siempre. No hablaron en todo el camino, y cuando le dejó en su casa, Rylee se despidió con un gesto, y se alejó velozmente por la carretera. Álex estaba demasiado cansado para analizar por qué estaría así de molesta, y en cuanto entró por la puerta se quedó dormido en el sofá.

Rylee, efectivamente, estaba enfadada, pero ni siquiera ella entendía muy bien por qué. Él había sido amable, dejándola dormir y poniéndola cómoda. Y había demostrado ser un buen profesional. Pero todo era más fácil cuando no veía en él nada más que un niñato californiano que no sabía hacerse ni un café. Si encima de tener ese cuerpo, además resultaba que no era un inútil… A ver qué excusa le ponía a Lena, o ya puestos, a sí misma, para no admitir que Álex le atraía…

«No», se dijo. «No me atrae, no me gusta, nada, es solo la novedad y punto».

Y con ese pensamiento se metió en la cama.

Capítulo 8

—Pero, ¿es que esta chica no puede ser puntual nunca?

Brian estaba protestando mientras servía el café a Rylee y Álex, que como siempre habían pasado a desayunar antes de ir a sus respectivos trabajos. Sophie se acercó con unos platos, después de trastear un buen rato en la cocina.

—Toma —dijo, empujando el plato hacia Álex—. Hoy me he levantado inspirada y he traído croissants, en lugar de tostadas.

—Qué detalle —observó él—. Casi me siento como en California —bromeó.

Sophie lo miró de mala manera, haciendo que el chico se encogiera en su taburete, y acto seguido agarró a Brian por el brazo y empezó a hacer cosas innecesarias como quitarle pelusas invisibles y abrocharle el botón de arriba de la camisa. Él se lo permitió con paciencia, ignorando las caras divertidas de los presentes, y en cuanto Sophie regresó a la cocina, volvió a soltarse el botón y suspiró.

—Se cree que es mi madre —explicó a Álex.

—Ya veo, ya —asintió este, sin querer imaginarse cómo sería aguantar a aquella mujer durante todo el día—. Desde luego, tienes mucha paciencia.

Acababa de pegarle un bocado al croissant cuando al fin Lena se dignó a aparecer. Se aproximó hasta la barra a toda prisa.

—Perdón por el retraso —comentó—. Estaba sacando las telas para el *aeroyoga* y tus gatos se han enganchado a ellas, y no había manera de sacarlos de ahí. Ha sido surrealista, en serio.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Álex, refiriéndose a lo sucedido el lunes.

—Sí, sí, perfectamente. —Ella sacudió la cabeza—. Lo siento, es que soy muy impresionable. No me va mucho la sangre, soy más de… zapatos. —Y se giró hacia Brian, que tenía una sonrisa burlona en la cara—. ¡No tiene gracia!

—Si tú lo dices…

—Es igual. Álex, ya me ha dicho Rylee que necesitas a alguien con más formación, y realmente… No me veo haciendo un curso de auxiliar de enfermería, lo siento mucho.

—No pasa nada, no todo el mundo vale para eso. Aunque echaré de menos la intriga de saber si el expediente coincide con la persona que va a entrar…

Lena le sacó la lengua, y miró a Brian.

—¿Nos vamos?

—Espera, que cojo la cazadora. —Se metió a su despacho.

—Oye, ¿qué es eso del *aeroyoga*? —quiso saber Álex interesado—. Porque yo en California hacía yoga, me relajaba mucho, ¿es parecido?

—Es una pasada, mucho mejor. Si algún día te apetece probarlo pásate por casa —ofreció, antes de notar como Rylee clavaba su mirada furiosa en ella—. Serás bienvenido.

Rylee le pegó un pellizco disimulado que hizo saltar a la rubia.

—¿No tienes que irte ya? —gruñó.

—Sí, sí, claro. —Lena se dio prisa en alejarse de allí—. ¿Comemos juntas luego?

—Pásate por comisaría cuando termines —dijo la pelirroja, aún enfadada.

Brian salía ya, así que la rubia se escabulló a su lado para alejarse de Rylee. Tampoco era para que se pusiera así, le parecía que su amiga estaba más susceptible de lo normal y se preguntó cuál sería el motivo. Pues ya le haría un buen interrogatorio en la comida, pero allí se estaba cociendo algo.

Una vez fuera, se giró hacia Brian.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿Yo? Sí, claro, ¿por qué?

—No sé, hacía tanto que no te veía fuera del bar que he pensado que lo mismo estabas mareado o algo. —Le dio unas palmaditas amistosas—. Así que este es tu aspecto sin una barra delante…

—Ten cuidado, a ver si te vas a desmayar con ese derroche de ingenio.

Ella sonrió, sin sentirse ofendida. El edificio donde tenían que ir estaba en el centro y bastante cerca, así que no se molestaron en coger el coche; cuando llegaron, Novalee se acercó a saludarlos con una sonrisa.

—¡Hola, Lena! Brian. —Meneó la cabeza—. ¿Queréis un café? Harry estará con vosotros en un minuto, está al teléfono.

—No, gracias —declinó Lena—. ¿Cómo estás?

—Calla, que aún arrastro secuelas del sábado —suspiró la morena —. Con lo bien que nos recuperábamos a los veinte, a los treinta necesitas ocho días para que se te pase la resaca del todo.

Brian estaba a punto de hacer algún comentario cuando la puerta de un despacho se abrió, y por ella salió un hombre alto, de unos sesenta años; tenía el pelo corto y ya blanco, al igual que su barba, y cara de buena persona. Al verlos se acercó con una sonrisa.

—¡Lena! —exclamó, abrazándola con cariño—. Es estupendo tenerte de nuevo por aquí, aunque lamento las circunstancias, claro, ¿sabes ya algo de tu padre?

—Nada —respondió ella, moviendo la cabeza—. Supongo que cuando la policía lo encuentre me avisarán.

—Bueno, no pensemos en temas desagradables. —Harry fue a saludar a Brian con la misma sonrisa afectuosa—. ¿Qué tal por el local, todo bien? He oído que tenemos nuevo médico en *Sutton*, ¿no? —Los dos afirmaron—. Novalee me ha contado por encima que es muy joven pero simpático.

—Es muy agradable —dijo esta, llevándole a su jefe una taza de café y la carpeta del expediente—. Aquí tienes.

—Pues venga, pasad. —Harry se apartó para ceder el paso—. No tardaremos mucho.

—Genial —dijo Brian.

Novalee cerró la puerta tras ellos. Lena se dejó caer en una de las sillas, y Brian se sentó a su lado mientras Harry ocupaba su lugar tras la mesa llena de papeles, post-its y bolígrafos. Sonrió mientras abría la carpeta y sacaba un dossier grapado de tamaño considerable.

—A ver —comentó—. Esto es lo que mandó el abogado de tu familia, Lena, ¿seguro que estás de acuerdo con lo que dice?

—Pues… verás, Harry, es que no los he leído —se excusó ella.

—¿Quieres decir que ni siquiera sabes lo que le exiges a Brian? —Él la miró y Lena negó con la cabeza—. ¿Y cómo mandas unos papeles de divorcio sin leerlos?

—Es que ahí el señor Grant actuó de manera unilateral —explicó Lena, y Harry la miró sin terminar de entender—. Me refiero a que lo dio por hecho y pensó que era lo que había que hacer, así que los envió sin preguntar nada.

—Pero tampoco los has leído.

—No. Me dijo que había sido justo en el acuerdo y yo nunca he necesitado dinero, así que…

—Vale. —Harry cerró la carpeta y puso las manos encima—. Pues te hago un resumen por encima y vemos que te parece. Vosotros dos estáis casados en régimen de gananciales, de manera que eso significa que todos los bienes comunes tienen que ser repartidos al cincuenta por ciento. Eso incluye la casa, el coche y el bar. Así que tenéis dos opciones: o bien vendéis todo y repartís las ganancias a medias, o bien alguno de los dos le da al otro el equivalente en dinero.

—Un momento —interrumpió la rubia—. Lo primero, yo no quiero nada de todo eso. Y mucho menos que tenga que vender el bar.

Pues cualquiera lo aguantaba, si lo sacaban de su querido local… Lena no quería ni pensarlo, pero ahora le quedaba claro el porqué Brian había estado enfadado con ella al recibir los papeles. No le preocupaba perderla a ella, sino a su adorado local.

—Pues esto es lo que tu abogado pide aquí. —Harry le acercó el expediente—. No sé si quieres leerlo, pero deberías.

—A ver —Brian habló por primera vez desde que habían entrado al despacho—, yo pensaba que veníamos directamente a firmar, Harry…

—¿Y no puedes cambiarlo? —preguntó ella—. Cada uno por su lado y listo.

Harry los observó a ambos unos segundos; cogió otra vez la carpeta que le había acercado a Lena, la cerró y apoyó los codos, mirándolos.

—Muy bien. Os voy a decir una cosa, y una sola vez, así que escuchad —repuso—. No pienso tramitar este divorcio.

Los dos se quedaron asombrados y sin habla.

—Pero, ¿qué dices? —reaccionó Brian al fin, segundos después.

—Es que… no siento que queráis divorciaros.

—¿Que no sientes…? Perdona, Harry, sabes que te quiero como si

fueras mi tío, pero con el debido respeto, eres mi abogado y no tienes que sentir nada, solo llevar adelante el proceso.

Él se acarició la barbilla, asintiendo.

—Sí, lo sé y soy consciente de eso. Yo también os quiero como si fuerais mis hijos, por algo fui vuestro padrino en la boda, pero con el debido respeto, soy tu abogado y tienes que hacerme caso.

—Hombre, en temas legales sabes que sí, pero en terreno personal…

—En terreno personal también, que eres un desastre. Mírame, yo llevo casado treinta y cinco años y soy muy feliz.

—Pues me alegro por ti. Pero nosotros queremos divorciarnos. —Brian ya tenía el ceño fruncido.

Harry miró al techo, con cara de paciencia.

—Qué tiempos… —murmuró—. Hoy en día los jóvenes no sabéis lo que es luchar para que una relación funcione. Os rendís al primer contratiempo, ¿cuánto lleváis casados, seis años? —Miró a Lena, porque Brian lo estaba fulminando con la mirada.

—Cinco —corrigió ella.

—Y otros cinco antes de eso —refunfuñó él—. ¿Y cuántas veces lo habéis dejado en esos diez años? Tres veces, ¿cuatro? Y siempre era la definitiva… que no, hombre.

—Nunca hasta ahora habíamos pedido el divorcio —observó Brian.

—Ni ahora. Ahora tampoco lo habéis pedido, ha sido su abogado. —Harry miró a Lena—. Ella ni siquiera se enteró, ¡por dios, que no lo ha leído! ¿Sabéis lo que cuesta un divorcio? Unos tres mil dólares. Que ya puestos, ninguno de los dos podéis permitiros… no vamos a gastar ese dinero que no tenéis para que dentro de seis meses os dé la ventolera y volváis juntos, no.

Lena abrió la boca para decir algo, pero él la cortó con un gesto.

—No fui el padrino de vuestra boda para que os divorciarais tan pronto, no. Y no hay más que hablar.

Brian parecía que iba a entrar en ebullición de un momento a otro, así que Lena le puso la mano en el brazo para que se calmara y miró a Harry.

—Harry, entendemos tu disgusto y que tienes buena intención —dijo—, pero las cosas no se pueden forzar y esto no ha salido bien. Discutimos mucho.

—Todas las parejas discuten.

—Ya, pero resulta un poco desagradable estar todo el tiempo así, ¿no crees?

—Pues eso haberlo pensado antes de casaros, o incluso antes de empezar a salir juntos. Que sois como la noche y el día lo sabíamos todos, incluidos vosotros. —Harry se recostó en su silla, cruzándose de brazos.

—En serio —intervino Brian—. Si quisiéramos una terapia matrimonial iríamos a un psicólogo, pero…

—He dicho que no pienso tramitar ningún divorcio —la voz de Harry sonó inflexible—. Dentro de unos meses, si veo que seguís queriendo seguir con esto, si veo que hacéis vuestra vida por separado y sois felices, quizá, y solo quizá, me lo plantee.

Brian se frotó la frente, gesto que solo hacía cuando estaba nervioso y a punto de perder la paciencia. Lena miró a Harry, aún anonadada por su actitud.

—Harry… —dijo, poniendo aquella cara de niña buena que solía funcionarle tan bien.

—Ni Harry ni nada, he dicho que no —replicó él.

—Sabes que buscaremos otro abogado, ¿no? —comentó Brian.

—Estás en tu derecho de hacerlo. —Harry le sostuvo la mirada— Pero también te digo que, si te buscas otro que te lleve el divorcio, también te llevará el resto del papeleo. Bar incluido. Buena suerte con eso.

Brian lo miró, dándose cuenta de la jugada que acababa de hacerle. Harry había sido el abogado de sus padres cuando estos llevaban el bar y lo había seguido siendo cuando se lo habían pasado a él. En *Sutton* solo había otro par de abogados más y ninguno se metería en medio, y que le llevara el tema uno de *Anchorage* era impensable, estaban demasiado lejos. Se levantó de malas maneras y salió del despacho pegando un portazo.

Lena miró a Harry con una mueca.

—¿Seguro que ese cabreo por no poder divorciarse no te convence? —insistió.

—En absoluto. Mañana se le habrá pasado, ya conoces su pronto… —Harry se incorporó, rodeó la mesa y fue hasta ella—. ¿Cómo llevas lo de tu padre? Me refiero al hecho de que se haya largado dejándote en la estacada.

Ella empezó a negar con la cabeza.

—Él no…

—Se ha largado, Lena —dijo con firmeza—. Ya sabes que es un buen hombre, pero las cosas como son, y en esta ocasión se ha largado y te ha dejado a ti para que asumas sus errores. Cuando aparezca hacienda para pedirte que te hagas cargo de sus deudas, ¿qué piensas hacer?

Lena suspiró.

—No lo sé —murmuró.

—Cuenta conmigo para lo que necesites —dijo apretándole los hombros con cariño—. Puedo darte asesoría legal si quieres. O ser directamente tu abogado de forma gratuita.

—Gracias, Harry. Eres un sol. —Lena lo abrazó.

—De nada —Él sonrió—. Dile a Brian que no se cabree mucho —le guiñó un ojo.

—Tranquilo, es su estado natural —sonrió ella, antes de salir por la puerta.

Alcanzó a Brian en la calle, aunque le costó llegar a su altura ya que él avanzaba a grandes zancadas. Consiguió ponerse delante de él para impedirle que siguiera andando.

—Menos mal que hago *cardiofunk*, qué velocidad has pillado, hijo.

—¿Cardio qué?

—Funk. Está muy bien, es…

—Bueno, vale, me da igual. —Hizo un gesto con la mano para desechar el tema—. ¿Qué vamos a hacer?

—Bueno, no es que Harry nos haya dado muchas opciones, ¿no? No podemos pagarnos otro abogado, así que habrá que esperar a que se convenza de que vamos en serio.

—No pareces muy alterada.

—¿Y qué quieres que haga? —Se encogió de hombros—. Tampoco tenemos prisa, ¿no? Volvemos el mes que viene y ya está.

En eso tenía razón, después de tantos meses unas semanas más o menos no suponían ninguna diferencia, pero él prefería terminar con aquello cuanto antes y hacer borrón y cuenta nueva. De aquella forma, se le hacía muy difícil pensar en ella como en su ex.

—No estoy tan seguro de que el mes que viene Harry vaya a hacernos caso.

—Pues el siguiente, aunque sea por pesados nos acabará divorciando, tú tranquilo. Hablamos luego, ¿vale? Voy a ver a tu hermana.

Le tiró un beso con la mano mientras se alejaba, lo que le sentó a él aún peor, y se fue en dirección a la comisaría. Cuando llegó se encontró con que estaba cerrada, como solía ocurrir, con un cartel con el número de teléfono de Rylee y el de Simon. La llamó esperando que no estuvieran muy lejos, el cielo se estaba poniendo gris y amenazaba con nevar en cualquier momento.

Por suerte, en menos de cinco minutos llegó ella conduciendo el coche oficial del departamento.

—¿Comemos dentro? —preguntó, al bajarse—. Tengo un par de tuppers, o si quieres, vamos al bar de Brian…

—Aquí mejor, tu hermano no está de buen humor.

Le contó lo que había ocurrido mientras Rylee abría la puerta y la llevaba hasta una sala de descanso que había dentro. Preparó la mesa para las dos y calentó la comida que había sacado de la nevera.

—Pues vaya plan —comentó—. Entiendo que Brian no se lo haya tomado muy bien.

—Ya se le pasará. —Se sentó—. Pero bueno, cuéntame tú cosas.

—¿Qué cosas? —Le puso un tupper con verduras, mientras ella se quedaba con otro de lasaña—. No tengo nada nuevo.

—¿No? Pues el lunes no dormiste en casa… —La miró con picardía —. Así que venga, habla… Has dormido con el doctor surfista ¿a que sí?

Rylee suspiró, meneando la cabeza

—Sí, pero no por lo que tú crees.

—¿Y qué crees que creo yo? —Lena se colocó en su silla de forma cómoda mientras no dejaba de juguetear con sus verduras—. Ay, por favor, dime que te has pasado la noche dale que te pego en ese sofá enano que tiene.

—No, claro que no. —Rylee puso los ojos en blanco.

—No, claro, qué cosas se me ocurren. Tú, perdiendo el control por unos instantes…

—Lena, no es lo que piensas. Estuvimos con la operación hasta la noche, porque era algo muy complicado… después cenamos algo y me quedé para echarle una mano.

—¿Una mano a dónde?

—¡Calla! Me quedé frita, y por la mañana me desperté allí.

Lena la contempló unos segundos.

—¿Te tapó con una manta?

—¿Y eso qué importa? Sí, me tapó con una manta. Y me quitó las botas y… —Se calló.

—¿Y qué? —quiso saber Lena, intrigada.

Rylee remoloneó, pero su amiga empezó a darle toques en el hombro sin parar hasta que al fin la pelirroja se decidió a hablar, exasperada.

—Me quitó las horquillas del pelo.

—¿Qué? ¿Que te quitó las horquillas del pelo? —Lena procesó sus palabras—. Madre mía, Rylee, ¿sabes qué significa eso?

—¿Que es un poco rarito?

—¡No! Que es una auténtica monada. Tu piénsalo… ¿qué chico hace algo así? Tiene que ser muy dulce… ¡y le gustas!

—Bah, seguro que eso se lo hace a todas.

—Sí, claro. Tienes razón, seguro que va quitando horquillas a toda mujer que se encuentra —se burló la rubia—. ¡Oye! Podríamos

llamarle «el quitahorquillas», ¿te gusta más que doctor surfista? Doctor horquillas.

—No te rías, que lo digo en serio. Ya las imagino, cayendo rendidas a sus pies mientras piensan que ellas son especiales. —Se acabó la lasaña en un par de bocados y se levantó—. Yo no caigo en la trampa tan fácil, ¿sabes?

—Rylee. —Lena la sujetó por los hombros y la miró—. Por favor, cae en la trampa. Te lo digo en serio, tienes que caer alguna vez. Todas aprendemos a base de mamporros, ¿que te toman el pelo? Pues ya está, pero al menos te habrás divertido.

—¿Por qué es tan importante divertirse? —protestó Rylee—. ¿Qué tiene de malo dedicarse a trabajar y a disfrutar con las cosas pequeñas como…?

—…tener gatos y leer libros? Ah, ya que hablamos de gatos, esta mañana no hacían más que traer tampax y jugar con ellos, ¿has pensado mandarlos al circo alguna vez? Por no hablar de las carreras nocturnas que se pegan. No sé cómo no te vuelves loca.

—Son inofensivos, solo juegan. —Dejó su tupper encima de la mesa, feliz de que su amiga hubiera abandonado el tema de Álex. Si la seguía apretando acabaría por confesar.

—Oye, se me ha ocurrido una cosa. He pensado que ya que Álex vuelve a necesitar una ayudante, y que Kamala tiene libre casi todo el año, ¿por qué no ella?

—Pero Kamala no tiene conocimientos de enfermería. —Frunció el ceño—. O eso creo, ha hecho tantos cursillos que estoy perdida.

—Bah, lo hará bien, y ella no se asusta con la sangre. ¿Te acuerdas aquella vez que me caí de morros y me rompí el labio? Aguantó el tipo estupendamente, hasta me sujetó la mano y me dijo «Tranquila, te pondrás bien».

Rylee sonrió.

—Supongo que puedo decirle a Álex que la pruebe unos días, a ver qué tal.

—Se enamorará de él sin remedio.

—Pues que le aproveche.

Lena le pegó un manotazo en el hombro.

—Lo añadirá a su lista de posibles, ya la conoces. Ese chico es para ti, no sé por qué te empeñas en…

—A ver, Lena, si dejamos el tema claro: es un crío, ¿vale?

—¡Un yogurín, mejor! Y no seas exagerada, ¿cuántos años tiene?

—Veintiséis, creo.

—Ohhhhhhhhh, menuda diferencia, sí. Está claro que te denunciarían por asaltacunas.

—Lena, en serio, no insistas…

—Vale. —Sonrió inocente—. Tranquila, solo te estaba tomando el pelo, ya te dejo en paz.

Aquello mosqueó más a Rylee, conocía de sobra aquella sonrisita, y que Lena no se rendía fácilmente.

—Y hablando de otra cosa… —siguió Lena—. Este sábado quedamos, ¿no?

—¿Otra vez?

—Mientras no tengas guardia, hay que recuperar el tiempo perdido.

Rylee pensó en mentir, pero el calendario de guardias estaba colgado tras ella y además, Lena era capaz de comprobar con Simon las fechas, así que afirmó con la cabeza, resignada. Solo esperaba que no la volviera a obligar a vestirse con ropa ajustada.

Lena dio palmas sacando su móvil.

—Pues voy llamando a las chicas, luego te veo en casa.

—Vale, dile a Kamala que voy a verla en un rato.

—De acuerdo, ¡hasta luego!

Se puso el abrigo y se marchó sonriendo, mientras Rylee recogía los tuppers sin terminar de fiarse de ella.

Después estuvo un rato haciendo papeleo, y cuando terminó se fue dando un paseo hasta la casa de Kamala, que solo estaba unas calles más abajo.

Su amiga le abrió la puerta, sonriendo ampliamente.

—¡Sí! —dijo.

—¿Eh?

—Ya me lo ha contado Lena, y claro que sí. Entra. —La cogió de un brazo para meterla en su casa—. Espera que me despido y voy contigo.

Rylee la siguió hasta su habitación, donde Kamala tenía el ordenador encendido, y pudo ver que tenía varias pantallas de chat abiertas. Escribió unas cuantas frases, y apagó el ordenador.

—Ala, podemos irnos —dijo.

—¿Qué era eso?

—Mis chicos.

—¿En plural? ¿Cuántos tienes?

—Diez, doce… no sé. Hay que tener opciones, Rylee, por si falla uno, tener más.

Ella movió la cabeza, preguntándose cómo haría para no liarse con tantas relaciones virtuales a la vez.

—Está bien, es igual. Pero sobre el trabajo…

—Ya te he dicho que sí. Vamos, ¡como para decir que no! No veas qué contenta voy a ir a trabajar, con ese jefazo… Así cualquiera se levanta a las ocho de la mañana.

—Vale, pero, ¿tienes alguna formación?

—Que síííííí, pesada. Hice un curso de secretaria médica, y uno de primeros auxilios. Y no me voy a desmayar por ver un par de dedos cortados, tranquila. Ya verás qué contento va a estar el doctor surfista conmigo. ¡No se va a querer ir nunca!

Y se puso el abrigo, saliendo a la calle sin esperar a ver si Rylee la seguía, así que esta corrió para alcanzarla y la acompañó a la consulta.

Capítulo 9

Lena se plantó delante de Rylee, que estaba tumbada en el sofá con los dos gatos encima jugueteando con su jersey.

—¿Ya estamos otra vez como el fin de semana pasado? —preguntó.

—Eso digo yo. ¿Hoy no puedo ir cómoda o qué? Un día ganas tú, otro yo…

—No, no, que yo sepa no hemos llegado a ningún tipo de acuerdo al respecto. —Alargó la mano para tirar de ella, y tuvo que esquivar un zarpazo del señor Levandowsky—. Oye, a ver si domas a los tigretones, por favor. Venga, métete en la ducha y lávate el pelo. Yo te preparo la ropa.

Se metió en su cuarto frotándose las manos, y Rylee apartó los gatos con cuidado, temiendo lo que Lena estuviera preparando para ella.

Cuando salió con el pelo envuelto en una toalla y un albornoz puesto, Lena no le dio tiempo a reaccionar. La cogió por los hombros y la sentó en una silla, con un secador en la mano.

—Ahí quieta —ordenó.

—Pero yo…

Lena le enchufó el secador en la cara, así que se calló. Notó cómo le quitaba la toalla y empezaba a manosearla la cabeza y el pelo, y suspiró fastidiada. Otra vez con el pelo suelto, qué manía tenía la gente…

Un rato después, Lena apagó el secador y se puso delante de ella. Rylee intentó levantarse, pero ella se lo impidió y cogió una caja de

maquillaje.

—Ah, no, eso sí que no —protestó Rylee.

—Si no te estás quieta te clavaré el lápiz en un ojo, así que tú misma.

—Mucho maquillaje no, por favor.

—Que no, va a ser sólo unos toquecitos…

Sacó un lápiz de ojos y empezó a hacerle la raya. Después siguió con algo de color, y un toque en los labios. Cuando estuvo satisfecha, le plantó un espejo delante de la cara.

—Ahora dime que no estás monísima, si tienes narices. No me digas, con esos ojazos que tienes y no les sacas partido, es para matarte.

Rylee se miró críticamente, pero no pudo sacar ninguna pega. Lena había sido muy discreta en el maquillaje, limitándose a darle una sombra en los ojos que hacía destacar el azul aún más, y el color coral de los labios no era estridente en absoluto. Algo le había echado en el pelo, porque las ondas estaban más marcadas que de costumbre. Apartó el espejo intentando parecer fastidiada, pero no lo consiguió del todo.

Lena sonrió, triunfante, y le cogió de la mano para llevarla a su habitación. Rylee miró la ropa que había sobre la cama, y luego a ella.

—No —fue todo lo que dijo.

—Sí, y no hay más que hablar.

—¿Pero para qué me voy a poner un sujetador con adornos, si no se va a ver?

—Eso nunca se sabe. También puedes ir sin nada, pero me da que eso sería demasiado para ti. Y no son adornos, es un encaje que apenas se nota.

—¿De dónde lo has sacado? ¿No se supone que no tienes dinero?

—Ah, eso… —Tuvo la decencia de enrojecer ligeramente—. Bueno, le dije a Ellen Sue que ya se lo pagarías. Y le he quitado la etiqueta, así que no puedes devolverlo —añadió, rápidamente.

Rylee suspiró fastidiada.

—¿Te vas a quedar mirando?

—Chica, ni que no te hubiera visto nunca sin ropa… Pero vale, ya te espero fuera.

Salió sin añadir más, esperando que al darle un poco de espacio acabara cediendo. No se equivocó, ya que poco después salió Rylee con la ropa. Lena aplaudió, entusiasmada, y la llevó hasta el espejo.

—Estás que te sales, Rylee. No me digas que no porque no te creeré.

Ella se miró, apenas reconociéndose. Los pantalones negros le quedaban como un guante. Había esperado que fueran incómodos, pero no apretaban, sino que se ajustaban amoldándose a su figura. El top era demasiado abierto y semitransparente para su gusto, pero tenía que admitir que con aquel sujetador, quedaba muy bien. Se dio la vuelta, viendo que por la espalda era casi totalmente abierto.

—Se ve el sujetador… —empezó.

—Es que ese top queda mejor sin nada debajo.

—Tú estás loca. Lena, que tengo un puesto en el pueblo.

—Que sí, blablablá soy la sheriff, blablabá no puedo divertirme. Espera. —Se puso tras ella y manipuló la tela, de forma que quedó más subida—. ¿Qué tal así?

—Mejor, ¿cómo lo has hecho? Y esto no me suena haberlo visto en la tienda de Ellen Sue.

—No, bueno. —Hizo un gesto quitándole importancia—. Lo he

hecho yo, con unas telas que tenía por ahí. Y tiene unos corchetes atrás que no se ven, así puedes ponerlo de diferentes formas.

—¿De verdad? —Volvió a mirarse—. Lena, deberías tomarte en serio lo de hacer ropa. Se te da muy bien.

—No sé, tampoco es que haya mucha demanda por aquí… —Sacudió la cabeza—. Es igual. Voy a prepararme y nos vamos, y no se te ocurra quitarte nada ni cambiarte mientras no te veo, ¿eh? Que ya nos conocemos. Y de paso vete practicando con esos zapatos.

Se metió en la ducha mientras Rylee cogía la caja que Lena había señalado, temiendo encontrarse unos tacones de aguja infernales, pero suspiró aliviada al ver que no era para tanto. Eran unas botas altas, y sí tenían bastante tacón pero no era demasiado estrecho, así que cuando se las puso podía caminar sin problemas.

Mientras Lena se vestía comprobó que había comida y agua suficiente para los gatos, y después se marcharon al bar de Brian. Novalee y Kamala ya estaban allí. Cuando Rylee se quitó el anorak, se pusieron a silbar admirativamente, lo que hizo que casi todo el mundo que estaba dentro se volviera a mirarla. Ella intentó ponérselo de nuevo, pero Lena ya se lo había cogido y lo estaba llevando a unas perchas.

Rylee se acercó a la barra, intentando pasar desapercibida sin mucho éxito. Brian la miró divertido, acercándose para guiñarle un ojo.

—Estás muy guapa, hermanita. No les hagas caso.

—Ya, para ti es fácil decirlo, tú no…

—Brian, una botella de vodka y cuatro vasos —pidió Kamala, poniéndose al lado de Rylee—. ¡Hoy vamos a por todas!

Él se echó a reír al ver la cara de su hermana, que le hizo un gesto negando con la cabeza, pero obedeció y le entregó a Kamala lo que había pedido.

—Dame a mí una cerveza, por favor —dijo Rylee.

Kamala la miró como si hubiera pedido cianuro, mientras Brian sacaba una botella y se la entregaba a Rylee. Ella ayudó a Kamala con los vasos, y las cuatro amigas se sentaron en una mesa.

Diez minutos después, la puerta del bar se abrió dando paso a Simon. Pero no iba solo, Álex entró tras él sacudiéndose la nieve de las botas.

Rylee fulminó a Lena con la mirada, pero antes de que pudiera decir nada, ellos ya habían llegado a su altura.

—Hola, chicas —saludó Simon—. Vaya, jefa… Estás… Bueno, estás muy guapa.

—Gracias.

Bebió un trago de cerveza, evitando mirarlos. Álex parpadeó, recuperándose de la impresión al haberla visto. Simon se había quedado corto, él la encontraba espectacular. Pero Rylee, para no variar, parecía enfadada, así que no se dirigió a ella directamente.

—Todas lo estáis —dijo, mirando a las demás—. Veo que vais servidas, pero luego os podremos invitar a algo, ¿no?

—Tú me puedes invitar a lo que quieras —dijo Kamala.

—No te preocupes, secre, que te prometí un baile y eso lo tienes fijo.

Sonrió encantadoramente, y se fue a la barra con Simon. Rylee pegó un codazo a Kamala y otro a Novalee, que se le habían quedado mirando embobadas.

—¿Pero estás tonta? —dijo—. Novalee, que estás casada.

—Que ya haya pedido el menú no significa que no pueda mirar la carta.

—Y tú, Kamala, ¡que es tu jefe!

—Ahora no, solo entre semana.

—¿Y cuándo te había reservado un baile? ¿Sabíais que iba a venir?

—No, se lo dije en general. No tenía ni idea.

—Yo tampoco —dijo Novalee—. Pero menos mal que le ha sacado Simon de esa cabaña, tenía que estar muerto del asco.

Lena no contestó, sino que se bebió un vaso de un trago. Rylee se terminó su cerveza, pensando en estrangularla. Estaba segura de que ella le había dicho a Simon que fuera a buscarle, y el que se levantara ofreciéndose a traerle otra cerveza no hizo sino confirmárselo.

Media hora después, Kamala, Novalee y Lena estaban bailando en la pista, mientras Rylee seguía en la mesa con otra cerveza sin decidirse a salir.

Simon y Álex dejaron la barra, el primero yendo a la mesa con Rylee y el segundo uniéndose a las tres chicas.

—¿No quieres bailar? —preguntó Simon.

—Estoy bien aquí, gracias.

—Como quieras. —Miró a sus amigas, que reían con el californiano —. Parece que no se le da mal. Ligar, digo.

—No hace falta que lo jures.

—Bueno, pues voy para allá yo también.

Había captado que Rylee no quería compañía, así que se unió al grupo que ya estaba bailando alegremente.

Para entonces, Rylee había decidido terminarse la cerveza e irse a su casa, pero se quedó pegada en el asiento cuando vio cómo se movía Álex. Aquello no era normal, no podía ser que encima bailara tan bien. Iba de una a otra sin perder el paso, haciéndolas girar o seguirle ágilmente, en movimientos fluidos. Y Rylee no podía apartar la vista, era increíble cómo se movía. Estaba tan concentrada en él, que no se dio cuenta de que Lena se había sentado a su lado hasta que le puso la

mano delante de los ojos.

—Eh, seria —dijo, sin aliento—. ¿Por qué no sales un poco ahí a menear esas caderas? —Siguió la dirección de su mirada—. Vaya, vaya, menos mal que no te fijabas en él.

—No estoy mirando nada. —Apartó la vista—.

—Claro, como que ese culo no tiene un cartel con un imán diciendo «mírame».

—Y volvemos al tema de siempre… —Puso los ojos en blanco—. ¿No se te ha ocurrido pensar que él también puede ser un desastre en la cama?

—Rylee, con que se mueva la mitad de bien que se está moviendo ahora, créeme: tiene que ser bueno.

—¿Y si el problema soy yo y en realidad soy una frígida?

Era lo que le había dicho su último novio, y lo que realmente la reconcomía por dentro. Lena casi se atragantó con el vodka, pero cuando vio su cara se dio cuenta de que hablaba totalmente en serio.

—No puedes pensar eso de verdad —dijo, acercándose más a ella.

—Lena…

—Vale, vamos a hacer una prueba. Y si no te… Vamos a decir «calientas» con ella, entonces admitiré que hay un problema. Porque estoy segura de que la culpa no es tuya.

Rylee se encogió de hombros, y la observó mientras se iba a hablar con el amigo de Brian que estaba poniendo la música. Regresó junto a Rylee, satisfecha.

—Tú mírale, y me dices luego.

La canción terminó, y comenzaron los acordes de «Bad things» de Jace Everett. Rylee pensó que Lena estaba siendo ridícula, hasta que vio cómo Álex se movía, primero con Kamala, luego con Novalee… Y

al darse la vuelta se cruzaron sus miradas, justo en el estribillo. Se movió incómoda en la silla, sintiendo de pronto mucho calor por todas partes, y bebió de la cerveza intentando tranquilizarse. Pero Álex no contribuía a ello, porque de pronto vio que se acercaba a la mesa. Se levantó para ir a la barra, pero Lena la empujó hacia él.

—Tira para allá, anda.

El empujón, los tacones y las cuatro cervezas que se había tomado provocaron que Rylee perdiera el equilibrio. Estaba a punto de caer al suelo, cuando unos brazos fuertes la sujetaron, haciéndola inclinarse como si en lugar de caerse fuera un paso de baile.

Rylee ahogó un grito, mientras Álex la ponía en pie cogiéndola por la cintura y pegándola a él. Ella pensó en protestar, pero al mirarle a los ojos se le secó la garganta. Álex la llevó por la pista con movimientos precisos, alejándola para hacerla girar y atrayéndola de nuevo hacia él, poco a poco según el ritmo de la canción. Cuando casi estaba a su altura, Álex le dio la vuelta cruzando sus brazos, para abrazarla por detrás. Rylee sintió su respiración en el cuello, junto a su oído… pensó en apartarse, pero por un lado, él tenía cogidas sus manos, y por el otro… Aquello era demasiado agradable. Tragó saliva, sin saber si él le estaba susurrando las palabras de la canción o si se lo estaba imaginando. Demasiado pronto, la canción terminó.

Álex le dio la vuelta, inclinándose para besarla una mano. Ella enrojeció, dándose cuenta de que Novalee y Kamala estaban aplaudiendo entusiasmadas.

—Yo… voy a sentarme —consiguió decir.

Se soltó de su mano y se fue casi corriendo a la mesa, ocupando su silla junto a Lena, que tenía una expresión divertida en el rostro.

—Rylee, cariño, si tú eres frígida, yo soy Teresa de Calcuta.

—¿Qué? —La miró—. Pero…

—Madre mía, si casi me quemo yo y estaba aquí lejos. —Suspiró, echando un vistazo a la barra—. Mierda, cómo echo de menos algunas cosas.

Rylee se tocó las mejillas, notándolas calientes. Esperaba no haberse puesto muy roja, y agradeció que la iluminación del local no fuera muy intensa. Se tomó de un trago un vaso de vodka, haciendo un gesto de asco al tragarlo.

Mientras tanto, en la pista, Álex se había quedado mirándola aturdido por lo que había pasado. Sonrió a Kamala y Novalee intentando disimular, y les hizo gestos para indicar que se iba a la barra a beber algo. Se sentó de espaldas a la mesa de Rylee y Lena, sobresaltándose cuando Brian dejó bruscamente una cerveza frente a él.

—Tómatela, a ver si te enfrías un poquito.

—No, si yo…

—Mira, no sé cómo bailaréis en California, pero esto es *Sutton* y esa era mi hermana. Así que relájate, ¿eh? Las manos quietas.

Álex intentó disculparse, pero Brian ya se había alejado a atender el otro extremo de la barra. Dio un trago frunciendo el ceño, pensando en lo que acababa de hacer y en el calentón que le había entrado… Debía ser que llevaba mucho tiempo sin sexo, porque no se explicaba que se hubiera puesto así con ella. Bueno, en realidad no se explicaba ni cómo había bailado así, con lo seca que era siempre, y lo «bien» que parecía caerle… Debía ser el alcohol, que le había soltado el pelo literal y figuradamente. Se preguntó por qué no vestiría así más a menudo, parecía mucho más joven y desenfadada. Movió la cabeza, terminándose la botella. Era la sheriff, por el amor de Dios. El frío tenía que estar afectándole al cerebro, Brian tenía razón: tendría las manos quietas.

Capítulo 10

El lunes por la mañana Rylee se mostró menos comunicativa con él que de costumbre, ya que se limitó a saludarle con la cabeza cuando lo recogió en el coche y no habló en todo el trayecto. Álex ya había aprendido que era mejor no decir nada, así que no intentó iniciar una conversación. En el fondo pensó que era mejor, si la veía como la sheriff borde y no como la pelirroja sexy del sábado, era mucho más fácil controlar su imaginación.

Brian les sirvió el café y las tostadas sin prestar atención a la tensión que había entre ellos.

—He pensado llamar luego a Lena —comentó.

—¿Para? —preguntó Rylee, soplando la taza.

—Mañana puedo dejar un rato sola a Sophie, y Lena podría pasar a llevarse sus cosas.

—Vale, si eso la llevo yo, en mi todoterreno caben las cajas.

—De acuerdo.

Álex terminó de desayunar, se despidió y se marchó a la consulta. Kamala estaba en la puerta, subida en una silla y colocando algo en el marco.

—Buenos días —saludó Álex—. ¿Qué estás haciendo?

—Es muérdago. —Pegó un martillazo, clavándolo, y le miró con una sonrisa de oreja a oreja—. A ver si consigo unos cuantos besos.

Le guiñó un ojo, y Álex pasó rápidamente al interior esquivándola. Ella se bajó riéndose, y se fue hasta la mesa.

—Tranquilo, doctor surfista, no voy a estar persiguiéndote con el muérdago.

—Ya. Esto… Casi mejor que no me llames así delante de los pacientes, ¿te importa?

—Claro, ese será entre tú y yo, mi mote cariñoso. —Le entregó dos expedientes—. El de las nueve y el de las nueve y media.

—Gracias.

Los cogió algo confuso. Kamala pasaba de bromear a estar profesional en menos de un minuto. Ya le había pasado la semana anterior al comenzar a trabajar con ella, y había momentos que no sabía si estaba bromeando o hablando en serio… Pero al menos no liaba los expedientes, ni había dado dobles citas, y hasta el momento le había ayudado con algunas curas y no se había desmayado. Así que no podía quejarse.

Rylee tenía la tarde libre, así que se había dejado convencer por Lena para practicar *aeroyoga* con ella. Apareció en el salón, ya vestida con la ropa más cómoda que había encontrado para practicar deporte: un pantalón de chándal viejo y una camiseta de manga corta. Ni en sueños lograría llevar aquellas prendas minúsculas que se ponía Lena sin parecer absurda.

—Que mona vas —se burló ella al verla—. Te dará calor.

—¿Pero no me ibas a enseñar *aeroyoga*? Porque si pretendes ponerme el funky ese, la respuesta es no, no me apetece nada sudar —se quejó Rylee.

—Pues mira, si hubieras sabido bailar funky a lo mejor el sábado habrías salido algo más victoriosa de ese bailecito que te marcaste con el doctor surfista… si quieres te enseño, solo tienes que dejar que tu cuerpo fluya.

—Déjalo. Yo no tengo ritmo. —Fue hasta el salón y observó de

forma crítica las bandas de tela ya colgadas del techo—. ¿Hay que subirse ahí?

—Sí. Pero tranquila, no corres peligro. Ven. —Tiró de su brazo hasta donde estaba ella—. Te ayudaré a subir, luego pongo el video y solo tienes que seguir los movimientos que veas. Fácil, ¿verdad?

Rylee la miró, no muy convencida; sí, parecía fácil, pero ya se conocía ella ese tipo de cosas… luego no era tan sencillo y acababas colgado boca abajo como un jamón en una bodega. Sin embargo, Lena parecía muy tranquila y la ayudó a subir los pies en las bandas, sujetándola.

—Ahora voy a soltarte y tienes que manten…

La liberó y Rylee al momento empezó a tambalearse hacia los lados; durante unos segundos creyó que no sería capaz de mantener el equilibrio, pero poco a poco y moviéndose lo imprescindible, logró quedarse quieta y con las piernas apoyadas.

—¿Cómo coño consigues no matarte y hacer el yoga?

—Porque tienes que relajar cuerpo y mente. Cuando ambas entran en armonía eres dueña de tu cuerpo y…

—Corta el rollo y sigue —gruñó Rylee.

—Sí, señorita *Grinch*. —La ayudó a agarrarse a las bandas—. Vale, el truco es equilibrar el peso, tú quédate quieta hasta que ponga el video y te iré guiando.

Rylee quiso menear la cabeza para asentir, pero pensó que eso era moverse demasiado, así que murmuró un «bien» entre dientes y se quedó completamente inmóvil esperando a que Lena pusiera el dvd y se subiera a las bandas con una agilidad que parecía increíble. Ella se sentía como un tronco, apenas si se atrevía a mirar de reojo… cuando las imágenes aparecieron con los ejercicios, los contempló con los ojos muy abiertos.

—Poco a poco —le dijo Lena—. Tú ve estirando hasta donde puedas, pero con tranquilidad. Respirar bien es muy importante.

—No voy a poder hacer eso —consiguió decir—. Si apenas me puedo mantener aquí subida…

—Nunca digas nunca, tú solo inténtalo. De cualquier forma, si te caes tampoco vas a ir muy lejos, ¿no? —Y se echó a reír, provocando que su amiga frunciera el ceño—. Si es que Brian y tú sois igualitos, par de gruñones.

Rylee hizo el intento de imitar los movimientos de la instructora del video, pero las bandas empezaron a moverse en su contra, dificultándolo, y terminó cayendo al suelo con un estruendo considerable.

—¿Estás bien? —Escuchó risitas de Lena.

—¡No es gracioso!

—Lo sé, lo sé. —Lena se bajó de un salto para acercarse a ayudarla —. Un poquito sí, pero no te preocupes, te ayudaré todas las veces. Cuando le pilles el truco te parecerá una tontería.

—Me parece una tontería ya… —Agarró la mano que le tendía su amiga y se incorporó.

—Prueba otra vez. —Lena la empujó para que volviera a subir en las bandas.

La pelirroja obedeció, tratando esta vez de tener más cuidado. Se sujetó como pudo, atenta a los movimientos de la pantalla y tratando de adivinar cómo podría realizarlos sin dar con el culo en el suelo de nuevo. De repente, el sonido del timbre la asustó, haciendo que casi perdiera el equilibrio por segunda vez.

—Ya voy yo. —Lena fue hacia la puerta.

Rylee permaneció quieta, preguntándose quién sería: no esperaba a nadie. Pronto obtuvo respuesta, cuando escuchó la voz de su amiga decir:

—¡Álex! Qué sorpresa, pasa, pasa. —Y el golpe de la puerta cerrarse.

Soltó un juramento entre dientes y miró a su alrededor, pensando en si le daría tiempo a saltar o por el contrario caería de morros haciendo el ridículo. Después de lo del sábado, lo que menos le apetecía era verlo, y menos aún vestida de aquella forma, con el pelo recogido y…

«Un momento», refunfuñó por dentro, ¿y qué más daba cómo la viera, a ella que le importaba?

Se irguió todo lo posible con gesto digno y los vio entrar por el rabillo del ojo. Álex estaba tan guapo como de costumbre, otro que había nacido para llevar ropa deportiva y seguir pareciendo un adonis… al verla se paró en seco.

—Perdón —dijo—. No sabía que ... Lena me dijo que podía pasarme cualquier día, que estarías en el trabajo.

—Hoy es mi tarde libre —Rylee se dio cuenta de que tenía que hablar de forma serena si no quería balancearse cual mono, lo que podía ser positivo para conservar el orgullo.

—Ah. —Álex se dio la vuelta tan deprisa que se chocó con Lena—. Huy, perdón. Pues no pasa nada, puedo volver otro día…

—De eso nada. —Lena lo empujó hacia las bandas que ella había dejado libres—. No tengo todas las tardes libres para perderlas con vosotros. Así aprovecho y os enseño a la vez.

Ignoró de forma deliberada la mirada que le estaba lanzando Rylee; de haber podido asesinarla, habría sido sin duda en aquel momento, pero a esas alturas le daba lo mismo. Si se ponía tan nerviosa era por algo.

—Doctor surfista, sé que tú entiendes de estas cosas, pero, ¿has usado las bandas alguna vez? —Él negó con la cabeza, dejando su bolsa en el suelo y acercándose mientras trataba de no mirar a Rylee —. Pero yoga normal sí. —Álex afirmó—. Genial, prueba a subir con cuidado y guardando el equilibrio. Ya sabes controlar la respiración, ¿no?

—Ajá.

Álex subió a las bandas mucho mejor de lo que lo había hecho Rylee, aunque una vez arriba vio que no controlaba tanto como pensaba; trató de moverse poco, lo último que le apetecía era caerse delante de la pelirroja, aunque por otro lado, ella estaba tan torpe como él o más. Eso lo relajaba un poco de la vergüenza que estaba sintiendo, pero Lena no les dio tiempo a seguir elucubrando, pues conectó el video. Iba a empezar a explicar algo cuando de pronto empezó a sonar su móvil, así que lo cogió.

—Huy, es tu hermano —comentó mirando a Rylee—. Seguro que quiere repartir un poco de su mal humor. No tardo.

Y con todo su descaro, abandonó el salón y ambos escucharon como salía fuera, dejándolos solos. Al momento se hizo un silencio tan incómodo que Rylee sintió deseos de desaparecer para que aquella tensión se esfumara, pero claro, para eso debería poder bajarse de aquella tortura sin parecer…

—Podemos intentar seguir las indicaciones de la monitora del video —comentó Álex, rompiendo el silencio—. Seguro que Lena vuelve en dos minutos.

—Como se pongan a discutir… —murmuró Rylee—, pero vale.

No quería ni mirarlo, sabía que estaba completamente colorada; sin embargo no tenía que preocuparse, ya que Álex evitaba por todos los medios observarla. Ambos siguieron con los ojos el video, pero ninguno se sentía capaz de intentarlo: los dos sabían que tenían todos los boletos para acabar en el suelo. Cuando aquello ya era insoportable, Rylee decidió que no aguantaba más. Iba a bajarse de ahí sin caerse, alejarse de Álex y después asesinar muy despacio a su amiga.

—Esto es absurdo —gruñó—. Voy a bajarme.

Hizo el gesto, pero empezó a moverse de forma descontrolada. Álex quiso ayudar y alargó el brazo para sujetarla, pero entonces notó que era él quien se caía, arrastrando a Rylee con él de camino al suelo. Rylee no reaccionó durante unos segundos, sin creerse que estuviera tirada boca arriba en su salón, con Álex encima y un montón de bandas blancas enredadas entre ambos. Se quedó inmóvil mirando

aquellos ojos grises tan cerca de su cara y tragó saliva al darse cuenta de que estaba expectante... y él seguía sin abrir la boca, pero sin quitarle la mirada de encima, lo cual la estaba poniendo muy nerviosa. Y acalorada. Y… le pegó un empujón para que se apartara.

—Vamos, déjame salir de aquí —exclamó, comenzando a pelearse con las bandas y consiguiendo liarlas más—. ¡Maldita sea, esto es peor que una trampa para osos!

Álex quiso ayudar, pero al verla enfadada decidió mantenerse pasivo, preguntándose a qué venía aquel cambio de actitud. Bueno, de cualquier modo, ya había tomado el sábado la decisión de no ligar con ella, así que le venía bien que Rylee reaccionara de aquella manera, porque aunque su cabeza pensara con lógica, su cuerpo iba por su cuenta… observó divertido como la joven seguía estirando y pataleando entre las tiras de tela sin lograr desenredarlas, pero de repente notó que unas uñas se clavaban en su espalda y soltó un grito.

—¡Joder! —Trató de sacarse a aquel gato gris de encima sin conseguirlo—. Dios, me está clavando las uñas con ensañamiento, ¿qué diantres les pasa a estas fieras?

—Es que no les gusta que los desconocidos se acerquen tanto… —explicó ella entre risas.

—A mí no me hace gracia —se quejó Álex, cuando notó al otro gato que lo atacaba por las piernas a mordiscos.

—Señor Levandowsky… —lo llamó Rylee para atraerlo.

—¡Vaya nombre para un gato! Me están dejando marcado…

—¿Qué hacéis? —Escucharon decir a Lena, y los dos giraron la cabeza en su dirección—. ¿Es un juego nuevo? Si es privado, me marcho…

—¡Calla y ayúdanos! —gritó Rylee sin ninguna delicadeza.

Lena trató de ocultar las ganas de echarse a reír al verlos, y se agachó para coger al señor Levandowsky, que se desenganchó de la espalda de Álex sin ganas. Luego la rubia repitió la operación con el señor Russell Crowe, quien abandonó su presa tratando de mantenerse

aferrado a aquellas piernas y dejando un surco de arañazos en ellas mientras Álex protestaba.

—Tranquilo, Kurt Russel Crowe, tranquilo —dijo Lena con voz tranquilizadora mientras dejaba los gatos en el suelo—. Son un poco ariscos al principio, pero en cuanto te conocen la cosa cambia. A mí ya me dejan cogerlos sin arañazos.

Luego empezó a separar todas las bandas hasta que al fin la pareja quedó libre y pudo ponerse en pie. Álex agarró su bolsa y se marchó a toda velocidad murmurando una disculpa y dejándolas anonadadas.

—¡Menudos modales! —dijo Rylee cuando la puerta ya se había cerrado.

—Pobrecillo, lo habrás puesto nervioso… —Lena le recolocó el pelo, que se le había salido de la coleta—. ¿Habéis hablado?

—No. Estábamos muy ocupados cayéndonos —le soltó la pelirroja —. ¡Te has largado! Sabes que no quiero tonterías con él y tú vas y me dejas sola en una situación comprometida.

—Ni que hubiera sido premeditado…

—¿Todo bien?

—Sí. Brian dice que si no necesito mi ropa. —Lena puso una mueca—. Vamos, básicamente que me lleve mis cosas de casa. Tan amable como siempre… y eso que he renunciado a todo lo que tenemos a medias, me pregunto cómo se comportaría si le pidiera algo.

—Yo te llevaré —se ofreció Rylee—. Durante la hora de la comida me va bien.

Lena afirmó. Rylee recogió todo sin dar opción a que volvieran al *aeroyoga*, tratando de disimular el hecho de que sus mejillas aún estaban encendidas, y de que Lena se había dado cuenta a tenor de su sonrisa burlona. No quería darle la razón en nada, ni reconocer que sí, se sentía atraída por el doctor surfista, de modo que fue a la cocina y empezó a abrir y cerrar puertas pensando en qué preparar de cenar.

—¿Te echo una mano? —Lena apareció en la puerta.

—Mira, si me pides que te haga más verduras, yo…

—Pedimos una pizza.

—¿En serio? —Rylee la miró ilusionada—. ¿De las de verdad, o de esas vegetarianas asquerosas que pides tú?

—De las de verdad —sonrió su amiga—, ya me mataré a hacer ejercicio mañana. Hoy necesitas una buena dosis de calorías.

Rylee afirmó, con una sonrisa de oreja a oreja.

Capítulo 11

Lena entró detrás de Brian; le sorprendía que Rylee se hubiera quedado en el coche, se imaginaba que no quería verse metida en el medio, pero aun así… Él dejó las llaves en la entrada e hizo el ademán de encaminarse hacia el trastero, pero cuando se dio cuenta ella ya estaba abriendo la puerta del dormitorio. Fue a toda prisa para alcanzarla, siguiéndola al interior.

Lena estaba observando la habitación con una expresión que Brian no supo interpretar. Se acercó al armario, lo abrió para echar un vistazo dentro y después lo cerró.

—¿Dónde está mi ropa? —Repitió la misma operación con los cajones, encontrándolos igualmente vacíos—. Y… bueno, todo.

—Está guardado en cajas, en el trastero —dijo él.

A Lena se le atragantó un poco aquel comentario. Vale, se hacía cargo de que había estado fuera unos meses, pero sacar así todas sus cosas y meterlas en cajas la hacía sentir…

—Uffff —dijo cogiendo aire—, vaya. —Se quedó unos segundos sin saber qué decir hasta que al fin sintió que podía volver a hablar—. Vale, no pasa nada. Gracias por recogerlo.

—Yo… —empezó a justificarse Brian al ver su expresión.

—Da igual. Entonces, si no te importa voy al estudio a recoger mi material, ¿si? —Y salió sin esperar respuesta porque no le apetecía alargar aquella situación.

—Lena…

Brian fue detrás, pensando en cómo detenerla antes de que abriera

aquella otra puerta, pero no le salieron palabras para ello y observó cómo la rubia entraba. Se acercó hasta el marco, apoyándose en él y dándose cuenta en aquel mismo momento que había metido la pata hasta el fondo. Había hecho todo aquello en un arrebato de mal genio, pero sabía que si lo explicaba sonaría a excusa barata y que…

—Has desmontado mi estudio —la oyó decir asombrada—. Tú…

Se quedó mirando de nuevo aquel espacio vacío, donde antaño había estado aquel estudio pequeñito y confortable que le había hecho él. En aquel mismo momento lo tuvo todo claro: no es que la relación hubiera terminado, es que Brian se había dedicado a vaciar y apelotonar sus cosas como si fueran cajas para tirar. Incluso aquello, que tanto significado tenía para ella, lo había estropeado. Era como ver una película creyendo que acabaría bien solo para descubrir que el final era triste. Permaneció quieta y repitiéndose a sí misma «nada de llorar, Lena», y tampoco quería enfadarse o gritar.

—¿Qué querías que hiciera? —lo escuchó hablar—. No diste señales de vida en seis meses. Ni siquiera sabía si pensabas volver, yo solo...

Lena asintió con la cabeza y después se giró con calma.

—Oye —dijo, haciendo un esfuerzo porque su voz sonara normal —, ¿sabes? Me había olvidado que he quedado con Kamala para una clase de *cardiofunk*.

—¿Qué? Pero…

—Tranquilo, volveré otro día cuando no estés, así no te molesto ni tienes que dejar el trabajo. —Lena pasó de largo por su lado directa a la puerta.

Brian la siguió, atrapándola de milagro cuando estaba cerca de la entrada principal.

—¿En serio? Puedo ayudarte a cargarlo todo, no hay problema.

—¿Te importa que no hablemos de esto ahora? —Lo interrumpió ella, y sin esperar respuesta salió pegando un portazo mientras él se quedaba pasmado. No entendía nada, en ese momento lo único que le

quedaba claro es que la había herido, pero no terminaba de comprender por qué… Aunque si lo pensaba, suponía que regresar a la que aún era tu casa y descubrir que habían sacado todas tus cosas como si fueran… se quedó pensando en cómo le hubiera sentado a él esa misma situación.

Rylee estaba medio amodorrada en el coche, pero el portazo la despejó al momento, y cuando vio la cara que traía su amiga ya terminó por enderezarse.

—¿Qué pasa? — preguntó por la ventanilla—. ¿No has guardado nada en cajas, y tu ropa? —La siguió con la mirada mientras Lena rodeaba el todoterreno y se subía de un salto al asiento del copiloto—. ¡Lena! No habréis discutido otra vez.

—No, tranquila.

—Pero, ¿no veníamos a recoger tus cosas? Y tu material de diseño…

—No tengo ni idea de donde está mi material, porque Brian ha desmontado mi estudio— murmuró y de pronto la miró—. Un momento. ¿Tú lo sabías?

Rylee se agitó, incómoda. Pues sí, claro que lo sabía, pero no se le había ocurrido decírselo. En su momento no le había parecido bien, pero intentaba no meterse demasiado en los asuntos de Brian y cuando él actuaba en medio de un cabreo tampoco es que hiciera mucho caso, así que lo había dejado correr.

—Que bien —masculló la rubia al darse cuenta de que su silencio era una afirmación—. Pues muchas gracias por decírmelo, Rylee, en serio. La cara de idiota que se me ha quedado al ver que todas mis cosas están metidas en un trastero como si fueran basura le ha debido encantar a tu hermano.

—Lena, no me di cuenta, y además ya sabes que intento no meterme —Rylee trató de disimular su culpabilidad, aunque estaba segura de que se le reflejaba en la cara.

—Pues vale. ¿Te importa dejarme en casa o es mucho trastorno?

—No, te dejo y me vuelvo a la comisaría. —La miró de reojo—. Tienes razón, perdona. Tenía que haberte avisado… no te cabrees conmigo, anda.

—No estoy cabreada contigo. Es a Brian al que le daría un par de bofetadas… desde luego, la delicadeza no es lo suyo —refunfuñó Lena—. Mira, cuando vine no estaba del todo convencida del divorcio, pero después de esto lo tengo muy claro.

Rylee cerró la boca dedicándose a conducir; Lena se enfadaba muy poco, pero cuando lo hacía era mejor dejarla tranquila, y eso era lo que pensaba hacer, ni más ni menos. Llegó a su piso en unos minutos y la observó mientras bajaba.

—¿Estarás bien? —quiso saber.

—Tranquila, no pienso estrangularme con las bandas del *aeroyoga* —le dijo Lena—. Nos vemos a la noche.

Rylee afirmó y se quedó mirándola hasta que entró; luego suspiró y arrancó de nuevo para irse a trabajar. Joder, que líos… Aquello solo la convencía más de que tener una relación era demasiado complicado.

Lena se puso un top y unos pantalones cortos, y cogió las bandas de tela para colgarlas en el techo, pensando en que algo de yoga la relajaría; pero estaba demasiado alterada y acabó liándolas más. Así que se puso un cd de música a todo volumen, seguro que una hora de saltos y bailes le harían descargar toda aquella energía acumulada.

Estaba concentrada en la música, cuando de pronto esta cesó. Se giró pensando que sería alguno de los gatos de Rylee, no era la primera vez que se subían en el equipo de música, pero en su lugar se encontró con Brian.

—¿Qué es este ruido infernal? —preguntó él.

—Música. ¿No sabes llamar a la puerta?

—He llamado, pero como no me abrías he usado mi llave.

Más que llamar, había aporreado la puerta. La música se oía desde

fuera, así que al final había entrado directamente.

—¿Y eso te parece normal? —siguió ella—. Porque a lo mejor, aunque te hubiera oído, no quería abrirte.

—Te estás comportando como una cría. —Avanzó hacia ella—. Si me dejas explicarte…

—¡No hay nada que explicar! —Se acercó a él y le apuntó con el dedo—. ¡Eres tú quien ha tirado todas mis cosas como si fueran basura!

—No las he tirado, están en el trastero. Hay una diferencia.

—No me vengas con tecnicismos. —Le pegó con el dedo en el pecho—. Tenías que haberme preguntado.

—Ah, ¿sí? —Le apartó la mano, e hizo el mismo gesto—. ¿Y cómo, listilla? Porque te recuerdo que la que se marchó fuiste tú, la que cambió de móvil fuiste tú, y la que dijo que no volvería nunca, nunca, nunca, fuiste tú.

Con cada «tú» y cada «nunca» se había ido acercando más a ella, enfatizando las palabras mediante golpecitos con el dedo en su escote. Lena había retrocedido, hasta encontrarse con una pared.

—¡Fueron cuatro «nuncas», no tres! —replicó ella—. Y como no te eches hacia atrás, yo…

—¿Qué? ¿Qué vas a hacerme?

Lena levantó la mano para darle una bofetada, pero en su lugar se encontró agarrándole del cuello con fuerza. Quería golpearle, gritarle… Pero más quería otra cosa, aquella forma en que la miraba la estaba volviendo loca, estaba tan sexy cuando se enfadaba que su líbido pensaba por ella.

Brian estaba cansado de discutir, tenía la adrenalina a tope corriéndole por las venas, y tenerla tan cerca, respirando agitadamente, no ayudaba a tranquilizarlo en absoluto. Durante una milésima de segundo se preguntó si estaría interpretando mal las

señales, pero para cuando quiso darse cuenta, le había cogido la cintura para pegarla a él, y la besó con toda la rabia contenida de los últimos seis meses. Lejos de apartarse, Lena le correspondió con la misma intensidad. Cogió su camisa y la abrió con fuerza, arrancando los botones sin ningún miramiento. Brian le rompió el top y el pantalón de lycra con gestos bruscos, mientras le daba ligeros mordiscos en el cuello que sabía era su punto débil.

Para entonces Lena ya había conseguido desatarle el pantalón, así que la elevó para que le rodeara con sus piernas y la apoyó contra la pared, penetrándola sin esperar más.

Lena gimió, tan excitada que estuvo a punto de explotar ya en aquel momento. Brian se movió contra ella con fuerza y la rubia se sacudió, todo su cuerpo estremeciéndose por la intensidad del orgasmo… que se alargó durante interminables segundos mientras él seguía moviéndose, hasta que terminó mordiéndole el cuello sin control.

Se quedaron quietos unos segundos, los dos intentando recuperar la respiración. Brian se apartó con cuidado, mientras ella apoyaba las piernas, no muy segura de que pudieran mantenerla. Sus miradas se cruzaron, pero ninguno dijo nada.

El teléfono de Lena comenzó a sonar, así que ella aprovechó la distracción para apartarse. Miró la pantalla y contestó, intentando que su voz sonara normal.

—Hola, Rylee —dijo. Se giró hacia él, que estaba colocándose la ropa evitando el contacto visual directo—. Sí, estoy bien, he hecho… *Cardiofunk*, ya sabes… Liberar adrenalina.

Brian levantó las cejas, y ella se encogió de hombros, dándole la espalda de nuevo. Así que él se puso su abrigo y se marchó, sin decir nada. Lena lo prefirió, no sabía qué le hubiera dicho… Siguió hablando con Rylee mientras se miraba en un espejo, pasándose la mano por el cuello, donde no había una, sino varias marcas. Menos mal que hacía frío, a nadie le extrañaría que llevara bufanda o cuellos altos… Aunque el problema sería en casa, a ver cómo se lo ocultaba a su amiga. Tras unas pocas palabras más, colgó e inspeccionó su ropa. No podía salvar nada, así que la tiró y se metió en la ducha.

Por lo menos en una cosa no le había mentido a Rylee: había liberado adrenalina, y se sentía mucho mejor que en los últimos meses.

«Maldito Brian», pensó. «¿Por qué tienes que ser tan bueno en la cama?»

Cuando salió del baño empezó a sonar el teléfono, así que lo cogió pensando que sería Rylee.

—Que estoy bien… —empezó.

—¿Hola? —Lena palideció, reconociendo la voz de mujer al otro lado de la línea—. ¿Me he equivocado? Tú no eres Rylee, ¿no?

—No… Está trabajando.

Cruzó los dedos, esperando que no se diera cuenta de quién era, pero no tuvo suerte.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la voz—. ¿Lena? ¿Eres tú?

—Hola, señora Scott.

—De señora Scott nada, sigues siendo mi nuera, así que puedes seguir llamándome Carol, o mamá, ya lo sabes. Ay, qué ilusión que hayas vuelto… ¡Michael, Michael, es Lena! ¡Está en *Sutton*!

—¿Ha vuelto con Brian? —La voz del padre de los gemelos le llegó a Lena—. ¡Dale un beso de mi parte!

—¿Has oído, hija? Un beso de parte de Michael. No sabes cómo te hemos echado de menos. Bueno, en la distancia, claro, pero…

—Señ… Carol, he vuelto, pero estoy en casa de Rylee. Brian y yo no nos hemos reconciliado.

—Querrás decir que «aún» no os habéis reconciliado.

—En realidad…

—Bah, eso es cuestión de tiempo, ahora mismo lo llamo y le pongo en su sitio.

—Pero…

—Y en un par de semanas nos vemos, Michael y yo vamos a pasar las navidades allí y tú te vienes con nosotros, no hay más que hablar. ¡Qué ganas tengo de verte! A mis niños también, claro, pero tú ya sabes que eres como una hija para mí. Bueno, te dejo que tengo que llamar a Brian. ¡Un beso!

Y colgó el teléfono dejándola con la palabra en la boca. Lena lo dejó suspirando, pensando en qué excusa se inventaba para no cenar con ellos… Aunque ya preveía que no se libraría de aquello. Cogió su móvil y llamó a Rylee, para contarle la conversación, o más bien monólogo, que acaba de tener con su madre.

Rylee se quedó unos segundos asimilando la información.

—Bueno, suponía que vendrían… —empezó—, pero no estaba segura, estaban mirando un crucero.

—Rylee, va a ser muy incómodo cenar con vosotros.

—Ahora estás enfadada y lo entiendo, pero se te pasará, ya lo verás. Y Brian y tú volveréis al modo «civilizado».

Lena recogió un botón del suelo, carraspeando.

—Sí, ya, supongo —dijo, guardándolo en un bolsillo.

—Seguro que sí. Te veo en casa luego, ¿vale?

Lena afirmó, y dejó el móvil suspirando. Pues nada, tendría que ir haciéndose a la idea… estaba preparándose un café cuando volvió a escuchar el teléfono, así que lo cogió refunfuñando.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Así respondes al teléfono? —dijo una voz familiar femenina al otro lado—. Está claro que vivir con tu padre no te ha beneficiado en

absoluto, esto ya lo sabía yo.

Ella se quedó sorprendida.

—¿Mamá? —preguntó.

—La misma —le respondió—. Estaba yo tan tranquila tomando el sol en mi piscina cuando he recibido una llamada de los padres de tu marido.

—Ex marido —corrigió ella.

—Ah, ¿ya es oficial?—al recibir silencio por respuesta, siguió—Bien, pues lo que sea. Total, que me han contado que van a pasar las navidades en *Sutton* y me han invitado a ir también. Yo ya me había hecho a la idea de celebrar la Nochevieja en la playa, que hacen una historia muy bonita en la que lanzan globos iluminados al cielo, ¿lo has visto alguna vez?

—No, ¿de qué demonios me estás hablando?

Escuchó un suspiro al otro lado de la línea.

—Es igual.

—Me parece muy buena idea, mamá, no hace falta que vengas, de verdad.

—La verdad es que Carol me ha hecho pensar —dijo su madre con voz firme—. No te he apoyado mucho desde que me marché de casa de tu padre, lo sé, siempre he pensado que no me necesitabas, pero ahora que él se ha largado de esa forma tan rastrera dejándote con el problema…

—Ya volverá —la interrumpió Lena poniéndose igual de firme—. Sé que todos creéis que no, pero yo estoy segura de que lo hará.

—Perdona si no tengo demasiada fe en tu padre, Lena —su tono fue burlón—. Aunque ojalá tengas razón, desde luego. Sea como sea me necesitas, así que iré.

—No te necesito, en serio —insistió Lena intentando que aquello no sonara desagradable—. Estoy bien, tengo a Rylee.

Hubo un silencio breve, pero pronto oyó un carraspeo.

—Si no quieres que vaya pues no lo haré, pero estaría bien. Hace mucho que no te veo.

Todas las madres eran expertas en despertar el sentimiento de culpabilidad en sus hijos, pensó la rubia resentida.

—Claro, mamá —terminó por decir—, yo también quiero verte. Pero solo si me prometes que no me darás la lata con el divorcio.

—¿Yo? —su madre puso voz de sorpresa—. *Vuitton* me libre, hija. Prometo no decirte nada. Y te llevaré unos regalitos de los que te gustan.

Lena guardó silencio unos segundos y después dijo:

—¿*Prada*?

—*Prada* para mi hija favorita.

—No tienes más.

—Te llamaré para decirte cuando llego, a ver si puedes venir a buscarme a ese aeropuerto tercermundista que tenéis —su madre acabó la frase con una risita—. Te mando un beso y un poco de sol desde *la Toscana*, cielo. Nos vemos pronto. —Y colgó.

Lena miró el teléfono con el ceño fruncido y ligeramente inquieta. Su madre era una versión de ella misma pero más adulta, así que tenía todos los motivos del mundo para estar preocupada, al menor descuido seguro que la metía en alguna situación incómoda.

Decidió desenchufar el teléfono, miedo le daba que alguien más decidiera llamarla para apuntarse a la cena de navidad, y fue a por su café.

Capítulo 12

Brian detuvo su coche y quitó las llaves mientras a su derecha Rylee se soltaba el cinturón con el ceño fruncido. Primero, había llamado a su hermano para que se encargara de recoger a sus padres en el aeropuerto, algo a lo que él no estaba dispuesto. Entonces, después de renunciar a su hora de la comida, con el enfurruñamiento que esto conllevaba, aparecía Brian conduciendo para decirle que ya iba él. Finalmente, Rylee se había metido en el asiento del copiloto, y así era cómo de no querer ir ninguno, habían terminado personándose ambos.

—Llegan tarde —masculló ella, tras mirar su reloj.

—Seguro que ese indio chiflado ha estrellado la avioneta.

—No bromees con eso. —Le pegó en el brazo.

—¿A ti te han dicho cuántos días se van a quedar?

Rylee negó con la cabeza. Brian no parecía muy contento con aquella visita, y lo entendía: sus padres se alojarían en su casa, y aunque eran muy buenas personas, también podían volver loco a cualquiera.

—Podrías fingir que te alegras por la visita —le regañó.

—Hacemos una cosa, que se queden en tu casa y yo me alegro. —Él hizo una mueca.

—Nanai, tu casa es más grande que la mía. Todas esas habitaciones vacías… —bromeó ella con una risita. Iba a añadir algo cuando alzó la vista al cielo—. ¡Ahí están!

Él siguió su mirada y comprobó que sí, la avioneta del abuelo

Yaneli se aproximaba a buen ritmo. Los dos salieron del coche para ir acercándose despacio mientras la veían cada más cerca hasta que al fin aterrizó a trompicones por la pista. Por suerte, los padres de los gemelos conocían de sobra aquello, y ni todo el sol de Florida podía hacer que olvidaran un aterrizaje en *Sutton*. Salieron, estirando brazos y piernas, mientras el abuelo Yaneli arrastraba el equipaje fuera con una sonrisa.

—Qué buena pinta tienen —comentó Brian—. Quizá deberíamos plantearnos el vivir en un sitio con algo de sol, ya sabes, para sacudirnos esta palidez de encima.

—Lo echaríamos de menos —dijo Rylee, poniendo una enorme sonrisa al ver a sus padres caminar hacia ellos.

Carol y Michael Scott eran relativamente jóvenes y tenían buen aspecto, sobre todo desde que se habían mudado a un clima más cálido; entre el tono bronceado, que se mantenían en buena forma y aquella felicidad que desprendían, más parecían una familia de telecomedia que los padres de Rylee y Brian. Fueron a abrazarlos con gritos de entusiasmo, repitiendo una y otra vez lo guapos que los encontraban, hasta que un rato después Brian consiguió que estuvieran instalados en los asientos traseros con el equipaje guardado.

—Bueno, contadnos —dijo Carol en cuanto arrancaron—. ¿Qué habéis pensado para la cena de Navidad y Nochevieja?

Ellos dos intercambiaron una mirada al mismo tiempo.

—Dejad que lo adivine, nada —se aventuró Carol divertida—. Cómo os conozco… bueno, no pasa nada, Michael y yo hemos estado hablando de ello durante el vuelo. Ya sabes que nos encantan las celebraciones con muchos invitados, así que…

—Mamá… —empezó Brian, mirándola por el espejo retrovisor—. No empieces.

—No empieces tú, que ya gruñes por adelantado —Ella no le hizo el menor caso—. En fin, lo que decía, que hemos pensado que estaría bien que estuvieran tus amigas, Rylee… conocemos a esas niñas de toda la vida, y además, quedaría mal que solo estuviera Lena, podrían

sentirse desplazadas o algo.

—Bueno, pues… —farfulló Rylee.

—Y claro, el abuelo de Kamala, ese pobre hombre, está más solo que la una, así que debería poder estar con nosotros también. —Le dio un pellizco en el hombro a su hijo—. ¿Sabes si la madre de Lena viene al final?

—No —replicó él—. A menos, claro, que alguien la haya llamado, porque no sé a qué te refieres con «al final». —La miró de forma acusadora.

—Mira a la carretera, cariño, no queremos acabar estampados por ahí— aconsejó Michael.

—No me llames «cariño», papá, que queda raro.

Carol meneó la cabeza, como si aquello solo fuera una rabieta de niños.

—Desde luego, Brian, que poca empatía tienes con tu mujer. La pobrecita ha tenido que llevarse un disgusto tremendo con lo de su padre, así que sí, yo he llamado a Lisa para que esté a su lado y la apoye, algo que deberías haber hecho tú.

—¿Yo? ¿Es que estamos todos locos o qué? Estamos en pleno divorcio.

—No, no mientas, que ya hemos hablado con Harry y dice que no lo está tramitando. —Michael le dio unas palmaditas en el hombro, algo que su hijo trató de evitar pero que al estar conduciendo tuvo que soportar—. La verdad es que creo que actúa bien, así podéis pensarlo bien antes de hacer una tontería.

—Cambiemos de tema.

—Rylee. —Carol apretó el brazo a su hija—. Dinos la verdad, ¿tú crees que tu hermano hace bien?

—Huy, yo prefiero no meterme, mamá, en serio… —Al ver su cara

suspiró—. Mira, ya sé lo que pensáis, lo que de hecho todo el mundo piensa, pero creo que esta vez va en serio.

Michael y Carol se miraron, frunciendo el ceño al mismo tiempo, mientras Brian lanzaba una mirada de agradecimiento a su hermana.

—¿Y cómo así?

—Pues porque están muy civilizados —explicó Rylee a su madre, que afirmó—. Ya sabes, nada de pelearse y acabar en la cama como hacen siempre.

—Vamos a cambiar de tema —insistió Brian, viendo que por aquel camino no iba a ningún sitio que lo mantuviera a salvo.

—No importa —dijo Carol con resolución—. Hablaremos con Lena, a ver qué dice ella. Ya sabéis que es como una hija para mí y me dirá la verdad.

—Por favor, ¿sería mucho pedir que por una vez dejéis el tema? Yo me encargo de tomar mis propias decisiones.

—Claro, cariño —sonrió ella afectuosa—. Sabes que respetamos tus puntos de vista, siempre hemos confiado en tu criterio.

—Menos ahora —intervino Michael—. En esto no te haremos caso, creemos que estás equivocado.

Brian lanzó una mirada a Rylee pidiéndole ayuda, pero ella se encogió de hombros; por más que quisiera ayudar, conocía bien a sus padres. Él empezó a gruñir en voz baja, haciendo derrapar el coche.

—Entonces, nos gustaría también que estuviera el marido de Novalee, si es que no se encuentra por ahí pescando, y también que estén Harry y su encantadora esposa Harriet. ¿Os parece bien?

—Mi casa no es un hotel.

—Yo me ocuparé de la cena, por eso tranquilo —Carol ignoró una vez más su cara de cabreo— Tú solo preocúpate de ponerte el espíritu navideño y ser amable con Lena…

—¿Sabéis que hay un médico nuevo en el pueblo y que Rylee parece su niñera? —saltó Brian de pronto y los ojos de sus padres se volvieron hacia la pelirroja—. Sí, sí, hasta bailan juntos y todo.

Tras el asombro inicial, los dos progenitores empezaron a avasallar a su hija a preguntas.

—¿Te interesa? ¿Voy a tener nietos? ¿Podemos invitarlo a la cena de navidad?

Entre pregunta y pregunta, Rylee se frotó la frente y miró a su hermano, articulando un «muchas gracias», a lo que él le respondió con un «de nada» igualmente irónico.

—Vamos a ver —empezó ella—, no nos pongamos nerviosos. Es solo el nuevo médico, no tiene coche y por eso necesita que le lleven. Además, que yo sepa sois vosotros los que siempre decís que hay que hacer sentir a los nuevos como en casa.

—Sí, pero hija, yo te quiero mucho —dijo la madre—, pero sinceramente, no sueles ser muy amable con los extranjeros.

—Eso da igual. No sé yo si invitar a un desconocido a una fiesta familiar como Navidad es lo más adecuado.

—Eso se arregla rápido. Luego nos lo presentas y asunto solucionado.

—Efectivamente —corroboró el padre—. ¿Y qué años dices que tiene?

—Es muy joven para mí —contestó Rylee, intentando zanjar el tema—. ¿Y qué tal por Miami? Porque mucho preguntáis, pero no contáis nada.

—Es que nuestra vida es muy sencilla, hija.

«Sí, claro, *Sutton* es el colmo de la vida complicada», pensó Rylee.

Para entonces habían llegado a la casa de Brian, por suerte para los

dos hermanos que así se vieron libres de más interrogatorio.

Con la excusa del trabajo les dejaron solos deshaciendo las maletas. Brian llevó a Rylee a comisaría.

—Hagamos una cosa —propuso ella, antes de salir del coche.

—Dime.

—Yo te apoyo en que dejen el tema de Lena en paz, y tú a mí en el tema «busca marido, queremos nietos». Traidor, más que traidor. Mira que sacar Álex a colación…

—Lo siento, no veía otra salida para que cambiaran de tema. Pero estoy de acuerdo, mejor nos apoyamos o nos esperan dos semanas infernales.

—Estamos de acuerdo, entonces.

Se dieron un abrazo y Rylee se bajó para entrar en comisaría. Brian regresó al bar, inquieto a su pesar. Pero solo eran dos semanas, se repitió, así que entre él y Rylee podrían superarlo.

Seguía pensando en eso cuando un rato más tarde, se presentaron sus padres en el bar.

—¿Pero cómo habéis venido? —preguntó.

—Hijo, vaya forma de recibir a tus padres —replico su madre—. Anda, ponnos un café de esos tuyos.

—Hemos llamado al hotel, y tenían un coche de alquiler disponible —explicó su padre—. Así no tenemos que depender de ti para ir donde queramos.

Sophie se acercó a ellos, con su habitual gesto serio en la cara.

—Pero mira quiénes se han dignado dar señales de vida —dijo, moviendo la cabeza—. ¿Y ese color en la piel? Estáis estupendos.

—Gracias, Sophie.

Los dos la abrazaron, mientras Brian les servía el café, agradecido por la interrupción… Aunque pronto dejó de estarlo, cuando escuchó cómo Sophie les ponía al día de todo, incluyendo «lo guapa que estaba Lena» y «las miradas que se lanzaban».

—Sí, seguro —interrumpió él, colocándoles las tazas delante—. Sophie, no les metas más ideas en la cabeza.

Vio cómo los tres sacudían la cabeza como si fuera un caso perdido, así que señaló un par de mesas.

—Anda, Sophie —dijo—. Mira a ver, creo que te están llamando.

Ella frunció el ceño, pero obedeció no sin antes decir a sus padres que ya continuarían la conversación.

Carol y Michael se tomaron el café tranquilamente, saludando a los conocidos que iban entrando y saliendo del bar, y después se marcharon, según ellos, a «dar una vuelta».

Brian les observó desde la puerta, frunciendo el ceño al ver que iban directamente a la consulta. Pero no podía hacer nada, tampoco era cuestión de salir como un loco detrás de sus padres e impedirles el paso… Regresó a la barra, esperando que Álex les cayera mal y cambiaran de idea.

Carol y Michael entraron en la consulta saludando con una sonrisa a todos los que allí había. Kamala se levantó de su mesa, para acercarse a ellos y abrazarles cariñosamente.

—Están guapísimos, señores Scott —dijo—. Qué morenos, madre mía.

—Gracias, tú sigues igual de guapa que siempre —contestó la madre—. Y veo que reclamando besos.

Señaló el muérdago, que Kamala también había colgado sobre su escritorio, y ella sonrió con un suspiro de fastidio.

—Sí, pero vamos, que ni aun así. —Lanzó un par de miradas a dos

chicos que esperaban, que miraron al techo y a la puerta respectivamente—. Son unos sosos. ¿Qué os trae por aquí?

—Veníamos a conocer al doctor ese nuevo —contestó Michael—. Nos pica la curiosidad.

—Uy, pues en cuanto salga el que está dentro os lo presento. Es más majo, ya veréis.

La puerta del despacho se abrió, y salió un hombre mayor seguido por Álex. Kamala se acercó dando saltitos, y le cogió los expedientes.

—Ven, que te voy a presentar a alguien.

Tiró de su manga sin darle tiempo a protestar, y Álex no tuvo más remedio que seguirla hasta la pareja que estaba de pie en el centro de la sala de espera.

—Álex Madison, estos son Carol y Michael Scott —dijo Kamala—. Son los padres de Brian y Rylee.

Álex se sorprendió. Les estrechó la mano sonriendo, fijándose en el parecido. Estaba claro que el pelo lo habían sacado de la madre, pero los ojos de ese azul tan peculiar eran de su padre. Lo que ninguno parecía haber heredado eran las sonrisas que los dos mostraban, y la felicidad que desprendían. Le cayeron bien inmediatamente.

—Es un placer conocerlos —dijo—.

—Ya vemos que estás muy ocupado —contestó la madre—, así que te dejamos trabajar. Mañana comeremos en el bar, ¿te apetece unirte a nosotros?

—Claro, nos veremos allí —contestó Kamala por él—. A la una hacemos la pausa.

—Hasta mañana entonces —dijo Michael.

Se despidieron y se marcharon. Álex fue a decir algo, aún no muy seguro de en qué momento había aceptado comer con ellos, pero Kamala le plantó un expediente en las manos mientras llamaba al

siguiente paciente, así que regresó a su consulta.

Al día siguiente por la mañana, cuando Rylee fue a buscarlo como siempre hacía, no comentó nada sobre sus padres, por lo que Álex se preguntó si sabría que le habían invitado a comer. Ya en el bar, tampoco Brian dijo nada, así que el médico prefirió no sacar el tema, a lo mejor lo había entendido mal.

Sin embargo, cuando llegó la una, Kamala se asomó sonriente como siempre a su despacho.

—¿Vamos? —preguntó.

Álex afirmó, y tras abrigarse cruzaron la calle hasta el bar. Los padres de Brian ya estaban en una mesa, y les hicieron gestos efusivamente para que se acercaran.

Tras la barra, Brian frunció el ceño. Había cenado con sus padres y no le habían dicho nada, pero estaba claro que habían quedado con Álex. Prefirió no acercarse, no fuera que le mandaran sentarse con ellos, y cruzó los dedos para que Rylee no apareciera por allí. Le dijo a Sophie que se encargara de la mesa, procurando parecer muy ocupado con otras cosas.

Cuando terminaron de comer esperó a que se acercaran a ver si le decían algo, pero se despidieron de él sin más y Brian se quedó sin saber qué había pasado.

Kamala detuvo el coche en una esquina cercana a la pista, comprobando que la avioneta de su abuelo ya había aterrizado; ambas podían verlo fuera mientras fumaba su habitual puro y le daba conversación a la madre de Lena, que aguardaba junto a él con una elegante maleta de piel negra a sus pies. Alzó la mano a modo de saludo cuando las dos bajaron del automóvil y empezaron a acercarse.

—Qué porte tiene tu madre siempre —dijo Kamala admirada—. Me encanta esta mujer, es de las que parecerían distinguidas hasta sentada en el váter.

Lena la miró arqueando una ceja; desde luego, qué cosas decía Kamala. Sí, su madre tenía pinta de pija, pero había vivido con ella dieciocho años en la misma casa y no era tan distinguida, por muchos bolsos de *Vuitton* que llevara y casas en *la Toscana* que tuviera.

—Mira mi abuelo, cómo intenta ligar con ella —se rio Kamala de nuevo—. Pobre hombre, creo que lleva soltero demasiados años… —Y se quedó pensativa—. ¡Oh, dios mío, igual que yo! Lena, voy a acabar siendo igual que él… una vieja solterona que intenta ligar con gente en sitios raros.

—No digas tonterías.

—¡Tengo treinta años y el culo gordo! Acabaré soltera —se quejó Kamala.

—Pero si tienes mil novios por internet…

—¡Pero esos no te follan por las noches!

—Kamala, cuida tu lenguaje, que está tu abuelo delante.— Le pegó un pellizco mientras llegaban hasta su altura—. ¡Mamá! Señor Yaneli —dijo Lena, abrazando a su madre y dedicando al abuelo de Kamala un saludo con la cabeza.

—Hola, señora Hayden —sonrió Kamala al verla.

—Wright, querida, Wright. Hace años que recuperé mi apellido —Sonrió de forma encantadora después de abrazarla y volver a prestar atención a su hija—. Tienes buen aspecto, ¿dieta? Seguro que ejercicio.

Lisa, la madre de Lena, era una versión de Lena pero con más años: rubia, guapa y con aspecto de pertenecer a la aristocracia, aunque a diferencia de su hija, esa fachada no se venía abajo en cuanto abría la boca, sino que perduraba en su comportamiento.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntó Lena mientras se despedían del abuelo Yaneli y se encaminaban hacia el coche con la maleta.

—Bueno, ya sabes… el viaje hasta *Anchorage* bien, hasta aquí ya ha sido otro tema… —comentó, sin tomarse la molestia de disimular ante la presencia de Kamala—. ¿Y tu coche?

—Bloqueado, igual que el piso y todo lo demás. Lo único que no han tocado por ahora es mi cuenta personal, aunque imagino que si no dan con él lo harán.

Kamala se puso al volante y Lena regresó a su sitio de copiloto mientras Lisa se metía en la parte trasera frunciendo el ceño y observaba el paisaje según arrancaban.

—Cómo me alegro de haberme ido de este lugar —murmuró—. Aquí no hay nada, excepto nieve, inviernos eternos y jerseys gigantes que te hacen parecer gorda. En fin. —Se apoyó en los respaldos de los asientos delanteros—. ¿Qué tal están tus suegros?

—Muy morenos.

—Claro, normal. Otros que fueron inteligentes marchándose —comentó ella—. ¿Entonces estás decidida a divorciarte?

—Ajá —Lena fue esquiva, no le parecía muy adecuado discutir aquellos temas delante de Kamala, aunque en realidad su amiga conociera mejor sus cosas que su madre.

—Bueno. Eso lo creeré cuando lo vea —el tono de Lisa era escéptico, pero captó que su hija no tenía muchas ganas de hablar de ello—. ¿Qué me cuentas tú, Kamala? ¿Cómo te va, encontraste algún trabajo para todo el año?

Kamala se puso a parlotear sobre su trabajo y el guapísimo médico nuevo mientras Lena permanecía callada, ya arrepintiéndose de haber dejado a su madre apuntarse. Miedo le daba cuando se juntara con sus suegros… «exsuegros», se corrigió.

Kamala aparcó frente al hotel.

—Tengo que volver a la consulta —dijo—. ¿Os arregláis para luego?

—Claro, no te preocupes —contestó Lisa—. Llamaremos a un taxi.

Kamala se despidió y las dejó solas, antes de que Lena pudiera encontrar una excusa para irse con ella.

Subió con su madre a la habitación, y se sentó en la cama mientras ella abría la maleta.

—Parece que has traído ropa para un mes —comentó, temiendo que ese fuera el caso.

—Nunca se sabe, cariño. Hay que estar preparada para todo. —Se sentó a su lado, palmeándole una pierna—. Bueno, hija, ahora estamos solas. Puedes decirme la verdad.

—¿Qué verdad?

—Brian y tú. ¿Cuándo vuelves con él?

—Mamá, que esta vez es en serio de verdad. Harry está preparando los papeles.

—Bueno, no es eso lo que me ha contado, pero no importa. Puedo esperar, no te preocupes.

—Pero…

—Lena, si no hubiera nada, no iríamos a pasar con ellos las navidades.

Claro, normal que su madre tuviera aquellas ideas en la cabeza. Pasar las navidades en casa de Brian, con sus padres… recordaba demasiado a cualquier celebración que hubieran hecho mientras estaban casados.

—A ver, mamá, vamos porque Carol se ha empeñado y no se toma en serio lo del divorcio.

—No puedes culparla, yo tampoco me lo tomo en serio.

—¡No entiendo por qué! —Su madre se cruzó de brazos con

paciencia—. ¡Y no me pongas esa cara, deberías estar apoyándome! Tú también te divorciaste, sabes lo que es.

—Sí, pero es que tu padre y yo ni nos mirábamos a la cara, no es lo mismo. Llegó un punto en el cual hasta me repugnaba físicamente…— La miró—. Tú de ese punto no has oído ni hablar, ¿verdad?

—Déjalo ya. —Lena parecía fastidiada.

—Tendrías que haberlo pensado mejor antes de fijarte en alguien como Brian. Es uno de esos hombres que se sienten a gusto con sus responsabilidades… pero tú eres como yo, hija, un espíritu libre.

Lena la miró arqueando una ceja y preguntándose cuántos martinis se habría tomado en el primer vuelo.

—No estás hecha para estar metida en tu casa, limpiando y haciendo comiditas. Así que, ni él es tu tipo ni tú eres el suyo.

—Pues vaya noticia me das. Eso también lo sabía yo. —La rubia frunció el ceño.

—Lo primero, cuidado con enfadarse, salen arrugas. Lo segundo… está bien, te dejaré tranquila con el tema. Pero no esperes verme feliz.

—No me importa —dijo Lena veloz. Al ver su cara, se encogió de hombros—. Ya se te pasará. ¿Y por qué no nos quedamos aquí tú y yo? Podríamos ponernos al día.

—Buen intento, pero de eso nada. Carol nos ha invitado, y ya he dicho que sí. Y en Nochevieja va a haber una fiesta con todo el mundo, no podemos faltar. Así que quita ya ese gesto de la cara, lo de las arrugas es cierto.

Lena se frotó el ceño por instinto, pero sin relajar la expresión. Aquello era una trampa en toda regla, ¿lo sabría Brian? Probablemente esperaría que hubieran dicho que no, o trataría de convencer a sus padres de anularlo… Hablaría con él y con Rylee, si hacían fuerza entre todos quizá podrían librarse.

Unas horas y varias conversaciones telefónicas después, Lena se dio

cuenta de que seguía siendo una ilusa en cuanto a su madre y suegros se refería…

Capítulo 13

Álex observaba atento cómo Simon realizaba un agujero en el hielo. Le había preguntado si le gustaba pescar y él realmente nunca lo había hecho, pero cualquier cosa menos quedarse encerrado todo el fin de semana en la cabaña, así que le había contestado que sí.

En aquellos momentos, empezaba a arrepentirse. No nevaba, pero el viento era helador y Simon le había explicado que después tendrían que estar horas allí sentados, sobre el hielo del lago, esperando que algún pez se dignara picar. Pero ya no podía echarse atrás sin mostrarse maleducado.

Pegó un par de saltos, enrollándose la bufanda para cubrirse también parte de la cara con ella, y retrocedió al ver la cara de susto de Simon.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué he hecho?

—Hombre, por Dios. No saltes tan cerca de las grietas, se pueden rajar y nos hundiremos en el hielo.

¿Como que hundirse en el hielo? Había supuesto que aquella actividad no supondría ningún peligro, aparte de morirse de aburrimiento o frío, pero hundirse en el hielo… Miró de nuevo el agujero. La capa congelada tenía al menos treinta centímetros de grosor, aquello no tenía que romperse muy fácilmente, Simon probablemente le estaba tomando el pelo.

—¿Me dejas intentarlo? —preguntó.

Simon le miró, luego a la sierra y al hielo, y de nuevo a él, sopesando los pros y los contras. Finalmente le tendió la herramienta.

—Está bien —dijo—. Sigue cortando por ahí y en círculo, fíjate bien que no se formen grietas y si ves que la capa es más pequeña, paras.

—Entendido.

Se acercó al borde, y Simon tiró de él hacia atrás, para que se mantuviera algo distanciado. Observó con un poco de aprensión cómo Álex comenzaba a serrar, y le levantó un pulgar animándole al ver que por el momento le estaba haciendo caso.

Entonces su móvil empezó a sonar, y se alejó un par de pasos para contestar.

Menos de treinta segundos después, oyó un grito ahogado y el ruido de algo al caer al agua. Se giró alarmado, viendo justo desaparecer la cabeza de Álex por un enorme agujero que se había formado entre placas de hielo.

Se tiró cuan largo era, intentando mantener la calma porque sabía que si corría o hacía movimientos bruscos, empeoraría la situación. Se arrastró rápidamente, nivelando su peso para no hacer demasiada presión en ninguna parte, y llegó al borde justo cuando Álex volvía a hundirse. Le cogió una mano y tiró hacia atrás, pero su ropa mojada pesaba demasiado, y Álex se hundió arrastrándolo. Aun así no lo soltó, si lo perdía bajo el hielo ya no habría nada que hacer. Se agarró con la otra al borde aún intacto, y entonces notó que algo tiraba de él hacia atrás. Miró, y respiró aliviado al ver a Rylee. Esta tenía una expresión asesina en la cara, pero Simon no se había alegrado nunca tanto de verla.

Rylee reptó hasta su altura, y cogió también a Álex del brazo. Entre los dos consiguieron sacarlo, y él cayó tosiendo a un lado, temblando incontrolablemente.

—¿Estáis locos? —gritó Rylee—. Joder, Simon, qué mafia ni qué hostias, si no se mata él solo ya le ayudas tú, ¿no?

—No… —tartamudeó Álex —, nonono ha sidodododo culpa suususususya.

Rylee no sabía a cuál de los dos gritar más, así que al final le dio una colleja a Simon y otra a Álex, que apenas se enteró del frío que tenía.

—Ayúdame, anda —ordenó a Simon.

Le empezó a quitar la ropa empapada, y el chico la ayudó sin protestar, ella tenía toda la razón en estar enfadada. Cuando solo le quedaban los pantalones y las botas, Simon se quitó su anorak y se lo puso por encima a Álex, y entre los dos lo levantaron para llevarlo hasta la cabaña.

Rylee le tiró la manta que Álex casi había quemado el primer día.

—Quítate todo lo que te queda, pillarás una pulmonía.

Álex se envolvió en la manta y obedeció, tenía ya la ropa pegada al cuerpo y en cuando se la quitó se sintió mejor. Mientras tanto, Rylee avivó el fuego y Simon recogió la ropa para meterla en la lavadora.

—Haz café, tiene que tomar algo caliente —ordenó Rylee.

Simon se fue a la cocina, y ella, tras titubear, se sentó junto a Álex. Se quitó su anorak, y le abrazó de manera torpe, transmitiéndole su calor. Álex se había acercado más al fuego, pero se recostó contra ella, aún temblando.

Rylee le frotó con suavidad los brazos, tensa por tenerle de nuevo tan cerca. Aquello era diferente al baile. No estaban tan pegados ni había música insinuante, pero era aún más íntimo, o eso le parecía. Él estaba desnudo, eso no podía obviarlo, aunque la manta le cubriera bastante. Pero se había asustado al verlo en el agua, la idea de que hubiera podido pasarle algo la asustaba, y no de una forma normal.

Simon le llevó una taza de café caliente, que Álex se tomó agradecido.

—Menos mal que has llegado justo tú —dijo, en tono conciliador —. ¿Qué hacías por aquí?

Con el susto a Rylee casi se le había olvidado por qué estaba allí, y al recordarlo frunció el ceño aún más.

—Mis padres quieren que pases la navidad y Nochevieja con nosotros —dijo.

Álex seguía bebiendo el café, ajeno a la conversación, hasta que ella le empujó directamente.

—¿Qué les digo? —inquirió.

—¿La invitación es para mí? —preguntó él, atónito.

—Sí, dicen que… Bueno, es igual. Será en casa de Brian.

—Ah, pues muchas gracias. Sí, iré.

Ya se había resignado a estar solo en las fiestas, así que aunque por su cara ella no estaba nada de acuerdo, él decidió ir. Mejor mal acompañado que solo… ¿o era al revés?

—¿Va alguien más? —preguntó.

—Lena y su madre, los demás tenían planes. Kamala y su abuelo se van a *Anchorage* con sus tíos, y Novalee prefiere quedarse en casa, justo llega su marido.

—Pero en Nochevieja estarán, ¿no? —Ese fue Simon—. Yo ya he dicho que sí.

—Sí, yo qué sé. Parece que han invitado a todo el pueblo.

Parecía fastidiada por el tema. Simon y Álex se miraron, y decidieron no hacer ningún comentario más al respecto.

Unos minutos después Álex dejó de temblar. Rylee se apartó, poniéndose de pie.

—En fin, ya hablaremos de las horas y eso.

—Vale.

—Yo me quedo un rato más —dijo Simon—, pero tranquila, no nos acercaremos más al hielo.

La sheriff solo quería salir de allí cuanto antes, así que esperó que no hicieran ninguna locura más y se marchó.

Rylee pitó por tercera vez delante de la cabaña de Álex, preguntándose por qué tardaba tanto en salir. Por fin se abrió la puerta, pero se quedó asombrada al verle. O no verle, porque una montaña de cajas y bolsas en equilibrio inestable lo tapaban.

Se quedó en el coche sin bajarse a ayudar, y él a duras penas consiguió llegar sin que se le cayera nada. Lo colocó todo en los asientos traseros.

—¿Pero se puede saber qué llevas ahí? —preguntó.

—Regalos. Es navidad, no puedo presentarme a cenar sin nada.

Se sentó a su lado, mientras ella miraba las cajas. Vale, tenía razón. Además, ella también había comprado cosas para todo el mundo, incluido él, aunque no había esperado lo mismo.

Condujo hasta la casa de su hermano esperando que la cena fuera tranquila y rápida, y que Brian y Lena fueran civilizados… Lo cual podía ser mucho pedir, pero había que creer en los milagros navideños.

Una vez aparcó el coche se quedó esperando. Cuando vio que no lograba coger todo, se apiadó de él y le ayudó con varias cajas hasta llegar a la puerta.

Carol abrió con una sonrisa de oreja a oreja, abrazándoles efusivamente.

—Álex, pero qué guapo estás. Hija, quita ese ceño, pareces el duende ese verde, ¿cómo se llama?

—*Grinch* —contestó Lena, desde dentro.

Rylee le sacó la lengua, y acompañó a Álex hasta el árbol para dejar los paquetes. Lisa se acercó y le dio dos besos directamente.

—Madre mía, pero que chico más guapo —dijo—. Rylee, no le dejes escapar.

—No, si yo…

—Soy Lisa, la madre de Lena.

—Ahora sé de dónde ha sacado ella su atractivo, señora Hayden —dijo Álex, con su habitual encanto.

—Wright, querido. —Le guiñó un ojo—. Soy soltera de nuevo, pero mejor Lisa. Con esos ojazos me puedes llamar como quieras.

Lena y Rylee pusieron los ojos en blanco a la vez, y al darse cuenta se echaron a reír. La rubia cogió a su amiga del brazo para llevarla hasta el otro extremo del salón.

—Bueno, pues ya estamos todos —dijo—. Tu madre ha puesto la mesa estratégicamente, pero he estado hablando con Brian. Así que nada de hacer caso a los letreritos, ¿vale?

—¿Perdona? ¿Letreritos?

—Sí. Brian y yo juntos, tú y Álex juntos… lo cual no me parece mal, pero en fin, prefiero que nos sentemos tú y yo al lado. Y mi madre con Álex, que la tendrá entretenida, y Brian a tu lado, y tus padres presidiendo, y…

—Lo que tú digas. —Le hizo un gesto, ya se había perdido con la explicación—. Tú dime dónde y yo ahí me siento.

Michael avisó que la mesa estaba preparada, así que Rylee se vio arrastrada hasta allí y sentada bruscamente. Lena ocupó la silla a su lado, mientras Brian cambiaba los letreros a toda prisa y se sentaba junto a su hermana.

Carol se llevó las manos a la cintura, suspirando fastidiada.

—¿Quién los ha cambiado? —preguntó, mirando acusadoramente a sus hijos—. Así no es como los había puesto.

—Yo no los he tocado —contestó Brian, levantando las manos.

Rylee y Lena negaron también. Lisa palmeó a su consuegra en un brazo para tranquilizarla.

—No importa, me encantará cenar sentada junto a este chicarrón —dijo.

Carol seguía sin estar convencida, pero ya estaban todos sentados y no podía hacer nada. Resignada, ocupó su silla, no sin antes lanzar una mirada de advertencia a los gemelos. Iban listos si se pensaban que podrían salirse con la suya, todavía tenía Nochevieja por delante.

Entre ella y su marido llevaron la comida a la mesa, y pronto todos estaban comiendo charlando entre ellos. No como ella hubiera querido, pero ya tendría su momento. Brian hablaba con su padre; Lena y Rylee comentaban algo sobre *cardiofunk*, lo que fuera eso; y Lisa estaba encantada con Álex, ya que él también había viajado mucho y estaban compartiendo experiencias. Cuanto más lo miraba y lo oía hablar, más le convencía como yerno. Tendría que pensar un plan para Nochevieja, o veía que el tema se le iba a ir de las manos. Por no hablar de Lena, a la que no quería perder como nuera. Iba a tener unos días muy ocupados, de eso estaba segura. Menos mal que Lisa estaba de su parte.

La cena transcurrió sin sobresaltos, y cuando terminaron Carol los llevó junto al árbol, empezando a repartir los regalos.

Lena abrió el de su madre, abrazándola en cuanto vio el bolso que había en su interior.

—Oh, mamá, te quiero.

—Sí, ya, a *Prada* le quieres más, pero qué se le va a hacer.

Lena acarició el exterior del bolso, ajena a la mirada de Brian. Con ese gesto, le estaba dejando claro que no había cambiado: seguía adorando todo lo caro.

Hubo varios intercambios de jerseys, gorros y guantes, que aunque regalos clásicos, allí eran de agradecer.

Y por fin le llegó el turno a Álex. Tras unas cuantas prendas de abrigo, llegó a una caja bastante grande. En la etiqueta ponía que era de parte de Rylee, y quitó el papel sin saber qué esperar. Ella enrojeció, notando las miradas de todos encima, y carraspeó.

—Es una tontería —dijo.

Álex la miró asombrado. Era una cafetera de cápsulas, con varias cajas de diferentes cafés. Nunca hubiera imaginado algo así. Hizo ademán de abrazarla, pero se paró a medio camino al ver que ella alzaba los hombros para quitar importancia al asunto.

—Lo vi en una tienda y ya, tampoco es nada raro, como te has quejado tanto y no sabes usar una normal…

No explicó que en realidad la había buscado expresamente en *Anchorage* cuando había ido a comprar el resto de regalos, en un arrebato de aún no sabía qué.

Álex le tendió una caja con su nombre. Cuando había ido a la tienda de Ellen Sue se había vuelto loco para encontrar regalos para todo el mundo, pero ahora se alegraba de haber hecho el esfuerzo.

Cuando Rylee cogió el paquete sus dedos se rozaron, y ella retrocedió murmurando un «gracias» apenas audible. Lo desenvolvió mientras él repartía el resto de sus regalos, y se sorprendió al ver lo que era. Lo más fácil habría sido una bufanda o algo así, pero Álex le había comprado un rascador gigante para sus gatos. Los cuales, recordó, encima le habían arañado sin piedad… Lena le dio un codazo, con una sonrisa inquisitiva.

—Bueno, bueno —susurró—, pues sí que os habéis esforzado los dos…

—No digas tonterías.

—Venga ya, que le podías haber comprado una guía de supervivencia o algo así. O nada, con lo borde que eres.

—Lena…

—¿Y él? Qué tierno, para tus bebés…

Rylee la empujó sin ningún cuidado, con lo que casi la tiró al suelo, pero ni aun así logró que Lena dejara de sonreír burlona.

Brian desprendió el papel, alucinando al ver el cartel de madera para colgar en la puerta de su bar.

—«Aquí solo tenemos café solo y con leche». —Miró a Álex—. Te juro que lo había pensado hacer, pero todos me decían que era un poco borde.

—Bueno, así te ahorras que los turistas os vuelvan locos.

—Mañana mismo lo cuelgo, a Sophie le va a encantar. Gracias, tío.

—De nada.

Lena desenvolvió el suyo, que también era bastante grande, y sacó varias esterillas de gimnasia. Le abrazó entusiasmada, mientras todos los miraban sin entender.

—Son para mis clases —explicó ella.

—¿Clases? —repitió Brian.

—Sí, bueno. De momento vienen Kamala y a veces Novalee, aparte de Álex, pero se ha corrido la voz y me ha llamado más gente. Así que estoy pensando en cobrar.

Brian y Rylee intercambiaron una mirada. Él se sintió algo desplazado, aunque sabía que la culpa era suya ya que ni siquiera le había preguntado qué hacía con su tiempo… y por su parte, Rylee tampoco tenía ni idea de lo que estaba haciendo, y eso que vivían en la misma casa.

«Menuda amiga estoy hecha», pensó.

Su padre lanzó una exclamación, admirado, y miró lo que Álex le

había comprado: una caña de pescar.

—Con esta no se me va a escapar ni un pez espada. Muchas gracias, muchacho.

Álex no pudo contestar, ya que Carol le estaba abrazando tras ver su regalo: una cámara para su ordenador. Rylee sabía que su madre quería una para hablar con ellos a distancia y poder verlos, pero ni a ella ni a Brian se les había ocurrido comprarla.

La última en unirse a los agradecimientos y abrazos fue Lisa, encantada con la pamela blanca que sacó de una caja redonda. Rylee sabía que Ellen Sue tenía muchas cosas, pero después de ver aquello, se dio cuenta de que realmente tenía de todo. ¿Quién hubiera pensado que alguien pudiera pedir algo relacionado con el sol o la playa? Pero más aún, estaba sorprendida con Álex. Realmente se había esforzado y, lo que era más difícil aún, había acertado.

Apartó la vista de él, al darse cuenta de que llevaba demasiado tiempo mirándole, consultó el reloj.

—Bueno, pues yo me voy a ir yendo —informó—. Parece que ha empezado a nevar, no quiero que me pille una ventisca.

—Pues nada, lleva a Álex de paso —dijo su madre, empujando ligeramente al chico hacia ella.

—Iré con vosotros —dijo Lena.

—No, no, ya te lleva Brian —replicó Carol, repitiendo el gesto con ella, pero llevándola hacia su hijo—. A Rylee no le pilla de camino, y a Brian no le importa, ¿verdad, cariño?

Brian empezó a buscar una excusa, pero su padre ya le había llevado el abrigo y las llaves del coche.

Las dos parejas se vieron empujadas hacia la puerta, y se quedaron sin darse cuenta justo debajo del muérdago.

Lisa y Carol aplaudieron, entusiasmadas.

—Un beso, chicos —dijo la pelirroja.

—Vamos, es la tradición —insistió su consuegra.

Brian miró a Lena, que se encogió de hombros. La dio un beso rápido, que ocasionó un gruñido de decepción por parte de las dos mujeres, y ellos salieron precipitadamente.

Álex se inclinó hacia Rylee para besarla en una mejilla, pero ella se movió para esquivarle en la dirección incorrecta, y sus labios de juntaron brevemente. Los dos se separaron como si les hubiera dado una descarga eléctrica, aunque en esta ocasión ellas sí que aplaudieron.

Rylee salió a toda velocidad, concentrándose en no ponerse roja, con un aturullado Álex detrás.

Así que cinco minutos después, Brian estaba de camino al pueblo con Lena al lado, los dos en silencio y sin mirarse.

Y por otro lado, Rylee se dirigió a la cabaña con Álex sentado llevando la cafetera a sus pies, cada uno de ellos mirando fijamente al frente sin hablarse.

Capítulo 14

Rylee detuvo el todoterreno delante de la cabaña. Seguía nevando sin parar, y ya se habían acumulado varios centímetros de nieve en la carretera. Miró al cielo oscuro con preocupación, mientras Álex recogía la caja con la cafetera y la bolsa de paquetes de cápsulas.

—¿Estarás bien? —preguntó él.

—Sí, conduciré despacio.

—¿Por qué no entras mejor un rato, a esperar a que pare? Apenas se ve la carretera, y seguro que pasarán los quitanieves en un rato.

Rylee estaba decidida a irse directamente a su casa, meterse en la cama y olvidar el beso que se habían dado bajo el muérdago, pero la meteorología parecía haberse confabulado contra ella. Él tenía razón, la nieve caía cada vez con más fuerza y ya no se veía a un palmo de distancia. Siendo Nochebuena no estaba muy convencida de que fuera a salir ningún quitanieves, pero tampoco era cuestión de arriesgar su vida a lo tonto. Así que acabó afirmando.

—Está bien, entraré contigo. ¿Necesitas ayuda con eso?

—No, gracias, voy bien.

Abrió la puerta, salió del coche y resbaló en la nieve, quedando sentado con la cafetera a salvo sobre él. Rylee llegó a su lado y le cogió la caja, mirándole preocupada.

—¿Te has hecho daño?

—Solo en mi orgullo, como siempre. —Se levantó con cuidado de no resbalar de nuevo—. Voy a tener que comprarme botas con clavos, o algo así.

—No sería mala idea. Seguro que en el catálogo que te di… —Él levantó una ceja—. Es broma, tranquilo. Las que llevas valen de sobra, solo tienes que recordar pisar con fuerza siempre.

—Ya, claro.

Llegaron a la puerta, y Álex abrió. El interior estaba sorprendentemente caliente.

—Simon me ayudó a traer unos acumuladores, y cambié los radiadores por ellos —explicó Álex—. Así gasto menos energía y puedo controlar que estén encendidos para cuando llegue a casa.

—No lo sabía.

—Sí, en fin. De vez en cuando tengo buenas ideas.

Dejaron los abrigos, y llevaron las cosas a la cocina. Álex desembaló la cafetera y la preparó para que hiciera la primera jarra de agua caliente que limpiaba el filtro.

—¿Quieres uno mientras esperamos? —preguntó—. Esto no tarda nada en estar listo.

—Vale, gracias.

Se fue al sofá, frunciendo el ceño al ver el jersey 5 XL.

—¿Y esto? —preguntó.

Él se asomó desde la isla para ver a qué se refería.

—Estaba en un armario —contestó—. No veas qué calor da como manta, es muy cómodo para cuando estoy ahí tumbado.

Rylee lo apartó a un lado, prefiriendo no imaginárselo «ahí tumbado», y se sentó sin acomodarse demasiado. Miró de reojo hacia la ventana, suspirando fastidiada al ver que la nieve seguía cayendo sin cesar.

Unos minutos después Álex le llevó una taza de café humeante, y ocupó el otro extremo del sofá.

—Parece que no para —comentó—. ¿Quieres que baje un poco la calefacción? Hace calor, ¿no?

—Estoy bien, y de todas formas, me iré enseguida.

—No te importa si me pongo cómodo, ¿verdad?

Ella negó, tomando un sorbo del café y frunciendo el ceño. Aquello estaba buenísimo, al final el chico iba a tener razón con las cápsulas de marcas… Iba a comentarlo, cuando él se quitó el jersey. Por supuesto, debajo llevaba una camiseta que le quedaba como una segunda piel y marcaba todos sus músculos. Se quitó las botas y las lanzó al otro lado de la casa, apoyando los pies encima de la mesa.

Probó el café, y sonrió satisfecho.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Rylee se dio cuenta de que se había quedado con la boca abierta y que probablemente tenía cara de idiota, así que ocultó el rostro tras la taza para recuperarse.

—Está bastante bien —dijo—. ¿Qué lleva?

—Es café ristretto, pero con un toque de canela y le he echado azúcar avainillado. ¿En serio te gusta? Que si no, puedo hacer uno negro solo como los de tu hermano… Aunque no sé si llegaré a su nivel de cafeína por mililitro cúbico.

A su pesar, Rylee se echó a reír. Álex extendió el brazo sobre el respaldo del sofá, mirándola de una forma que la puso nerviosa. Ella se movió más hacia su esquina, poniéndose seria de nuevo.

—¿Por qué me miras así? —preguntó.

—¿Por qué no te ríes más? Tienes una sonrisa preciosa.

—Sí, ya, bueno. —Se levantó—. No hace falta que te pongas

meloso conmigo, creo que me voy a ir ya.

Se fue directa a la puerta, pero en cuanto la abrió, tuvo que cerrarla de inmediato. Una ráfaga de viento helado y nieve le azotó la cara, y ya había casi medio metro acumulado alrededor de la casa. Era imposible salir.

—No soy un experto —dijo Álex, sin moverse de su sitio—, pero me da que no vas a poder irte.

—No. Yo… tendré que dormir aquí.

—No hay problema, la habitación de invitados tiene la cama hecha. Tómate el café tranquila y luego subimos.

—Avisaré a Lena.

Miró el móvil. Solo marcaba una raya de cobertura, pero esperaba que sirviera. Le envió un mensaje a Lena explicándole lo que ocurría, al cual no tardó ella ni dos segundos en contestar:

«Aprovéchate pero YA».

Rylee le envió un «no» en mayúsculas, a lo que Lena contestó:

«Empieza por quitarte ese jersey que llevas».

Ella frunció el ceño. Lena la conocía demasiado, y estaba claro que iba a seguir insistiendo, así que optó por guardar el móvil en el anorak.

—¿Algún problema? —preguntó Álex.

—No, ya está.

Regresó al sofá, pensando que o realmente hacía calor en aquella cabaña, o ella lo tenía. Así que antes de ponerse a sudar como una idiota, a regañadientes se quitó el jersey. Debajo llevaba una camiseta de manga larga y cuello bastante cerrado.

«Seguro que Lena llevaría algo más sexy», pensó. Y frunció el ceño

al momento, ¿desde cuándo pensaba ella en cosas sexys?

—¿Te puedo preguntar una cosa? —dijo él, tras unos segundos de silencio incómodo.

—Depende.

—Vale, es… sobre mi padre. —Ella le miró sorprendida—. Supongo que le habrán dicho que estoy bien, y eso, pero… ¿podría llamarle? ¿O enviarle un mensaje? Es Navidad. Y bueno, solo no estará, seguro que tendrá alguna de sus amigas veinte años más jóvenes que él, pero…

Rylee se dio cuenta de que más que su padre, el que se debía estar sintiendo solo era él, y se sintió mal. Si no hubiera sido por Simon, habría pasado los fines de semana solo en aquella cabaña; y si sus padres no le hubieran invitado a pasar la Nochebuena, en su cabezonería por mantenerse alejada de él no se habría preocupado de que estuviera solo. Se mordió un labio, dándose cuenta de cómo lo había estado tratando.

—Lo siento —dijo—, pero no puedo hacer nada. Quizá tengan su teléfono intervenido, y si le llamamos o lo que sea, rastrearían la llamada hasta ti. Los del FBI me matarían. Bueno, aparte de no pagarme.

—¿Pagarte?

—Sí, bueno, por tener un testigo protegido nos corresponde un dinero. Contigo nos vamos a comprar un ordenador nuevo, y una impresora, y…

—Entiendo.

Había supuesto que le iba a decir que no, pero aun así se sintió decepcionado. Le hubiera gustado tener algún contacto con su vida real.

Rylee se movió incómoda, pensando en cómo hacerle sentir mejor. Se quitó también las botas y los calcetines, sentándose con las piernas recogidas y cogió de nuevo su taza de café.

—Y… ¿trabajabas con él?

—Sí, tiene un hospital.

—¿Un hospital? ¿Entero?

—Sí, bueno. —Se encogió de hombros—. No es que nos falte dinero, precisamente.

—Ya. ¿Y por eso estudiaste medicina?

Álex se dio cuenta de que por una vez, ella estaba intentando mantener una conversación con él, así que apartó los pensamientos negativos y contestó, preguntándole él también por su trabajo como sheriff.

Una hora y otro café más tarde (este descafeinado con aromas de chocolate), seguían hablando, los dos medio tumbados en el sofá y manteniendo una conversación agradable y amistosa. A su pesar, Rylee ahogó un bostezo.

—¿Te aburres? —preguntó él.

—No, no, es que… —Miró el reloj—. Si son ya las tres de la mañana, madre mía.

—¿En serio? —Lo comprobó en el suyo—. Sí, tienes razón. Mejor nos vamos a dormir.

—¿Tienes algún pijama para dejarme?

—No. Es que vale, ya sé que aquí hace frío, pero no me acostumbro a esas cosas. Siempre duermo sin nada.

Se levantó recogiendo las tazas, dejando a Rylee con la imaginación desbocada. Ella cerró los ojos, repitiéndose que no iba a pasar nada, y fue a incorporarse, pero se dio cuenta de que no podía. Su pelo estaba enganchado en la lana del jersey 5XL.

—Esto… Álex…

—¿Sí?

—Necesito ayuda.

Él regresó a su lado extrañado, hasta que vio lo que estaba ocurriendo. Se puso a horcajadas sobre ella, para poder acceder mejor a su cabello.

—No te muevas.

No habría hecho falta que lo dijera, ella estaba totalmente inmóvil. Estaba tan cerca, y olía tan bien el maldito… Los segundos que tardó en soltar las horquillas se le hicieron eternos, pero cuando terminó, él siguió hasta dejar el pelo totalmente suelto. Y aun así tampoco se apartó, sino que le masajeó ligeramente el cuero cabelludo.

—¿Mejor? —preguntó.

Ella se dio cuenta de que tenía la garganta seca y no podía hablar, así que se limitó a asentir con la cabeza. Sus ojos se encontraron, y Rylee se humedeció los labios.

Álex no estaba seguro de que aquello fuera una señal, pero lo que sí sabía era que prefería arriesgarse a un bofetón a quedarse con la duda. Así que despacio, fue inclinando la cabeza, hasta quedarse a unos milímetros de sus labios.

Rylee levantó una mano hacia su cara, pero en lugar de golpearle como él esperaba, apoyó la mano en su mejilla cerrando los ojos.

Fue toda la aprobación que él necesitaba. Rozó sus labios con los suyos provocativamente, incitándola hasta que ella los abrió, y él le introdujo la lengua con delicadeza. Rylee suspiró, abrazándole mientras Álex se tumbaba sobre ella, besándola sin parar, de una forma como nunca la habían besado. Empezó a tener calor por todas partes, a querer tenerle más cerca… Toda la ropa le molestaba, así que le sacó la camiseta de los pantalones y él se apartó solo lo necesario para quitársela. Rylee suspiró, pasándole los dedos por aquellos bíceps perfectos… Pero Álex no la dejó recrearse, porque de nuevo la estaba besando como si le fuera la vida en ello. Deslizó las manos a sus costados, cogiendo su camiseta, y tirando de ella hacia arriba.

Rylee le ayudó para quitársela, y él sonrió al ver que debajo llevaba otra.

—¿Vas como las cebollas, a capas? —bromeó.

Ella enrojeció, pensando en que si Lena la viera en aquel momento, se partiría de la risa… Más si supiera que en realidad sí la había hecho caso, porque debajo…

Álex le quitó la siguiente camiseta, encontrándose con un sujetador con algo de encaje, lo que le descolocó. Aquello sí que no se lo había esperado.

—Vaya, estás llena de sorpresas, sheriff.

—¿Buenas?

—Muy buenas.

Bajó la mano para intentar desatar el pantalón, pero en aquel momento el jersey 5XL cayó sobre ellos, enredándoles. Al apartarlo Álex perdió el equilibrio, y cayó al suelo arrastrándola sobre él. Los dos se miraron y se echaron a reír.

—Por supuesto, tenía que caerme —dijo él—. Era de esperar.

—¿Te has hecho daño?

—No. ¿Qué te parece si continuamos esto arriba, en una cama bien grande y cómoda que tengo y de la que te aseguro que no nos caeremos?

—Me parece buena idea.

Se apartó para que él pudiera levantarse, y ahogó una exclamación cuando Álex la cogió en brazos como si no pesara nada.

—¿Esto no te parece un poco arriesgado? —preguntó, rodeándole el cuello con los brazos.

—Sí, pero me da igual. No quiero tenerte lejos ni un segundo. —

Ella le besó en el pecho—. Aunque si me distraes, no garantizo nuestra seguridad.

Aquello no hizo sino animarla más. Nunca había sentido nada parecido a lo que le estaba ocurriendo en aquel momento, así que tampoco había puesto nada de su parte en sus relaciones. Alguna vez que había intentado tomar la iniciativa, a ninguno de sus novios pareció gustarles, así que siempre había sido totalmente pasiva. Pero Álex era diferente… No la miraba ni la tocaba como ellos habían hecho, y parecía gustarle lo que le estaba haciendo, así que durante todo el tramo de escalera se dedicó a acariciar su pecho y besarlo de vez en cuando.

Por fin terminaron de subir, y Álex abrió la puerta de un empujón. La dejó un segundo en el suelo mientras abría las mantas, tumbándola al momento sobre las sábanas y poniéndose sobre ella.

—Creo que te lo has pasado bien todo el camino, así que ahora me toca a mí.

La besó intensamente, sin darle tiempo a hablar, mientras conseguía desatar sus pantalones. Bajó con sus labios por el cuello, dándola de vez en cuando ligeros mordiscos, siguiendo por su estómago hasta llegar a los pantalones. Se los quitó y empezó de nuevo el recorrido, desde los tobillos hasta el interior de los muslos, sonriendo contra ellos al ver la ropa interior a juego con el sujetador.

Rylee pensó en protestar, en decirle que se apartara… hasta que él la acarició y tuvo que sujetarse a la almohada para no dar un bote. Gimió cerrando los ojos, sintiendo oleadas de placer recorrer todo su cuerpo como descargas eléctricas. Aquellas sensaciones eran totalmente desconocidas para ella, y no parecían tener fin… Álex seguía acariciándola con sus labios, su lengua, sus manos… Llevándola cada vez más alto hasta que por fin el mundo pareció desaparecer a su alrededor en mil pedazos.

Poco a poco recuperó el aliento, para encontrar a Álex tumbado sobre ella, mirándola con una sonrisa.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella tragó saliva, consiguiendo afirmar con la cabeza. Le cogió la

cara entre las manos, besándole hasta que los dos se quedaron sin aliento. Le acarició la espalda, bajando las manos hasta encontrarse con que él aún tenía sus pantalones puestos. Intentó bajar la cremallera, pero él le cogió una mano.

—Espera —dijo, con voz ronca—, antes… Rylee, no tengo nada aquí.

Ella tardó unos segundos en darse cuenta de a qué se refería. Negó con la cabeza, dando gracias internamente por ser tan «práctica», como decía Lena, y llevar un implante anticonceptivo en el brazo.

—No pasa nada —dijo—. Estoy protegida, y sana, y sé que tú también, leí tu informe completo antes de que llegaras.

—Vaya, está bien saber que el FBI se preocupa de tantos detalles.

Se apartó para deshacerse de la poca ropa que le quedaba, y Rylee suspiró al verlo. Madre mía, si es que no tenía ni una mísera marca de nacimiento… y aquellos oblicuos… Pero no pudo regodearse más, Álex se había tumbado de nuevo sobre ella, besándola de esa forma que la volvía loca. Se acomodó entre sus piernas, levantándole los brazos y enlazando sus manos. Aquello la frustró, porque le impedía acariciarle, pero también la excitó aún más, y aquella forma en que la miraba… Dios, quería tenerle todavía más cerca, pero él se inclinó para lamer un pezón, sin quedarse satisfecho hasta que hizo lo mismo con el otro.

Rylee se movió bajo él, rodeándole con sus piernas, y él la miró sonriendo maliciosamente.

—Álex… —protestó ella.

Él movió las caderas, rozándola con la punta, y logrando con ello que se pusiera aún más nerviosa. Álex quería alargarlo, pero él también estaba tenso como una cuerda de violín, y no creía poder aguantar mucho más… así que despacio, disfrutando de cada segundo, entró poco a poco en ella, suspirando de placer hasta estar del todo en su interior. Le soltó las manos, apoyándose en los codos para no aplastarla, y la besó comenzando a moverse.

Rylee le abrazó con fuerza, dejándose llevar. Se sentía tan bien con

él dentro… Sin darse cuenta pronto estaba moviéndose con él, levantando las caderas para recibirle, haciéndole gemir del mismo modo que él lo hacía con ella. Recorrió su espalda con las manos, hasta que le clavó las uñas cuando todo su cuerpo se estremeció más violentamente que antes. Apenas fue consciente de que Álex se dejaba caer sobre ella.

Se quedaron quietos, intentando recuperar el aliento. Rylee le acarició el pelo, preguntándose si para él habría sido igual… O si se apartaría sin más.

Álex solo se movió un poco a un lado, lo justo para liberarla de su peso, y la miró apartando el pelo de su cara.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí… ¿Y tú?

—No podría estar mejor.

Se puso bocarriba, arrastrándola con él, y suspiró con fastidio.

—Alguno de los dos tendría que levantarse para apagar la luz.

Rylee siguió la dirección de su mirada, viendo que el interruptor estaba junto a la puerta. Ni siquiera se había preocupado por eso, cuando para ella el sexo siempre había sido a oscuras… Le miró, decidiendo olvidarse de todo lo que había vivido antes de que él llegara. Lena tenía razón, estaba claro que la culpa no había sido suya.

Se apoyó en un codo, acariciándole el pecho. Estaba cansada, pero Álex había despertado en ella algo que no sabía que existía… y no quería que terminara aún. Él había cerrado los ojos, pero sonrió perezoso al sentir sus caricias.

—¿Te molesto? —preguntó ella.

—No, para nada. Tú sigue.

Así que Rylee decidió recrearse, ya que por fin lo tenía quieto y a su disposición. Pasó los dedos por su pecho, haciendo que se le erizara

el vello rubio, lo que la animó. Siguió bajando, recorriendo los abdominales perfectamente marcados, delineó los oblicuos, y de pronto Álex se movió, sentándola sobre él.

—¡Álex! Casi me tiras…

—No te preocupes, no voy a dejar que te caigas. —La sujetó por las caderas—. Y ahora mejor terminas lo que has empezado, ¿no te parece?

Rylee miró hacia abajo, viendo a lo que él se estaba refiriendo. Se mordió el labio, no muy segura de ser capaz de hacerlo bien… Él alargó una mano, acariciando su labio inferior.

—Me matas cuando haces ese gesto.

Rylee le mordió el dedo, lo que le encendió aún más, y la volvió a coger para guiarse hasta su interior. Rylee casi gritó al notarle tan dentro de sí, era mucho mejor de lo que había imaginado, y cuando él subió las manos a sus pechos… por instinto comenzó a moverse, apoyándose en su pecho, sintiendo las sacudidas de placer que ya comenzaba a reconocer. Y algo en su interior terminó de desatarse, no se paró a pensar si lo estaba haciendo bien o mal, solo se dejó llevar, probando a inclinarse, o ir más rápido o despacio… Excitándole tanto como él había hecho con ella, y disfrutando de la sensación de ser ella la que llevaba las riendas. Pero pronto empezó a perder el control, su cuerpo le pedía más y más, y cuando sintió cómo él explotaba en su interior, sus terminaciones nerviosas estallaron y se derrumbó encima suyo, sin aliento.

Álex la estrechó contra sí, abrumado. La primera vez ya había sido increíble, aquella le había dejado casi sin sentido… Nunca se había sentido así, de eso estaba seguro.

Rylee era especial.

Capítulo 15

Rylee despertó del sueño más profundo y relajado de toda su vida. Sonrió al notar el peso del brazo de Álex sobre su cuerpo, y se giró para mirarlo. Él entreabrió los ojos, somnoliento, y sonrió también de esa forma tan sexy suya.

—Buenos días, preciosa —dijo, inclinándose para besarla.

—Buenos días.

—Pareces muy contenta, me pregunto por qué será.

La besó en el cuello, y ella se echó a reír.

—¿Insinúas que normalmente soy muy seria?

—Sabes que lo eres. —Bajó la mano por su costado, acariciándole una pierna, y empezando a subir por el interior—. Aunque espero cambiar eso.

—Lena sí que va a estar contenta.

—¿Por qué?

—Porque ya ha conseguido lo que quería.

Álex se quedó quieto. Apartó la mano, apoyándose en los codos para mirarla.

—¿Qué quieres decir?

Al momento Rylee se dio cuenta de cómo había sonado aquello, y se mordió un labio, pensando en cómo arreglarlo. No le gustaba la

forma en que él la estaba mirando.

—Bueno, ella… Quería que acabáramos así, desde que volvió me decía que necesitaba un buen polvo y…

—Ya.

De pronto se levantó y se puso los pantalones. Rylee se sentó, buscando las palabras adecuadas. Estaba claro que no lo estaba arreglando.

—Espera, Álex. ¿Dónde vas?

—El «buen polvo» necesita café.

Y salió de la habitación pegando un portazo. Rylee se frotó la frente, insultándose por ser tan idiota. Se levantó con cuidado, notando agujetas en partes del cuerpo que no sabía que se podían tener, y se puso una camisa de Álex. Bajó atándose los botones, y le encontró en la cocina. Estaba de espaldas, revisando los paquetes de cápsulas que ella le había regalado. Escogió uno y lo metió con gestos bruscos.

—Si me dejas explicarte… —empezó Rylee.

—¿Sabes lo que me jode de todo esto? —Se dio la vuelta, cruzándose de brazos—. Me he acostado con cientos de tías, y no es una exageración.

—¿Entonces por qué estás enfadado?

—¡Porque me habéis utilizado!

—Pero acabas de decir que te has acostado con un montón de…

—Sí, pero eso era mutuo. Ellas me han usado para el sexo, y yo a ellas. Punto, estaba claro desde el principio. Lo de anoche, contigo, yo no te he utilizado para nada. Pero tú a mí sí, y si solo querías un polvo rápido, habérmelo dicho, y los dos lo habríamos tenido claro.

—Es que no es así, Álex.

—Es lo que has dicho. Déjame adivinar. Tú aquí no tenías ya dónde escoger, y aparecí yo. Y Lena pensó que total, un californiano tonto te valdría para un apaño, ¿no? Más estando bueno.

—Primero, estás bueno, eso lo sabes de sobra, y si no quisieras estarlo, no te mantendrías en forma. —Él la fulminó con la mirada—. Y no fue así exactamente. Bueno, más o menos, pero…

—¿Ha sido todo así desde el principio? ¿Todos fueron amables conmigo para llegar a este punto?

—Álex…

—Llevarme a comprar ropa con tus amigas, por ejemplo… ¿Y Simon? ¿Me llevó al bar aquella noche también porque tú te habías preparado para que te viera?

Rylee negaba con la cabeza, pero no estaba muy segura de aquella parte, estaba casi convencida de que Lena le había dado la idea a Simon.

—A ver, sé cómo suena, pero no es del todo como parece, ¿vale? Y de todas formas, si nos vamos a poner así, tampoco tú te has acostado conmigo por otra cosa que no sea sexo.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Lo acabas de decir, aquella noche en el bar… Lena me puso esa ropa, y me maquilló… Y de otra forma nunca te hubieras fijado en mí, ¡si ni siquiera te caigo bien!

—¡No le des la vuelta al tema! Claro que eres seria, y una borde, y me has tratado fatal, pero sé que no eres así. Te he visto sonreír cuando creías que no te veía, y el día de la operación… Te quedaste conmigo, me ayudaste. Vale, no era el ambiente más romántico del mundo, pero ahí fue cuando te vi de otra manera por primera vez.

Rylee se quedó sin saber qué decir. Entendía que estuviera enfadado, ella en su lugar también lo estaría, y encima no lo estaba arreglando. Álex se dio la vuelta, sacando la taza de café y poniendo

otra. Se bajó del taburete y se acercó despacio. Le acarició la espalda, recorriendo las marcas que ella le había dejado. Álex se tensó, pero no se apartó. Rylee apoyó la mejilla entre sus omoplatos, cerrando los ojos.

—¿Me creerás si te digo una cosa? —Notó que él se encogía de hombros—. Ese día me di cuenta de que no eras como yo pensaba.

—Un tío bueno sin cerebro.

—Más o menos. Pero tienes razón, soy una borde, y no… no quería verte de otra manera, no quería sentirme atraída por ti.

—¿Por qué? —Se dio la vuelta, rodeándola con sus brazos—. ¿Porque tarde o temprano me voy a marchar?

—Sí, eso también, pero… —Bajó la mirada—. Ya has visto lo que pasó anoche, no quería que supieras cómo soy, yo…

—¿Cómo eres?

—No soy como las chicas a las que estás acostumbrado.

—¿Te refieres a que no eres artificial? Todas en California se han operado de algo, ¿y qué? Tú al natural las ganas a todas.

—No —enrojeció—, no es eso. Me refiero a que… No soy buena en la cama, yo nunca había… Hasta que anoche contigo… Yo…

Estaba tan roja que parecía que iba a explotar. Álex le acarició una mejilla, bajando el dedo hasta su barbilla para elevar su rostro hacia él.

—Espera un momento —dijo—. ¿En algún momento te pareció que yo no lo estuviera pasando bien contigo anoche? ¿Qué me hayas decepcionado?

—No lo sé.

—Quítate esa idea de la cabeza, porque no es así. Eres como tus gatos, pareces mansa, pero luego… —Eso logró hacerla sonreír un

poco, como él había pretendido—. Y respecto a lo otro, ¿a qué te refieres? ¿No habías disfrutado nunca del sexo? ¿Es eso? —Ella negó con la cabeza—. ¿En serio?

—Por eso Lena insistía en que tenía que probar contigo… —Por fin lo miró—. Pero te juro que yo le dije siempre que no, y anoche no fue premeditado.

—No, me imagino que ni siquiera tú puedes organizar que caiga un metro de nieve. —Le apartó un mechón de pelo de la cara—. Y supongo que la cafetera no era un soborno —Ella palideció—. Era broma, tonta.

La besó con suavidad, desatándole un botón de la camisa.

—¿Ya no… no estás enfadado?

—No. —Desató otro botón—. De Lena nos encargaremos más tarde, podemos dejar que siga esforzándose en juntarnos —Siguió con el tercero—. Pero antes tengo que demostrarte que lo de anoche no fue casualidad. No sé con cuántos idiotas te has acostado ni me importa, pero está claro que eran unos imbéciles y que la culpa fue de ellos, no tuya. Así que… —La cogió por la cintura y la subió a la encimera—. ¿Qué tal si empezamos la mañana como debería haber sido, en lugar de discutiendo? —Le abrió la camisa del todo—. ¿Y me perdonas por la desconfianza?

Rylee afirmó. Cuando la miraba así, era imposible negarle nada.

—¿Y el café? —preguntó.

—Buena idea. No te muevas.

Cogió la taza de café, comprobando que estaba bastante caliente. Así que la metió en el congelador, y regresó junto a ella.

—Un par de minutitos y verás.

—Pero, ¿qué vas a hacer?

—Confía en mí.

La besó profundamente en la boca, bajando la camisa por los hombros y acercándola hacia él hasta que Rylee quedó en el borde de la encimera, por lo que tuvo que agarrarse a sus hombros para no caer.

—Ten cuidado no te caigas —dijo él—, sujétate.

Esperó a que ella se sujetara a la encimera para sacar la taza del congelador. Cogió una cuchara y volvió a colocarse entre sus piernas.

—Hay otra cosa que quiero hacer contigo, pero más tarde —dijo, llenando la cuchara de café.

—¿El qué?

Álex no contestó, sino que derramó el café sobre su pezón izquierdo, que se irguió al contraste con el frío. Inmediatamente inclinó la cabeza para chupar todo el líquido, y Rylee echó la cabeza hacia atrás suspirando.

—Me encantan tus pecas —dijo él, repitiendo la operación con el otro—. Tengo que contártelas. Y eso me llevará un buen rato.

—Álex…

—Chist, que estoy desayunando.

La hizo echarse hacia atrás, continuando con el proceso de ir mojándola con el café para luego chuparlo.

Rylee estaba a punto de volverse loca, en aquella postura no podía tocarle, ocupada como estaba en intentar no caerse y cada vez más excitada.

Álex esperó hasta que vio que la tenía al límite. Con movimientos rápidos, dejó la taza a un lado, se deshizo de sus pantalones, la penetró, colocándose una pierna sobre un hombro y agarrándola con fuerza de la otra cadera. Rylee se arqueó contra él, sintiendo el orgasmo recorrer su cuerpo en cuanto le tuvo dentro. A Álex tampoco le faltaba mucho más, giró ligeramente la cabeza para besarle el

interior del muslo que tenía junto al hombro, moviéndose con fuerza contra ella. Había pensado alargarlo, pero no podía, estaba fuera de control… Le mordió sin querer en el muslo, clavándole a la vez los dedos en la cadera, y llegó a un clímax tan intenso que tuvo que agarrarse a ella para no perder el equilibrio.

Sintió que Rylee se estremecía, y la incorporó para poder besarla, sin aliento.

—Dios, lo siento —consiguió decir—. ¿Te he dejado a medias?

Ella lo miró como si estuviera loco, aún aturdida tras su segundo orgasmo. Le acarició el pelo, besándole.

—Si eso es dejarme a medias… Vas a acabar conmigo.

Él sonrió, satisfecho, y la ayudó a bajar.

—Creo que la gatita pecosa se merece un buen desayuno. —Le colocó la camisa—. Ve al sofá, preciosa, enseguida te lo llevo.

Rylee le dio otro beso, y fue a coger su móvil de camino al sofá. Por la ventana había visto que seguía habiendo un metro o más de nieve. Por suerte ese año tenía la semana libre, ya que ella y Simon habían trabajado el anterior, y todas las llamadas al departamento estaban desviadas a otro condado.

Se sentó en el sofá tapándose con el jersey 5XL, y llamó a Lena. Esta tardó en coger, y parecía que acababa de hacer ejercicio, porque respiraba con dificultad.

—¿Estás bien? —preguntó Rylee.

—Ah, eres tú. Sí, ¿por qué?

—No me digas que estabas haciendo *cardiofunk* o algo así.

—Esto… Sí, algo así. ¿Y tú? ¿Qué tal? ¿Cómo has pasado la noche?

—Bien, en el cuarto de invitados —mintió descaradamente—. Y supongo que hoy nos pasaremos el día viendo la televisión, tampoco

es que tengamos mucho de qué hablar.

Se humedeció los labios, viendo cómo Álex se ponía los pantalones y se movía por la cocina, preparando unas tostadas.

—Ya. Bueno, si no…

Se oyó una especie de golpe, y a Rylee le pareció escuchar una voz.

—¿Lena? ¿Estás sola?

—¿Eh? Sí, sí, son tus gatos… que no me dejan en paz, ya sabes, se ve que te echan de menos.

—¿Y tú qué tal para volver a casa?

—Bien, tranquila. Me trajo Brian —y añadió rápidamente—: y se fue al momento, ni subió a tomar café ni nada.

—Deberíais hablar, y…

—Sí, sí, te dejo, que tus gatos me reclaman. Ya hablamos más tarde, ¿vale?

Y colgó el teléfono. Rylee se quedó mirando la pantalla unos segundos, pero Álex se acercó con una bandeja llena de comida y Lena desapareció de su mente.

En el piso, Lena dejó el móvil y se giró furibunda, recogiendo del suelo el cojín que la había golpeado.

—¡Que casi te oye!

—Pues deja el móvil y vuelve a la cama —contestó Brian, desde la habitación.

Lena abrió la boca para protestar, pero él apartó las sábanas dando unas palmaditas al colchón, así que dejó el teléfono y regresó

corriendo a su lado.

—Estás loco, si tu hermana se entera…

—No tiene por qué enterarse nadie. —La besó, tumbándose sobre ella—. Esto solo es sexo, ¿no? No ha cambiado nada.

—No. —Le rodeó la cintura con sus piernas—. Tú sigues siendo un aburrido y un gruñón.

—Y tú una pija que no se toma nada en serio. —La penetró, haciendo que los dos gimieran—. Así que seguiremos con el divorcio.

—Eso está claro.

Le empujó para que se moviera, y ponerse ella encima. Lena se agachó para mordisquearle un pezón, ella también conocía todos sus puntos débiles… Y por Dios que lo había echado de menos, al muy… Pero estaba de acuerdo con Brian: nada había cambiado. Así que se movió sobre él sin pensar en nada más, con la mente nublada por el placer.

Brian la dejó hacer, le encantaba observarla mientras hacían el amor…

«Amor no, sexo», se recordó.

Se incorporó para abrazarla, quedando los dos sentados, y le cogió la cara entre las manos moviéndose con ella para poder mirarla. La besó mientras Lena llegaba al final, y aumentó la velocidad de sus movimientos para terminar él también.

Después se quedaron unos segundos mirándose, los dos pensando lo mismo pero sin que ninguno se atreviera a decir nada: aquello no era solo sexo.

Brian abrió la boca para hablar, pero entonces una bola gris peluda saltó entre ellos, obligándoles a separarse. En otro momento él hubiera protestado, pero se alegró de que los gatos de Rylee hubieran escogido ese para aparecer, o no sabía qué tontería hubiera dicho.

Lena cogió a Russel Crowe, ocultando su rostro tras su pelaje. Estaba aturdida, y no quería que nada en su expresión la delatara.

—Iré a ponerles comida —dijo, levantándose.

Se marchó con el gato en brazos, y el otro pegado a sus talones. Brian se tumbó pasándose la mano por el pelo. Aquello era un error, eso lo tenía claro.

Pero, a través de la puerta, la vio andar desnuda de un lado a otro de la cocina… y le dio igual. De los errores se aprendía, ¿no?

Capítulo 16

Rylee se asomó a la ventana, y suspiró resignada. Tras una semana de ventiscas y nieve continua, el sol había salido y brillaba con fuerza. Desde allí podía ver que los quitanieves habían pasado por la carretera principal. Con una pala podía limpiar alrededor de su todoterreno, así que ya no tenía excusa para seguir ahí con Álex. Hubiera preferido mil veces pasar Nochevieja sola con él en aquella cabaña, que tener una fiesta rodeada de gente.

Él se acercó para abrazarla por detrás, mirando el paisaje.

—No tienes por qué irte todavía —dijo.

—Lena sospechará, y mis padres… Si no me voy a mi casa ahora que se puede, pensarán mal.

—Y acertarán.

Ella sonrió, girándose para besarle.

—Vendré a buscarte alrededor de las nueve, ¿vale? La fiesta empezará sobre esa hora.

—¿Y qué voy a hacer todo el día aquí solo? ¿No te doy pena?

—¿Qué propones?

—Llévame contigo, y me dejas en la consulta, seguro que hay papeleo que hacer… Y te puedes pasar a verme. Tengo un sofá muy cómodo en el despacho.

Rylee no podía resistirse a esa mirada de carnero degollado, así que acabó cediendo.

—Vale, pero, ¿te importaría que no… bueno, que de momento no digamos nada?

—¿Sobre lo nuestro? —Ella afirmó—. ¿Por qué, por qué eres la sheriff?

—No, pero como se enteren mis padres, la hemos hecho buena. Te avasallarán, y a mí también, y…

—Ya me imagino.

—Además, tú te vas a ir, y…

—Para eso falta mucho, supongo, ya lo hablaremos. —Le dio un beso—. Por lo demás, no te preocupes, lo haremos como tú digas. Preferiría no tener que escondernos, pero bueno, tiene su punto excitante también.

—Álex… —Le dio una palmada cariñosa en un brazo—. Tú lo ves todo excitante.

Él se echó a reír sin llevarle la contraria, estrechándola contra él.

Después de desayunar se fueron al pueblo. Rylee dejó a Álex en la consulta, y se marchó a su casa.

Lena estaba en el salón, colgada de las telas de *aeroyoga*. Al verla, descendió ágilmente.

—Hombre, la desaparecida —saludó —. ¿Qué tal con el doctor surfista? ¡Que una semana da para mucho!

—Nada, igual que siempre. —Cogió a sus gatos, intentado disimular—. Un aburrimiento, allí encerrados. ¿Y tú?

—Igual.

En el pueblo, los quitanieves habían pasado un par de días después; Brian se había marchado a abrir el bar como siempre, y no había vuelto a dormir con ella.

—¿Has hablado con Novalee y Kamala? —preguntó Rylee—. ¿Irán esta noche?

—Sí, y el abuelo Yaneli también. Tus padres están encantados, ya sabes. Cuantos más, mejor.

—¿Y tu madre?

—Aburrida como una ostra, pero bueno. Luego hemos quedado para comer.

—Vale, pues voy a darme una ducha. Después te veo.

Se metió rápidamente en el cuarto de baño, antes de que a Lena se le ocurriera hacerle más preguntas.

Cuando salió, su amiga ya se había marchado, así que se pasó por el bar para saludar a su hermano y luego fue a la consulta. Había varias personas en la sala de espera, como siempre, en su mayoría mujeres, y Kamala estaba en su sitio.

—Hola, Rylee, qué sorpresa —dijo esta.

—Ya —Se acercó a ella—. Lo mismo digo, ¿no estaba cerrado hoy?

—Sí, pero como Álex ha faltado tantos días, en cuanto la gente ha visto la puerta abierta, han empezado a venir. Así que me ha llamado a ver si no me importaba trabajar hoy.

La puerta de la consulta se abrió y salió una mujer embarazada, con Álex detrás. Al ver a Rylee sonrió ampliamente, y le entregó a Kamala el expediente que llevaba en la mano.

—Hola, sheriff.

—Hola. Ya me iba.

—No, pasa, tengo que contarte una cosa. Kamala, dile al siguiente que nos vamos a retrasar un poco, ¿vale?

Le guiñó un ojo, y se quedó esperando en el marco de la puerta a

que Rylee pasara. Cerró en cuanto ella hubo entrado, abrazándola para poder besarla como si hiciera días que no la veía.

—Creo que será mejor que te deje trabajar —dijo ella, acariciándole el pelo—.

—Sí, pero antes… —La cogió de la mano dirigiéndose hacia el sofá —. No paro de pensar en ti, así que mejor hacemos algo para que pueda trabajar tranquilo, ¿no?

—Pero… —Miró hacia la puerta, bajando la voz—. Pueden oírnos.

—No te preocupes por eso, no haremos ruido.

Le quitó el anorak tirándolo al suelo. Miró sus botas críticamente, eran de cordones y de doble nudo, así que sería complicado quitárselas. Rylee pensó lo mismo, pero antes de que pudiera decir nada Álex la dio la vuelta y la sentó en el sofá sobre él, con la espalda apoyada en su pecho. Metió una mano por dentro del jersey, llegando hasta al sujetador, y con la otra le desabrochó el pantalón para acariciarla por dentro. Rylee echó la cabeza hacia atrás para poder besarle.

—Estás loco —susurró.

—¿No decías que nos iban a oír? –Le mordió el lóbulo de la oreja —. Sé buena y estate calladita, pecosa.

Siguió excitándola, mientras, no sin dificultad, conseguía bajar los pantalones de ambos y la movió para poder penetrarla. Rylee no pudo evitar gemir, así que Álex tuvo que cubrir su boca con una mano para ahogar sus sonidos, mientras la sujetaba con la otra. Rylee se apoyó en sus piernas, moviéndose contra él a un ritmo desbocado, igual que se sentía ella. Fue salvaje y rápido, en unos minutos habían terminado los dos, y ella se acurrucó sobre su cuerpo, poniéndose de lado para abrazarle. Pensó que debería darle vergüenza estar así, medio desnuda en la consulta con gente del pueblo fuera esperando, pero nada más lejos de la realidad. Si unos días antes alguien le hubiera sugerido que iba a hacer algo parecido, le habría dicho que estaba loco.

Álex le besó una mejilla, pasando la mano por su muslo y la curva de su trasero desnudo.

—Dios, me vuelves loco —dijo.

—¿Yo? —Rió contra su pecho—. Eres tú el que se ha lanzado sobre mí.

—Sí, claro, y tú te has resistido un montón, ya lo he visto.

Le cogió la cara entre las manos, besándola hasta dejarla sin respiración, y suspiró cuando ella lo miró con ojos brillantes de deseo.

—Será mejor que me ponga a trabajar.

La cogió por la cintura, poniéndola de pie, y le dio un azote cuando ella se agachó para subirse los pantalones. Rylee ahogó una exclamación, pero él ya se había puesto fuera de su alcance y se llevó el dedo a los labios, indicando que estuviera en silencio con una expresión burlona en la cara.

Ella se terminó de vestir, arreglándose también la coleta, y se abrochó el anorak hasta el cuello. Antes de salir por la puerta le miró, y él levantó una ceja interrogativamente, esperando. A Rylee le hubiera gustado ser más atrevida y hacer algo para provocarle, pero con tanta ropa encima no se le ocurría nada, así que al final solo le lanzó un beso con la mano y salió de forma precipitada.

Álex se quedó mirando la puerta con expresión soñadora, pensando en todas las cosas que podría hacerle en aquel sofá… Hasta que Kamala entró con un hombre mayor y le plantó un expediente delante sin más miramientos, así que tuvo que concentrarse en su trabajo.

Rylee recogió en su todoterreno a la madre de Lena y a esta, y por último pasó por la consulta a por Álex. Él consiguió disimular un gesto de decepción, le hubiera gustado tenerla para él solo un rato… Pero tendría que conformarse, así que sonrió sentándose en la parte de atrás junto a la madre de Lena, que estaba encantada de tenerlo a su lado.

—Esta noche siéntate conmigo, tenemos tantas cosas en común…

—dijo ella.

—Claro. —A través del espejo retrovisor, su mirada se encontró con la de Rylee—. Aún tenemos pendiente que me cuentes cómo es esa casita tuya de *la Toscana*.

—¡Es verdad! ¿Te dije que también estoy pensando comprar una en la *Costa Azul*?

Álex negó con la cabeza divertido, mientras fingía escucharla con interés. En unos minutos llegaron a la casa de Brian. Dentro ya estaban también Novalee y Kamala, esta hablando con un hombre mayor que cuando se giró, a Álex le resultó familiar.

—¡Pero si es el chiflado que me trajo en esa avioneta infernal! —exclamó, sin poder evitarlo.

El anciano frunció el ceño. Kamala suspiró fastidiada, cogiéndole del brazo y acercándole a Álex.

—Abuelo, este es el doctor Madison —dijo.

—Sí, ya nos conocemos.

Álex enrojeció, dándose cuenta de que había metido la pata… otra vez. Le estrechó la mano demasiado efusivamente.

—Disculpe, señor. No era mi intención.

—Olvídalo, no todos están hechos para volar.

—Dirás que no todos están hechos para tu avión, viejo loco —intervino la madre de Lena, acercándose para darle un par de besos—. No te metas con el chico, no es de aquí.

—Estos jóvenes de hoy en día…

Se dejó llevar por Lisa aún refunfuñando.

Rylee señaló la cabeza de Kamala, que llevaba una diadema con hojas verdes.

—¿Y eso? —preguntó.

—Muérdago. No funciona lo de esperar debajo de marcos de puertas, así que me lo he puesto directamente en la cabeza. Así no hay escapatoria.

Ella movió la cabeza, divertida. Entonces se acercó Novalee con un chico, que extendió la mano sonriendo amigablemente. Parecía poco mayor que ella, y era moreno con los ojos oscuros.

—Álex, este es mi marido, Damien —dijo Novalee.

—He oído hablar mucho de ti —añadió el chico—. Parece que tienes revolucionado a todo el pueblo, en especial al sector femenino.

Álex se quedó unos segundos sin saber qué decir, recordando cómo había bailado con la que era su mujer… y si era como Brian, lo mismo estaba celoso.

Le estrechó la mano, devolviéndole la sonrisa.

—Sí, bueno, me imagino que pasaría con cualquiera. Es un pueblo pequeño.

—Ahora estaré un mes en casa, así que espero que nos veamos por ahí. —Atrajo a Novalee hacia sí, para besarla—. Me imagino que te habrán acosado un poco estas sinvergüenzas, ¿verdad?

—Damien… —protestó ella, enrojeciendo—.

—Solo un par de bailes —empezó Álex, algo azorado también.

—Tranquilo, tío. —Le palmeó un hombro, dándose cuenta de su incomodidad—. No soy celoso, y conozco a estas cuatro de toda la vida. Créeme, lo de llevarte a comprar ropa podría haber sido mucho peor.

Aquello lo tranquilizó, porque con esa frase le daba a entender que Novalee le había contado todo. Damien le preguntó por la consulta, y se fue con él a coger unas bebidas.

Poco después, llegó Simon con un amigo, y tras ellos siguió desfilando más gente del pueblo hasta llenar el salón de Brian. En lugar de cena habían preparado unas mesas con la comida y la bebida en plan buffet, y todo el mundo comenzó a disfrutar del mismo mientras Carol y Michael iban de grupo en grupo saludando a todo el mundo.

Lena miraba alternativamente a Rylee y Álex, mosqueada. No terminaba de creerse que no hubiera pasado nada entre ellos esos días, pero ambos se ignoraban como siempre y apenas si se habían dirigido dos palabras. Sin embargo, Rylee parecía diferente, más contenta… Aunque tampoco podía fiarse de su instinto, ocupada como estaba en esquivar ella misma a Brian y en evitar recordar sus encuentros.

Se bebió dos vasos de ponche seguidos, apartando la vista de él.

«Mierda», pensó. «A este paso me lo llevo al cobertizo y me tiro encima suyo. Contrólate, Lena».

Su todavía suegro echó un tronco al fuego, y levantó el cesto vacío.

—¿Algún voluntario para ir a por leña? —preguntó.

—Ya voy yo —contestó Rylee.

—Que te ayude Álex —sugirió su madre, empujando al chico hacia ella—. Está muy fuerte, seguro que puede con muchos troncos.

—Puedo sola, mamá.

—No, si no me importa —dijo él.

Rylee hizo un gesto de exasperación, y se puso su anorak. Brian no tenía más leña acumulada en el sótano, así que tenían que cogerla del exterior. Álex la siguió poniéndose el suyo, y la alcanzó en la calle.

—Me encanta cuando me echas esas miradas de odio —susurró en su oído.

A su pesar, Rylee sonrió, pero evitó mirarlo.

—Calla, anda, probablemente estén todos en la ventana mirándonos.

Él se dio la vuelta, comprobando que, efectivamente, los padres de Rylee estaban asomados al cristal… así como Novalee, Lena y Kamala. Al verle, se apartaron rápidamente intentando disimular.

Álex dio de nuevo alcance a Rylee, que ya estaba entrando en el cobertizo. Cerró la puerta tras ellos, y antes de que pudiera reaccionar, le quitó el cesto y la besó apasionadamente. Ella pensó en protestar, pero en cambio le abrazó.

—Odio *Alaska* —murmuró él, luchando por soltarle el anorak—, tanta ropa…

—Álex, tenemos que volver —Él consiguió meter la mano por dentro de sus pantalones—. Álex… No.

—¿No?

Movió los dedos, inmovilizándola contra la pared de troncos. Rylee gimió, incapaz de protestar más, mientras él seguía excitándola. La besó para ahogar los sonidos que emitía, mordisqueando sus labios, hasta que la notó estremecerse. Ella se había agarrado a su cuello para no caer, y la miró sonriendo malicioso.

Rylee suspiró, notando sus piernas temblar cuando se apoyó en ellas.

—Eres malo —consiguió decir.

—Lo sé. —Apartó la mano, dándole un último beso, y le guiñó un ojo—. Pero te encanta, ¿a que sí?

—No es justo, ¿y tú? —Le tocó entre las piernas, pero él se apartó —. Álex.

—Más tarde dejaré que te vengues, tranquila, pero si tardamos

mucho más se preguntarán por qué.

Empezó a llenar el cesto mientras Rylee se acomodaba la ropa, mirándole aún sin poder creer que fuera capaz de excitarla tanto y tan rápido. Tendría que pensar alguna excusa para llegar tarde a casa, o Lena sospecharía.

Lo ayudó a terminar con los troncos, cogió ella unos cuantos en brazos y regresaron a la casa. En la ventana estaban de nuevo sus padres, que rápidamente desaparecieron detrás de las cortinas. Dejaron los abrigos y la leña, y se fue cada uno a un extremo del salón.

Rylee aún estaba algo acalorada, así que se metió en el cuarto de baño para refrescarse la cara. Cuando abrió la puerta para salir, se encontró con que Lena estaba esperando al otro lado, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Aquí pasa algo y no me lo has contado —dijo.

—Calla. —Miró hacia la sala, por si alguien la había oído—. No pasa nada, no digas tonterías.

—Y una mierda.

Comprobó que nadie las miraba y la empujó de nuevo al interior del baño, cerrando la puerta. La recorrió con la vista, como si buscara alguna prueba. Pero Rylee llevaba uno de sus jerseys habituales que no dejaban ni un milímetro de piel al descubierto. Entonces se fijó en su cara, y señaló sus labios con el dedo.

—¡Aja! —exclamó.

—¿Qué? —Le dio un manotazo, apartando el dedo acusador—. Lena…

—Tienes los labios rojos, como si te acabaran de pegar un buen morreo.

—No seas tonta, es el frío.

—Sí, ya. ¿Y ese brillo en los ojos? Tienes cara de que te han dado por todos lados, y bien dada, además. —Rylee enrojeció—. ¡Lo sabía!

—Ssh, que te van a oír.

—Lo sabía —repitió, más bajo—. ¿Cuándo? ¿Cuántas veces? ¿Ha estado bien? Pregunta estúpida, con esa cara que tienes de estar en la inopia. —La cogió por los brazos, para sacudirla —. Por Dios, cuéntame algo, cabrona, que me tienes en ascuas.

—Vale, vale. —Se soltó, riendo—. Fue la noche de Navidad, cuando nos quedamos atascados. Y ya está, no voy a entrar en detalles, pero digamos que se ha repetido unas cuantas veces. Y sí, ahora entiendo lo que me decías.

—Ay, mi madre… no me lo digas, ¿en el cobertizo también?

—No, no, bueno, solo yo… Joder, Lena, no me hagas hablar.

Lena la abrazó, entusiasmada.

—Voy a llorar de la emoción —dijo—. Si me lo cuentan no me lo creo. Tú, la señora *Grinch*, metiéndose mano con el doctor surfista en el cobertizo de la leña, con sus padres a dos pasos… Es increíble.

—Tampoco hace falta que pongas un cartel.

—No, no. —Se apartó y la miró, con una sonrisa totalmente sincera —. Me alegro mucho por ti, creo que nunca te había visto esa expresión en la cara.

—Gracias.

—Tendrás que disimular delante de tu hermano, no se le vaya a pegar algo.

—Ya que hablamos de Brian…

—No, mejor salimos ya, no vayamos a llamar la atención.

Y abrió la puerta sin darle tiempo a decir nada más, pero al otro

lado se encontró a Kamala cruzada de brazos, exactamente igual que había estado Lena minutos antes; se coló en el baño antes de que ninguna pudiera protestar y cerró de golpe.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

Las dos la observaron perplejas.

—¡No me miréis como si fuera idiota! Somos amigas de toda la vida, así que me conozco estos trasiegos de vete y voy —replicó ella—. Que no me coma un rosco no significa que sea ciega y me huelo tema entre el doctor y tú. —Y apuntó a Rylee con el dedo.

—¡Y dale! —La apartó— ¡Qué manía os ha dado!

—Sí, y tú te crees que me chupo el dedo, ¿qué coño ha sido lo de antes?

—¿De qué me hablas?

—Álex, tú… —Lena soltó una risita—. ¡Lo sabía! ¡Llevo toda la cena pensando que entre vosotros había algo y que la guarra de nuestra sheriff no nos lo había querido contar! —Lena hizo un ruidito solidario—. ¿Tú lo sabías?

—Me acabo de enterar. Había demasiado buen humor en el ambiente y ya lo del cobertizo…

—¿Cobertizo?—Kamala volvió a girarse y la miró impresionada—¿Habéis…? ¡Y yo que pensaba que era una pervertida por imaginarme cosas esta mañana cuando os habéis quedado solos en el despacho!

Rylee se puso roja al escuchar aquello.

—¿Qué despacho? —preguntó Lena al momento—. ¿Os lo habéis montado en el despacho?

—Sí, y con clientes fuera… —añadió Kamala.

—¡Rylee! Eso es muy poco profesional —se burló la rubia— ¿Qué estáis, en la fase-conejo?

—¡Basta! —exclamó ella—. Ya os contaré todo con pelos y señales, cotillas, pero salgamos de aquí ya o van a pensar raro.

Sus dos amigas parecieron conformes, pero en cuanto Kamala abrió la puerta, ante ellas apareció Novalee con el ceño fruncido. Las empujó hacia dentro sin darles tiempo a salir, cerró y se puso delante de la puerta bloqueando el paso.

—¡Hay cosas que no cambian! —gruñó—. ¿Qué pasa, que solo porque esté casada pensáis que podéis no contarme vuestros cotilleos? Aquí está pasando algo y quiero saber qué es, Kamala sigue soltera, Lena ni mira a Brian a la cara, así que solo quedas tú. —Y como el resto, apuntó a la pelirroja con un dedo acusador—. ¡Habla!

—Pero Novalee, si no es nada.

—¿Nada? —interrumpió Kamala—. ¿Tirarse a ese pedazo médico guaperas no es nada?

Novalee se tapó la boca con las manos, soltando un grito.

—¿Sí? —quiso saber y vio como Lena y Kamala asentían a la vez —. ¡Rylee, qué bien! Madre, ese tiene pinta de saberse el kamasutra de cabo a rabo, ¿a que sí?

—Y tanto —asintió Lena—. Se lo han montado en el cobertizo.

—No, eso no es del todo… —empezó Rylee, tratando de que se le fuera el color carmesí de las mejillas, pero dándose cuenta de que iba a ser imposible.

—Y en el despacho —añadió Kamala.

—¿Qué? —gritó Novalee entusiasmada—. Pues no sabes cómo me alegro, porque te merecías tener una historia así. De este modo te quedará al fin claro que tus otros dos ex novios fueron unos continuos cretinos.

—Y malos amantes.

—Y unos gilipollas.

Oyeron unos golpes en la puerta, lo que las hizo callar. Con suavidad, Kamala se acercó hasta la puerta y abrió una rendija.

—¿Sí?

—¿Pensáis salir y dar una oportunidad a los demás? —era la voz del abuelo Yaneli—. Los viejos como yo tenemos que entrar a menudo.

—Claro, abuelo.

Él se apartó, quedándose estupefacto cuando las cuatro chicas desfilaron ante él. Rylee lo miró, como queriendo disculparse, pero el hombre alzó el brazo.

—Deja, deja. No quiero saber nada. —Y se metió, cerrándose por dentro.

Lena se alejó del grupo y fue al salón, llevando un vaso de ponche a Álex.

—Bien hecho, campeón —susurró, pegándole un codazo.

Álex se atragantó con el ponche, y miró a Rylee, que se encogió de hombros con expresión culpable. Buscó a Brian con la mirada, pero este estaba una esquina acorralado por sus padres y la madre de Lena, con lo que respiró aliviado. No sabía cómo reaccionaría, pero después de su advertencia en el bar, suponía que no se lo tomaría muy bien.

—¡Cuatro! ¡Tres! ¡Dos! ¡Uno!

La casa se llenó del ruido de silbatos, brindis y felicitaciones cuando sonó la última campanada del año. La gente comenzó a besarse con la persona que tenían al lado.

Lena y Brian, cada uno en un extremo del salón, se miraron. Sin embargo, ninguno hizo ademán de acercarse al otro.

En cambio, Álex aprovechó el movimiento de la gente para ir aproximándose a Rylee, y besarla sin llamar la atención. Ella sonrió al verle alejarse de nuevo, tocándose los labios con expresión soñadora. De pronto alguien subió el volumen de la música, y la gente comenzó a bailar siguiendo el ritmo.

Brian estaba malhumorado en su esquina, tanta felicidad empezaba a agobiarlo. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? Ojalá él pudiera cambiar, o Lena, encontrar de alguna manera la forma de estar juntos, porque tenía claro que divorciarse no iba a hacerle más feliz. No podía imaginarse la vida sin ella, pero tampoco sabía qué hacer para poder conservarla a su lado.

Desvió la mirada, y entonces vio algo que le extrañó. Su hermana bailaba con Kamala, dando saltos con una sonrisa en su cara. Pero lo más raro era que Álex estaba a su lado. La cogía de las manos, haciendo que giraran de vez en cuando, y Rylee parecía encantada. Dio un paso hacia ellos, pero se detuvo antes de hacer una tontería. Si se paraba a pensarlo, nunca había visto esa expresión en la cara de su gemela… ni aquel brillo en los ojos, que le recordó a cuando él y Lena estaban juntos. Si Álex era el causante de aquello, debería estarle agradecido, no enfadado.

Al final iba a tener razón todo el mundo, y él era *el Grinch*, amargando la Navidad.

Así que se fue al bol de ponche, a ver si con unas copas más se animaba y se contagiaba un poco del entusiasmo del resto.

Unas horas después, la gente comenzó a marcharse. Todos se despedían dando las gracias y comentando lo bien que se lo habían pasado.

Brian acompañó a Novalee y su marido al armario donde estaban guardados todos los abrigos para despedirles.

—Te veré por el bar —dijo Damien.

—Ya sabes que no salgo de ahí.

Abrió la puerta, para cerrarla inmediatamente después con cara de

susto. Damien frunció el ceño, y le hizo a un lado para mirar.

—Ay va.

Para entonces, Lena ya se había acercado con su madre y suegros, así como Rylee y Álex. Damien se apartó para que todos pudieran ver el interior.

Enredados entre varios abrigos, estaban Simon y Kamala, abrazados y profundamente dormidos.

—Por lo menos están vestidos —dijo Novalee.

—Gracias por la imagen —replicó Brian—. Es mi armario, ya no voy a guardar un abrigo igual.

—¿Y el abuelo Yaneli? —preguntó Rylee.

—Le vi irse hace un rato con Ellen Sue —respondió su madre—. No encontraba a Kamala, ahora veo por qué.

—En fin, les llevaremos nosotros —dijo Damien—. Nos pilla de camino, ya nos las arreglaremos.

Brian y Álex lo ayudaron a subir a la pareja al coche, que ni se inmutó con el movimiento, y se marcharon.

—Brian, ¿llevas tú a Lisa y Lena? —preguntó su madre.

Él ya estaba esperando esa pregunta, y negó con la cabeza. Por nada del mundo volvería a quedarse a solas en un coche con Lena, después de la última vez. Si no hubiera aceptado subir a tomar café no le habría pillado la nevada y habría vuelto a casa esa noche… Vale, si era sincero, seguramente habrían acabado en la cama igual, estaba claro que la tentación era irresistible. Así que mejor evitarla.

Rylee se adelantó con Álex al lado para sacarle del apuro, lo que le valió una mirada de agradecimiento.

—Llevo yo a todos, mamá —dijo—. No te preocupes, a Álex también.

Aquello apaciguó a la mujer. Su hijo y Lena eran difíciles, pero parecía que su hija se había ablandado un poco. Les quedaban unos días allí… con un poco de esfuerzo, quién sabía.

Lisa se sentó de nuevo atrás con Álex, y Lena de copiloto. Rylee hizo la primera parada en el hotel, para después dirigirse a su piso. Aparcó en la acera, y Lena se quitó el cinturón mirándolos.

—Deduzco que me quedo yo sola otra vez —dijo—. No, si al final la loca de los gatos voy a ser yo.

—Lena… —empezó Rylee.

—Supongo que te veré en un par de días, ¿no?

—Supones bien, el día dos trabajamos.

—Vale. —Abrió la puerta—. Pues no hagáis nada que yo no haría. —Se bajó—. O mejor sí.

Cerró la puerta ignorando a Rylee, que le estaba sacando la lengua.

Ella dirigió el coche hacia la carretera de nuevo.

—Es una pena que tu hermano y Lena no se reconcilien —dijo Álex —. Saltan chispas entre ellos, hacen buena pareja.

—Ya, pero esta vez parece que van en serio. Quieren cosas muy diferentes.

Se quedó callada, pensando en que ellos también llegarían a ese punto. Si Álex se hubiera mudado voluntariamente a Sutton, podrían tener alguna oportunidad, pero había sido obligado y en cualquier momento irían a buscarle. Él notó su cambio de humor, y se inclinó hacia delante para rozarle la mejilla con un dedo.

—No te pongas tan seria. Ellos sabrán lo que les conviene.

—No estaba pensando en ellos.

Álex suspiró. ¿Qué podía decir? Suponía lo que estaba pensando, porque él tampoco lo tenía nada claro. Lo suyo era temporal, de eso no había dudas. Aunque ese pensamiento no le gustara en absoluto.

—¿Por qué no dejamos de preocuparnos por el futuro? —sugirió—. Tampoco sabemos si dentro de una semana estaremos tirándonos los trastos a la cabeza. Salgamos como una pareja normal, y veremos a dónde nos lleva. Y si me tengo… cuando me tenga que ir, veremos en qué situación estamos.

Rylee le miró por el espejo retrovisor. Tenía razón, era sensato y desde luego que tenía ganas de probar a salir con él. Aparte del sexo, que estaba claro que era increíble. Enrojeció levemente, y él le deslizó un dedo por el cuello.

—Oye, que estoy conduciendo —dijo ella—. No me desconcentres.

—Vale, vale. —Se echó hacia atrás, levantando las manos—. No te toco. Pero no me has contestado.

—Me parece bien.

—Perfecto. Espero que tu hermano no me mate.

Rylee rió. Brian era muy gruñón, pero no se había pegado con nadie en su vida. De hecho, en realidad solo le había visto discutir con Lena.

—No creo que llegue la sangre al río —dijo.

—Por cierto, si pasado mañana vas a ir directamente a trabajar, ¿no deberías haber cogido algo de ropa en tu piso? No creo que en casa vayas a tenerla mucho tiempo puesta, pero para la calle…

A Rylee le gustó la forma en que había dicho «en casa», como si fuera de ellos dos, pero apartó esos pensamientos, mientras su imaginación volaba gracias a la otra frase que él había dicho como quien no quería la cosa. Se humedeció los labios, y lo oyó suspirar.

—Vale, no te toco, pero me estás provocando. Y como puedo hablar… ¿te he dicho que tienes una peca junto a la oreja que estoy

viendo desde aquí y que voy a besar en cuanto lleguemos?

Ella negó con la cabeza, mientras él seguía describiéndole más pecas por todo su cuerpo, en zonas que ella ni siquiera recordaba tener. Así que cuando llegaron a la cabaña estaba ardiendo por él, y en cuanto entraron por la puerta le arrancó la ropa sin más miramientos.

Capítulo 17

Brian plantó dos tazas de café frente a Rylee y Álex, que se habían sentado en su sitio acostumbrado para desayunar, y les señaló con el dedo.

—Ya podéis ir soltando lo que está pasando —dijo.

—Brian… —empezó Rylee.

—Ni Brian ni leches, que no estoy ciego. Esas miraditas y esos bailes… Y en el coche hace un momento estabais muy juntitos, no me lo niegues.

Álex miró al techo, al suelo, a la cafetera… No sabía cómo contestar, por mucho que Rylee le hubiera intentado tranquilizar al respecto. Ella le cogió la mano, y Álex entrelazó sus dedos.

—Vale, estamos saliendo —dijo Rylee—. Pero que no se entere mamá, se van en unos días y mejor que no lo sepa.

—No, no, si se entera de algo es capaz de quedarse hasta la boda.

Los dos lo miraron alarmados, y él cerró la boca. Tenía muchas dudas sobre aquello. Álex era más joven, aunque había demostrado ser buen médico y no era tan inmaduro como en un principio habían pensado. Pero él sabía la verdad sobre su situación allí, sabía que se marcharía… Iba a sacar el tema, cuando los vio besarse. Esas miradas… Le recordó de nuevo a cuando Lena y él estaban bien juntos. Rylee sonreía de una forma especial, y la manera en que Álex la miraba… no parecía la de alguien que estuviera pensando en marcharse. Así que otra vez, decidió callarse. Tampoco es que fuera un buen ejemplo de pareja para dar consejos, y en aquel momento se dio cuenta de que lo que importaba era que su hermana fuera feliz.

—¿Te han dicho cuándo se marchan? —preguntó Álex, apoyando una mano en el muslo de Rylee.

—No. —Señaló su mano, que Álex apartó—. Así que a hacer manitas a escondidas, que os pueden ver.

—Eres un gruñón —dijo Rylee.

—Ya. Pero sí que sé cuándo se van, he hablado con el abuelo Yaneli y aparte he encontrado sus billetes de vuelta. Tenemos una semana más de sufrimiento, y se acabó. Solo espero que Lisa también se vaya con ellos.

—Le preguntaré a Lena.

Brian iba a decir algo cuando escucharon un ruido procedente del comedor; un minuto después, la puerta se abrió de golpe y salió Sophie a trompicones, con el móvil sujeto entre la oreja y el hombro murmurando por lo bajo. La vieron aproximarse a la vez que cortaba la conversación y llegaba a su altura.

—Me voy —anunció sin preámbulos.

—¿Que te vas? —repitió Brian boquiabierto—. ¿Qué significa que te vas?

—Que me voy, cariño, pero ya —repuso ella, descolgando su abrigo del perchero—. Mi hija está de parto y tengo que ir hasta *Anchorage*. No voy a llegar antes de que nazca el bebé, pero espero estar allí para ayudarla con el postparto.

—Pero no puedes irte. —Brian la siguió como un alma en pena ante las caras divertidas de Álex y su hermana—. ¿Cómo voy a apañarme sin ti?

—Usa tu encanto.

—Muy graciosa.

—Mira. —Ella se cuadró ante él—. Tienes a Roberto en la cocina, no es para tanto. Solo necesitas una camarera, pon un anuncio y

seguro que tienes unas cuantas candidatas.

—Esa sería una idea genial si me hubieras avisado antes —protestó él yendo detrás como si con aquello fuera a detenerla—. ¡Venga ya! Me estás dejando tirado, ¡y es jueves! Tengo el fin de semana encima, no encontraré nadie al menos hasta la próxima semana…

Sophie se abrochó el abrigo hasta el cuello.

—Tú eres un chico inteligente, seguro que sabes cómo salir del apuro. —Y trató de apretarle el brazo en un gesto de ánimo, aunque él se escurrió—. ¡No te enfades! Pareces un niño pequeño a veces, tanto que quieres que maduren los demás haz tú lo propio.

—No, si encima tendré yo la culpa de que me dejes tirado —refunfuñó entre dientes.

Sophie meneó la cabeza con una sonrisa amplia mientras cogía su bolso.

—Felicita a Shana de mi parte —le dijo Rylee antes de que se fuera.

—Gracias, cariño, lo haré —se despidió ella saliendo.

Álex miró a Brian, que estaba echando humo, y decidió que era el momento perfecto para irse a la consulta, así que le dio un toque a Rylee.

—Se me hace tarde —dijo, y la besó en los labios—. Luego te llamo.

Ella afirmó, observando cómo salía, cruzándose en la puerta con sus padres, que entraban a tomarse un café. Lo saludaron antes de cerrar la puerta y llegar hasta la barra.

—De verdad, hijo —comentó Carol sentándose en un taburete—. Aún no entiendo por qué sigues teniendo clientes, si les pones esa cara.

—Y qué cara voy a poner, si Sophie acaba de largarse dejándome

colgado. Si es que me ha mirado un tuerto.

—¿Cómo? —quiso saber Michael y Rylee le hizo un resumen, porque su hermano estaba muy ocupado soltando juramentos—. ¿Va a ser abuela? ¡Qué suerte!—Y la miró de forma intencionada.

—¿Eso es lo único que se te ocurre decir? —protestó Brian—. ¿Has oído el problema principal?

—Sí, necesitas una camarera o algo así —sonrió su padre sin darle importancia—. Pon un anuncio, seguro que tienes unas cuantas cand…

—Lo único que tengo es un cocinero mexicano que no me entiende la mayor parte de las veces que le hablo, y yo tampoco a él, ya puestos.

—Venga, cariño, no te lo tomes así —intervino Carol, dándole unas palmaditas—. La vida es puro karma, verás cómo de pronto aparece una solución.

Rylee tuvo que controlar un fuerte acceso de risa al ver la cara perpleja de Brian al escuchar las palabras de su madre; le daba pena dejarlo en aquella situación, pero ella también tenía que irse ya a la comisaría.

—Espero que encuentres alguien —le deseó.

—Sí, sí —gruñó él—. Pues hoy no vengáis por aquí para nada, si no es a echar una mano.

Ella se despidió, ignorando su último comentario, tras guiñar un ojo a sus padres. Estos dos se miraron entre ellos unos segundos.

—¿Qué? —preguntó Brian, alzando la ceja al ver sus caras.

—Nada.

—No me digas nada, porque desde que soy pequeño cada vez que te he visto esa cara era para algo que no me iba a gustar.

—Qué cosas tienes. —Ella hizo una mueca y agarró a su marido del brazo—. Luego nos pasamos.

Se llevó a Michael ante la cara sorprendida del hombre; una vez fuera, él pareció pillar la idea que acababa de tener su mujer.

—Buena idea —exclamó—. Nos va a matar, pero la idea es buena. Llámala.

—No, si la llamo seguro que se escaquea. Vamos a buscarla y nos la traemos.

Michael siguió a su mujer sin añadir nada más, pensando si no se estarían entrometiendo demasiado en la vida de su hijo; esperaba que el enfado se minimizara ante la perspectiva de tener ayuda y, como de costumbre, se ampararían en la buena intención, que era lo que decían siempre cuando hacían ese tipo de cosas.

Por suerte para ellos, pillaron a Lena vestida y a punto de salir. La rubia se quedó pasmada cuando prácticamente fue avasallada en la puerta de la casa de Rylee.

—Lena, ¡menos mal que no te has ido! ¿Tenías planes?

—Pues… —empezó a decir ella, viéndose interrumpida por sus dos suegros que le contaban a la vez algo relacionado con Sophie marchándose del bar. Como no entendía nada, movió las manos para que se callaran—. ¡Un momento, que no me entero! ¿Qué decís qué pasa?

Carol acalló a su marido de un gesto y tomó la palabra.

—Sophie se ha ido y Brian te necesita.

—¿Que Sophie se ha ido? ¿A dónde?

—Su hija está dando luz y se marcha con ella para echarle una mano. Ya sabes, desde que su marido la abandonó la pobre Shana no tiene a nadie más, y ya debe ser bastante complicado para encima tener un bebé, y…

—Sí, lo entiendo. Me alucina que alguien como Sophie sea capaz de irse hasta allí a ayudarla.

—En el fondo esa mujer tiene buen corazón —apuntó Michael.

—Vale. —Lena los contempló—. ¿Y qué queréis que haga?

—¡Pues echarle una mano!— Carol contuvo los deseos de sacudirla.

—¿Yo? —La rubia se quedó estupefacta—. ¿Haciendo exactamente qué?

—Ayudar un poco, no sé, de la forma que él te diga.

—Sí, claro, justo lo que me faltaba, dejarle que me mande…

—Bueno, de camarera o algo así —intervino Michael para apaciguar los ánimos—. No hace falta que obedezcas en plan jefe-empleado, recuerda que tú eres dueña del bar al cincuenta por ciento.

Lo cual era verdad, se dijo Lena, aunque le importaba más bien nada, ya que no recibía dinero alguno por el local ni nunca se le hubiera ocurrido aceptarlo. Siempre había sido cosa de Brian, él lo organizaba y ella no tenía la menor idea de todo lo relacionado con ese tema.

Pensó en negarse, porque tenía claro que aquello iba a ser una pesadilla y ni quería imaginar lo que debía ser aguantarlo como jefe, pero tenía buen corazón y el muy maldito decidió que podía hacer el esfuerzo si era para ayudar.

—Bueno —murmuró observando cómo ambos sonreían—, ¿y cuándo me necesita?

—¿Ahora?

—¿Ahora? Pero iba a… —Los miró de nuevo y reculó—. Vale, de acuerdo, no era nada importante. —Carol la cogió por el brazo para encaminarla hacia la calle, por si acaso cambiaba de opinión—. Pero déjame al menos cambiarme de ropa, que voy demasiado arreglada.

—No hace falta, estás monísima, en serio —repuso Carol sin entender por qué lo decía.

Claro que iba mona, en teoría iba a ver a Ellen Sue porque esta se había mostrado interesada en sus diseños; ella no quería coser, pero no le importaba diseñar y Ellen Sue pensaba que su tienda necesitaba algo de ropa moderna, no quería quedarse obsoleta. Así que iba con aquella faldita y esos tacones, que para trabajar en un bar podían ser infernales… pero sus suegros ya se la llevaban, de modo que se calló. Ya se acordaría de ellos por la noche cuando volviera a casa… Justo cuando estaban en la puerta la asaltó una sospecha.

—¿Brian os ha pedido que vengáis a buscarme? —preguntó, pero solo con ver sus caras tuvo la respuesta—. ¿No lo sabe?

—Querida, ha sido espontáneo —repuso Carol, mientras abría la puerta—. El pobre estaba tan agobiado… se queda sin camarera y solo tiene un cocinero con el que no se lleva bien.

—Menuda novedad —dijo en voz baja, siguiendo a sus suegros.

Carol se puso su enorme sonrisa de amantísima madre que nunca fallaba, y agarró a Lena del brazo para acercarla a la barra, como si fuera una especie de premio, e ignorando la cara de su hijo.

—Aquí tienes tu camarera —comunicó, orgullosa.

—¿Cómo?

—Impresionado, ¿verdad? —sonrió Michael—. ¡Cómo somos los padres! Nos contáis un problema, y en… —Miró su reloj—. Menos de veinte minutos os encontramos la solución.

—¿Ella es la solución? —preguntó Brian con sarcasmo—. Pero si jamás ha trabajado de camarera.

—No creo que haga falta ser superdotada, vamos —comentó Lena.

—No, pero tampoco es que demuestre mucha inteligencia venir con esos tacones.

—Díselo a tu madre, que no me ha dejado ni cambiarme.

—Eh, no lo digas así, que seguro que lo ha hecho con buena intención.

—¿Y con qué intención crees que lo hago yo? ¡A ver si te crees que es por ver tu cara!

—¡Ya está bien! —los interrumpió, Carol pegando un golpe en la barra que sobresaltó a ambos—. Lena, te guste o no, la mitad del negocio es tuyo y ahora mismo hace falta que eches una mano. Ya va siendo hora de que asumas algunas responsabilidades.

Brian pareció satisfecho con aquel comentario, pero entonces su madre lo apuntó con el dedo.

—Y tú, déjate las tonterías y no vayas de jefe idiota, porque te digo lo mismo: la mitad del negocio es suyo, así que es como si fuerais socios. Nada de darle órdenes, trátala bien que está aquí para ayudarte.

Brian se quedó mascullando algo para sí mismo.

—¿Entonces? —le preguntó Lena—. Si quieres me voy, creo que podré salir a pesar de esa fila de camareras que esperan para trabajar contigo…

—Toma. —Brian le arrojó el delantal negro que usaban las camareras—. Es más largo que esa falda que llevas, pero póntelo.

—Que vaya bien, chicos —dijo Carol, feliz por haber solucionado el problema—. Nosotros nos vamos ya, que hemos quedado en dar una vuelta con Harry y Harriet.

—Sí, sí, adiós —refunfuñó Brian y se giró hacia Lena—. Muy bien. Necesito que me ayudes, no que me estorbes, así que solo harás cosas sencillas, ¿entendido?

—¿Qué pasa exactamente con el cocinero? —quiso saber ella, ignorando a propósito su comentario, pues odiaba que la tratara como

si fuera tonta y no quería empezar a discutir otra vez.

—Nada, que no nos entendemos.

—Seguro que ni siquiera sabes su nombre.

—Claro que lo sé, se llama… Carlos o algo así.

—Huy, que nombre tan curioso, ¿no? No sabía de nadie que se llamara «Carlos o algo así».

—Mira, Sophie se entendía con él, no me preguntes cómo, pero yo no hablo ni una sola palabra de español y él no habla inglés.

—Seguro que lo tenía acojonado —dijo Lena con una risita y él también sonrió—. Vale, que no cunda el pánico, yo me entenderé con ese Carlos, o como se llame… Voy a presentarme y enseguida salgo a limpiar las mesas, o lo que sea que necesites que haga.

Brian no encontró nada que objetar, así que se marchó a la barra fastidiado. Transcurrió un rato tan largo que durante unos minutos se preguntó si todo iría bien, pero finalmente Lena salió de la cocina.

—Arreglado —comunicó—. Roberto y yo nos entendemos, no hay problema.

—Se llama Carlos, como te entiendas con él del mismo modo que conoces su nombre estamos apañados.

—Se llama Roberto, como persistas en esa actitud te devuelvo el delantal y te buscas la vida.

—Vale —dijo Brian exasperado—. ¿Cómo lo has hecho?

—Tengo un móvil maravilloso de esos pijos que tanto odias. —Le hizo un gesto de burla— Resulta que con el traductor de google más o menos nos hemos entendido. Es un chaval muy majo, ¿sabes que todos los meses manda casi todo su sueldo a su familia? Su madre no puede trabajar por una lesión en la espalda, y tiene seis hermanas que…

—Lena —la interrumpió—, solo tienes que conseguir que cocine.

—No entiendes nada, Brian. Tienes que ser amable con tus trabajadores… a nadie le gusta tener un jefe insensible al que no le importa nada. Es la única manera de venir feliz al trabajo y poder ofrecer un buen servicio, además de sonreír.

Pasó por su lado para salir de la barra y él la fulminó con la mirada, pero sin responder a aquello; aunque le molestara y solo fuera otra de sus tonterías de chica feliz, tenía razón. Y aprenderse el nombre de su cocinero parecía ser un buen principio.

—Tenemos que subirle un poco el sueldo —la oyó decir.

—¿A quién?

—A Roberto —respondió Lena como si hubiera preguntado una estupidez—. Me ha contado lo que le pagas y es una vergüenza. Tiene seis hermanas.

—Es un sueldo de cocinero, ¿qué pretendes? Además, ¿qué es eso de «tenemos»?

—Ojalá me dejaras hacer algún arreglo en el local… las teorías bien aplicadas del feng shui harían que aquí fluyera energía positiva. —Fue hasta la barra—. A lo mejor hasta te ayudaban a mejorar tu humor.

—No te soporto.

—Pues ya tenemos algo en común. —Pasó de largo por su lado—. Voy a preparar las mesas.

—Espera.

La cogió de un brazo y la llevó hasta el almacén, para que nadie pudiera oírles. Aquella falda lo estaba poniendo nervioso, así que mejor si dejaban las cosas claras desde el principio.

Lena se soltó una vez dentro, y retrocedió un par de pasos.

—¿Y ahora qué mosca te ha picado?

—Mejor establecemos unos términos de convivencia, ¿no te parece?

—¿A qué te refieres? ¿A que tú mandas y yo obedezco?

—No. Eso no estaría mal, pero ya sé que no va a ocurrir. Me refiero a lo otro.

—¿Qué otro?

—Ya sabes, lo otro. Tú y yo.

—Ah, eso. —Apartó la vista y se encogió de hombros—. ¿No quedamos en que lo de Navidad no iba a volver a ocurrir?

—Sí, pero quería asegurarme.

—Creo que podré reprimir mis impulsos, gracias. No te voy a violar detrás de la barra.

Y se marchó cerrándole la puerta en las narices.

Capítulo 18

El abuelo Yaneli estaba poniendo en marcha el motor de su avioneta, así que Michael y Carol abrazaron a sus hijos efusivamente.

—Tenéis que venir a vernos —exigió Carol—. Os encantará Miami, ya lo veréis.

—Sí, mamá —contestaron los dos a la vez.

—Y esperamos noticias vuestras pronto, ¿verdad, Michael?

—Sí, claro —corroboró su marido, para después mirarla confuso—. ¿Qué noticias?

—Pues Brian tiene que llamar para confirmar que no se divorcia —el aludido resopló—. Y Rylee confesar lo que se trae con Álex.

—Mamá, que no hay nada… —intentó explicar ella.

—Sí, ya, y yo nací ayer. —Le palmeó la mejilla con una sonrisa—. Hija, tú estás enamorada de ese chico, y no hay más que hablar.

La pelirroja enrojeció y empezó a tartamudear alguna excusa, pero sus padres la abrazaron por turnos y no dijo nada.

Los dos hermanos se quedaron mirando cómo la avioneta se elevaba en el cielo y se alejaba, ambos con cierto alivio por la partida, pero también sabían que los echarían de menos.

Brian rodeó sus hombros con un brazo.

—¿Tenían razón? —preguntó.

—¿Sobre qué?

—Sobre Álex. ¿Estás enamorada de él?

Rylee suspiró, apoyando la cabeza en su hombro mientras se dirigían al coche.

—Creo que sí.

Brian ya lo suponía, pero no estaba seguro de si debía alegrarse por ella o no. Le dio un beso en la frente, buscando algo que decir.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿De verdad vas a dejar a Lena?

—Fue ella la que me dejó.

—Pero ha vuelto…

—Por necesidad, no porque siga enamorada de mí. —Llegaron al coche, y se separó para mirarla—. Mira, a ti no te puedo engañar. Sabes que aún la quiero, pero ¿para qué? Ella a mí no, y nunca saldrá bien, está demostrado. Así que espero que se vaya otra vez, y no vuelva nunca. De esa forma podré olvidarla.

Rylee le abrazó, sin saber cómo animarlo. Tendría que hablar con Lena, porque si a ella le ocurría lo mismo que a su hermano… Alguna forma habría de que lo solucionaran, estaba segura.

Al día siguiente, Lena cogió prestado el coche de Rylee, para poder llevar a su madre al aeródromo. Se quedó sorprendida cuando al recogerla en el hotel, vio que tenía otra maleta más aparte de la que había llevado.

—¿Y eso? —preguntó.

—Cosas, hija, cosas. Ellen Sue tiene ropa tan anticuada que ahora se lleva de nuevo, le he comprado unos cuantos modelitos vintage muy monos. No puedo volver de unas vacaciones sin nada, ya me conoces.

Lena movió la cabeza, y la ayudó a subirlas al coche. Durante el viaje Lisa le explicó lo que iba a hacer en los siguientes meses; todo en zonas soleadas, por supuesto, ya que en aquellas semanas temía que se le hubiera ido todo el tono moreno de su piel.

El abuelo Yaneli cogió las maletas para llevarlas al avión, y Lisa la abrazó con afecto.

—Cariño, ¿estarás bien? —preguntó.

—Sí, mamá, no te preocupes.

—¿Seguro? —La miró a los ojos—. Es que tú, trabajando en ese bar… Pobrecita mía.

—Tampoco está tan mal.

—Sabes dónde encontrarme, así que lo único que tienes que hacer es llamarme y te envío dinero para un billete de avión. Puedes venirte conmigo cuando quieras, ¿lo sabes, verdad?

—Mamá, tú estás muy bien sola.

—Eso no tiene nada que ver. No te lo digo por decir, es una oferta en serio. Piénsatelo, y me llamas.

Le dio un beso, y se subió al avión.

Lena se quedó en la pista hasta que lo vio desaparecer en el cielo; sabía que si quería podía haber dicho que sí, y en unos días estaría viviendo tan feliz en *la Toscana* con ella… Lo único que no tenía tan claro la parte de «tan feliz». Y además estaba segura que su padre iba a regresar. Porque, si no lo hacía, estaría metida en un buen lío; su abogado aún no tenía claro si podían hacerle pagar deudas que no fueran suyas, pero lo que sí sabía era que no podría regresar a su piso en *Anchorage*. Y también, que no podía quedarse para siempre con Rylee. Suspiró, regresando al coche y acordándose de que tenía que ir a trabajar. Solo de pensarlo se sentía agotada, jamás pensó que llevar un bar tuviera tanto trabajo, pero estaba intentando protestar hacia dentro para que Brian no pudiera echarle también eso en cara. Menos

mal que se le daban bien las relaciones públicas y que su amplia sonrisa (y su falda corta) conseguía que ningún cliente se quejara cuando les tocaba aguantar sus meteduras de pata. Acababa de llegar cuando se encontró con Kamala en la puerta.

—¡Hola! —la saludó la morena con una sonrisa.

—¿Qué haces aquí? –preguntó Lena alzando una ceja—. ¿No deberías estar trabajando?

—La mañana está tranquila, aunque parezca extraño, y Álex necesitaba cafeína, así que vengo a por dos cafés para llevar. —La siguió al interior, aguardando a su lado mientras observaba cómo se ponía el delantal—. También quería saber si era cierto eso de que estabas trabajando como camarera, que me llegó la noticia pero era tan increíble que…

—Has venido a verlo con tus propios ojos. —Lena se acercó a ella —. ¿Y qué tal? ¿Se me ve muy plebeya? —bromeó.

—Que va, tú eres como tu madre, aristocrática hasta con una escoba.

—Ese es un talento inútil, pero que le vamos a hacer. Vamos a por esos cafés. —Se encaminó a la barra con Kamala detrás—. Oye, ¿qué pasó al final con lo de Simon? No me contaste nada, ¿hubo rollo en el armario o no?

Kamala tuvo que hacer tres intentos para lograr subirse al taburete, resoplando.

—A ver si compramos taburetes para gente bajita, ¿eh? —protestó y miró a su alrededor—. ¿Dónde está Brian?

—No sé. Se habrá perdido en el almacén. —Las dos se echaron a reír—. Seguro que está tratando de entenderse con Roberto. Le repatea que yo sea capaz de comunicarme con alguien y él no. ¿Lo de Simon?

Se puso a manejar la cafetera como si la hubiera usado toda la vida ante la mirada curiosa de su amiga; Kamala la vio tan segura que asumió que ya la conocía, y se puso a divagar.

—Has hecho algún cambio aquí —observó las paredes y las mesas.

Lena se puso frente a ella y depositó dos azucarillos de golpe ante su cara.

—Sí, he puesto flores y un par de cuadros, pero por favor no saques el tema delante de Brian si no quieres que me asesine, porque hasta ahora parece que no se ha fijado. Y ahora dime, ¿intentas evitar el tema de Simon, Kamala? Porque es la primera vez en mi vida que yo recuerde en la que no te interesa hablar de chicos.

—Ssshhhh. —Kamala empezó a hacer gestos exagerados con las manos, como si estuvieran rodeadas de gente—. ¡No grites!

—No estoy gritando… —Lena la miró perpleja.

—¡Es que no me acuerdo! —exclamó Kamala con una mueca—. Lena, soy tan idiota, estuve metida en un armario con un chico de veinticuatro años guapísimo, seguramente haciendo algo, ¡y no me acuerdo!

Lena empezó a reírse, pero lo dejó al ver la cara fastidiada de su amiga.

—Mujer, habías bebido. A ver, ¿por qué estás tan segura de que pasó algo? Igual solo… no sé, os encontrasteis allí para coger vuestro abrigo y…

—No. Porque cada vez que me cruzo con él, baja la mirada. Y el otro día hasta se cambió de acera.

—Qué dices…

—¡Que sí, que ambos nos vimos de lejos y él se cambió de acera! Ahí pasó algo. Seguro que nos dimos el lote, uno de los buenos, de esos que vas a empujones y… y claro, ahora le da vergüenza y por eso se cambia de acera.

—Vale. Y según tú, ¿por qué debería darle vergüenza? Yo pensaba que los chicos de su edad se jactarían de haber estado metidos en un armario con una tía dándose el lote. Uno de los buenos —corrigió la

rubia a toda prisa.

—Pues… —Kamala husmeó el aire—. ¿No huele a café quemado?

—Huy. —Lena corrió hacia la cafetera—. A saber qué habré hecho.

En aquel momento ambas escucharon la puerta cerrarse y Brian apareció por dentro de la barra con expresión exasperada.

—¡No entiendo a Roberto Carlos! —protestó acercándose—. Dijiste que hablaba un poco de inglés, pero una de dos, o no es cierto o conmigo no quiere hablarlo.

—Es más bien una mezcla de inglés y español.

—¿Qué es ese olor? —Brian se giró hacia la cafetera al momento— ¿Es la cafetera? —Miró a Lena, que asintió— ¿Qué le has hecho? —Ella se encogió de hombros—. Pero por qué la tocas, si no sabes usarla.

—Kamala quería café, y el cliente siempre es lo primero, ¿no?

Brian fue hasta la cafetera soltando juramentos, y Kamala intercambió una mirada con Lena.

—Dios, qué mal humor, ¿es así todo el tiempo? —La rubia asintió —. Jo, te compadezco.

—¡Gracias! —Le agradeció ella, sintiéndose apoyada.

—Os estoy oyendo. —Brian meneaba la cabeza, aún irritado pero menos al ver que no había daños en su carísima cafetera industrial—. Por favor, no vuelvas a tocarla, ¿vale?

—La mayor parte de los tíos no dirían eso —comentó Kamala y las dos chicas empezaron a reírse a la vez, Lena sabiendo que luego le tocaría a ella aguantar su mal humor.

—¿Tú no tendrías que estar trabajando?

—Sí, en cuanto tenga mis dos cafés para llevar me voy. —Kamala

le sacó la lengua—. ¡Marchando una de sentido del humor!

Brian miró al techo, pero se puso a preparar los cafés.

—Luego te enseño cómo se usa —le dijo a Lena—. A ver si mientras consigues que Roberto Carlos me haga caso.

Kamala apoyó los brazos en la barra y miró al pelirrojo.

—Oye, Brian, tú que eres un tío —dijo—. ¿Qué significa si vas por la calle y de lejos ves a un chico con el que te has casi enrollado y justo cuando os vais a cruzar, él se cambia de acera?

El chico se acercó y depositó sus dos vasos de café delante suyo.

—No quiere saber nada de ti.

—¡No le digas eso! —Lena le pegó en el brazo—. Simon no es así.

—Me iba mejor cuando solo me preocupaba de mis machos cibernéticos —refunfuñó Kamala, saltando del taburete para bajar y cogiendo los cafés—. Os veo después, no os matéis.

Lena vio cómo se tiraba un buen rato para abrir la puerta sin derramar las bebidas hasta que al final consiguió salir. Qué pena lo de Simon, nunca hubiera imaginado que pudiera comportarse así, siempre le había parecido simpático… se dio cuenta de que estaba divagando mentalmente cuando escuchó a Brian decir algo.

—¿Qué? —preguntó.

—Que si vas a ir a hablar con Roberto Carlos.

—Y dale, que se llama Roberto a secas.

—Lo que sea, pero que entienda bien las comandas, por favor. ¿Qué le pasa a Kamala con Simon?

—Lo que le pasa es que bebió tanto que no recuerda nada, pero como él la esquiva se cree que hubo tema. Y lo que más rabia le da es no recordar haber tenido tema con un chico mono.

—Qué culebrón —murmuró Brian, repitiéndose lo que acababa de escuchar para sí mismo a ver si le encontraba algún sentido—. ¿Y por qué no le pregunta directamente?

Lena negó con la cabeza.

—Ni de coña, si hace eso Simon creería que está interesada en él.

—¿Y acaso no es cierto?

—Puede ser, pero no se lo va a dejar tan claro.

—¿Por qué no? —preguntó Brian atónito.

—Veo que empieza a interesarte el culebrón… —se burló ella—. Ya te iré poniendo al corriente, ahora voy a hablar un rato con Roberto. Y le diré lo de las comandas, tranquilo.

Brian se quedó allí, cruzado de brazos y recuperando su habitual gesto de mal humor. Echaba de menos a Sophie, que era más funcional y le distraía menos, pero tampoco podía quejarse demasiado porque Lena lo estaba sacando del apuro, a pesar de sus metidas de pata. Todavía no se explicaba cómo los clientes no se habían quejado de ella, después de echarles sal en el café, llevarles la comida cambiada, o incluso a un pobre hombre le había tirado la sopa encima… se disculpaba diciendo que «era novata» con una sonrisa angelical, y todos se apresuraban a consolarla quitando importancia al asunto. Con él y sus fallos nunca eran tan benevolentes, pero por lo visto la simpatía de ella jugaba a su favor en cuanto al trato al público.

Miró de reojo la puerta de la cocina; no estaba seguro de si le gustaba que Lena estuviera allí metida con su cocinero mexicano que casi medía dos metros, pero se dijo que tenía que apartar esos pensamientos y centrarse en el trabajo, algo que siempre le había funcionado.

Rylee se miró en un espejo de la comisaría, subiéndose la

cremallera del abrigo que le llegaba casi hasta los pies. Dio un par de vueltas, y comprobó que no se veía nada aparte de sus botas. Ni ella misma acababa de creerse lo que estaba a punto de hacer, pero quería sorprender a Álex. Probablemente ir desnuda debajo de un abrigo no era el colmo de la originalidad, lo había visto en cientos de películas, pero esperaba que le gustara.

Se sobresaltó al oír unos golpes en la puerta.

—¿Estás bien ahí dentro?—oyó que preguntaba Simon.

—Sí, voy.

Cogió aire y salió. Él habló sin dar ninguna muestra de notar algo extraño.

—Me voy a casa —dijo.

—Vale, pues hasta mañana. Yo me voy también.

Habló muy rápido, y se imaginó que estaba poniéndose roja porque Simon la miró extrañado. Se despidió de él con un gesto y se fue casi corriendo a su todoterreno. Al elevar el pie notó cómo se subía el abrigo hasta la rodilla, así que dio un salto y cerró la puerta rápidamente.

Aparcó frente a la consulta, pero no se bajó hasta que vio que no había nadie en los alrededores. Aun así descendió con cuidado, comprobó que el abrigo seguía bien cerrado y entró respirando hondo para tranquilizarse.

Se suponía que a aquellas horas Álex estaría a punto de terminar, pero aún había varias mujeres esperando en la sala. Tampoco la extrañó demasiado, parecía que últimamente en Sutton solo se ponía enfermo el sector femenino de la población. Pensó en darse de la vuelta, pero Kamala le hizo gestos para que se acercara. Fue hasta su mesa saludando con la cabeza a las mujeres.

—Veo que va a tardar un rato, así que vendré más tarde —dijo.

—No, quédate, así me distraigo un poco —contestó la morena,

cerrando varias pantallas de chat—. Siéntate, anda.

—Es que…

—Y quítate el abrigo, que aquí la calefacción está muy alta. ¿No tienes calor?

—Estoy bien. Mira, mejor me voy, yo…

Álex salió de la consulta con una mujer, y se despidió de ella. Al ver a Rylee sonrió y se acercó para darle un beso en los labios, lo que ocasionó varios suspiros de las que estaban esperando.

—Creo que me voy a retrasar un poco —dijo él—. ¿Me esperas aquí?

—En realidad…

—¿No tienes calor con ese abrigo?

—Estoy bien —repitió—. Gracias. Esperaré en el coche.

Sonó más brusca de lo que había querido, pero ya no sabía qué decir. El teléfono comenzó a sonar, así que Kamala cogió mientras Álex fruncía el ceño.

—¿Estás bien de verdad? —bajó la voz para que no les oyeran—. Gatita…

—No me llames así. —Miró nerviosa a las pacientes, que parecían muy interesadas en la conversación—. Estoy bien, pero…

—¡Álex! —El grito de Kamala les sobresaltó a los dos—. Tienes que ir a casa de Rose, dice que está con contracciones.

—Vale. Ve avisando a *Anchorage*, que envíen el helicóptero médico para llevarla al hospital. Rylee, llévame a su casa, por favor.

Ella alzó las manos, desesperada. ¿Es que no había otro momento? Tenía la ropa en el coche, quizá podía ir a por ella y cambiarse… Pero antes de que dijera nada, Álex ya había cogido un maletín y salía por

la puerta, por lo que no tuvo más remedio que seguirlo.

Subieron al coche y ella condujo hacia las afueras, dándole vueltas al tema. Álex la notaba extraña, pero estaba más preocupado por Rose, así que decidió hablar con ella luego.

En toda su carrera solo había asistido a un parto, y tampoco había prestado demasiada atención, ya que nunca había considerado dedicarse a ese tipo de cosas. Sabía toda la teoría, y se pasó el trayecto repasando el procedimiento. Cruzó los dedos, con un poco de suerte el helicóptero llegaría a tiempo y no tendría que hacer nada.

Rylee detuvo el coche y Álex se bajó de un salto; por suerte ya había cogido práctica, y no se cayó. Al ver que ella no se movía, se giró y le hizo un gesto para que lo siguiera.

—Date prisa, ¿a qué estás esperando?

Echó a andar hacia la casa, así que ella obedeció. Le acompañaría y en un momento que no se diera cuenta, volvería al coche y se vestiría, decidió.

El marido de Rose les abrió la puerta antes de que llamaran, visiblemente nervioso.

—Está arriba —informó—. Ha roto aguas hace unos minutos, y…

Oyeron un grito procedente de la planta superior. El hombre echó a correr escaleras arriba, seguido por Álex y Rylee, esta con cuidado de que no se le subiera el abrigo.

Rose estaba tumbada en la cama, respirando con agitación, pero al ver a Álex sonrió aliviada. Su marido se puso a su lado para cogerle la mano. Álex abrió el maletín, sacó unos guantes y la examinó.

—Rose, hemos avisado al helicóptero —dijo, intentando que su voz fuera tranquilizadora—. Pero tu niña ya está aquí, no va a dar tiempo a que te lleven.

—Oh, Dios mío —exclamó el marido, mientras ella gemía de dolor —. Pero… ¿estará bien?

—No tiene por qué haber complicaciones, Frank —siguió Álex—. Después os llevarán de todas formas a *Anchorage*, pero no podemos esperarlos.

Él afirmó, apretando la mano de su mujer. Álex se giró hacia Rylee, quitándose su anorak.

—Tendrás que ayudarme —dijo—. Quítate ese abrigo, y acércate.

—Es que no puedo —susurró ella.

—¿Cómo que no puedes? Creía que no eras impresionable, después de la operación de…

—No es eso.

Lo miró de forma fija. Álex parpadeó, sin entender. Ella bajó la vista a su abrigo, y él levantó una ceja. Rylee volvió a mirar la prenda, sin éxito.

—¡Por Dios, déjala que se vista y hacedme caso a mí! —gritó Rose.

Rylee enrojeció desde la raíz del pelo, mientras Álex abría los ojos desmesuradamente y Frank daba palmaditas a su mujer para tranquilizarla.

—Tengo la ropa en el coche —consiguió decir Rylee, a punto de morirse de la vergüenza—. No tardo.

Se fue corriendo. Álex estaba anonadado, en la vida se hubiera imaginado que ella pudiera hacer algo así por él. Comenzó a sonreír, con su mente empezando a imaginarse lo que habría hecho si lo hubiera sabido, pero Rose volvió a quejarse y tuvo que volver a la realidad.

Volvió a comprobar cómo estaba, y preparó todo lo que iba a necesitar a un lado de la cama.

Rylee regresó pocos minutos después, ya vestida con unos vaqueros y camiseta, y se colocó a su lado esperando instrucciones.

No tuvieron tiempo para nada más, ya que unos minutos después la cabeza de la niña comenzó a asomar.

Álex le indicó a Rose cuándo empujar, concentrado como nunca en su vida. Aquello era totalmente diferente. En sus operaciones se tomaba sus tiempos, pero ahí quien tenía el control era el bebé, no él. Y aunque le asustó, cuando sacó el pequeño cuerpo y lo colocó sobre el pecho de Rose, algo en su interior cambió. Nunca se había sentido así con ninguna de sus operaciones. Satisfecho y orgulloso por el trabajo realizado sí, pero jamás había salvado ninguna vida ni había ayudado a nacer a una.

Le pareció que en comparación, todo lo que había hecho hasta entonces no había tenido sentido. Frank lo estaba abrazando, y su mirada se cruzó con la de Rylee, que se dio cuenta de que algo le ocurría. Álex sonreía, pero parecía perdido en sus pensamientos.

Poco después oyeron el ruido de las aspas de un helicóptero, y los enfermeros entraron en la casa para llevarse a la recién estrenada madre y su bebé, con un exultante Frank junto a ellos.

Rylee y Álex se subieron al todoterreno, y ella condujo hacia la cabaña mirándole de reojo.

—¿Estás bien? —preguntó.

Él afirmó con la cabeza, mirando por la ventana. Esperaba que se le fuera esa sensación, una vez la adrenalina del momento hubiera desparecido. Pero no fue así. Era como si por fin hubiera encontrado su lugar, lo que realmente quería hacer. Y se dio cuenta de que no era solo aquello, la consulta también. Disfrutaba con las visitas, con la confianza que demostraban todos en él.

Rylee alargó una mano, acariciándole una pierna. Estaba preocupada, no le había visto nunca tan callado ni tan serio.

Él le cogió la mano, entrelazando los dedos como solía hacer, y la miró. Su pequeña gatita pecosa... Porque lo tenía claro, era suya y de nadie más, y, se dio cuenta, de que él también le pertenecía. No se imaginaba con otra chica como había estado antes, no quería a ninguna otra.

—¿De verdad? —insistió ella.

Él le besó los dedos, sonriendo por lo que acaba de descubrir sobre sí mismo. Se lo diría, tenía que pensar cómo… Rylee era lo mejor que le había pasado en la vida, se merecía que hiciera algo por ella. ¿Una cena con velas? Ninguno de los dos era muy romántico, pero era la primera vez que él le iba a decir a alguien que estaba enamorado, tenía que hacerlo especial. Solo esperaba que ella sintiera lo mismo… Sonrió aún más. Podía sonar presuntuoso, pero estaba seguro de que sí. Después de todo, se había presentado desnuda en su consulta, con lo que a ella le importaba su imagen como sheriff.

Rylee detuvo el coche frente a la cabaña, y se giró hacia él. La forma en que la estaba mirando la puso nerviosa, no sabía qué significaba… Pero no pudo pensar más, ya que Álex la cogió de la nuca y la acercó para besarla.

—Bueno, así que… —empezó— la sheriff correteando desnuda por *Sutton*, quién lo hubiera dicho.

—Cállate. —Le dio un manotazo—. Qué vergüenza, no voy a poder mirar a Frank ni a Rose a la cara en mi vida. Si es que no sé cómo se me ha ocurrido hacer algo así, debo estar loca.

—Un poco, pero me hubiera encantado aprovecharme. ¿Por qué no lo repites mañana?

—¡Sí, ya! Con mi suerte se aparecerá alguien con una pierna rota o algo. No, ni loca, además, ya no sería igual. Yo solo quería… bueno, no sé, sorprenderte.

—Ten por seguro que estoy sorprendido.

—¿En serio? Porque a mí más bien me parece que he hecho el ridículo.

—Vamos dentro, anda. —Abrió la puerta—. Y puedes pensar más cosas de esas, ya te adelanto que me gustará.

Rylee le siguió al interior de la cabaña, y un rato después ya ni se

acordaba de la vergüenza que había pasado.

Capítulo 19

Rylee estaba dentro de su despacho, rellenando unos informes sobre un accidente de tráfico que había ocurrido aquella mañana. O esa era la teoría, porque la mente se le iba continuamente hacia Álex, como le pasaba demasiado a menudo. Sacudió la cabeza, recordándose a sí misma que tenía treinta años y no quince, pero ni aun así se fue de su cabeza.

Él había conseguido que hiciera cosas que nunca hubiera imaginado. Ya no la miraban raro cuando salía por el pueblo e iba algo arreglada, la gente además daba por hecho que eran pareja y que casi vivían juntos.

No había vuelto a presentarse sin ropa en su consulta, pero la noche anterior se había decidido a ponerle la primera canción que bailaran juntos… y nunca olvidaría la forma en que la miraba mientras se desvestía al ritmo de la música.

Suspiró, dejándose llevar otra vez por su imaginación… por lo que no oyó el teléfono hasta que Simon golpeó la puerta y se asomó, sobresaltándola.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Coge, es el FBI.

Rylee palideció. Solo había un motivo para que llamaran, y ese era llevarse a Álex. Al menos esperaba que tardaran unos días, o semanas, mejor.

Pulsó el botón correspondiente y descolgó el auricular.

—Aquí la sheriff Scott —contestó, con voz firme.

—Buenas tardes, sheriff Scott. Soy el agente Barnes, de la central en *Los Ángeles*. Le llamo por Alexander Green.

—Sí, está aquí.

—Tengo a dos agentes de camino a *Sutton*, deberían llegar de un momento a otro a por él para llevárselo. Gracias por su cooperación.

—Pero… ¿ahora?

—Sí, salieron de *Anchorage* hace más de una hora. Perdón por no llamar antes, hemos tenido lío aquí.

Pero Rylee no le escuchaba ya. Álex se marchaba, ¿es que eso iba a ser todo? Tenía que hablar con él.

Colgó el teléfono y cogió su anorak, corriendo hacia la salida. Pero en la puerta se encontró con dos hombres, y supo que ya era demasiado tarde.

Le mostraron sus placas, y ella solo pudo afirmar con la cabeza mientras le explicaban para qué estaban allí. La siguieron en su coche hasta la consulta.

Álex estaba escribiendo una receta para un paciente cuando llamaron a la puerta. Le entregó el papel al hombre mientras indicaba que pasaran, y sonrió al ver a Rylee.

Se levantó para acercarse, pero entonces se dio cuenta de su expresión. Y de que no estaba sola, dos hombres se adelantaron y le mostraron sus placas, pero él solo podía mirar a Rylee sin poder creer lo que estaba oyendo.

Uno de los hombres le cogió de un brazo, y él por fin reaccionó, apartándose.

—Un momento —dijo—. No podéis venir aquí así sin más y pretender que me vaya, tengo pacientes y… —Volvió a mirarla a ella —. No puedo marcharme, tengo cosas sin terminar que…

—Eso da igual —contestó uno de ellos—. Esto era una tapadera, y se ha acabado. Tenemos órdenes de llevarle, el juicio empezará a prepararse mañana. Así que coja su abrigo, nos vamos.

Y volvieron a agarrarle, esta vez cada uno de un brazo. Él se sacudió de nuevo, mirándoles enfadado.

—Puedo andar solo, gracias. No pienso irme de aquí como si estuviera detenido.

Se quitó la bata y la colgó junto a la puerta. Se acercó a Rylee, sin importarle que ellos estuvieran presentes. Cogió su cara entre las manos, y la besó con intensidad. Vio que ella tenía los ojos brillantes, y se sintió fatal por irse de esa manera, aunque sabía que no era culpa suya y no podía hacer nada.

—Escucha, yo… —Oyó un movimiento, y por el rabillo del ojo vio que toda la gente de la sala de espera y Kamala estaban mirándoles atentamente—. Te llamaré en cuanto pueda, ¿vale?

—Señor Green, estará en aislamiento varias semanas —dijo uno de los hombres.

Álex lo miró como si fuera a matarle, sin soltar a Rylee, y volvió su atención a ella.

—Estaré bien —dijo Rylee, procurando sonreír—. No te preocupes, hablaremos cuando todo esto acabe.

Álex volvió a besarla, y después de un abrazo rápido se fue con los hombres.

Rylee se quedó mirando al coche mientras se alejaba por la carretera, con un nudo en la garganta. Se dio la vuelta, y se encontró con todos los pacientes y Kamala en la puerta de la consulta, mirándola muertos de curiosidad.

—Kamala, cancela todas las citas —dijo—. Hasta nuevo aviso, no hay médico en *Sutton*.

—Pero… ¿qué ha pasado? ¿Quiénes eran esos hombres?

—Te lo contaré más tarde, ¿de acuerdo?

Iba a ponerse a llorar de un momento a otro, así que cruzó la calle corriendo y se metió en el bar de su hermano. Brian estaba detrás de la barra, y Lena limpiando una mesa. Los dos la miraron sobresaltados, y la rubia se acercó preocupada al ver su cara.

—Rylee, ¿estás bien?

Ella negó con la cabeza, así que Lena la cogió del brazo y se la llevó al almacén. Brian las siguió, mosqueado.

Cuando estuvieron los tres solos, Rylee se echó a llorar. Lena la abrazó, sin entender nada, pero esperó pacientemente hasta que la pelirroja se hubo calmado.

—Se lo han llevado —dijo, por fin.

Lena miró a Brian, confusa, pero por su cara vio que él sí sabía de quién hablaba.

—¿Así sin más? —preguntó él—. ¿No han avisado siquiera?

—No. —Se separó de Lena, y sacó un pañuelo para secarse las lágrimas—. Simplemente han venido y no han dado tiempo a nada.

—Joder. ¿Y él qué te ha dicho?

—Que me llamará, no hemos podido hablar.

—¿Os importaría ponerme al día?—interrumpió Lena—.¿De quién estáis hablando?

Rylee suspiró para tranquilizarse.

—El FBI ha venido y se ha llevado a Álex —explicó.

—¿Qué? —Lo mismo podría haberle dicho que había visto un

OVNI, por la cara que puso—. ¿A Álex? ¿Pero qué ha hecho?

—Nada. —Movió la cabeza—. Lena, no podía contártelo, él… No vino aquí voluntariamente, era un testigo protegido. Fue testigo de un asesinato, y lo ocultaron aquí mientras encontraban al asesino. Y ahora se lo han llevado para el juicio.

Lena se quedó unos segundos asimilando sus palabras, sin poder creer lo que estaba oyendo.

—Oh, Dios mío —dijo, al fin—. Y tú lo sabías, sabías que se iba a marchar en cualquier momento… Y yo como idiota diciendo que te liaras con él. No tenía ni idea.

—Vaya, ya me imaginaba yo que tú habías tenido algo que ver en todo el tema —dijo Brian.

—Brian, Lena no tiene la culpa de nada, Álex y yo sabíamos que este día llegaría. —Cogió aire—. Estoy bien, es que me ha pillado desprevenida. Y sé que me llamará, pero… —Movió la cabeza—. Joder, es que casi ni hemos podido despedirnos, y…

—Claro que sí, seguro que te llama —dijo Lena.

Miró intencionadamente a Brian, que no estaba muy convencido de aquello, pero no él no dijo nada.

—Mira, voy a avisar a las chicas —siguió Lena—. Que vayan a casa esta noche, y nos ponemos moradas a chocolate caliente y helado, verás como te sientes mejor.

—Gracias, Lena. Iré a la cabaña, todas… sus cosas están allí.

Lena le pegó un codazo a Brian, haciéndole un gesto con la cabeza.

—¿Te acompaño? —preguntó él.

No se fiaba de dejar a Lena sola en el bar, pero comprendió que Rylee le necesitaba. Ella afirmó, así que cogió unas cuantas cajas vacías y se marcharon juntos en su coche.

Brian le ayudó a vaciar los armarios, y cuando vio que había ropa de su hermana, se dio cuenta de que habían estado saliendo más en serio de lo que él se había imaginado. No sabía qué decir, ya que «te llamará» le sonaba demasiado hueco.

—¿Y sabes cuánto durará el juicio? —preguntó.

—Pueden ser varias semanas. —Se encogió de hombros—. Estas cosas suelen ser largas.

—Rylee... —La abrazó—. No me gusta verte así.

—Lo sé, a mí tampoco. —Le dio un beso en la mejilla—. Estaré bien, hermanito. Ha sido solo el shock del momento, y que no… Bueno, se ha ido sin que hayamos hablado sobre qué hacer, así que… —Movió la cabeza—. Pero lo aclararemos, supongo que podremos llegar a algún acuerdo.

—Quieres decir, ¿te marcharías a *Los Ángeles* si él te lo pidiera?

Rylee se sentó en la cama, con un jersey de Álex en las manos y suspiró.

—No lo sé, Brian. Quizá. Quiero decir, ¿no se supone que son así las relaciones? Para que funcionen, hay que adaptarse, y si eso significa sacrificar algunas cosas… Prefiero eso a no verlo nunca más. Y creo que él piensa igual, o al menos eso espero.

Él no dijo nada más, esperaba que ella tuviera razón. Porque si se guiaba por su caso, acabarían mal. Aunque si lo analizaba de forma objetiva, ni él ni Lena habían cedido nunca ante el otro; cada uno había querido seguir viviendo su vida igual que antes de casarse, y probablemente ese era el error. Tenía que pensarlo, porque no quería perderla. Pero no estaba tan seguro de que ella sintiera lo mismo.

Terminaron de recoger todo, y lo llevaron al piso de Rylee. Brian regresó al bar, y ella a la comisaría sin muchas ganas de nada. Prefería estar sola, así que mandó a Simon de patrulla y se quedó en su despacho, a seguir con los informes a ver si de esa forma se distraía.

Cuando terminó su turno se fue a su piso. Se acomodó en el sofá con los gatos sobre ella, y poco después llegaron las chicas.

Lena hizo chocolate caliente para todas ellas, mientras Novalee y Kamala colocaban cajas de galletas y bizcochos a mano. Estaban en ascuas, pero esperaron a tener cada una su taza en la mano para preguntar.

—¿Quiénes eran esos que se lo han llevado? —preguntó Kamala.

—¿Lo han detenido? —preguntó Novalee—. ¿Era un delincuente?

—A ver, es más sencillo de lo que parece —suspiró ella—. Vio un crimen, y lo enviaron aquí para que lo ocultáramos. Solo Simon y yo lo sabíamos… Bueno, y Brian. Y se lo han llevado para el juicio. Fin de la historia.

—Pero volverá, ¿no? —preguntó Kamala—. La gente está súper contenta con él, si traen otro médico les dará un chungo.

—Cubrió ese puesto como parte de la tapadera, así que enviarán a uno permanente, supongo.

Las tres se miraron. Lena le pasó un bizcocho de chocolate, y se quedó uno para ella.

—¿Te ha llamado?

—Estará aislado un tiempo, no le dejarán.

—Seguro que cuando pueda lo hace —dijo Kamala, con la boca llena de galletas—. Está loco por tus huesos, ese se viene aquí a vivir fijo. Y si no, te vas tú. ¿Te imaginas? Vivir allí, con todo ese sol, y esas playas, llenas de cuerpazos… ¡Yo me iría con los ojos cerrados!

—Pero qué dices, no tienes ni idea —le dijo Lena—. Allí todo lo que comen es light, ¿qué puñetas ibas a hacer tú?

Kamala miró a Novalee y después a Rylee, con cara de asombro.

—¿Eso es verdad?

—Es la ciudad del culto al cuerpo. Los cafés los sirven sin grasa y

los muffins son bajos en calorías… comida de mentira.

—Claro —asintió la india como para sí misma—. Y seguro que en la arena, todas las chicas son vigilantes de la playa.

—Exacto. Piénsalo… no te invitarían a ninguna fiesta de las interesantes.

Kamala se calló, rumiando aquellas palabras.

—¿Y él no se ha planteado vivir aquí? —quiso saber Novalee.

Rylee se encogió de hombros, porque en realidad nunca habían hablado de ese tema. Aquella vez que ella lo había comentado en el coche, habían evitado la charla. Claro que no había esperado esa estampida tan repentina, pero siendo lógica… ¿por qué nadie iba a querer abandonar un clima de sol, calor y mar por un pueblo remoto perdido en *Alaska* donde siempre hacía frío y las dependientas de las tiendas se sabían tu vida entera?

—Encontraréis la manera, ya verás —oyó decir a Lena y alzó la mirada, confundida—. Que sí, hombre. Seguro que aquí el doctor surfista ha sufrido algún tipo de epifanía, y vuelve.

—¿Como si fuera «Doctor en *Alaska*»?— preguntó Novalee sonriendo.

—Yo también creo que pronto sabrás de él —añadió Kamala.

—Parece que todas estamos de acuerdo —repuso Lena—. Y ya sabes lo que hay… si todas estamos de acuerdo, tenemos razón.

Aquello era un lema entre ellas, pero a decir verdad, y a excepción de Novalee, sus dos amigas eran un desastre con sus relaciones sentimentales, así que no le daba mucho ánimo. Pero no quiso decirlo en voz alta, así que se limitó a asentir con la cabeza. Lena no la vio muy convencida y supuso que aunque aparentaba tranquilidad, en realidad no tenía las cosas tan claras como parecía.

Capítulo 20

Brian secaba unas tazas con ímpetu, y las iba dejando sobre la barra con brusquedad. De vez en cuando le llegaba la risa de Lena desde la cocina, y estaba a punto de tirarse de los pelos. ¿Qué le hacía tanta gracia? Porque no creía que fueran los chistes de Carlos o Roberto o cómo demonios se llamara, no podía ser que se comunicaran tan bien.

—Vas a romper algo. —Oyó que le decían.

Levantó la vista. Su hermana estaba sentada frente a él, mirándole con curiosidad.

—No te he visto llegar —dijo él.

—No hace falta que lo jures.

—¿Café?

—Si no te importa…

Brian se fue a la máquina, sin poder evitar mirar de reojo de vez en cuando la puerta de la cocina. No sabía cuánto tiempo llevaba Lena allí dentro, pero le parecía que demasiado.

Le puso el café a Rylee, y al hacerlo se fijó en que ella parecía algo apagada. Hizo un esfuerzo para apartar a Lena de su mente, y la miró preocupado.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Más o menos.

—Solo ha pasado una semana.

—Lo sé, pero… —Se encogió de hombros—. Le echo de menos.

—¿Has llamado al FBI para ver si te dejaban hablar con él?

—Sí, pero nada. Son unos bordes. Tendré que armarme de paciencia.

Lena salió de la cocina con una sonrisa, e inmediatamente él se tensó, cruzándose de brazos.

—¿Se puede saber qué haces tanto tiempo metida ahí dentro?

—Deja de gruñir, anda. Hola, Rylee.

—Hola.

—Lena, hay mesas que atender, y….

—Voy a buscar servilletas.

Se dio la vuelta, mientras Brian parecía a punto de explotar.

—¿Pero tú has visto? —preguntó a su hermana, sin esperar respuesta—. ¡Me ignora totalmente!

—Ya, pero tú…

Brian fue detrás de la rubia, y cerró la puerta del almacén de un portazo. Rylee movió la cabeza, llevándose una mano al bolsillo, y sacó un botón. Lo había encontrado en la cama de los gatos, y no era suyo ni de Lena, estaba segura. Tendría que esperar a que salieran de allí dentro, esperaba que no discutieran mucho rato.

En el interior, Lena estaba con un paquete de servilletas en la mano, ignorando a propósito a Brian, que le enumeraba de nuevo sus tareas.

Cuando paró para tomar aire, le miró como si no hubiera oído nada.

—¿Has terminado? —preguntó.

—No. —Señaló sus piernas—. ¿No puedes venir con pantalones?

—¿Por qué? ¿No te gustan mis faldas?

—Yo pensaba que era un cinturón ancho.

—Brian, deja el numerito de macho cabreado, anda. Hay gente esperando, y…

—¡Pues que esperen!

De dos zancadas llegó a su altura, acorralándola contra unos barriles de cerveza. La cogió por la cintura, y descendió con las manos hasta sus piernas, por debajo de la falda.

—¿Tú sabes lo loco que me estás volviendo?

Lena pensó en empujarlo, pero en su lugar tiró las servilletas a un lado y le rodeó el cuello con los brazos.

—Tú bien que te pones estos vaqueros que te hacen un culo de infarto, y no te digo nada —replicó.

Tiró de él hacia ella, y se besaron como posesos. Lena oyó cómo le rompía las medias, pero no le importó, ocupada en desabrocharle el pantalón. Su ropa interior tenía pinta de seguir el mismo camino, pero se las apañó para separarse un poco y quitársela ella, evitando así que se la rompiera. En menos de un minuto estaba sentada sobre los barriles, con Brian dentro de ella. Le besó con pasión, ocultando sus jadeos, y le tiró del pelo intentando no gritar cuando poco después sintió el placer recorrer todo su cuerpo.

Se quedaron mirándose, sin aliento.

—Pues sí que nos ha durado el trato —dijo ella, tragando saliva.

—Sí, bueno. —Se apartó, abrochándose los pantalones—. Quizá habría… que revisar los términos.

—¿Qué sugieres? ¿Un meneo de vez en cuando para liberar tensiones?

Lo había dicho en tono de broma, pero cuando él afirmó con la cabeza, se dio cuenta de que se lo había tomado en serio. No sabía si sentirse ofendida o qué, así que se puso su ropa interior y salió sin esperarle.

Rylee miró hacia la puerta, y levantó una ceja al verla. Lena estaba algo despeinada, y, lo más curioso, ya no llevaba medias. La observó de forma intencionada, pero su amiga ya se había recompuesto, así que carraspeó.

—¿Y si sales conmigo a comer después? —propuso.

—Sí, claro. ¿A la una? Tengo que regresar pronto para ayudar en el turno de comidas.

—Ajá. —Rylee se bebió lo que le quedaba del café de un trago—. Avisa a Brian, no vaya a ser que se enfade. No queremos que te eche otra bronca como la de hace un momento, ¿verdad? —la oyó murmurar—. ¿Qué dices?

—Que vale —repitió, haciéndose la despistada.

—En un rato nos vemos —se despidió Rylee, sacudiendo la cabeza.

Lena la vio salir cruzándose de brazos. No le había pasado desapercibido el tono irónico de su amiga, así que se miró en el espejo de la barra para ver si veía algo fuera de lugar… quizá el pelo, pero tampoco era tan raro ni le parecía sospechoso. Por si acaso se lo arregló, justo en el momento en que veía salir a Brian del almacén: tenía expresión culpable, pero ya no parecía enfadado. Agarró el papel donde estaban los menús escritos.

—Dentro de un rato me voy a comer con Rylee —dijo—, así que voy a explicarle esto a Roberto para que no haya luego caos —informó, y sin esperar respuesta, se marchó a la cocina mientras Brian pensaba que, qué poco le había durado la tranquilidad.

Rylee detuvo el coche delante del restaurante y Lena se asomó.

—¿Por qué venimos aquí? —quiso saber.

—Por cambiar y evitarte el mal trago de ver a Brian.

—Qué detalle.

—Porque debes estar harta, ¿no? Tanto tiempo en el bar juntos.

—Sí. —Lena cerró la puerta del coche de golpe—. Harta.

—Ya —dijo Rylee, corriendo a su lado—. Eso me parecía, con todo ese estrés y tensión. Pobrecita, debes estar pasándolo fatal.

Le abrió la puerta y su amiga la contempló, sospechando, pero la pelirroja puso un mohín inocente y sonrió con dulzura, así que Lena se metió dentro sin decir más. La señora Roark les salió al encuentro vestida con un delantal de cocina y secándose las manos.

—¡Hola, chicas! —saludó efusiva— Sentaos, enseguida os atiendo.

Las dos se sentaron mientras ella regresaba al mostrador para coger la carta.

—¿Vendrán Kamala y Novalee? —quiso saber.

—Hoy no, señora Roark —respondió Rylee, y ella recogió los platos de sobra para llevárselos, sonriendo. La pelirroja esperó hasta que se hubo alejado y sonrió—. Seguro que se está frotando las manos, pensando en los cotilleos que va a escuchar.

—Qué dices, en todo caso nos enteraremos nosotras.

La mujer regresó con su libreta y su sonrisa.

—Bueno, chicas, ¿qué tal os va? —preguntó—. Podéis decirme qué os apetece, hoy puedo ofreceros casi cualquier cosa. ¿Qué tal lo llevas,

Rylee? Debes estar destrozada, ¿no?

Rylee alzó la mirada.

—¿Cómo?

—Sí, porque tu doctor se haya marchado. En el fondo todos sabíamos que se volvería a *Los Ángeles*, nadie en su sano juicio querría cambiar las playas y el sol por este lugar. —Puso cara de pena.

—En realidad… —empezó ella, pero se quedó sin saber qué decir. No podía explicar el verdadero motivo siquiera de por qué había terminado Álex viviendo allí, mucho menos el motivo de su partida, así que se quedó callada.

—Seguro que lo superas pronto, querida, al fin y al cabo te ha pasado más veces. —La señora Roark le apretó el hombro con afecto sin darse cuenta de su expresión.

—Señora Roark, tenemos un poco de prisa —se metió Lena—. Tráiganos cualquier cosa, gracias. —Y se atrevió a darle un toque en la cadera para que captara el mensaje.

—Claro —dijo ella, desapareciendo.

—No le hagas caso —dijo la rubia al ver la cara que se le había quedado a Rylee—. Esa mujer no sabe lo que dice. Las otras veces no tienen nada que ver con esta, Álex te llamará.

—¿Y qué pasará cuando me llame?

—Que tendrás que decidir qué vas a hacer. ¿Es por eso que estás tan apagada? —Su amiga se encogió de hombros—. Solo ha pasado una semana, está en un juicio. Todo va bien, Rylee.

—Ya. Pero lo que ha dicho la señora Roark, aunque brusco, es cierto. ¿Por qué iba a querer volver aquí? Allí tiene todo lo que le importa… gana mucho dinero, tiene playa, amigos, fiestas, seguro que miles de chicas en biquini danzando a su alrededor.

—No sé. No lo veo quedándose allí, no me preguntes por qué. Creo

que volvería por ti, pero igual me equivoco, el amor está sobrevalorado.

Regresó la señora Roak a dejarles un par de platos de comida calórica, y tras comprobar que ellas comían, las dejó solas de nuevo.

—Bueno —Rylee cambió de tema de forma brusca—. Cuéntame, ¿cómo va lo del divorcio? ¿Habéis avanzado en algo?

—No.

—Pero piensas seguir adelante con ello. —Lena afirmó—. O sea que la relación entre vosotros no ha mejorado en nada. —Ella negó— ¿Ni un acercamiento?

—¿Tenemos que hablar de Brian de forma obligatoria?

—Las últimas veces que he intentado que me cuentes algo sobre esto me has hecho la carpa, ¿por qué no quieres hablar conmigo?

—Porque es tu hermano y no vas a ser imparcial.

—No me fastidies —gruñó Rylee—. Él es mi hermano, y tú mi mejor amiga, y si no me enfadé cuando desapareciste sin hacer una puta llamada no lo voy a hacer ahora.

—¿Qué quieres que te diga exactamente, Rylee? Ya sabes lo que hay.

Rylee dejó de comer.

—¿Le quieres?

—Nos pasamos el día discutiendo. Lo tienes fácil para comprobarlo, pásate cualquier momento por el bar y lo ves, si ya lo has visto hoy. Primero me pide que me las arregle para hablar con Roberto, y cuando hablo con él, le molesta que lo haga. Y con todo igual.

—Bueno, eso no es una respuesta… porque si hay amor…

—Parece que no quieres entender que a veces eso no es suficiente. —Lena la miró—. Sí, sé que tú ahora estás en esa etapa de luna de miel en la que todo es perfecto, no hay discusiones, no hay malas caras, no hay respuestas desagradables, y todo se arregla con un revolcón… pues todo eso se pasa, ¿sabes?

—Exacto, todo eso pasa y entonces vienen los problemas y la realidad. Pero si quieres a la otra persona, tiene solución.

—¿A qué viene esto? —protestó Lena, empezando a verse acorralada.

—Vale, te lo plantearé de otra manera —repuso su amiga—. Antes se me ha quedado cara de tonta durante unos minutos, y es porque, ¡oh, vaya! Resulta que me has estado mintiendo. Pensé que esta vez ibas en serio.

—¿A qué te refieres?

—Todos creíamos eso, al fin y al cabo, os estabais comportando de forma diferente que en ocasiones anteriores. —Observó su rostro.

—¡No sé de qué me hablas!

—¿Cuánto hace que os estáis acostando? Es por calcular… —Rylee le plantó el botón sobre la mesa, se recostó contra la silla y se cruzó de brazos, esperando—. Anda que ya te vale, Lena. Yo contándote todo y tú no sueltas prenda.

—¡Porque sabía que dirías esto! —Cogió el botón, y se lo guardó—. Sabía que si te enterabas empezarías con la canción de que ya estábamos otra vez igual que siempre.

—¿Y no es cierto?

—No. El divorcio sigue adelante— replicó Lena y vio la mirada extrañada de Rylee— Esto es solo sexo, ¿entiendes? Nada más.

—Con tu marido.

—Eso es un detalle sin importancia.

—¿Un detalle sin importancia? Una no se acuesta con su marido estando separados y a punto de divorciarse solo por sexo, Lena. Si se tratara de eso, creo que tienes hombres de sobra con los que poder acostarte.

—Mira, no lo entiendes, es complicado…

—Yo lo único que veo es que lleváis diez años juntos y aun así os metéis en el almacén porque nos os controláis. Por cierto, qué poca vergüenza.

—Tú mejor calladita, que te acostaste con Álex en su consulta… creo que es peor.

Rylee se ruborizó levemente, ahí le tenía que dar la razón a su amiga.

—¿Y Brian qué dice? —insistió.

—Nada. Lo que te digo, si lo de solo sexo fue cosa suya.

Rylee se dijo que desde luego, Brian era un inútil que no sabía expresarse.

—¿Y desde cuando estáis así?

—Hace tiempo. El día que fuimos a su casa a por mis cosas.

—¿No pensabas decirme nada, puñetera? —Lena negó—. ¿No confías en mí?

—Claro que sí. Pero no quería escuchar todo esto. —La rubia miró su reloj— Debería irme ya. Si llego tarde fijo que me monta otra bronca. Tú termina de comer, iré andando.

Se incorporó, y Rylee la sujetó del brazo.

—Lena —dijo—. Deberías pensar en este tema. Ya sabes, parar el divorcio y plantearte que las cosas suelen suceder por un motivo.

—Eso cuéntaselo a tu hermano —contestó ella, antes de marcharse con un gesto de despedida.

Rylee miró la comida, decidiendo que ya no le apetecía terminarse aquello. La charla no había salido cómo ella había querido y le daba una rabia enorme, porque estaba convencida de que Lena seguía queriendo a su hermano. Suspiró, pensando que lo mejor era no meterse demasiado… ellos eran adultos y debían resolver sus problemas. Bastante tenía ella con pensar en Álex y el futuro que tenía por delante en su relación.

Un par de días después, Kamala entró en el bar cerca de la hora de comer, con cara de angustia y cargada con un montón de bolsas. Rylee estaba sentada con Lena a su lado; las dos charlaban y tomaban café, y eso que en teoría una de las tareas de la rubia era permanecer al otro lado de la barra para atender a los clientes hasta que Brian volviera, pero en cuanto él había salido por la puerta, ella había abandonado ese lugar a toda prisa para sentarse junto a su amiga. Las dos vieron a la morena entrar resoplando y caminar hacia ellas.

—¡Hola! —exclamó, dejando todas las bolsas encima de la mesa y las sillas—. ¡Lena, necesito una amiga que me aconseje!

—Hola —se metió Rylee, alzando una ceja—. Estoy aquí, ¿sabes?

—No, tú no me sirves, para estas cosas eres una inútil. Con perdón. —Y la miró, tratando de poner cara de pena sin conseguirlo. Luego se giró a Lena—. ¡Estoy de los nervios!

—¿Qué pasa?

—¿Podemos salir a comer donde la señora Roark?

Las dos chicas se miraron y Rylee se encogió de hombros.

—Vale, pero hay que esperar a que vuelva Brian… dejar el bar abandonado es demasiado hasta para mí… —Lena dio unas palmaditas a la silla que tenían al lado—. Siéntate, anda. ¿Te hago un café?

—No, déjalo —Kamala no deseaba que Lena provocara otro estropicio en la máquina—. Además, ¡me alteraría aún más!

—¿Se puede saber qué demonios le pasa? —Rylee miró a ambas.

—¡Simon sigue igual!

—¿Simon sigue igual? —repitió la rubia.

—¿Simon sigue igual qué? —preguntó Rylee, sin enterarse de nada y poniendo cara estupefacta.

—¡Continúa con lo de la acera!

—¿Continúa con lo de…?

—¡A ver! —exclamó la pelirroja pegando un golpe encima de la mesa— Por favor, dejemos esta conversación de besugos que no me entero de nada. ¿Qué pasa con Simon y qué es eso de la acera? No me digas que ha cambiado de gustos sexuales por mi culpa, por favor.

Kamala soltó un bufido y la miró con desdén.

—Anda, anda, no seas tan creída. Como que se iba a cambiar de acera por ti… —Le sacó la lengua burlona

—Pues cuéntame de qué hablas.

—Pues… pues… —Kamala no parecía encontrar las palabras adecuadas.

—Kamala no recuerda qué hicieron en el armario la noche de Navidad —resumió Lena—. Pero dice que Simon la evita, y que cuando se cruzan se quita de la ecuación.

Rylee puso cara de sorpresa.

—Simon no haría eso.

—¡Pues lo hace! —protestó Kamala—. ¡Y no una, o dos, no! Todas

las veces que se cruza conmigo, y a mí ya me da hasta vergüenza ajena, joder. Así que estoy de los nervios, y encima ahora que el doctor surfista no está vuelvo a estar sin trabajo, ¡y todo es una mierda! ¡He ido a la boutique y me he comprado un montón de ropa que no me vale y que tendré que regalar porque ese dinosaurio nunca tiene tallas para chicas con curvas!

Kamala escondió la cara entre las manos haciendo ruiditos, de manera que Lena empezó a frotarle el brazo y a decirle palabras afectuosas mientras Rylee se quedaba noqueada, asimilando aquella información. Cierto era que nunca había prestado excesiva atención a Simon, era un crío y su ayudante, pero no le parecía ese tipo de chicos que hacían desprecios. Lena le hizo un gesto con la cabeza señalando a Kamala para que la consolara, y tuvo que insistir tres veces hasta que Rylee captó lo que quería. Le dio unas palmaditas sintiéndose absurda… no entendía por qué estaba disgustada su amiga, no tenía más que ignorar a Simon, a menos que…

—Espera —se detuvo de forma brusca—. ¿Acaso te gusta Simon?

—¡Eso da igual! La cosa era que por una vez es posible que haya tenido acción, una aventura, algo no cibernético, y si a él le hubiera parecido bien podíamos haber salido más veces sin tener que pasar por todo ese coñazo del cortejo…

—Pero, ¿cómo va a dar igual?

—Necesito comida. Mucha. —Las miró— Un montón de espaguetis, con una salsa que engorde. ¿Os apetece? —preguntó, con cara de pena.

Las dos asintieron velozmente, temiendo que se echara a llorar.

—Y tarta. De chocolate. Y…

Rylee se puso la cazadora, consultando su reloj y deseando que su hermano apareciera de una vez antes de que Kamala entrara otra vez en pánico. Por suerte, su deseo se hizo realidad y con un suspiro de alivio observó cómo Brian entraba. Les echó un vistazo y fue directo a la barra sin preguntar, esperando que en su cara se reflejara que no quería saber nada.

—Nos vamos a comer —informó Rylee.

—Y nos llevamos a Kamala —añadió Lena.

—¿Le pasa algo grave o es solo otro de sus numeritos?

Ellas le miraron con mala cara, así que Brian optó por callarse, observando cómo las dos agarraban a su amiga y la sacaban del bar tras despedirse. Ya fuera, no habían apenas empezado a caminar cuando Kamala se paró de golpe.

—¡Mirad! —exclamó, haciendo gestos con la cabeza— ¡Por allí viene! Ya veréis como no es mi imaginación y me esquiva.

Rylee pensó que aquello sería una broma, pero según se aproximaban vio claramente cómo Simon las detectaba y miraba hacia otro lado, haciéndose el tonto a la vez que de manera disimulada trataba de poner espacio entre ellos.

«El muy idiota», se dijo Rylee. Estaba pensando si sería prudente decir algo cuando escuchó la voz de Lena.

—¡Eh, idiota! Sí, tú, ven aquí.

Simon miró alrededor para confirmar que el idiota era él, mientras Kamala se quedaba petrificada en el sitio. Al final, el joven se aproximó vacilante.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa?¿A qué viene este numerito de hacerte el tonto?

—¿Qué? —disimuló él.

—Disimulas fatal. —Lena lo empujó hacia Kamala—. Más vale que le des una explicación convincente para que deje de inquietarse con el tema.

Se alejó llevándose a la pelirroja con ella, mientras Simon se quedaba azorado delante de la chica.

—Yo… —empezó—. Lo que pasa es…

—Que te da vergüenza, ¿no? Porque como soy yo, claro.

—¿Qué? No, no —se apresuró a cortar él—. Kamala, lo siento, pero yo… no me acuerdo de nada.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿No? —saltó sorprendida.

Simon negó.

—¡Yo tampoco!

—¿No? —él alzó la mirada, aliviado—. ¡Pero es genial! Porque significa que seguramente estábamos tan borrachos que nos quedamos fritos y eso es todo. —Kamala asentía al escuchar sus palabras—. ¡Menos mal! Me daba una vergüenza horrible pensar que podíamos… que a lo mejor… y que no era capaz de recordarlo. No sabía si estarías enfadada.

—No, no estoy enfadada, es que no comprendía por qué te comportabas así.

Simon sonrió y al fin Kamala pareció tranquilizarse.

—Perdona. Soy idiota —se excusó— Nos conocemos de siempre, tenía que haber hablado contigo al día siguiente.

—¿Amigos? —preguntó ella extendiendo la mano.

—Amigos.

—Bien. —Lena rodeó con el brazo a Kamala y le dio un golpecito amistoso a Simon en el hombro—. Y ahora que todos somos amigos, ¿nos vamos a comer? Tengo hambre.

Capítulo 21

Rylee estaba comiendo en el bar de Brian cuando sonó su móvil. Lo sacó y frunció el ceño el ver un número desconocido.

—Rylee Scott —dijo.

—Hola, gatita.

Tras más de tres meses sin oír aquella voz insinuante, todo su cuerpo se estremeció de placer. Cerró los ojos intentando tranquilizar su corazón, que había comenzado a latir violentamente.

—¿Estás bien?

Levantó la vista, Lena se había acercado y la miraba preocupada. Le vocalizó «Álex» y se levantó para ir un sitio más tranquilo. Lena le señaló el despacho de Brian, así que se dirigió con rapidez hacia allí y se apoyó en la mesa.

—Hola, doctor surfista —contestó, sin poder evitar sonreír.

—Qué susto, pensaba que se había cortado o algo.

—No, estoy en el bar, me he metido en el despacho de mi hermano. ¿Qué tal estás? ¿Y el juicio?

—Ha terminado hace una hora, y por fin me han dejado ir a casa. Le ha caído cadena perpetua, y me han dicho que no debería preocuparme, parece que mi identidad ha quedado protegida.

—Me alegro.

—Te he echado mucho de menos, ¿sabes?

Ella sonrió aún más, reconfortada por saberlo.

—Yo también a ti. ¿Qué… qué vas a hacer ahora?

—Dormir dos días seguidos, para empezar. Después tengo que ir al hospital, hay un montón de pacientes esperándome… Pero lo que realmente quiero es verte. ¿Podrías cogerte unos días de vacaciones?

—Supongo que sí, tendría que hablar con las otras comisarías para organizar turnos, pero me apañaré.

—Me gustaría que vinieras aquí. Quiero que conozcas a mi padre, y enseñarte todo esto. ¿Cómo lo ves?

Rylee titubeó. ¿Ella en *Los Ángeles*? No había salido nunca de *Alaska*, en eso era como su hermano. Pero quería ver a Álex, y de esa forma conocería su vida, su casa… Y se merecía unas vacaciones, eso seguro.

—Me parece bien —contestó—. Organizaré los días, y cuando tenga los vuelos y todo te aviso, ¿vale?

—¡Perfecto! Saluda a todos de mi parte, y te llamo más tarde. Y Rylee…

—¿Sí?

—Prepárate, porque llevo demasiadas semanas imaginándome todo lo que te iba a hacer cuando te viera… y ya sabes que yo tengo mucha imaginación.

Ella suspiró, enrojeciendo solo de pensarlo, y él se rió antes de colgar.

Rylee se guardó el móvil, pensando que debía estar sonriendo como una tonta pero que le daba igual. Salió y se encontró con Lena esperando en la puerta.

—¿Qué tal? ¿Qué te ha contado?

—Voy a ir a verle.

—¿En serio?

—Sí, me voy a comisaría a organizarlo, y veré los vuelos. Te cuento a la noche.

Y se marchó con paso rápido. Ya que se había decidido, quería irse cuanto antes.

Rylee cogió un jersey, y Lena se lo quitó antes de que lo metiera en la maleta.

—¿Pero dónde vas con eso? —preguntó.

—Allí hará calor —dijo Novalee—. No necesitas jerseys.

—¿Y si refresca?

—Sí, y cae una nevada —replicó Lena—. Mete camisetas, todo lo que tengas de verano, mujer.

—Qué envidia —dijo Kamala, mientras Rylee obedecía—. Me da igual lo que coman, solo por disfrutar unos días de playa te acompañaría. Ahora que no tengo trabajo, podría…

—No, no podrías —contestó Lena—. No tienes dinero.

—Pero alguno de mis chicos es de allí, y…

—Que tú te quedas aquí y punto. Necesitan estar solos.

—Vale, vale, hija, qué violencia. —Miró el reloj—. Rylee, ¿no has quedado con mi abuelo en media hora?

—Sí, sí, ya voy.

Al final había tardado más de lo que pensaba en hacer la maldita maleta, así que terminó por amontonar todo y aplastarla para poder

cerrarla.

Brian la estaba esperando en su coche para llevarla al aeródromo. Se despidió de sus amigas en la puerta, y subió al todoterreno.

—Ya era hora —gruñó su hermano.

—Deja de quejarte y vamos, que el abuelo Yaneli está esperándome.

Brian arrancó y salió a la carretera. Miró de reojo a su hermana, que parecía muy nerviosa.

—¿Te va a recoger él? —preguntó.

—Claro. No te preocupes, Brian. Voy a *Los Ángeles*, no a China. Hablan nuestro idioma.

—Y… Ya sé que habéis hablado todas las noches, pero… En fin, yo…

—A ver, dime qué pasa.

—No sé, yo solo me preocupo por ti. No quiero que te haga daño.

—¿Y por qué crees que me va a hacer daño?

—A lo mejor te ha pedido que vayas para convencerte de vivir allí.

—Puede. Pero no sé, él ha estado aquí. No puedo decir que no a algo que no conozco, ¿no te parece?

—No, supongo que en eso tienes razón.

—Estate tranquilo. —Le revolvió el pelo—. No pasará nada. Y tú no discutas mucho con Lena, ¿quieres?

—Lo intentaré, pero no te prometo nada.

Paró el coche junto a la pista, y le bajó la maleta. El abuelo Yaneli

ya estaba preparado junto a la avioneta, y se acercó para subir la maleta de Rylee.

Los dos hermanos se abrazaron, y él la miró con media sonrisa.

—No me hagas caso, ya sabes que soy un gruñón —dijo—. Pásatelo bien.

—Eso pretendo.

Le dio un beso en la mejilla y subió a la avioneta.

Tras un par de escalas, llegó al aeropuerto de *Los Ángeles*. Rylee recogió su maleta en la zona de equipaje, y siguió las señales hasta la salida. Estaba cansada después de tantas horas de viaje, pero también nerviosa por ver a Álex por fin después de aquellas ocho semanas interminables.

Atravesó las puertas de cristal, y recorrió con la vista la zona de espera, sin éxito. Miró el reloj; el avión había llegado a la hora, así que pensó que quizá estaba atascado en el tráfico. Encendió su teléfono, pero no tenía ningún mensaje.

En aquel momento la empujaron, por lo que se apartó a un lado y se sentó en un banco. Le envió un mensaje, pero tras un cuarto de hora sin que le contestara, le llamó directamente. La línea dio varios tonos antes de saltar un contestador. Le dejó un mensaje, y al rato volvió a llamar, con el mismo resultado.

¿Sería posible que se hubiera olvidado de ella? No lo creía, pero ya llevaba casi una hora esperando. Tenía su dirección, así que tras otra llamada infructuosa, se dirigió a la parada de taxis.

El calor la golpeó con fuerza en cuanto salió a la calle. Se había puesto ropa ligera, pero estaba claro que los vaqueros largos no eran buena idea en *Los Ángeles*.

Le indicó la dirección al taxista, y miró por la ventana durante el trayecto. No había visto una autopista con tantos carriles nunca, y además llenos de tráfico. Todos los coches se movían deprisa, se sucedían los pitidos y los frenazos… Ya en el aeropuerto se había sentido algo agobiada con tanta gente, y esa sensación no hizo sino

aumentar según avanzaban.

Por fin el taxista se detuvo en una calle de casas individuales, rodeadas de palmeras y algo alejadas de la carretera principal, por lo que parecía un barrio tranquilo. Le pagó y se bajó con su maleta, mirando la casa frente a la que estaba. Se oía música y ruido procedente del interior, y pudo ver varias personas a través de las ventanas. Comprobó el número, y según sus datos era la de Álex, así que avanzó hasta la puerta.

Tuvo que llamar varias veces hasta que por fin le abrieron. No era él, sino una chica en bikini con un vaso de cóctel en la mano.

—Hola, pasa —dijo, con una sonrisa.

—Espera. —La chica la miró—. ¿Es esta la casa de Álex Green?

—Claro, ¿no vienes por la fiesta?

—Bueno, la verdad…

Otra chica igualmente vestida se unió a la primera y le contó algo que hizo reír a las dos. Rylee carraspeó, sin saber qué hacer. Decidió hacer un último intento, y si no, se marcharía.

—¿Está Álex por aquí?

—Sí, detrás. Pasa, mujer.

Rylee entró, y cerraron la puerta tras ella. La dejaron sola, así que metió la maleta en un armario que encontró y atravesó el descansillo siguiendo el sonido de la música. Llegó hasta un salón lleno de gente bailando y bebiendo, que apenas si le dirigieron una mirada.

Al fondo había unos ventanales que daban al mar, y distinguió una puerta corredera. Consiguió llegar hasta allí, no sin dificultad, y se encontró con una terraza de madera cuyas escaleras llevaban a la playa. Las bajó mirando a la gente que estaba en esa zona, algunos bañándose y otros alrededor de una barbacoa. Se acercó a la orilla tras comprobar que Álex no estaba con los de la arena, y recorrió las figuras que hacían surf con la vista.

Por fin lo localizó, sobre una tabla y cogiendo una ola. Álex llegó casi a su lado, y bajó ágilmente sin percatarse de su presencia.

Rylee se quedó unos segundos mirándole, con la boca seca. Dios, o había olvidado lo guapo que era, o había mejorado durante aquellas semanas. Llevaba un traje de neopreno que le quedaba como un guante, y su pelo rubio brillaba húmedo al sol. Se quedó quieta, disfrutando de las vistas, mientras él dejaba la tabla aún sin verla. Se bajó la cremallera del neopreno y sacó los brazos, flexionando sus músculos. Dejó el traje a la altura de su cintura, y entonces levantó la vista y la vio.

Rylee no se movió, observando cómo su expresión pasaba de incredulidad a alegría, y en un par de zancadas llegó a su altura. La abrazó y la elevó, para poder besarla.

—¿Pero qué haces aquí? —preguntó, soltándola—. ¿No llegabas mañana?

—No.

—No me digas que me he confundido… —Movió la cabeza—. Joder, lo siento, es que con la fiesta me he liado y…

—¡Eh, Álex! —Gritó un chico—. ¿Hay más cerveza dentro?

—Sí, voy. —Cogió la mano de Rylee—. Ven, te enseñaré la casa.

Ella se dejó arrastrar. Por el camino Álex iba saludando a todo el mundo, y presentándola, pero tras varios nombres Rylee ya estaba perdida. Álex pidió a otra chica que sacara cervezas, y llevó a Rylee a la planta superior.

Entraron en un enorme dormitorio con vistas al mar, y ella se acercó a la ventana. Álex sabía que había metido la pata, pero sus amigos habían organizado aquella fiesta y no se había dado cuenta del día que era.

—Escucha, lo siento —repitió—. De verdad, tenía todo organizado para ir a buscarte mañana, y…

—No importa.

—Estás enfadada.

—No, solo cansada.

—¿Por qué no te cambias de ropa y bajas un poco a la fiesta? Te presentaré a todos, y enseguida estará la barbacoa lista.

—He dejado mi maleta en un armario, abajo.

—Te la subo, no te preocupes.

Fue corriendo a buscarla, mientras Rylee se sentaba en la cama. Estaba cansada, pero también se sentía fuera de lugar. Todas aquellas chicas… Y los amigos de Álex, parecían agradables, pero eran más jóvenes y un grupo ya formado, no sabía cómo la aceptarían. Además, que él se hubiera olvidado de ella… Estaba segura de que no lo había hecho a propósito, pero no podía evitar pensar que al volver a su antigua vida, ella había pasado a un segundo plano.

Álex regresó con la maleta. La dejó sobre la cama, y Rylee empezó a deshacerla. Él se pasó una mano por el pelo, preocupado. Entendía que estuviera molesta, pero no sabía cómo arreglarlo.

—Rylee, si quieres… Mira, lo cancelo todo, les digo que se marchen y…

—No, no hace falta. Bajo en un rato, ¿vale? Tú vete, seguro que te están esperando.

Álex captó la indirecta, ella quería estar sola. Así que le dio un beso en la mejilla y se marchó.

Rylee abrió el armario, y metió la ropa en un par de huecos que encontró. Tras otra puerta vio que había un baño, así que se dio una ducha. Después se sintió mucho mejor; se puso unos pantalones cortos y una camiseta, y bajó a buscar a Álex.

Lo encontró junto a la barbacoa, rodeado de chicas, y no pudo

evitar sentir una punzada de celos.

—Eh, Rylee —la llamó al verla—. Ven, que te presento.

Ella forzó una sonrisa, y se acercó. Cuando Álex dijo su nombre, lo acompañó de «mi novia», lo que la tranquilizó un poco.

Pero un rato después se metió de nuevo en el mar a hacer surf, y ella se quedó sola. Todos se mostraban amables y le contaron que Álex les había hablado mucho de ella, pero Rylee no conseguía sentirse cómoda, así que al final subió a la habitación y se tumbó sobre la cama. Unos minutos después se quedó dormida, con los sonidos de la fiesta de fondo.

Era ya de madrugada cuando se marchó el último invitado. A Álex le había encantado tenerlos a todos allí, y se lo había pasado bien, pero desde el momento que Rylee había llegado, estaba deseando que se fueran. Al verla marcharse a su habitación había subido para hablar con ella, pero se la encontró dormida, así que decidió no molestarla; al fin y al cabo, el viaje era bastante largo y era normal que estuviera cansada.

Sus amigos le habían ayudado a recoger casi todo, por lo que solo tuvo que encargarse de unas cuantas botellas y subió a su dormitorio.

Entró sin hacer ruido, y se quitó la ropa mientras la miraba a la luz de la luna. Estaba profundamente dormida, con el pelo extendido sobre las almohadas, y sintió una opresión en el pecho. La había echado mucho de menos, más de lo que hubiera imaginado. Esperaba que ella no estuviera muy enfadada por darle plantón, había visto en su móvil que le había llamado además varias veces, pero como había estado haciendo surf no lo había oído.

Se tumbó junto a ella con cuidado de no despertarla, pero Rylee debió notar algo porque se acercó a él, dormida, y se acurrucó contra su cuerpo como se había acostumbrado a hacer en *Sutton*. Álex la abrazó, estrechándola contra sí, y se durmió.

Rylee despertó al notar la luz del sol sobre su cara. Parpadeó confusa, sin recordar al principio dónde se encontraba… hasta que notó un cuerpo tras el suyo, abrazándola, y una respiración en su cuello. Cerró los ojos de nuevo, disfrutando de la sensación de tener a Álex de nuevo tan cerca. Tenía algo de miedo a que despertara, a hablar sobre su relación. Verlo con sus amigos, haciendo surf, y aquella casa, ¿cómo iba él a renunciar a eso por un lugar como *Sutton*? Pero, ¿y ella? ¿Se podría adaptar a esa ciudad tan enorme? Ni siquiera sabía de qué podría trabajar, estaba claro que de sheriff no.

—Deja de pensar —susurró él, sobresaltándola.

Rylee se giró, para encontrarse con que él la estaba mirando con los ojos aún medio cerrados por el sueño.

—¿Cómo sabes que estoy pensando?

—Te has puesto tensa. —Se movió para ponerse sobre ella, y la besó—. Pero creo que sé cómo hacer que te relajes.

Rylee abrió la boca para hablar, pero él se la cubrió introduciéndole la lengua para provocarla, y decidió que lo que iba a decir podía esperar.

Le recorrió la espalda con las manos, suspirando mientras él le bajaba los tirantes de la camiseta, y descubrió que Álex ya estaba desnudo; en eso no había cambiado: seguía durmiendo sin ropa. Él le quitó la camiseta y el sujetador, recorriendo sus pecas con la lengua con una lentitud enloquecedora.

—Álex… —intentó protestar.

—Dios, gatita, cómo te he echado de menos… Déjame recuperar el tiempo perdido.

Siguió con su recorrido, arrancándole suspiros cada vez más intensos y aprovechó para terminar de desnudarla. Se rodeó con sus piernas, acomodándose entre ellas, y se quedó quieto para acariciarle la cara. Rylee se movió bajo él, instándole a seguir, pero él la besó.

—Mírame —pidió.

Rylee obedeció, perdiéndose en la intensidad de sus ojos grises, y gimió cuando él empezó a entrar en ella despacio, lo que le recordó la primera vez que habían estado juntos. Pero pronto cambió, después de tanto tiempo separados los dos querían más y parecían no poder controlarse; se besaron con pasión, abrazándose hasta que cada centímetro de su piel se tocaba, para llegar prácticamente a la vez a un éxtasis que los dejó sin aliento.

Álex se quedó sobre ella, con la cabeza en el hueco de su hombro mientras recuperaba la respiración. Rylee le acarició el pelo. A pesar de tener todo su peso sobre ella, no le molestaba, sino todo lo contrario. Pensó que ojalá pudieran quedarse así durante horas, solos ellos dos.

Demasiado pronto, Álex se apartó y la miró con una sonrisa perezosa.

—No sabes las ganas que tenía de verte —dijo—. ¿Estás mejor?

Rylee volvió a tensarse. ¿Es que se pensaba que con un polvo se arreglaban las cosas? Que casi lo había logrado, porque durante un rato se había olvidado de todo, pero no pudo evitar ponerse a la defensiva.

—¿Seguro? Porque estabas bien acompañado ayer, y tampoco es que te acordaras mucho de mí.

Álex suspiró, apartándose del todo de ella y mirando al techo.

—Rylee, ya me he disculpado. He estado muy liado, y me he confundido de día. Y todos los que estaban aquí son amigos, incluidas las chicas. Que vale, tampoco te voy a engañar, con unas cuantas de ellas me he acostado, pero eso ya lo sabías.

—¿Y has vuelto a hacerlo?

Al momento de preguntarlo se arrepintió. Se suponía que ella había ido allí porque querían continuar con su relación, él se lo había pedido… Si no fuera así, cuando la llamó se lo habría dicho, no le habría insistido en viajar a *Los Ángeles*.

Álex se sentó, sin poder creer que le hubiera preguntado eso.

Apretó los puños, sin mirarla.

—¿En serio me estás preguntando si te he engañado?

—Álex…

—Déjame adivinar: hemos vuelto a cuando nos conocimos, ¿no? Piensas que como he vuelto a mi, llamémoslo «ambiente», vuelvo a ser el inútil cabeza hueca que me considerabas cuando me viste por primera vez, lo que implica juergas sin fin y tirarme a todas las rubias recauchutadas que pille. ¿Me equivoco?

Rylee tardó demasiado en contestar. No porque pensara eso, sino porque no sabía cómo arreglarlo. En eso era igual que su hermano, parecía que nunca sabía qué decir.

Así que para cuando intentó hablar, Álex ya se había levantado, y por su expresión estaba furioso, de una manera que ella nunca había visto.

—Me voy a duchar, luego hablamos —dijo.

Y se metió en el cuarto de baño dando un portazo. Rylee suspiró, maldiciéndose por ser tan idiota. Oyó el agua correr, y se levantó para ir hacia allí. Quizá él le dijera que se fuera, pero no perdía nada por intentarlo, más enfadado no iba a estar.

Llamó con suavidad, pero no obtuvo respuesta. Abrió y se asomó: Álex estaba de espaldas, con los brazos apoyados en la pared de azulejo y el agua de la ducha cayéndole sobre la cabeza.

Rylee se recreó con las vistas durante unos momentos, admirando aquellos músculos perfectos y aquel cuerpo que tan bien la hacía sentir. Cerró la puerta tras ella, y él solo movió un poco la cabeza para mirarla, para apartar la vista después.

—Hay otro baño al fondo del pasillo —dijo.

Rylee tragó saliva. Esperaba alguna reacción un poco más efusiva, al fin y al cabo seguía desnuda, pero al no lograrlo perdió el valor. Murmuró una disculpa, pero cuando iba a marcharse, él se movió un

poco… Y en el reflejo de la mampara Rylee pudo ver que realmente Álex no estaba tan indiferente como aparentaba.

Más animada, avanzó hasta llegar a su lado. Deslizó la mampara y se puso tras él, para a continuación abrazarle por detrás y acariciarle el pecho. Se puso de puntillas y le besó la nuca, lo que hizo que él se estremeciera.

—Lo siento —dijo Rylee—. No quería decir nada de eso, ¿podemos empezar otra vez?

—Rylee… —Movió la cabeza—. Si crees que yo te engañaría… ¿Para qué iba a pedirte que vinieras?

—Lo sé, ha sido una estupidez. Perdóname.

Bajó las manos hasta su estómago, y siguió descendiendo hasta que él se dio la vuelta para cogerla de los brazos y acercarla hacia sí.

—Que conste que aún estoy un poco mosqueado —dijo—, pero voy a dejar que te aproveches de mí.

Ella rió, por el brillo de sus ojos sabía que se le había pasado el enfado. Le rodeó el cuello con los brazos, mientras él la cogía por las caderas y la elevaba para rodearse con sus piernas. La apoyó contra los azulejos, besándola, y aunque el agua hacía que estuviera resbaladiza, la sujetó con fuerza para que no cayeran y la penetró. Rylee se apretó contra él con un gemido, aún le asombraba que pudiera excitarla con solo mirarla. Le mordió un hombro, dejándose llevar por él, y poco después sintió explotar todas sus terminaciones nerviosas.

Apoyó las piernas en el suelo, aún temblando, y al mirarle se dio cuenta de que había hecho exactamente lo que un rato antes pensaba de él: arreglarlo con un polvo.

Álex le apartó algunos mechones de pelo mojado de la cara, y suspiró con media sonrisa.

—Bueno, ¿crees que en algún momento llegaremos a tener una conversación o seguiremos con el sexo?

—Ahora mismo, te diría que con el sexo.

El rió, y cerró el grifo del agua. Cogió una toalla, y empezó a secarla con gestos suaves.

—¿De verdad sigues enfadada por lo de ayer? —preguntó, ya con gesto más serio.

—No lo sé. —Le acarició un brazo, evitando sus ojos—. Es que llegar y verte aquí, fue… Me sentí como si yo no pintara nada en tu vida.

—Quería que conocieras a mis amigos, pero más adelante. Iba a organizar algo en estos días, pero ellos querían darme una especie de bienvenida, y todavía no les había hablado a todos de ti. Y entre el juicio, y volver al hospital, y… Yo qué sé, se me fueron las fechas. —La cogió de la mano para ayudarla a salir sin resbalar—. Pero Rylee, te quiero en mi vida, no lo dudes.

—¿Y has pensado cómo podemos hacerlo?

—No estoy seguro. —Empezó a secarse él también—. Tú tienes tu vida allí, y yo la mía aquí. Está claro que uno de los dos tiene que mudarse. Al final en *Sutton* no estuve mal, me gustaba la consulta, pero… ¿y tú? ¿Podrías venirte aquí? Porque no me negarás que el tiempo es mucho mejor.

—¿Crees que me adaptaría a esto? ¿A esta ciudad? No sé ni de qué podría trabajar.

—Si *Los Ángeles* te gusta, buscaremos algo que te convenza. Vas a estar diez días, dale una oportunidad a la ciudad y si después de ese tiempo me dices que aquí serías infeliz, entonces me plantearé yo volver a *Sutton*. ¿Te parece?

Rylee afirmó, él tenía razón. No podía rechazar marcharse allí con él sin probar primero, y tenía esas vacaciones para comprobarlo.

Capítulo 22

Dos días después, Rylee comenzaba a odiar la ciudad. Por dondequiera que fueran había aglomeraciones de gente, el calor era insoportable… y además, a pesar de ponerse crema de protección solar máxima cada poco, su piel ya estaba ligeramente sonrosada y con más pecas que nunca. Álex se burlaba de ella diciéndole que era como las princesitas de los cuentos de piel delicada, aunque se preocupaba de que tuviera siempre suficiente crema y una gorra en la cabeza.

Una vez terminaron con los lugares turísticos, Álex la llevó fuera de *Los Ángeles*, y su opinión mejoró ligeramente al recorrer el valle de Napa. Al menos ahí había menos tráfico, menos gente… Se respiraba un aire más puro. Quizá pudiendo escaparse fuera del centro de vez en cuando no sería tan malo vivir allí.

Sin embargo, seguía sin saber en qué trabajar, porque tenía claro que no viviría de él.

Por su parte, Álex estaba intentando trabajar de médico de familia aparte de seguir con las operaciones de cirugía estética, que eran las que de verdad le daban dinero. Pero los horarios eran bastante malos, y no se parecía a *Sutton*, el número de pacientes era demasiado grande como para poder tener el trato familiar de allí.

Y antes de que se dieran cuenta, fueron pasando los días.

Álex había preparado un picnic en la playa, Rylee tenía el vuelo al día siguiente por la tarde, y era su última noche juntos. Cenaron sin hablar apenas, simplemente disfrutando de estar juntos.

Cuando terminaron ya comenzaba a anochecer. Álex recogió los restos de la cena, y regresó para sentarse con ella entre sus brazos,

ambos mirando cómo el sol se ocultaba en el mar.

—¿Tienes frío? —preguntó él. Rylee se echó a reír—. Cierto, pregunta estúpida. Tú nunca tendrías frío aquí.

—Menos contigo abrazándome.

Eso la hizo ganarse un beso en el cuello. Álex la estrechó más contra sí.

—No quiero que te vayas —dijo.

—Yo tampoco quiero dejarte.

Álex se dio cuenta de que solo se refería a él, no a *Los Ángeles*. Ella no se había quejado en ningún momento de la ciudad, ni le había intentado convencer de regresar con ella a *Sutton*… pero sabía que no le había gustado, que para Rylee sería difícil vivir allí.

—¿Cuándo tendrás de nuevo unos días libres en el hospital? —preguntó ella.

—Aún no lo sé, tengo que mirar los turnos y ver si al final puedo organizarme con la consulta. —Suspiró—. Ojalá *Sutton* no estuviera tan lejos, podríamos vernos más a menudo. ¿Cuántos días te quedan a ti?

—No muchos, tres o cuatro. Pero podrías venir tú a *Sutton*, ¿no?

—Sí, supongo.

—Ahora no hace tanto frío, podrías estar hasta en manga corta. —Se rió—. Cada vez que recuerdo cómo te bajaste del avión…

—¡No me dejaron ni coger ropa! No fue culpa mía, menuda imagen —Movió la cabeza—. Vomitando, encima. Sí, fue una llegada triunfal. Y tú bien que te ocupaste de que me sintiera bienvenido.

Ella enrojeció ligeramente, recordando cómo le había tratado.

—Quizá me pasé un poco —admitió.

—¿Solo un poco?

—¿Me perdonas?

Le besó, y él la inclinó para tumbarla en la arena. Deslizó las manos por su cuerpo hasta llegar a los pantalones, para desabrocharlos con habilidad.

Meses atrás Rylee se habría escandalizado, pero en aquel momento ni siquiera se preocupó por si había más gente en la playa. Ya estaba oscuro, y en realidad la daba igual: era su última noche con él y quería aprovecharla. Le quitó la camiseta para acariciarle la espalda y los bíceps, y Álex sonrió.

—¿Te he dicho cuánto te quiero? —preguntó.

Ella negó con la cabeza, sintiendo una oleada de calor por todo su cuerpo. Imaginárselo o que sus amigas le dijeran que él se sentía así no era lo mismo que oírlo de su boca.

—Yo también —dijo.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? ¿En serio?

—Cuando apareciste desnuda en la consulta… Lo supe entonces.

Ella enrojeció al recordar aquel día, pero pronto se le pasó cuando Álex siguió desnudándola y se unió a ella bajo las estrellas. Quizá *Los Ángeles* no fuera tan malo, después de todo… En *Sutton* no tendrían muchas oportunidades de poder hacer el amor al aire libre.

Por la mañana fueron a un centro comercial, donde habían quedado para comer con el padre de Álex. Estaban sentados en una terraza, cuando de pronto comenzó a sonar música y varias personas se juntaron en el centro, bailando. Poco a poco, el grupo de gente se hizo más grande.

—¿Y eso? —preguntó Rylee.

—Un *flashmob*, ¿nunca habías visto uno?

—No. ¿Y qué fin tiene?

—¿Pasar un buen rato? —Se echó a reír—. No sé, a veces he visto a alguien declararse así.

—¿En serio? Qué vergüenza, ¿no? Te hacen eso y como para decir que no… aparte de que me parece una horterada.

—Supongo que es cuestión de gustos. —Bebió un trago de su cerveza, mirándola de reojo—. ¿A ti qué te gustaría?

Rylee se sobresaltó, temiendo que fuera a sacarle un anillo allí mismo, cuando todavía ni siquiera habían aún solucionado el tema de dónde vivir. Pero él estaba mirando a la gente bailar con gesto indiferente.

—No sé… —empezó, con cautela—. No tengo muy claro tampoco que el matrimonio sea para mí… Creo que es algo que hay que pensarse mucho. Mi hermano y Lena se lanzaron de cabeza, y mira cómo les va.

—No creo que lleguen a divorciarse, sinceramente.

—Bueno…

—Hola, chicos.

Los dos alzaron la cabeza. El hombre que les había saludado se parecía mucho a Álex, aún mantenía su atractivo a pesar de los años, e iba acompañado de una veinteañera voluptuosa.

—Hola, papá —dijo Álex, levantándose para abrazarle—. Veo que vienes acompañado.

—Sí, esta es Pearl, una amiga. Bombón, él es mi hijo.

—¡Es más guapo de lo que me habías dicho! —exclamó la chica, dándole un beso efusivo.

Rylee se incorporó y le cogió de un brazo, súbitamente molesta.

—Hola, soy su novia —dijo.

—Sí, papá, ella es Rylee —añadió Álex.

—¡Menuda preciosidad! —La abrazó, para mirarla después con cariño—. No sabes cuánto me ha hablado mi hijo de ti, le tienes loco. Parece que le has hecho más responsable y todo, si me llegan a decir hace unos meses que se interesaría tanto por una consulta habría pensado que me hablaban de otro.

—Papá, ¿y si nos sentamos?

—Claro, claro.

Apartó la silla para Rylee, que se sentó con una sonrisa, y después repitió el proceso para su novia. Hizo un gesto para llamar al camarero, que les llevó los menús. Rylee se quedó un poco paralizada al ver los precios, con lo que valía un plato ella comía una semana en el bar de su hermano… Pero ellos no parecían sorprendidos. Esperó a ver qué pedían, para no escoger algo muy diferente de precio.

Mientras comían, la conversación fue fluida y agradable, a pesar de que en muchos momentos hablaban de gente que Rylee no conocía y por tanto no podía contribuir. Sin embargo, cuando estaban con el café comenzaron los problemas.

—Bueno, Rylee —dijo el padre de Álex —. ¿Y cuándo te mudas, entonces?

Ella se quedó sorprendida, y miró a Álex. Él carraspeó.

—Aún no hemos decidido… —empezó.

—Yo no he dicho que…—dijo ella a la vez.

—Uy, veo que no lo tenéis muy claro, ¿no? Bueno, si en realidad es

sencillo. No puedes decirme, Rylee, que no te ha gustado *Los Ángeles*. ¡Aquí tienes de todo! No digo que tu pueblo no sea muy bonito, pero aquí hace buen tiempo, y además…

—Papá.

—Álex, si es que lo que ganas aquí no lo vas a ganar allí ni loco. Y sinceramente, Rylee, si le quitas el surf, le dará un ataque al corazón.

Se rió, pero dejó de hacerlo al ver que ellos estaban serios.

—Creo que deberíamos irnos —dijo Rylee—. Tengo el vuelo en unas horas, y aún no he terminado la maleta.

—Claro, claro. —Todos se levantaron—. Me ha encantado conocerte, Rylee.

—Lo mismo digo.

Forzó una sonrisa. Álex le dio un abrazo rápido.

—Lo siento —susurró su padre—. Creo que he metido la pata.

—Tranquilo. —Se separó—. Te llamo mañana.

Fue a coger a Rylee de la mano, pero ella estaba muy seria y prefirió mantener las distancias. No hablaron en todo el camino, y en cuanto entraron en la casa, Rylee se cruzó de brazos para enfrentarle.

—¿En qué momento has asumido que yo me mudaré aquí?

—No lo he asumido.

—Pues tu padre parecía tenerlo claro, así que de algún sitio se habrá sacado esa idea.

—Rylee, no sé por qué te pones así, la verdad. Uno de los dos tiene que mudarse, ¿sí o no?

—Sí, pero, ¿por qué tengo que ser yo?

—Yo podría decir lo mismo, ¿no crees?

—Tú puedes trabajar de médico allí, como estabas haciendo. Y te gustaba, además. ¿O ya se te ha olvidado?

—No, no se me ha olvidado. —Se pasó una mano por el pelo—. Pero admítelo, Rylee. Aquí hace sol, mi casa es más grande que tu piso, y yo gano muchísimo más que…

—El dinero y el sol no lo son todo.

—No, pero hay más cosas. ¿Por qué tengo que renunciar al surf, o a la playa?

—O a las fiestas con tus amigos.

—¿Qué hay de malo en ellas? ¿Por qué serían tus amigos en *Sutton* más importantes que los míos aquí?

—Allí está mi hermano.

—Y aquí mi padre.

—Vale, pero no son solo las fiestas, Álex. No pinto nada aquí, me quedó claro cuando llegué el primer día y no estabas esperándome, ya te habías olvidado de mí.

—Eso no es cierto, y ya te pedí perdón.

—Y luego, en la fiesta seguiste con ellos, ni siquiera te diste cuenta de que me había marchado.

—Rylee…

Pero ella estaba cada vez más furiosa, y no quería escucharle.

—Y esta ciudad… Es horrible, Álex. No se puede ni pasear por la calle tranquilamente, está contaminada y además, ¿de qué iba a trabajar yo? ¿O pretendías que me quedara en casa esperándote? ¿No

ves que no encajaría? Tú ya has estado viviendo en *Sutton*, y no fue tan horrible, ¿verdad?

—No me quedó otro remedio, y de todas formas, si yo pude hacer un esfuerzo entonces, no entiendo por qué tú no podrías hacerlo por mí.

—No hiciste ningún esfuerzo por mí, sino porque no tenías otro remedio. Y de todos modos, veo que ya has decidido no mudarte a *Sutton*.

—No he dicho eso, pero está claro que tú también has decidido no venir aquí conmigo.

Se quedaron mirándose, los dos dándose cuenta de que ninguno iba a ceder. Rylee sacudió la cabeza.

—Me voy a por mi maleta. Llama a un taxi, por favor.

—Rylee, te llevo yo al aeropuerto.

—No, ahora mismo no me apetece seguir hablando de esto. Prefiero que nos despidamos ya.

Se dio la vuelta y corrió escaleras arriba. Álex se quedó unos segundos indeciso, no sabía si seguirla o esperar a que se tranquilizara. Al final llamó a una compañía de taxis, y se quedó esperándola en el salón.

Rylee bajó poco después, arrastrando la maleta con gestos furiosos. Álex hizo ademán de cogérsela, pero ella no le dejó.

—Puedo yo.

—Rylee.

Llamaron al timbre, y él abrió con un suspiro de impaciencia. Al otro lado había un hombre, y al fondo estaba un taxi parado.

—¿Han pedido un taxi? —preguntó.

—Sí, gracias —dijo ella.

Pasó junto a Álex, y el hombre le cogió la maleta. Álex la detuvo, cogiéndola de un brazo.

—No te vayas así —pidió.

—Escucha, está claro que tenemos que pensar los dos, y ahora mismo no veo solución. ¿Tú la ves? —Él negó con la cabeza lentamente—. Pues eso.

—Avísame cuando llegues, por lo menos.

—Claro.

Se miraron, pero ninguno se acercó al otro. Al final ella siguió al taxista, sin decir nada. Y fue una vez sentada y en dirección al aeropuerto cuando se dio cuenta de lo que había pasado, y empezó a llorar. Ahora entendía las palabras de Lena. La luna de miel se había acabado, y no habían superado su primera discusión seria.

—¿Hoy volvía Rylee, verdad? —quiso saber Sophie, que estaba apoyada tras la barra charlando con Lena.

—Ajá. No sé exactamente a qué hora llega, pero el abuelo de Kamala se encargará de traerla hasta *Sutton* sin problema.

—Toma. —Sophie le puso un café delante.

—Cómo me alegro de que hayas vuelto. Me dan hasta ganas de abrazarte —sonrió la rubia.

—Ya somos dos —comentó Brian, desde el otro extremo de la barra.

Sophie y Lena menearon la cabeza al mismo tiempo, lo que hizo que él pensara que le había caído una buena encima si tenía que aguantarlas a las dos. Cuando Sophie había regresado, la alegría y el alivio habían llegado de la mano, porque tener a Lena tanto tiempo

con él le molestaba… y no tenerla también le molestaba. Todo le molestaba.

—¿Ha gruñido mucho? —siseó Sophie en tono conspirativo.

—Ufffff. Todo le molesta —asintió Lena, sin saber lo cerca que estaba del sentir de Brian—. Pero ya has vuelto, se acabó el problema.

—No te emociones, cariño, yo ya estoy muy vieja y no creo que pueda seguir soportando este ritmo mucho más. Mis piernas se hinchan cuando estoy de pie mucho tiempo…

Lena alzó una ceja al escucharla, pero el sonido de un móvil la interrumpió. Abrió su bolso, pero entonces vio como Brian respondía. Dejó de buscar, y un segundo después, empezó a notar una vibración.

—Ahora sí es el mío. —Sonrió, sacándolo—. ¿Sí?

Sophie miró al techo y después a uno y a otro, con las manos en las caderas. Brian no tenía buena cara, mientras que Lena sonreía de forma amplia; él colgó primero y se quedó apoyado en la barra de brazos cruzados, esperando. Sophie captó su mirada y se escabulló disimuladamente a limpiar las mesas. Cuando Brian ya estaba a punto de asesinar a Lena, que no paraba de pasear y asentir, al fin escuchó cómo se despedía y colgaba el móvil.

—¡No te lo vas a creer! —La rubia trotó hasta la barra donde se encontraba él—. ¿Sabes quién era? El abogado de mi padre… ¡adivina qué!

—¿Más cláusulas? —murmuró él con ironía.

—No. Mi padre ha aparecido —dijo Lena sin abandonar su sonrisa —. Al parecer ha decidido entregarse directamente y asumir las consecuencias. Ahora está haciendo una declaración, pero me llamará esta misma noche.

Brian se quedó unos segundos asimilando la noticia, pero reaccionó deprisa.

—Bien… es lo que querías, ¿no?

—Estoy contenta de que esté bien y que se resuelva la situación al fin, sí. Supongo que le caerá una buena multa, pero espero que nada de cárcel.

Él estaba pensando en lo que aquellas palabras significaban. Dudaba mucho que Lena fuera a escoger quedarse en *Sutton*, en casa de su hermana y trabajando como camarera, pudiendo regresar a su nido de princesita en *Anchorage*. Bueno, le venía bien, de cuando en cuando le hacía falta que la realidad le diera en plena cara, y esa noticia y la llamada que acababa de recibir no hacían sino reafirmar ese pensamiento.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —preguntó.

—No. ¿Por qué?

—Era Harry. —Señaló su propio móvil, que estaba sobre el mostrador—. Dice que ya tiene preparados los papeles del divorcio y que podemos pasarnos ahora mismo.

Fue a coger su abrigo mientras ella asimilaba aquella información. Un minuto antes estaba contenta por el regreso de su progenitor, pero esa sensación se acababa de desvanecer. Y Brian no parecía haber dudado ni un segundo… bueno, le venía bien, esa llamada y las prisas de su aún marido no hacían sino reafirmar ese pensamiento.

Tras un aterrizaje sin sorpresas, es decir, con muchos saltos y baches, Rylee se dirigió a su casa. Dejó las maletas, y tras darse una ducha, se marchó al bar de Brian. Necesitaba hablar con él, o con Lena… Se sentía muy sola y no sabía qué hacer.

Sin embargo, cuando entró en el bar no estaba ni su hermano ni Lena. Sophie estaba tras la barra con cara de pocos amigos, como siempre.

—Vaya, hombre, la californiana —dijo, recorriéndola con la mirada—. Ya pensábamos que no ibas a volver.

—Tampoco exageres —replicó ella, ocupando un taburete e intentando parecer tranquila—. ¿Dónde está mi hermano?

—En el abogado, con Lena. Iban a firmar los papeles del divorcio. ¿Un café?

Rylee afirmó con la cabeza; deprimiéndose aún más. Si su hermano y Lena no habían podido arreglar las cosas, mucho menos lo lograrían ella y Álex. Sacó su móvil, sin saber qué hacer. ¿Debía llamarle? ¿O él lo interpretaría como que daba su brazo a torcer? Quizá debiera esperar a que él la llamara… Aunque le había dicho que le avisaría cuando llegara, así que al final tecleó un mensaje diciendo: «Ya estoy en casa, todo bien». Y se guardó el teléfono en el bolsillo.

En la sala de espera del despacho de abogados, Lena y Brian esperaban impacientes a Harry, sin apenas mirarse ni cruzar palabra.

Por fin el abogado abrió la puerta, y les hizo pasar.

—Sentaos —ordenó, más que sugirió.

Los dos obedecieron, y sin más preámbulos el hombre les plantó un taco de papeles enfrente, con varios post-its en forma de flecha en diferentes páginas.

—¿Tenemos que leernos todo esto? —preguntó Lena—. ¿O es lo mismo de la otra vez?

—No he cambiado ni una coma. —Cogió una pluma, desenroscó el capuchón y lo alargó hacia ellos—. Que conste que sigo estando totalmente en contra de esta absurdez, pero hay un plazo para presentar las alegaciones y si no habría que tramitarlo todo de nuevo.

—¿Entonces ya estás convencido de que vamos en serio? —inquirió Brian, sin poder evitar un tono sarcástico.

—No. Pero qué se le va a hacer, se supone que sois adultos. Vuestros padres me matarán cuando se enteren, menos mal que unos están en Miami, la otra por Europa…

Se rió, pero se calló abruptamente al ver que ellos ni siquiera sonreían. Carraspeó, y agitó la pluma delante de sus caras.

—En fin, ¿quién va primero?

Ellos se miraron. Lena apartó la mirada, moviéndose incómoda en el asiento.

—Tú primero —dijo.

—No. —Negó con la cabeza—. Tú los enviaste, tú los firmas.

Ella suspiró exasperada, y cogió la pluma con brusquedad. La acercó a la primera flecha, pero su pulso comenzó a temblar de forma incomprensible. Para disimular, pasó las hojas como si estuviera leyéndolas de nuevo.

Brian resopló, impaciente.

—¿Es que quieres añadir algo o qué? —preguntó.

—Si tantas ganas tienes firma tú primero.

Prácticamente le lanzó los papeles a la cara; por suerte tuvo reflejos, y Brian pudo coger la pluma antes de que le diera en un ojo. Sin embargo, unas gotas de tinta le salpicaron la camisa.

—Mira que eres bruta —gruñó.

—No te preocupes, se puede limpiar. ¿Firmas, por favor?

—Encantado.

Recolocó los papeles y los apoyó en la mesa. Buscó la primera flecha, y apoyó la punta de la pluma. Pero no pudo escribir. Apretó con tanta fuerza que la rompió, y Harry se la quitó antes de que emborronara todos los papeles.

—¡Menos mal que no te he dado una de mi colección! —exclamó.

Cogió la hoja, y movió la cabeza al ver que había roto ligeramente el papel.

—Voy a hacer otra copia, y a por una pluma nueva. Enseguida vuelvo.

Salió y cerró la puerta tras él. Lena se cruzó de brazos, con un gesto obstinado en la cara. Estaba enfadada, pero se había dado cuenta de que era porque Brian había parecido muy dispuesto a firmar y ella no. ¿Tanta prisa tenía por librarse de ella? Por el rabillo del ojo vio que él se recostaba en la silla con un resoplido y comenzaba a mover la pierna, como si estuviera nervioso.

—Seguro que viene rápido, no hace falta que te pongas histérico —dijo.

—¿Por qué, Lena?

—¿Por qué, qué?

Le miró. Brian se pasó una mano por el pelo y apoyó los brazos en las rodillas, con la vista fija en el suelo.

—¿Por qué te fuiste y no me llamaste?

Ella tragó saliva. Sabía que no tenía que haberlo hecho, pero estaba tan enfadada que solo quería castigarle. Y como él tampoco la había llamado, en aquel momento decidió hacer como si no existiera. Lo cual visto en retrospectiva había sido muy infantil, y probablemente a él le había dolido, aunque nunca se lo hubiera dicho.

—Supongo que tendría que haberte llamado —concedió.

—Si yo hubiera hecho algo diferente entonces, ¿te habrías quedado?

—¿Algo como qué?

—No sé. Trabajar menos horas, delegar… Destinar algo de nuestros ahorros para algún viaje juntos. No ser tan gruñón, supongo.

Algo así.

Lena se frotó los ojos, que de forma inexplicable se le habían humedecido. Siempre había pensado que Brian nunca cambiaría, que ni siquiera sabía lo que realmente quería de él, pero con aquella frase le estaba demostrando que no era así.

Ojalá hubiera pensado en eso antes, no cuando ya tenían los papeles de divorcio frente a ellos y no había marcha atrás.

«Aunque aún no los hemos firmado», pensó.

Si él podía cambiar algunas cosas, ¿por qué ella no? Sí, le encantaban los bolsos de Prada, y la ropa de marca, pero se había dado cuenta de que también podía vivir sin esas cosas, no había echado de menos *Anchorage* ni su vida allí en aquellas últimas semanas.

—Y si yo… —empezó— no te hubiera estado pidiendo tantas cosas caras, y hubiera buscado un trabajo, no habríamos discutido tanto, ¿verdad?

—No, supongo que no. —Se echó hacia atrás, y la miró a los ojos —. Pero ya es demasiado tarde, ¿no? Tú ya no estás enamorada de mí.

Lena se quedó callada al escucharle, aquel «tú» en lugar de «nosotros». ¿Y si él aún sentía algo por ella? Pero no pudo decir nada, ya que Harry regresó en aquel momento.

Los miró, y dejó de nuevo los papeles frente a ellos.

—Bueno, veo que aún no os habéis matado —comentó—. ¿Brian?

Le tendió la pluma. Él la cogió, ya decidido a firmar. Estaba claro que ella ya no le quería o habría dicho algo, así que no tenía sentido seguir postergando aquello. Pasó las páginas firmando en todas las casillas, y le dio los papeles con la pluma.

—Espero que esto te haga feliz.

Y sin esperar a ver cómo ella dejaba su firma, se marchó del

despacho. Salió directo a la calle, y cuando notó la ráfaga de aire frío, se dio cuenta de que se había dejado el abrigo en el despacho. Maldijo para sus adentros, pero por nada del mundo iba a volver con ella allí, bastante le había costado intentar arreglarlo y no ponerse como un idiota de rodillas a rogarle que no se fuera.

—Brian…

Se dio la vuelta sobresaltado. Lena estaba en la puerta, frotándose los brazos ya que, al igual que él, tampoco llevaba su chaqueta. Por instinto, Brian se puso a la defensiva.

—¿Me he dejado alguna hoja o qué? —preguntó.

—No, yo… —Movió la cabeza—. Quería que supieras que no he llegado a firmar.

—¿Qué? Joder, Lena. ¿Cuánto quieres alargar esto? ¿Qué más quieres de mí? Vete con tu madre a *la Toscana*, o con tu padre a *Anchorage*, me da igual, pero por Dios, márchate de *Sutton* de una vez y no vuelvas.

—Pero mira que eres borde, la madre que… —Se acercó y le pegó un manotazo en el brazo, mientras él la miraba incrédulo—. Yo aquí intentado que no nos divorciemos y tú a gritar como siempre.

—¿Qué?

—Cállate un poco. —Él cerró la boca—. No me voy a ir a *la Toscana*, aunque mi madre me lo ofreciera, y tampoco a *Anchorage*… Ahora que está Sophie, no me desagrada tanto estar unas horas en el bar para echarte una mano. Y las clases me van bien, tengo bastante gente, y si añado que Ellen Sue me está comprando ropa… Bueno, tendremos unos ingresos extra.

—¿Tendremos?

—Sí. Tendremos. Porque aunque eres un *Grinch* y no hay quien te aguante, por algún motivo desconocido sigo enamorada de ti, y sé que tú de mí también, así que si Rylee y su doctor son capaces de encontrar una forma de estar juntos con lo diferentes que son, tú y yo deberíamos poder hacer lo mismo, ¿no crees?

—Espera, espera. —Se acercó a ella para cogerle la cara entre las manos—. ¿Es en serio? ¿Aún me quieres?

—Pues claro, idiota. —Él sonrió de oreja a oreja, como hacía tiempo que ella no le veía hacer—. Pero harás todo eso que me has dicho antes, ¿no? Vas a trabajar menos, y nos iremos de vez en cuando, y…

Brian la calló con un beso que la dejó sin aliento, para después mirarla a los ojos.

—Te lo prometo. ¿Nos vamos a casa?

—¿Y el bar?

—Entre Sophie y Roberto Carlos se apañarán.

—Que es…

—Roberto solo, lo sé.

Le guiñó un ojo, y tras llevarse otra colleja cariñosa, se subieron al coche rumbo a su casa, donde por fin dejaron de hablar de sexo, y se dedicaron a hacer el amor.

Capítulo 23

Tras una hora esperando, Rylee llamó al despacho, donde le dijeron que hacía rato que los dos se habían marchado. Como ninguno le cogió el móvil, regresó a su casa. Se puso ropa cómoda y se sentó en el sofá con una taza de chocolate caliente y los gatos encima. Su proximidad y sus ronroneos la serenaron un poco, hasta que un rato después, su móvil vibró. Álex le había contestado con un escueto «Me alegro», lo que no la animó en absoluto. Si al menos hubiera quedado en llamarla… Pero ella tampoco lo había hecho, así que cuanto más repasaba en su mente su última conversación, más se convencía de que todo había terminado entre ellos.

Su móvil vibró de nuevo, y vio que era Lena. Lo cogió preguntándose dónde andaría.

—¡Rylee! —exclamó su amiga—. ¿Ya has llegado?

—Hace rato, sí.

—Acabo de ver tu llamada, es que… no tenía el móvil a mano.

—¿Vas a tardar mucho en venir a casa?

Algo en su tono debió alertarla, porque Lena se quedó callada unos segundos al otro lado de la línea.

—Rylee, ¿estás bien? —preguntó, preocupada.

—No lo sé.

—Estamos allí en quince minutos.

Y colgó. Rylee se quedó mirando el móvil, ¿a quién se había referido? ¿A Brian y a ella? Conociéndoles, a lo mejor estaban en

alguna esquina celebrando su divorcio con un polvo… Suspiró con tristeza. Debía ser genético, el espantar a la gente de su lado. Menudo par de gemelos estaban hechos, ella acabaría como la solterona con gatos del pueblo, y su hermano como el cascarrabias del bar. Y sus padres no tendrían nietos en la vida.

Acarició las orejas del Sr. Levandowsky, moviendo la cabeza. Tenía que apartar esos pensamientos negativos de su mente, por muy difícil que fuera.

Poco después, oyó que se abría la puerta de su piso. No se movió, esperando que Lena entrara, pero cuando lo hizo no estaba sola: Brian iba con ella.

Al verla, Lena le tiró su abrigo a Brian con un «cuélgalo», y corrió a sentarse junto a su amiga.

—Oh, Dios mío —dijo Lena—. Chocolate, manta… Y has estado llorando, ¿qué ha pasado?

Rylee pensaba que ya se había tranquilizado, pero al oírla no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas.

—Se ha terminado, Lena.

—¿Qué?

Rylee la abrazó, murmurando cosas inteligibles mientras los gatos, atrapados en el medio, luchaban por salir sin que ella pareciera percatarse. Por fin los animalitos consiguieron liberarse, y salieron disparados hacia la puerta, donde Brian a duras penas consiguió esquivarlos y no caerse al suelo.

Lena se apartó un poco, y le dio un pañuelo de papel.

—Tenías razón —dijo Rylee.

—¿Sobre qué?

—El amor no es suficiente. —Oyó un resoplido, y vio a su hermano apoyado en la puerta—. ¿Qué? Es cierto, vosotros mismos me lo

habéis demostrado. Os queréis, pero no sois capaces de admitirlo y os habéis divorciado, tú misma me dijiste que todo lo bueno se pasa. Y tú —Miró a su hermano—, que nunca saldría bien entre vosotros aunque aún la quisieras. Así que ya está, ya he descubierto por mí misma que los dos teníais razón. Me dijo que me quería, y yo a él, pero da igual, al día siguiente todo se acabó.

—Rylee, escucha… —empezó Lena.

—Me presentó a su padre. Que es como él, solo que más mayor, y… Es igual, dijo que yo debería mudarme, y parecía que lo daba por hecho, y yo me enfadé, y luego Álex se enfadó, y… me fui al aeropuerto.

—¿Te fuiste? —repitió Brian—. ¿Pero él no te llevó? ¿No hablasteis después?

—No, señor ejemplo-a-seguir, hablador-que-expresa-siempre-sus-sentimientos. Me fui en un taxi, y no hablamos más. Le envié un mensaje, y él me ha contestado. Y ya está, nada más.

—Déjame verlo —pidió Lena.

Rylee le tendió el teléfono. Lena miró los mensajes, frunciendo el ceño.

—¿Esto es todo? —preguntó—. ¿No le has llamado?

—¿Y me lo dices tú, que no fuiste capaz de llamar a tu marido después de abandonarlo?

—Bueno, vale ya de ataques personales —intervino Brian, acercándose—. Sí, hemos sido un desastre. Y sí, no somos ningún ejemplo de comportamiento ni comunicación, pero que sepas que no hemos firmado.

—¿Qué?

Les miró, anonadada. Brian se sentó junto a Lena, y le rodeó los hombros con un brazo. Entonces Rylee se dio cuenta de que les brillaban los ojos, que se miraban como cuando se acababan de

casar… Así que les dio un manotazo a cada uno en un brazo.

—¡Os odio! —exclamó—. ¿Alguna vez vais a hacer algo normal en esta vida? ¡Cuando estaba bien con Álex, venga a decirme que lo mejor es divorciarse! ¡Y ahora que hemos roto, vais y os reconciliáis! ¡Que conste que me alegro, pero joder! ¡No estoy para fiestas precisamente!

—Bueno, vamos a tranquilizarnos, ¿de acuerdo? —dijo Lena, frotándose el brazo—. Olvídate de nosotros, como ha dicho Brian no somos un buen ejemplo. —Él la besó en la mejilla—. Sí, vale, te he dado la razón, pero no te acostumbres. —Rylee volvió a darles, más fuerte aún—. ¿Pero quieres parar? Ya te hemos entendido, pero no sé yo si habéis roto de verdad.

—Esa frase me suena —replicó ella.

—A ver, analicemos la situación —siguió Lena, ignorándola—. Habéis discutido, y tú te has ido, pero porque tenías que irte.

—No como otras que… —Lena la fulminó con la mirada—. Perdón, sigue.

—¿En algún momento alguno de los dos utilizó esas palabras?

—¿Qué palabras?

—¿Se acabó? ¿Hemos terminado? ¿Rompemos la relación?

Rylee se quedó pensativa unos segundos, para acabar negando con la cabeza.

—Pero no me ha llamado —añadió.

—Ya, tú tampoco a él —contestó Lena, y le enseñó la pantalla—. Y si yo fuera Álex y me enviaras este mensaje, pensaría: «vale, ha puesto que está en casa, así que considera que *Sutton* es su hogar, y por otro lado, pone que todo está bien, así que no le importa que yo no esté con ella».

Rylee miró la pantalla, y luego a ella. Brian la imitó, y los dos

hermanos pusieron la misma cara de no entender nada. Lena suspiró fastidiada.

—Sois igualitos, que lo sepáis —dijo.

—Pero, ¿de esas dos frases interpretas todo eso? —preguntó por fin Rylee.

—Yo y cualquier persona normal. Coño, Rylee. Un «te echo de menos» o qué cojones, una llamada en lugar de un mensaje, y ya verías como las cosas no estarían igual.

—Pero si ella le hubiera llamado, ¿no habría pensado Álex que estaba cediendo? —preguntó Brian.

—Habría pensado que aún quería hablar con él. Ahora pensará que sigue enfadada.

—¿Y por qué no me ha llamado? —preguntó Rylee.

—Porque pensará que no quieres hablar con él, ya te lo he dicho. Un mensaje en el móvil indica que quieres mantener las distancias.

—No entiendo nada —dijo Brian.

—Yo tampoco —reiteró Rylee.

—Motivo por el cual tú y yo casi nos divorciamos, y Rylee y Álex están como están. No entiendo de dónde habéis heredado vuestra capacidad de comunicación, porque vuestros padres son muy simpáticos.

—¿Y entonces qué hago? —preguntó Rylee—. ¿Lo llamo? Pero es que no sé qué decir, el problema sigue siendo el mismo: ninguno queremos mudarnos.

—Vale, pues entonces tienes que pensarlo bien y analizar qué prefieres: si seguir viviendo aquí tú sola con tus gatos, o intentarlo allí con él.

—Pero también podría venirse él aquí —dijo Brian.

—Cariño, te quiero mucho, pero así no ayudas —dijo Lena, palmeándole una pierna—. Yo he renunciado a *Anchorage*, a mi padre, a *la Toscana*… mmmmm no sé yo si he hecho bien, ahora que lo pienso —Brian la empujó ligeramente—. Vale, vale. No digo que él no debería hacer el esfuerzo, pero no le tenemos aquí para convencerlo, ¿verdad? —Miró a su amiga—. Y al final es algo que tendréis que hablar… Porque Rylee, si dejas pasar mucho tiempo… se convencerá de que no quieres estar con él, y si tuvieras un estudio en su casa, seguro que lo desmantelaría sin más miramientos.

Aquello le valió otro empujón. Rylee se secó las lágrimas, moviendo la cabeza. Quizá Lena tuviera razón, y debería llamarlo… Pero no se atrevía. Estaba aún muy alterada, y no quería decir algo de lo que luego podría arrepentirse. Lo mismo volvía a discutir con él, o al revés, le terminaba suplicando que la perdonara y se iba a buscar al abuelo Yaneli para que la llevara a *Anchorage*… Necesitaba aclarar antes sus ideas.

—Tengo que pensar —dijo.

—Podemos quedarnos aquí los dos esta noche —se ofreció Lena—. Así no estarás sola.

—No, gracias, lo último que necesito es a una parejita feliz haciéndose arrumacos en la habitación de al lado.

—Pues yo sola.

—No, no, id a vuestro nidito de amor, no me va a pasar nada, tranquilos. Tenéis mucho tiempo que recuperar.

—Pediré pizza, eso seguro que te anima —dijo Lena—. Y después de cenar nos iremos.

Sacó su móvil sin dar tiempo a réplica, y al final no se fueron hasta bien entrada la madrugada.

Tras una noche de insomnio, Rylee se fue a su oficina sin la menor

gana de trabajar. Al verla entrar, Simon sonrió alegremente.

—¡Buenos días, jefa! ¿Qué tal las vacaciones? ¿Me has traído algún recuerdo?

—No.

Colgó su abrigo y se fue directa a la cafetera. Simon se quedó mirándola, aquella contestación ya le había dejado claro que muy contenta no estaba.

Ella cogió un café, y se acercó a su mesa.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—Sí, nos ha llegado el cheque del FBI por lo de Álex y… —Ella se encerró en su despacho— lo tienes encima de la mesa.

Rylee se dejó caer en su silla. Sabía que Simon no tenía la culpa de nada, pero no le apetecía que le preguntaran por las playas, ni el sol ni nada parecido. Miró el cheque que tenía sobre la mesa, y lo guardó en un cajón. Ya lo cobraría más adelante, lo menos que necesitaba era ir al banco y encontrarse con gente, que le preguntarían por Álex también.

Miró su móvil por millonésima vez, pero seguía sin cambios. Lo había apagado y encendido varias veces, e incluso se había llamado para comprobar que funcionaba… empezaba a pensar que se estaba volviendo loca.

O que quizá debiera llamarlo ella, al fin y al cabo. Tamborileó con los dedos en la mesa, y miró el reloj. Solo había una hora de diferencia con *Los Ángeles*, pero quizá Álex no se hubiera levantado todavía.

Así que encendió el ordenador, y estuvo revisando su correo las dos horas siguientes. Después se entretuvo con los faxes, y leyó los informes que había rellenado Simon durante su ausencia. Ninguno era significativo, pero necesitaba entretenerse. Y cuando llegó el mediodía, tampoco lo llamó, utilizando la excusa de que probablemente estuviera comiendo.

Una llamada en la puerta la sacó de sus pensamientos.

—Estoy ocupada, Simon —contestó.

—Soy yo —dijo Lena, asomando la cabeza—. Te traigo una ensalada, ¿te apetece comer conmigo?

—No tengo hambre.

—Vale, pues comemos aquí mismo.

Entró sin más miramientos y dejó una ensalada enfrente de cada una de ellas, así como cubiertos de plástico y un par de botellines de agua. Rylee pensó en protestar, pero supuso que no serviría de nada, así que cogió un tenedor y empezó a comer con desgana.

—¿Ya le has llamado? —preguntó Lena. Ella negó con la cabeza—. ¿Mensaje?

—Tampoco. No sé qué decirle, Lena.

—Lo entiendo. —Removió su comida, carraspeando—. Supongo que te debo una disculpa.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Por todas esas ideas de que el amor no es suficiente, y blablaba. No tenía que haberte metido esas cosas en la cabeza.

—Tú no tienes la culpa, ni Brian. —Se encogió de hombros—. Supongo que esto habría pasado tarde o temprano, sacamos el tema alguna vez pero… siempre lo acabábamos posponiendo. Hasta que al final, nos estalló en la cara. Pero bueno, cuéntame algo alegre. ¿Entonces te quedas aquí definitivamente?

Lena no pudo evitar sonreír al recordar su reconciliación, y le contó a Rylee todo lo que había ocurrido, incluyendo la llamada sobre su padre.

Cuando terminaron de comer, Rylee miró al teléfono de su escritorio.

—Creo que voy a llamarle —dijo, por fin.

—¿Quieres que me vaya?

—No, no, quédate, por favor.

Cogió aire y descolgó, para inmediatamente volver a colgar. Agarró de nuevo el auricular… y repitió la operación tres veces más. Lena se inclinó y le cogió la mano, impidiendo que colgara de nuevo.

—¿Te marco yo? —preguntó.

—No, ya está, ya llamo.

Marcó el número con rapidez para no arrepentirse, y aguantó la respiración mientras daba línea. A la tercera, él descolgó.

—¿Sí? —oyó que preguntaba.

Ella intentó hablar, pero se le había quedado la garganta seca. Lena le paso el agua, haciéndole gestos de ánimo.

—¿Hola?

Rylee se dio cuenta de que no tenía por qué saber que era ella, no conocía el número de la comisaría.

—Hola —consiguió decir. Se hizo el silencio al otro lado—. ¿Álex?

—Hola… ¿Qué tal el viaje?

—Bien, bueno, ya sabes, el abuelo Yaneli y eso… Pero bien, llegué a casa y bien.

—Me alegro.

Lena miró al techo, alucinando. Para decirse eso, valía con los mensajes del día anterior. Rylee tragó saliva, sin saber muy bien cómo seguir.

—¿Qué tal tú?

—Sin novedad. Te… Bueno, en realidad tengo una operación en cinco minutos, así que…

—Sí, vale, yo… Bueno, quería decirte que tenías razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre Lena y mi hermano. No se han divorciado.

—Ah. Pues dales la enhorabuena de mi parte, espero que les vaya bien.

—Se lo diré. En fin, no te molesto más.

—Rylee, no me molestas, pero… —Oyó unas voces junto a él—. Tengo que irme, y… joder, ¿quieres que hablemos luego?

—¿Quieres hablar tú?

—Tengo una operación de doce horas por delante, mañana…

—No importa. Solo quería que supieras lo de mi hermano y Lena, así que… —Lena le estaba haciendo gestos como una loca, pero Rylee no entendía lo que intentaba decir—. Pues que te vaya bien la operación.

—Gracias.

Rylee colgó. Lena casi la estranguló, pero ella misma se había dado cuenta de cómo había sonado y comenzó a darse golpes en la cabeza con la mesa.

Al otro lado de la línea, Álex miró el teléfono sin poder creer la conversación que acaban de tener, como si hubieran sido dos completos desconocidos. Había estado a punto de decirle que la echaba de menos, pero la había notado tan distante… Aquello no podía quedarse así, no podía creer que ella solo lo hubiera llamado para hablar de su hermano. A no ser que todo se hubiera terminado

después de su discusión, algo que no quería aceptar. Pero tenía que meterse en el quirófano, así que lo que fuera que hiciera, tendría que esperar.

Capítulo 24

Había pasado una semana. Siete días de dormir poco, comer obligada por Lena y de innumerables intentos de volver a llamar, sin llegar a hacerlo nunca. Vista su capacidad comunicativa, temía empeorar aún más las cosas.

Así que tras otra noche de insomnio, había tomado una decisión drástica, y por eso estaba encerrada en su despacho, con unos formularios de dimisión frente a ella. Se marcharía a *Los Ángeles* con él. Iba a presentarse en su casa sin avisar, solo esperaba que no la rechazara, que la perdonara por cómo le había hablado… y ya encontraría algún trabajo, aquellos días sin él le habían demostrado que no podía ser más infeliz de lo que ya era.

Empezó a rellenar los documentos, cuando una llamada a la puerta la interrumpió. Miró la hora, y supuso que sería Lena con comida, como llevaba haciendo todos los días.

La susodicha asomó la cabeza, con una sonrisa.

—¿Cómo andamos de hambre? —preguntó.

—Como siempre, pero pasa, ya sé que no me vas a dejar en paz.

Lena entró y repartió unos sándwiches por la mesa antes de sentarse.

—¿Has podido dormir esta noche? —preguntó.

—No mucho.

—Mira, hoy es sábado. ¿Por qué no salimos y te despejas? Les diré a Kamala y a Novalee, y verás cómo…

—No me apetece nada ir al bar.

—Te va a salir el chocolate caliente por las orejas, tienes que despejarte.

—Lena…

—Me da igual lo que digas. Te llevaré a rastras si hace falta, pero tú esta noche te tomas algo con nosotras y se acabó.

Rylee suspiró, moviendo la cabeza. Ya buscaría alguna excusa más tarde, pero no pensaba moverse del sofá. Miró las hojas, pensando si decirle lo que había decidido o no, y al final se las pasó.

—Mira —dijo.

—¿Qué es esto? —Los cogió y los leyó por encima—. Pero, ¿vas a dimitir?

—Me voy a ir con él.

—¿Qué? —Se sobresaltó—. ¿Pero cuándo habéis hablado? ¿Me he perdido algo?

—No, no hemos hablado. —Se le humedecieron los ojos—. Pero no puedo más, Lena. He comprado un billete de avión para el lunes desde *Anchorage*, ya he avisado al abuelo Yaneli para que me lleve. Y voy a ir y… espero que me acepte, y si no, pues volveré, pero no puedo no intentarlo, ¿no? Me encanta mi vida, y vosotros estáis aquí y os echaré mucho de menos, pero le quiero demasiado, y… —Empezó a llorar, así que Lena fue a su lado para abrazarla—. Pero tengo miedo, ¿sabes? No sé si le parecerá bien, si me verá y… y seguirá enfadado, o ya se habrá olvidado de mí.

—Tranquila, no te pongas así. —Sacó un pañuelo y le secó las lágrimas—. Rylee, con lo que vas a hacer… Es imposible que te rechace. Y mira, pues ya no tienes excusa para salir esta noche, no te puedes ir sin despedirte.

—Supongo que no.

—Pues solucionado. —Le dio un beso en la mejilla—. Ahora mismo llamo a estas dos, y quedamos. Te paso a buscar a las ocho, y espero que no estés tirada en el sofá porque te vendrás conmigo con la ropa que lleves puesta, me da igual que estés en chándal.

—Mira que eres…

—Pesada, ¡lo sé! —Se fue a la puerta, para girarse antes de salir—. Pero también sé que me quieres mucho.

Le guiñó un ojo y se marchó. Rylee suspiró, y terminó de completar el formulario. Lo metió en un sobre y lo dejó con una nota para que lo abriera Simon el lunes siguiente.

Rylee estaba recogiéndose el pelo en una coleta cuando Lena llegó a buscarla. La rubia entró con sus llaves, y se dirigió directamente a su cuarto.

—¿Estás lista? —preguntó.

—Casi. —Se estiró la coleta—. Ya.

Lena resopló, y se acercó a ella estirando los brazos. Rylee intentó esquivarla, pero la rubia la empujó para sentarla y cogió un cepillo para amenazarla con él.

—Qué manía tienes, por Dios —dijo—. Se te va a estirar el cerebro con todas las coletas que te haces.

—Pues anda que tú.

Pero no protestó más, sabía que acabaría perdiendo, así que dejó que le quitara la goma y se lo cepillara. No satisfecha con eso, Lena acabó sacando su estuche de maquillaje y dándole unas pinceladas. Se apartó para mirarla con ojo crítico.

—Bueno, pues ya estás —dijo.

Recogió las cosas, mientras Rylee permanecía inmóvil con la vista

fija en el espejo, sin verse realmente. Lena esperó, preocupada.

—¿Crees que hago lo correcto? —preguntó Rylee, por fin.

—Creo que desde luego, es mucho mejor que lo que hicimos tu hermano y yo. Si nos hubiéramos tragado un poco nuestro orgullo, no habríamos estado tantos meses separados ni al borde del divorcio.

—Gracias, Lena.

—Venga, vamos. Un par de cervezas te animarán.

Rylee afirmó, y la siguió sin protestar más. Al menos se distraería un rato, porque desde que había decidido irse, no paraba de imaginarse su llegada a *Los Ángeles* y la reacción de Álex al verla, y cada vez perdía más el valor.

Lena la entretuvo por el camino contándole sus aventuras con Roberto, hasta que llegaron a la puerta del bar.

Rylee frunció el ceño, desde fuera no se oía nada y parecía que estaba muy oscuro, pero antes de poder decir nada, Lena abrió la puerta y la empujó al interior.

En cuanto entró, se dio cuenta de que algo ocurría. Todas las luces estaban apagadas. Fue a decirle algo a Lena, pero entonces comenzó a sonar una música como de campanas… ¿De qué le sonaba?

La luz de la zona de baile se iluminó, y Rylee parpadeó sorprendida. Simon, Novalee, Damien, Kamala, su abuelo… Medio pueblo estaba allí. Por un segundo recordó el *flashmob* de *Los Ángeles*, y pensó que si se ponían a bailar le daría un síncope por la vergüenza ajena, pero se limitaban a vocalizar la canción… Que reconoció en aquel momento, *Bruno Mars*, «*Marry you*». Miró inmediatamente a Lena, sin poder creer que su hermano hubiera hecho eso por ella, pero la rubia ya no estaba a su lado, sino junto a la barra, con Brian.

Volvió a mirar al frente, sin saber qué pensar o hacer.

Y de pronto todos se apartaron, justo en el momento en que la estrofa llegaba a su última línea «*I want to marry you*», y vio a Álex al

fondo.

Abrió la boca, para volver a cerrarla. Tenía que estar viendo visiones, así que cerró los ojos. Pero cuando los abrió, Álex se había acercado más a ella. La canción seguía sonando, pero Rylee ya ni la escuchaba, sin poder creer lo que estaba ocurriendo. Era él, tan guapo como siempre con unos vaqueros y una camiseta que le quedaban como un guante, el pelo rubio revuelto… y una mirada en sus ojos grises que le hizo estremecerse de arriba abajo.

Llegó a su altura, sin apartar la mirada de ella, pero antes de que Rylee pudiera decir nada, él apoyó una rodilla en el suelo y le cogió una mano, llevándose la otra al bolsillo y sacando un anillo.

Rylee tragó saliva, a punto de echarse a llorar, y le apretó la mano como si eso la ayudara a no caerse, porque las piernas le temblaban.

De pronto se hizo el silencio, y se dio cuenta de que se había acabado la música y todos los miraban expectantes.

—Álex, yo… —consiguió decir.

—Recuerdo lo que dijiste en *Los Ángeles* sobre no poder decir que no en una situación como esta, así que… —Acercó el anillo a su dedo —. ¿Qué me dices?

Ella no pudo contestar, con un nudo en la garganta, pero sí que logró afirmar con la cabeza, lo que arrancó aplausos de todos los presentes. Álex deslizó el anillo en su dedo, para después incorporarse y besarla con intensidad. Rylee le abrazó con fuerza, y él la levantó para hacerla girar, besándola de nuevo.

—Estás loco —dijo Rylee, cuando dejó de besarla.

—Por ti, ¿no lo sabías?

—Pero yo iba a ir allí, y…

—Lo sé, Lena me lo ha contado antes, menos mal que yo ya me había adelantado a ti.

—¿Lena?

—Digamos que después de esa llamada tuya tan… íntima, hablamos. Así que ya me quedó claro que no tienes el don de la palabra. —Rylee miró de reojo a Lena, que se encogió de hombros—. Pero de todas formas yo ya había decidido venir a por ti, así que…

—Álex, yo…

—Espera, no he terminado. Me han dado el puesto definitivo de médico aquí, y he comprado la cabaña para nosotros. Que habrá que ampliarla, pero bueno, ya llegaremos a eso. Iré a *Los Ángeles* de vez en cuando para alguna operación y quitarme el mono del surf, porque la casa que tenemos allí la vamos a dejar para vacaciones. ¿Estás de acuerdo?

De nuevo, Rylee solo pudo afirmar con la cabeza, y le besó, sellando su propuesta. Había escuchado alguna vez la expresión «explotar de felicidad», pero nunca había imaginado que llegaría a entenderla.

—¡Barra libre para todos! —exclamó Lena.

Brian abrió la boca para protestar, pero ya la gente se estaba lanzando hacia la barra y Lena le pegó un codazo.

—A ver si tomas ejemplo —dijo.

—Pero si tú y yo ya estamos casados.

—Eso no es excusa. Así que tira para la barra, y sonríe un poco, *Grinch*.

Brian la besó para que se callara, y se pusieron a servir bebidas a todo el pueblo. Ya se resarciría con ella en casa, porque lo que Lena no sabía era que él había preparado un viaje para los dos, en compensación por el que debían haber hecho cuando se casaron y no hicieron porque, como siempre, tenía que trabajar.

Álex le acarició el pelo a Rylee, y le dio un beso en la frente.

—¿Serás feliz aquí? —preguntó ella—. No quiero que te arrepientas, o…

—Ya lo soy, Rylee. Sé que ibas a hacer lo mismo por mí, así que no hace falta que volvamos a hablar de este tema. Te quiero, y eso es lo que importa. Nada más.

—Yo también a ti, Álex.

Y siguieron abrazados mientras la música sonaba de nuevo y la gente se ponía a bailar.

Epílogo

Un año después

El teléfono comenzó a sonar, así que Rylee se levantó del sofá para cogerlo.

—¿Qué tal está mi cuñada favorita? —oyó que preguntaba Lena.

—Estoy bien, igual que hace una hora cuando me llamaste por última vez.

—¿Pero se lo has dicho ya o no?

—No ha llegado todavía.

—¡Será posible! ¿Es que ese hombre no tiene casa o qué?

—Aquí no hay nieve, supongo que se habrán ido hasta el glaciar y por eso tardan tanto.

—¿Me llamarás luego, no?

—Que sí, pesada.

—Vale. Oye, y estad a las ocho en el bar, ya sabes, que la gente espera la fiesta de vuestro aniversario.

—Pero si no es hasta dentro de un mes.

—No de vuestra boda, esa da igual… Lo que todo el mundo recuerda y recordará siempre fue cuando te lo pidió.

Rylee enrojeció ligeramente, y su vista se desvió a su mano, donde tenía el anillo de compromiso junto a otro simple de oro.

—Vale, allí estaremos. ¿Has hablado con Kamala?

—Sí, ¿a ti también te lo ha contado?

Se empezó a reír, y Rylee se unió a ella. Kamala había reducido su lista de pretendientes virtuales, pero casualmente se iban a presentar dos la semana siguiente en persona en *Sutton* para conocerla, y no sabía con cuál quedarse ni qué excusas poner para que no se encontraran. Así que estaba en proceso de entrar en pánico, y había llamado a sus amigas para buscar ayuda.

Rylee oyó el ruido de un coche, así que se acercó a la ventana de la cocina. Habían terminado las obras de ampliación hacía un par de meses, y ahora tenían mucho más espacio que antes.

—Ya ha llegado —dijo—. Te dejo, cotilla.

Le colgó mientras la rubia protestaba, y fue hacia la puerta. Por el camino colocó bien un par de marcos con fotos que se habían movido, una de su boda y otra de los dos en la playa, de su último viaje a *Los Ángeles*.

Abrió y observó cómo Álex se bajaba del todoterreno de Simon. Su flamante marido cogió una tabla de snowboard y se despidió del chico. Al darse la vuelta la vio, y sonrió ampliamente.

—Hola, gatita.

Dejó la tabla en un arcón de la entrada, y la besó.

—¿Me has echado mucho de menos? —preguntó.

—Sí, han sido las seis horas más largas de mi vida.

—Graciosa.

Le dio un azote, y se fue a la cocina para poner en marcha la

cafetera de cápsulas.

—Me ha llamado tu hermano —dijo—. Que vayamos al bar a las ocho.

—Sí, Lena me lo ha dicho.

—Menos mal que Brian ya no es tan cascarrabias, no me lo hubiera imaginado hace un año decorando su bar para una fiesta—Metió una cápsula de café—. Por cierto, he hablado también con mi padre. Vendrá con Pearl la semana que viene, que tienen algo que decirnos.

—¿En serio? —Se sentó en un taburete junto a la isla—. ¿Crees que se van a casar?

—No me extrañaría. Sería su quinto intento, pero bueno, si le hace feliz… ¿Qué café quieres?

—Prefiero chocolate.

—¿Y eso?

—Bueno… es que debería dejar el café.

Álex frunció el ceño, y se dio la vuelta para mirarla.

—¿Estás bien?

—Yo también tengo algo que contarte.

Deslizó un papel y una barra de plástico por la encimera. Álex se acercó, y se quedó atónito al verlo. Miró dos veces el plástico, como si esperara que las dos rayas azules se transformaran en cualquier momento, y leyó el papel otras tantas.

—Pero esto… Es de hoy, es… ¿Has ido a *Anchorage*?

—Sí, quería comprobar que el palito no mentía, y el médico del pueblo me conoce demasiado bien.

—Entonces no hay dudas. —Rylee negó con la cabeza—. Estás… Estamos…

Rylee volvió a afirmar, y Álex prácticamente saltó por encima de la encimera para poder abrazarla. Le cogió la cara entre las manos, para besarla después con delicadeza.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy perfecta. No hace falta que ahora empieces a tratarme como si fuera de cristal.

—No, solo voy a cogerte en brazos y subirte a nuestra habitación, a celebrar la noticia como es debido.

Y no tardó ni dos segundos en cumplir su promesa. Rylee rió y le rodeó el cuello con los brazos, feliz como nunca había imaginado que podría ser.

—Veo que mi marido ya no es tan patoso.

—Ja, ja. Muy graciosa. Hace mucho que no me tropiezo, gracias. A pesar de que esos gatos tuyos…

—Nuestros.

—Nuestros, intenten meterse siempre en mi camino.

—Vale, porque hay otra cosa que quería decirte.

—Adelante, los mininos están controlados.

Llegó al último escalón, justo a tiempo de no perder el equilibro cuando ella le susurró al oído:

«Son dos».

Agradecimientos

Idoia :Lo primero, dar las gracias a mi familia por apoyarme en esta nueva aventura. Gurko, por ayudarme a tener mis “ratitos” de inspiración; Unax, por interrumpírmelos y ponerme los dibujos inspiradores de fondo... No sabes cuánto te quiere amatxu.

Mamá y Miren, por estar ahí siempre. Increíble que esto esté pasando, y poder compartirlo con vosotras.

Lorena, por emocionarte con cada historia que escribimos, ¡no cambies nunca!

Y Eva: una más, y suma y sigue… quién lo hubiera dicho, ¿verdad? ¡Espero que sigamos así de productivas por muchos años!

Eva : Gracias, Diego, amatxu, aíta, Mabel… por apoyarme en todo e interesaros por mis temas literarios. Sin vosotros esto sería difícil.

A mis niñas Toñi y Salomé, mis queridas betas, porque os necesito y me demostráis que no me equivoqué al escogeros, confío en vuestro criterio siempre y lo sabéis. Muchas gracias también a Maitane, por ayudaros a elegir el

título. Y al resto de chicas que nos siguen siempre, sin ellas no sería igual.

Ido, esto es solo el principio. Vamos por buen camino, porque somos un buen equipo ^^

Ambas queremos dar las gracias a la editorial LXL, por confiar en nosotras y darnos esta increíble oportunidad.

Y a todas las locas que están ahí fuera, ¡porque esta historia os haga enloquecer aún más!

Índice

Capítulo 1.....2

Capítulo 2.....20

Capítulo 3.....39

Capítulo 4.....54

Capítulo 5.....63

Capítulo 6.....77

Capítulo 7.....95

Capítulo 8.....111

Capítulo 9.....129

Capítulo 10.....141

Capítulo 11.....153

Capítulo 12.....167

Capítulo 13.....184

Capítulo 14.....198

Capítulo 15.....213

Capítulo 16.....225

Capítulo 17.....248

Capítulo 18.....262

Capítulo 19.....280

Capítulo 20.....290

Capítulo 21.....307

Capítulo 22.....325

Capítulo 23.....346

Capítulo 24.....359

Epíologo.....367

Agradecimientos 374

Sobre la autora.....378

Sobre las autoras

Eva M. Soler, nacida en 1976 en Cruces, ávida lectora desde muy niña, empezó a escribir también muy joven, aunque siempre como hobby. No le gusta encasillarse en ningún género concreto, y pronto publicará la primera parte de una saga de juvenil romántica. Está felizmente casada, y vive en Castro Urdiales.

Idoia Amo, nacida en 1976 en Santurce, con quince años se mudó a Sopuerta. Al finalizar sus estudios, vivió durante dos años en Londres y, al regresar, realizó la carrera de Secretariado de Dirección. Desde entonces ha

trabajado en diferentes empresas, incluyendo diez meses en París. Durante toda su vida ha escrito relatos, pero siempre de forma personal y para su círculo más cercano.

Ambas autoras se conocieron a los catorce años, volviéndose amigas y lectoras de sus propios escritos, pero no fue hasta hace unos meses cuando decidieron que sus estilos podían complementarse bien, lo cual ha dado como resultado su primer libro conjunto "*Anxious*".

También aparecen en la antología "*Retazos de papel*", con sendos relatos que resultaron elegidos.